

A watercolor illustration of a woman with long dark hair, wearing a patterned dress, sitting on the ground under a large, leafy tree. The tree's leaves are rendered in various colors including blue, green, yellow, and purple. The background is a soft, light purple wash. The overall style is whimsical and artistic.

Sara Witch

Bajo el árbol  
de los  
Sueños

Bajo el árbol  
de los  
Sueños

Sara Witch

1ª Edición: julio 2020  
Título original: Bajo el árbol de los sueños  
Copyright @ Sara Witch, 2020  
Diseño de portada: Taty ND  
Corrección: Raquel Antúnez  
Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

*Para ti, mamá.  
Siempre me decías que la vida son dos días y que hay que pasarlos sonriendo. Gracias por tanto y tan buenos momentos juntas. Espero que te sientas orgullosa allí donde estés.  
Te quiero.*

*Sara Witch*

# Índice

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)  
[17](#)  
[18](#)  
[19](#)  
[20](#)  
[21](#)  
[22](#)  
[23](#)  
[24](#)  
[25](#)  
[26](#)  
[27](#)  
[28](#)  
[29](#)  
[Epílogo](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Biografía](#)

# 1

Hacía calor. Se había tumbado con su mochila bajo la cabeza, junto a un gran sauce llorón en el parque, después de pasar el día andando por toda la ciudad. No había tenido suerte ese día tampoco y cada vez le sería más difícil encontrar un trabajo y un techo bajo el que guarecerse cuando empezara el frío. Se duchaba y comía en un albergue de la ciudad, y apenas le quedaban diez dólares en el bolsillo. Tenía que encontrar algo y pronto o su situación sería desesperada. Ya hacía demasiado tiempo que estaba así. No podía volver a casa, todo se había precipitado con la muerte de su madre, y él seguía allí.

Oyó una risa tímida a su lado y, poco a poco, abrió los ojos. Sonrió al ver a una pequeñaja de unos seis años mirándola y tapándose la boca para amortiguar su carcajada. Ella la observó sonriendo sin entender de qué se reía la niña, hasta que le señaló los pies. Despacio, giró su rostro hacia donde le mostraba y se sorprendió al ver a una ardilla en la punta de sus botas. Lentamente, sacó de su bolsillo unos cacahuets y se los mostró al roedor que empezó a oler el aire. Con toda la confianza del mundo, el pequeño animal se acercó a su mano, cogiendo uno de los frutos con los que la humana le tentaba. En el momento en que se hizo con él, se enderezó sobre sus patas traseras y huyó corriendo hasta el árbol más próximo, escapando de algo que ellas ignoraban.

—¡Maggie! ¿Cuántas veces he de decirte que no te separes de mí? —gritó una rubia estilizada sacudiendo a la niña por el brazo.

—No me hacías caso, estabas con el móvil, me aburría y vi a la ardilla... Me haces daño. —Sam vio los ojos anegados de la niña y se levantó.

—Deja de mentirme. Hablaré con tu padre, esto no puede seguir así. Eres una niña insoportable y muy desobediente.

—Perdona, le estás haciendo daño. ¿Por qué no la sueltas?

—¿Y a ti qué coño te importa? —La miró de arriba abajo con el desprecio marcando cada sílaba—. Eres una muerta de hambre y no tienes ni idea de lo que puedo o no puedo hacer.

—Solo te he dicho que le estás haciendo daño, ¿por qué no la sueltas y te calmas? No es más que una niña —repitió.

—¡Policía! ¡Policía! —empezó a gritar la rubia, llamando la atención de todos los que estaban próximos a ellas.

—Pero ¿qué haces? —susurró asustada Sam—. ¿Estás loca?

—Ponerte en tu sitio, ¿no lo ves?

Sam cogió su mochila y empezó a alejarse. No podía hacer nada, solo meterse en problemas si la pija la denunciaba, aunque fuera con una mentira. Nadie la iba a creer a ella con sus pintas. Era una sintecho, alguien de quien no fiarse... Miró a la preciosa niña, agachó la cabeza impotente al no poder ayudarla y se fue.

Hacía una semana que dormitaba en la calle, concretamente en ese parque. Ya no podía ir al albergue, no quería que su pasado la encontrara, ya no podría ducharse ni buscar un empleo, porque nadie le daba una oportunidad al ver su aspecto desaliñado y sucio. Aunque intentaba adecentarse con el agua de las fuentes, no obtenía el resultado óptimo. Triste y decaída, se sentó junto al árbol del parque donde pasaba algunos ratos pensando en cómo había cambiado su vida en ese último año.

—¡Hola!

Se giró y vio a la niña que conoció días atrás.

—¡Hola! ¿Estás bien? —Le sonrió, pero, antes de que ella le respondiera, un hombre con traje se aproximó a ellas, cogiéndole la mano a la pequeña.

—Maggie, ¿qué te tengo dicho? No se habla con desconocidos. —Miró a la mujer que estaba sentada junto al árbol y se dio cuenta de que era una indigente, que seguramente viviría en ese parque—. Disculpe a mi hija si la ha molestado.

—¡Papi, papi, papi! No es una desconocida. —Sonrió la pequeña, mostrando la falta de un diente—. Es la chica de la ardilla. Ya te dije que estaría aquí.

—¡Vaya! —Volvió a observarla—. Es un placer conocerla, señorita...

—Me llamo Sam, Samantha Johnson.

Se sonrojó al ver cómo la escrutaba y cómo le tendía la mano para saludarla. Se sintió más sucia que nunca y escondió las suyas a la espalda. Era un hombre muy atractivo con unos ojos oscuros, casi negros, que la observaban. El cabello largo, castaño, recogido en un moño en la nuca que le daba un aire desenfadado en contraste con el traje oscuro y serio, seguramente hecho a medida.

Él se dio cuenta de su apuro y, como si no se hubiera percatado de su gesto, sonrió al ver cómo lo miraba.

—Mi nombre es Andrew Turner. Maggie lleva días viniendo a ver si te veía.

Sam lo observó pensando que era la sonrisa más bonita que había visto nunca. Sonrió al recordar el momento en que descubrió la ardilla y las risas de la niña, pero volvió a ponerse seria al pensar en la rubia que iba con ella aquel día. ¿Andaría también por allí? No quería comprobarlo y meterse en líos.

—Es mejor que me vaya.

—¿Por qué? Por favor, no te vayas. Íbamos a tomar un helado, ¿te apetece acompañarnos?

—No —respondió tajante—. —No creo que sea buena idea. —Suavizó su respuesta y se sonrojó.

—Vamos, tienes que contarme lo de esa ardilla, Maggie lleva días hablando de ti y de ese bicho, y no estoy seguro de que lo que cuenta sea real.

Ella miró su ropa y luego volvió la vista hacia él.

—Es mejor que no, no quiero ser una molestia. Y mi aspecto...

—No serás una molestia. ¿Me permites que te ayude a levantarte? —Volvió a ofrecerle su mano ignorando sus últimas palabras.

Ella la miró y poco a poco la cogió. Cuando se tocaron una descarga le recorrió el cuerpo y se ruborizó. Él no pareció sentirla, así que no le dio más importancia y, cuando estuvo de pie, se soltó de inmediato.

Cruzaron el parque andando uno al lado del otro y compraron los tres helados en un puesto ambulante. Mientras los adultos se sentaron en un banco, Maggie se fue a los columpios.

—Entonces, ¿de dónde eres, Sam?

—Soy de Chicago.

—¿Y cómo acabaste en Nueva York?

—Es una larga historia... Y yo no...

—Tranquila. Si no quieres hablar de ello, no pasa nada. ¿Vives por aquí cerca?

Ella negó con la cabeza.

—Cerca no. Vivo aquí, en el parque. —Agachó la cabeza, avergonzada—. Las cosas no han ido demasiado bien.

—Pero eso es muy peligroso para una muchacha. —Apretó la mandíbula por lo que estaba oyendo.

—Ahora mismo no puedo hacer otra cosa, no encuentro trabajo y todo es... —Lo miró a esos ojos oscuros que la habían cautivado—. Lo siento. Tengo que irme.

—Por favor, no te vayas. —Se levantó al mismo tiempo que ella—. ¿Puedo proponerte algo? —Sam lo miró con recelo. No era la primera vez que le ofrecían dinero a cambio de sexo. Sabía que debajo de toda la mugre que la cubría seguía siendo bonita. Sus ojos verdes eran un reclamo para los hombres—. No te asustes, por favor. Es una propuesta que puede ser ventajosa para los dos.

—Le escucho. —Lo miró recelosa.

—Verás, soy un hombre muy ocupado y estoy buscando a una chica interna para trabajar en casa y que se haga cargo de Maggie. Prepararle el desayuno, llevarla y recogerla en la escuela, venir al parque cuando salga por la tarde... Me preguntaba si te interesaría trabajar con nosotros.

—¿Por qué? Quiero decir... ¿Por qué yo? No me conoce de nada. ¿Y su madre?

—Porque Maggie no suele relacionarse con nadie y desde que te vio en el parque no ha parado de hablar de ti, bueno, y de la ardilla. —Sonrió—. Tampoco conocería a la chica que me mandaría la agencia. A Maggie le gustas y, por lo que parece, igual te vendría bien un cambio. Sería bueno para las dos, ¿no crees? Su madre nos abandonó cuando Maggie cumplió tres años, así que te encargarías de ella cuando no esté en la escuela.

—Me vendría bien, muy bien ese cambio. Eso seguro. Un trabajo... ¿Lo dice en serio?

—Muy en serio. No serás una ladrona o algo así, ¿no? ¿Nada de drogas?

—No, no. No soy una ladrona y estoy limpia. Solo que no he tenido suerte en esta vida. Puede investigarme...

—Entonces, ¿aceptas el trabajo? Creo que puedes ser buena para Maggie. Si necesitas pensarlo...

—Acepto —respondió rápidamente, no quería que cambiara de opinión y seguir sobreviviendo en la calle. Esa era una buena oportunidad para ella. No había nada que pensar. Le ofrecía un trabajo y un techo. No podía haber tenido más suerte—. Pero usted no será un psicópata o algo así, ¿no?

Andrew lanzó una carcajada sin poder evitarlo.

—No, no, puedes estar tranquila. —Recogieron a Maggie y, mientras le explicaba a la pequeña lo que había hablado con Sam, se dirigieron a su casa.

Con los ojos como platos se quedó mirando la fachada de su nuevo hogar. La casa era más grande de lo que había pensado en un primer momento y se sorprendió cuando llegaron, al ver que una mujer de unos sesenta años les abrió la puerta.

—Buenas tardes. —Ella creyó entender que buscaba una interina.

—Buenas tardes, Molly, Te presento a Sam. A partir de hoy será la nueva niñera de Maggie y te ayudará con las tareas de la casa cuando no se haga cargo de ella. Sam, esta es Molly, mi nana y asistente.

—Muy bien, señor. Encantada, Sam. —La muchacha hizo un pequeño asentimiento a modo de saludo.

—Llévala a la habitación de invitados para que se asee y se instale. Encárgate de Maggie mientras tanto. Yo he de salir un momento. Nos vemos en un rato.

—Papi, ¿vuelves a irte? —Su hija lo miró con cara de pena, y él se agachó para ponerse al nivel de su cara y le susurró—: Voy a comprar unas cosas y vuelvo enseguida, ¿vale? Puedes enseñarle tus juguetes a Sam cuando termine de asearse. —Ella asintió satisfecha, su nueva amiga se quedaba en casa—. ¿Quieres que traiga hamburguesas para cenar?

—Sí, sí, síiiii. —Saltó abrazándose al cuello de su padre, con sus pequeños bracitos.

—Molly, hoy no prepares la cena, yo la traeré —se dirigió a su nana.

—Muy bien, Andrew.

—Pórtate bien mientras estoy fuera. —Le besó en la punta de la nariz y la dejó de nuevo en el suelo—. Sam, siéntete como en tu casa. Si necesitas cualquier cosa, pídesela a Molly, ¿de acuerdo?

Ella asintió y murmuró un «gracias». Salió dejándola en su casa, tenía unas cuantas cosas que hacer.

—Vamos, Sam. Mientras Maggie ve un poco la televisión, te enseñaré la casa y tu habitación. —Siguió a Molly por la casa hasta una puerta en la planta superior. La asistenta la invitó a entrar en una preciosa habitación—. Este será tu cuarto, detrás de esa puerta está el baño. Creo que querrás darte una ducha. Cuando estés baja a la cocina. —La vio andar por el pasillo de regreso a las escaleras que acababan de subir cuando la oyó decir—: En el baño hay un albornoz nuevo y todo lo que puedas necesitar, puedes usarlo.

Cerró la puerta, se apoyó en ella con los ojos llorosos y una gran sonrisa en sus labios. No podía creerse la suerte que había tenido. Se puso en movimiento. No quería hacerles esperar para cuando su jefe volviera con la cena. Cuando vio la bañera con patas, dio unos saltitos de alegría. Iba a darse un buen baño.

Andrew regresó a su casa cargado con bolsas y las hamburguesas que Molly llevó al comedor para que cenaran. Se dirigió al salón donde su hija y la nueva niñera estaban sentadas en la alfombra mientras leían un libro. Las observó desde el marco de la puerta y se fijó en ella. Llevaba el cabello recogido bajo una toalla e iba en albornoz y descalza.

—Ya estoy en casa —exclamó para llamar la atención de su hija.

—¡Papi! —Ambas se levantaron y la pequeña corrió a abrazarse a las piernas de su padre. Sam, avergonzada por solo llevar el albornoz, se mantuvo a distancia apretando las solapas para evitar que se abriera al moverse.

—Sam —la llamó mientras le mostraba las bolsas—. Esto es para ti. Espero que te sirva. Mañana tendrás que ir a por más, pero supongo que estarás más cómoda que con el albornoz.

Sin mirarlo apenas, tomó las bolsas de su mano y una sonrisa sincera brotó en sus ojos.

—Pero... no puedo aceptarlo, señor..., yo...

—No pretenderás ir todos los días así, en albornoz, ¿verdad?

Ella se sonrojó.

—No, claro..., pero es que no puedo. No puedo pagarlo... Yo... lavaré mi ropa y...

—Lo descontaremos de tu sueldo. ¿Te parece mejor así?

Le miró a los ojos y aceptó.

—Sí. Así me parece correcto. Muchas gracias.

—Anda, ve a vestirme, estoy hambriento.

—Enseguida. Luego seguiremos leyendo, Maggie —se disculpó con la niña y subió corriendo las escaleras encerrándose en su habitación.

Corrió al baño y se despojó del albornoz y de la toalla que llevaba en la cabeza. A los diez minutos regresó al comedor. Cuando entró, Maggie la miró sonriendo.

—Halaaaa, ¡qué guapa estás! —Andrew, que hasta el momento había estado de espaldas a la puerta, se giró para verla.

—¡Vaya! —Se le secó la boca al mirarla de arriba abajo. Carraspeó—. Te sienta... bien. —Hubiera querido decirle que le quedaba perfecto, increíble, que estaba preciosa, pero no era lo correcto. Ella iba a trabajar con él. Nada más.

Sam se ruborizó. Hacía tiempo que no se sentía tan bien, tan persona de nuevo. Su larga y rizada

cabellera negra caía por sus hombros aún húmeda. Se había puesto un vestido de los tres que había en la bolsa, de color verdoso, con pequeñas flores amarillas que resaltaban el verde de su mirada.

Maggie la cogió de la mano y tiró de ella.

—Vamos a cenar, que me muero de hambre.

Sonriendo, se sentaron en la mesa y, mientras comían, Andrew la puso al día con las actividades de las que se tendría que ocupar a partir de ese momento.

—Maggie va al colegio que hay al final de la calle, tiene piano los martes y los jueves como extraescolares. Es importante que no falte a ninguna de sus clases.

—Sí, señor.

—Samantha, por favor, llámame Andrew. ¿De acuerdo? Bien, como te decía, suelo viajar a menudo, así que toma. —Le acercó una caja—. Tienes programado mi número personal, el de Molly y el de mi secretaria. Si sucede algo importante que no pueda esperar a mi regreso, es lo más directo para ponerte en contacto conmigo. Esto no lo descontaré de tu sueldo porque lo necesitas para el trabajo.

Un móvil, le había comprado un móvil. Y la ropa, le había dado un empleo y un techo bajo el que estar protegida. Ese hombre la había salvado de un destino en el que todo era gris, proporcionándole, en poco tiempo, una infinidad de colores poniéndolos a su alcance. Una lágrima se deslizó por su mejilla y rápidamente la secó esperando que no se hubiera percatado. Estaba tan agradecida que no sabía cómo expresarlo.

Andrew sí se dio cuenta de esa lágrima perdida, pero se calló para no importunarla.

—Maggie, es hora de ir a la cama.

—¿Ya? Jo, ¡con lo bien que me lo estoy pasando con Sam!

—Señorita, ella te va a acostar y estará aquí cuando despiertes, así que, venga, a dormir.

—¿Subirás luego a darme un beso?

—Pues claro, como siempre. Sam, ¿puedes acompañarla?

—Por supuesto, señor... Andrew. —Le dio la mano a la niña y subieron a la planta superior donde estaban las habitaciones. Hizo que se lavara los dientes, le puso el pijama y la acostó—. ¿Quieres que te lea un poquito?

—Síiiii. —Le encantaba la vitalidad de aquella niña. La arropó y, una vez Maggie tuvo su osito de peluche entre los brazos, se sentó junto a ella en la cama, apoyándose en el cabecero para leerle un poco.

Andrew subió media hora más tarde para desearle buenos sueños a su hija y se las encontró a las dos durmiendo plácidamente. Podría haberlas dejado dormir sin más, pero pensó que, al día siguiente, Sam estaría dolorida por pasar la noche sentada. Después de dormir en la calle, necesitaba una cama. Así que, sin pensarlo mucho, pasó un brazo bajo las rodillas de la joven y el otro por su espalda levantándola con delicadeza del colchón.

La sostuvo junto a su pecho y, en ese momento, Sam suspiró apoyando el rostro en el hueco de su cuello, aspirando su aroma, haciéndolo sonreír. La dejó suavemente sobre su cama y la cubrió con una manta. Observó su rostro, que lucía sereno bajo el reflejo de las luces de la calle. Sus rizos esparcidos sobre la almohada le parecieron lo más seductor que había visto en mucho tiempo. Cogió uno de ellos entre sus dedos, era tan suave y se aproximó para olerlo. Estaba tan cerca de su rostro que no pudo evitar acariciar sus labios con los de Sam, solo fue un pequeño roce, como el aleteo de una mariposa, y Sam sonrió en sus sueños. Se apartó, observándola, y salió de la habitación. La había besado..., él no besaba a las mujeres. No podía y no debía sentir nada por ella. Iba a trabajar para él y no era correcto. Sin embargo, iba a ser difícil. Bajó las

escaleras, se puso su chaqueta y salió de su casa. Aquella noche iba a ser larga.

Llegó al Experience, uno de los locales de la ciudad donde la discreción era su norma más destacada. No cualquiera era bienvenido. Para poder entrar tenías que ser socio. Allí hombres y mujeres de alto *standing* se desinhibían de una sociedad llena de prejuicios.

Se acercó a la barra y pidió un *whisky* escocés. Una rubia, con un vestido de lo más sugerente, se acercó a él cual felino acechando a su presa. Sin hablar, apoyó la mano muy cerca de su hombría. Él la miró y no cambió el semblante, le dio un trago a su bebida sin despegar los ojos de la chica; al separar el vaso se lamió los labios. La rubia se puso de puntillas acercándose a Andrew e intentó lamérselos también. Él, con la mano libre, agarró el cabello de la mujer impidiéndole que se acercara a su boca y, con sus ojos oscuros como la noche, la repasó de arriba abajo.

—¿Quieres jugar, preciosa?

—Me gustaría jugar contigo —ronroneó.

—Vamos dentro. —Se levantó y, cogiéndola por la cintura, traspasaron la cortina que separaba el local de las habitaciones privadas, donde sus clientes se divertían sin tabús. Entraron en una de las habitaciones. La luz tenue les daba privacidad entre esas paredes.

»Vamos a ducharnos. —Cogió un preservativo y lo dejó junto a los jabones de baño. Ella intentó, bajo el agua, besarlo, y él se retiró—. Nada de besos. —No quería olvidar que horas antes había robado uno de los labios de Sam. Quería conservar su roce. Ella asintió y se arrodilló frente a su erección tomándola entre sus labios y lamiéndola como si no hubiera nada más delicioso. Andrew soltó un gruñido y atrapó el cabello de la rubia indicándole el ritmo que necesitaba. Sus caderas se mecían sobre una boca que no dejaba de succionar y de darle placer. Se separó de ella con la mirada excitada.

»Ven aquí. —La levantó y la puso mirando a los azulejos del baño—. Apóyate con las manos y abre las piernas, voy a follarte. —Se puso el preservativo, acarició su columna y penetró en ella de un solo empujón. Ella jadeó de gusto. Las acometidas no cesaban, el placer aumentaba, entonces él cerró los ojos y la recordó. Ojos verdes, cabello rizado negro, labios gruesos. Era perfecta. Andrew estaba muy excitado pensando en Sam, tanto que cuando se corrió susurró su nombre. La rubia gritó de placer en ese momento recordándole que estaba en el club con una desconocida. Terminaron la ducha y salieron del baño—. Túmbate en la cama —le ordenó—. Abre las piernas y muéstrame cómo te excitas. —La rubia deseando repetir con ese hombre tan caliente, no dudó ni un instante en seguir sus palabras. Abrió las piernas y, mostrando su sexo rasurado, deslizó la mano entre sus pliegues. Andrew, sentado desnudo en un butacón, agarró su erección con firmeza, acariciándolo de la base a la punta sin perderse detalle de los movimientos de la mujer. Cuando estuvo de nuevo lo suficientemente excitado, volvió a ponerse un preservativo y se dirigió a la cama—. Date la vuelta.

Puso una almohada bajo las caderas de la rubia y acarició su ano vertiendo lubricante en él e introdujo su dedo haciéndola exclamar de placer. Cuando estuvo preparada le folló el culo con ansia, sin descanso. Mordiéndose el labio inferior y, al pensar de nuevo en Sam, se corrió con un sonido grave surgiendo de su pecho. La rubia le acompañó en el orgasmo y se desmoronó sobre el colchón intentando recuperar el aire.

Andrew salió de su interior, se quitó el preservativo y lo tiró en la papelera del baño. La chica

lo miraba seductoramente desde la cama.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre. —Él la miró sin pronunciar palabra.

—Es tarde y quiero estar solo.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Volveremos a vernos?

—Suelo venir por aquí. Quizás volvamos a coincidir, nunca se sabe. Ahora, vístete y lárgate, voy a darme una ducha.

—¿Quieres que entre contigo y te froto... la espalda? —Parpadeó intentando convencerlo.

—No. Cuando salga no quiero que estés aquí. Lárgate ya.

Sin más, entró en el baño y cerró la puerta tras él. Bajo el chorro caliente, apoyó las manos en los azulejos, dejando que la presión del agua cayera directamente en sus cervicales. Había estado bien el sexo con la rubia; pero, como le pasaba desde hacía años, no era lo que buscaba. No era más que el desahogo que necesitaba en ese momento.

Salió del local bien entrada la madrugada. Llegó a su casa, cerró despacio y, al ir hacia las escaleras, vio luz en la cocina, así que, sin hacer ruido, se dirigió hacia allí. Se apoyó en el marco de la puerta y observó los rizos negros recogidos en un moño suelto. Algunos mechones habían escapado y caían delicadamente por su espalda. Llevaba un camisón corto, dejándole observar unas largas y torneadas piernas hasta llegar a unos pequeños y delicados pies, puesto que estaba descalza.

Andaba haciendo algo con el horno y estaba tan concentrada que no se percató de que estaba siendo observada. Despacio, fue acercándose a ella hasta pararse muy cerca de su espalda. En ese momento, Sam sacó la bandeja del horno y la dejó sobre la encimera de la cocina, entonces se giró.

—¡JODER! Qué susto. —Puso sus manos en el pecho intentando calmar su corazón que latía desbocado tras el sobresalto que se acababa de llevar—. Lo siento. ¿Te he despertado? —Cambió el tono de voz al darse cuenta de que era él y no un ladrón.

—No. Acabo de llegar. ¿Qué estás haciendo?

—Me he desvelado..., aunque no recuerdo cómo acabé en la cama, pero estaba tan cansada... En fin, pensé en hacer unas magdalenas para desayunar mañana y así agradeceros que me deis esta oportunidad. —Se estiraba el filo de su camisón para taparse un poco más—. No esperaba ver a nadie levantado a estas horas. —Él sonrió al notar su rubor

—No era necesario, Samantha. Aunque te diré que soy goloso por naturaleza. ¿Puedo probar una?

—Deberíamos esperar a que se enfríen. —Se mordió el labio inferior—. Pero si te apetece...

—Me apetece. —Su voz sonó un poco más ronca que hacía un momento. Alargó su brazo, teniendo a Sam acorralada entre su cuerpo y la encimera, y ella sintió su calor, era tanta la proximidad que incluso pudo olerlo a placer. Se sonrojó por la cercanía, pero no se movió. Él volvió a ponerse frente a ella y mordió la magdalena mirándola directamente a los ojos—. ¡Joder, qué buena! —exclamó sorprendido—. Tiene chocolate por dentro. —La miró boquiabierto.

Sam sonrió satisfecha, ella sabía que le salían deliciosas.

—Te ha quedado un poco de..., tienes un poco de chocolate en... —Sin pensar pasó su pulgar por el labio inferior de Andrew retirándole el dulce que le había manchado el labio y la barbilla lamiéndolo por inercia. La mirada de Andrew se oscureció—. Lo siento, no debería..., creo que es mejor que me vaya a la cama... a dormir —balbuceó, abrumada por su mirada.

—Sí, yo también voy a... dormir. ¿Subimos?

Ella asintió, guardó los paños en el cajón y, apagando la luz, salieron de la cocina. Cuando

llegaron al pasillo superior, se despidieron con un «buenas noches» y cada uno entró en su cuarto cerrando las puertas a sus espaldas.

Andrew suspiró. Esa mujer era pura sensualidad, pero era la niñera de su hija, con la única que Maggie se había sentido cómoda. No podía ser. Debía mantener las distancias con ella.

El cuerpo de Sam temblaba, nunca había experimentado nada igual cerca de un hombre, pero no podía sentirse atraída por su jefe, ¿verdad? No, no debía de ningún modo. No podía perder ese trabajo, no podía volver de nuevo a la calle, y estaba Maggie, le gustaba esa pequeñaja y se divertía con sus ocurrencias. Tenía que ser más profesional e intentar evitar a su jefe todo lo que fuera posible si quería conservar la cordura. Además, era mayor que ella y seguro que tenía a cualquier mujer que quisiera, era un hombre muy atractivo. Suspiró. «Demasiado atractivo para su salud», pensó.

Después de una noche de lo más desaprovechada, su puerta se abrió y un cuerpo de risas y gritos empezó a saltar sobre su colchón.

—¿Has hecho magdalenas, has hecho magdalenas!

—¿Las has probado? —le preguntó mientras abría los ojos y se enderezaba en la cama cogiéndola por la cintura y sentándola a su lado.

—Papi dijo que teníamos que esperar a que bajaras, pero no bajabas, y te he venido a despertar.

—Pero ¿qué hora es?

—Las siete.

—Pero hoy es sábado... ¿Qué haces despierta tan temprano? Hoy no hay cole y anoche te acostaste tarde.

—Me desperté... —Sam vio cómo su mirada se entristecía—. Siempre me pasa. Papi también me dice que tengo que dormir más, pero...

—¿Qué pasa, Maggie?

—No duermo mucho. No me gusta dormir... Tengo miedo cuando duermo.

—¿Tienes pesadillas? —La pequeña asintió cabizbaja. Sam no quería que toda esa alegría con la que llegó desapareciera, así que besó la mejilla de Maggie y le dijo—. Voy a darme una ducha y a vestirme. ¿Me esperas abajo? Vigila que tu papá no se las coma todas hasta que yo baje.

La niña sonrió y salió corriendo de su habitación gritando por las escaleras:

—Papiiiiiii, no te comas ninguna magdalena que Sam baja ahora y hay que esperar un poquito más.

Sam sonrió al oírla. Tenía que averiguar por qué tenía miedo a dormir. ¿Serían pesadillas? ¿Terrores nocturnos? Era algo que tendría que hablar con Andrew, ayudaría a esa niña como fuera.

En diez minutos estaba bajando las escaleras, se puso el vestido del día anterior y, descalza, se dirigió a la cocina donde una impaciente Maggie y un sonriente Andrew la esperaban sentados en la isla.

—Buenos días —saludó al sentarse junto a Maggie, frente a Andrew.

—Buenos días —respondió él serio.

—Siento no haber estado despierta cuando se levantó Maggie —se disculpó.

—No te preocupes, ya le cogerás el ritmo a sus horarios. Es tu primera mañana, es normal. Tenías que descansar. —Sam se sonrojó—. Ella suele dormir pocas horas.

—¿Podemos comer ya? Tengo hambre. —Los dos sonrieron al escuchar a la pequeña.

—Adelante. Vamos a empezar.

Cada uno cogió una magdalena y empezaron a desayunar.

—Papi, tienen chocolate, son mis preferidas. Sam, están muy ricas.

—Me alegro de que te gusten, otro día las podemos preparar juntas. ¿Quieres? —le preguntó

Sam con una sonrisa.

—Sí, sí, sí, papi, voy a hacer magdalenas. —Empezó a reírse cuando miró a su padre—. Papi, tienes chocolate en la barbilla.

Y, mientras su hija se la limpiaba con una servilleta, los ojos de Andrew atraparón la mirada de Sam, que se sonrojó al recordar algo parecido horas antes.

—Tengo que ir a trabajar. Portaos bien. Sam, en el mueble de la entrada hay dinero, tendrías que ir a comprarte algo más de ropa. Y luego, si queréis salir por ahí, utiliza esta tarjeta —dijo deslizándola frente a ella. Besó la cabeza de Maggie y se marchó.

—Gracias. Que pases un buen día —masculló con las mejillas encendidas—. ¿Qué quieres hacer hoy, Maggie? ¿Te apetece una mañana de chicas e irnos de compras?

—Vale y ¿luego podemos ir al zoo, *porfi*?

—Es un buen plan. Puedo hacer unos sándwiches para comer. ¿Tienes gorra? —La niña asintió—. Pues vete a por ella mientras yo lo preparo todo y nos vamos.

Una llamada a la puerta de su oficina hizo que despegara los ojos del ordenador, donde llevaba todo el día trabajando.

—Adelante.

—Señor Turner, la señorita Britany está esperándole.

—Hágala pasar, Mary. Y ya puede irse, es muy tarde.

—Gracias, señor, si no necesita nada más, hasta el lunes.

—Hasta el lunes. —¿Qué haría Britany allí a esas horas?

La rubia estilizada entró en el despacho. Cerró la puerta a sus espaldas y corrió el pestillo. Llevaba un abrigo de cuero negro que cubría todo su cuerpo hasta los tobillos y unos zapatos rojos con unos tacones de vértigo. Andrew la observaba en silencio. Despacio, deshizo el cinturón y, cogiendo la prenda por las solapas, la abrió lentamente para dejar al descubierto su cuerpo desnudo. Él no varió su expresión. Dejó caer el abrigo deslizándolo por sus brazos hasta que quedó en el suelo. Avanzó hacia él y, cuando estuvo a su lado, movió el sillón de Andrew para que quedara frente a ella. Se dejó hacer. La rubia se arrodilló frente a él y desató el cinturón, bajó la cremallera y acarició su miembro por encima del *boxer* negro que llevaba.

La mirada de Andrew se oscureció. Cogió la cintura de su pantalón y, junto con el *boxer*, los bajó hasta sus rodillas alzando los glúteos. Volvió a sentarse en su sillón, acomodándose, y esperó. La rubia se acercó a su miembro erecto y lo lamió de la base a la punta, rodeándola con sus labios la deslizó hasta el fondo de la garganta. Andrew gruñó cogiéndola por el cabello con un puño y marcando el ritmo que en ese momento necesitaba. La rubia repasaba las venas del pene rozándolo con los dientes, excitando así aún más a Andrew. Él, con la mano libre, abrió el cajón superior de su mesa y sacó un preservativo. Ella, que no perdía detalle de los movimientos que él hacía, comenzó a acariciarle los testículos mientras se apartaba para ponérselo. Se levantó del suelo y se subió a horcajadas sobre sus piernas, cogió su pene y lo introdujo de una sola vez hasta el fondo. Ambos jadearon.

—Cariño, ya te echaba de menos.

—No me llames así. Esto es solo un polvo, no lo olvides. Ese es nuestro acuerdo. —A la rubia le dolió el comentario, pero no lo demostró. Apoyó las manos en sus hombros y comenzó a cabalgarlo con ansia. Quería conquistarlo y, si tenía que ser a base de polvos, que así fuera. Intentó besarlo y solo consiguió una cobra tras otra. Hasta que, harto de la situación, Andrew sujetó su cadera y la mantuvo inmóvil—. Si vuelves a intentar besarme esto se habrá acabado.

¿Entiendes? Solo sexo, Britany. Sin sentimientos de por medio. Besar es algo muy íntimo para mí y no va a pasar. ¿Ha quedado claro?

Ella asintió mordiéndose el labio inferior, sin demostrarle la rabia que le había provocado con sus palabras. Él volvió a moverse, rotando sus caderas logrando que su pene rozara partes de su interior que la hicieron estallar en un orgasmo increíble. Dos embestidas más y Andrew se corrió también. La rubia tenía la respiración entrecortada y apoyó la frente en su hombro.

—Ha estado bien, ¿verdad?

—No ha estado mal. Levántate, he de quitarme el preservativo.

—Claro...

Andrew se levantó, fue hasta el baño y cerró la puerta al entrar. Se quitó el condón y, anudándolo, lo tiró en la papelera. Se apoyó en el lavamanos mirándose en el espejo. Había sido un buen polvo, pero nada más. Siempre quedaba ese vacío en él después de follar.

Se aseó, adecentó su ropa y salió de nuevo a su oficina. La rubia volvía a llevar puesto su abrigo y estaba sentada en uno de los butacones con las piernas cruzadas.

—¿Querías hablar de algo más, Britany? Es hora de cenar y me iba a casa cuando has llegado.

—Podríamos hacerlo juntos. Lo de ir a cenar. Hace tiempo que no salimos por ahí los dos solos.

—¿Tengo que recordarte que soy padre? ¿Que tengo unas responsabilidades?

—No, claro que no. Pero tienes a Molly, que puede cenar con ella, mientras yo secuestro a su padre por un ratito. —Intentó ser seductora, pero para Andrew no lo era.

Era una mujer muy atractiva, pero también egoísta, manipuladora y egocéntrica. Follar con ella no estaba mal, pero no iba a desperdiciar su tiempo pudiendo estar con su hija y, de paso, con Sam.

—Eso no va a pasar.

Britany intentó ocultar su decepción.

—¿Nos veremos pronto en el club?

—No lo sé. —Empezaba a fastidiarle el acoso de esa mujer—. Es hora de irnos. Señaló la puerta mientras cogía su chaqueta de la percha.

Ella entendió que no conseguiría nada más de él en ese momento, así que se levantó y salió muy digna de la oficina sin volver la vista atrás. Andrew cerró y volvió a su casa.

Cuando entró en su hogar, oyó a su hija reírse como hacía tiempo que no la oía y, dejando el maletín y la chaqueta en la entrada, siguió el sonido hasta el porche trasero.

Sonrió al verlas tan enfrascadas en maquillarse la una a la otra. Pero no con rímel y pintalabios como las chicas se maquillaban, no. Ellas estaban pintándose como si fueran animales salvajes.

Sam parecía una cebra con tantas rayas blancas y negras, a Maggie no la podía ver porque estaba de espaldas a él. Ella se dio cuenta de que las estaba mirando y se sonrojó mientras le decía algo al oído a la niña.

—¡Papiiiii! —Maggie se giró y fue corriendo a abrazar a su padre, que la cogió en volandas riendo con ella.

—¡Madre mía! Pero si tengo en los brazos a una preciosa monita.

—Hemos estado en el zoo y ¿sabes qué? Hemos visto cómo les daban de comer a los monos, había pequeñitos con sus mamás. Son tan bonitos, papi. ¿Sabes? Han comido fruta; plátanos, sandía... y luego se tocaban el culo, son unos cochinos. —Rio a carcajadas. Su padre la miraba con adoración—. Sam me ha regalado este peluche de un bebé monito.

—Es muy chulo. ¿Y por qué Sam es una cebra?

—Porque yo no sé dibujar mucho y Sam ha dicho que las cebras, como eran solo rayas, seguro

que me quedarían bien. ¿A que está guapa?

Sam se sonrojó aún más al escuchar la respuesta que le dio a su hija, mirándola fijamente a ella:

—Está preciosa. —Carraspeó volviendo su atención a Maggie—. Eres toda una artista.

—Hemos visto elefantes, jirafas, lobos... y nos hemos comido unos sándwiches de pavo y ensalada con mayonesa que estaban muy ricos y un zumo, Sam lo ha preparado todo, y nos lo hemos pasado muy bien. ¿Tú qué has hecho?

—Cosas de la oficina, cariño; pero, si llego a saber lo bien que te lo ibas a pasar tú, hubiera ido al zoo con vosotras sin dudarlo.

—Pues mañana podríamos ir al parque de atracciones, sería divertido y estaríamos juntos. —Lo abrazó fuerte con sus pequeños bracitos. Andrew la estrechó contra su pecho.

—Vamos a cenar un poco, a dormir temprano y mañana al parque de atracciones.

—¡Síiiii! ¡Al parqueeee! Sam, ya verás qué divertido.

—Seguro que lo será. Voy a preparar la cena y luego te baño, ¿sí?

—Sam, no te preocupes, hoy la bañaré yo. ¿Quieres, peque?

—Sí, báñame tú, papi.

—Ahora volvemos, Sam, voy a bañar a esta monita. Agárrate fuerte, Maggie, vas a ir volandooooo.

Entre carcajadas entraron en el baño, y Sam se dirigió a la cocina para preparar la cena. Mientras terminaba de hacerse se limpió la cara de pintura. Al rato, padre e hija volvieron cogidos de la mano, Maggie ya llevaba el pijama puesto y seguía contándole lo que habían visto en el zoo. Sam sirvió la tortilla que había preparado con ensalada de acompañamiento, y se sentaron a cenar.

Fue un rato agradable, charlando y riendo con las ocurrencias de la pequeña de la casa. Llegó la hora de acostar a Maggie y le pidió a su padre que la llevara él y que le contara un cuento. Su padre sonrió y aceptó a la demanda de su hija.

—Hoy ya la llevo yo a la cama, Sam. Puedes acostarte cuando quieras.

—Gracias, Andrew. Buenas noches, monita, hasta mañana.

Maggie le dio un abrazo, un beso en la mejilla y se fue a la cama acompañada de su padre.

—Buenas noches, señorita cebra —se despidió con una gran sonrisa.

Sam terminó de recoger la cocina y se fue a su habitación. Se dio una ducha rápida, luego se puso el camisón y se acercó a la estantería. Empezó a leer el lomo de los libros hasta que se decidió por uno. Se acomodó en la cama y comenzó la historia, un rato de lectura le vendría bien. Enseguida se durmió profundamente.

El día en el parque fue uno de esos que Sam estaba segura que atesoraría en su mente y en su corazón eternamente. Miradas, pequeños roces, sonrisas y la sensación de que algo sucedía entre ellos. Maggie estaba encantada con sus atenciones en todo momento. Así que el día fue increíble para los tres.

Al llegar a casa, Sam vio la oportunidad de hablar con Andrew mientras Maggie miraba los dibujos en la televisión.

Llamó con los nudillos en la puerta de su despacho.

—Andrew, ¿podemos hablar?

—Claro, pasa. ¿Sucede algo?

—Me gustaría hablar de Maggie, si te parece bien.

—¿Qué ocurre?

—Quisiera saber el motivo de sus pesadillas, cada vez son más continuas. Quiero ayudarla,

pero no sé qué camino he de seguir.

—¡Sus pesadillas! Hace tres años que las padece, ha hecho terapia, pero no hemos sacado nada en claro, solo que su madre tiene algo que ver. Según los terapeutas, únicamente podemos esperar a que un día desaparezcan.

—Pero eso es horrible..., me da tanta pena verla despertar de esa manera y no saber qué hacer para aliviarla.

—Antes de que te conociera era una niña alegre, pero solitaria. Sin embargo, desde que llegaste a su vida —remarcó—; ríe, juega con los críos en el colegio y en el parque, yo creo que la estás ayudando. Igual conseguimos que las pesadillas acaben.

### 3

Una tarde, tumbadas en la cama mientras Sam le leía un libro, la miró.

—Maggie, ¿puedo preguntarte una cosa? —La niña, mientras acunaba a su muñeca preferida, asintió—. ¿Quieres contarme lo que pasa por las noches? —Notó su cuerpecito tensándose—. A mí a veces también me pasa, ¿sabes? —Maggie la miró intrigada—. A veces soñamos cosas malas que nos hacen tener miedo, pero no son de verdad porque luego nos despertamos y desaparecen. —La pequeña volvió a asentir con su cabecita—. Sin embargo, a veces nos pasan cosas cuando estamos despiertos y por la noche mientras dormimos las recordamos y vuelven a asustarnos. ¿A ti te ha pasado? —Vio una lágrima caer por su mejilla—. Cariño..., no pasa nada, ¿vale? —La abrazó para protegerla, y Maggie rodeó con sus bracitos el cuello de Sam.

—Fue mami... —Su voz fue apenas un susurro—. Ella me gritaba cuando papi no estaba. Y me dijo que se iba por mi culpa. Yo no quería que se fuera. —Sollozando, apretó más sus bracitos. Sam acarició su espalda para calmarla.

—Ssshhh, ¡mi niña! No llores, seguro que no fue por tu culpa. Los mayores a veces hacemos y decimos cosas sinsentido.

Tragó el nudo que se había formado en su garganta. ¿Cómo una madre podía ser así con su hija? Recordó lo mucho que la había querido la suya y lloró en silencio el dolor de ambas. Después de ese día, Maggie durmió mejor. Era como si se hubiera quitado de encima un gran peso al decirlo en voz alta y todos los de la casa lo notaron.

Fueron pasando las semanas y Sam se sentía feliz en aquella casa. No había coincidido demasiado con Andrew y lo agradecía, ese hombre la ponía muy nerviosa. La miraba de una manera como nadie había hecho jamás y, al mismo tiempo que las mariposas revoloteaban por su estómago, estaba asustada por sentir las. Él era su jefe. Sabía que salía de noche y seguramente no lo hacía sin la compañía de alguna belleza colgada de su brazo..., y eso le dolía. Era pura contradicción.

Hacía ya un buen rato que estaba acostada y se despertó bien entrada la noche, miró el reloj de la mesilla y vio que eran las cuatro de la mañana. Bueno, era más de lo que solía dormir. Se puso la ropa interior, se vistió con unos vaqueros y una camiseta que había comprado el día anterior y, sin hacer ruido, bajó descalza las escaleras y entró en la cocina.

Pensó en los ingredientes que necesitaba y se puso a buscar por los armarios de la cocina. Cuando los tuvo todos sobre la encimera, cogió un bol, el batidor y empezó su tarta.

El horno ya estaba con la temperatura apropiada, cuando estaba a punto de coger la fuente con la mezcla oyó una voz a su espalda y se giró sobresaltada.

—¿No puedes dormir?

—Andrew, me has asustado. Lo siento, ¿te he despertado?

—No lo has hecho. Me desperté y bajé a por un vaso de agua.

—Yo te lo pongo.

—Veo que ya estás vestida. —La miró de arriba abajo repasando sus curvas.

—Sí. —Se sonrojó—. No tenía sentido no vestirme, no iba a dormir más. —Le acercó el vaso y sus dedos se rozaron sintiendo una descarga tal como la primera vez.

—¿Por qué, Sam? ¿Por qué no duermes?

—No es fácil dormir mucho y seguido cuando tienes que estar alerta para sobrevivir, en la calle me acostumbré a dormir poco. —Abrió el horno y sacó la fuente.

—¿Te sientes bien conmigo?, con nosotros, quiero decir. Hace muy poco que estás aquí, pero ¿te sientes a gusto en casa?

—Te estoy muy agradecida por sacarme del parque y darme un techo y un trabajo. Tu hija es un cielo y me gusta pasar el tiempo con ella. Me habéis tratado como a un ser humano y no como a un despojo de la sociedad. Es de agradecer, ¿sabes? Me siento como si perteneciera a un lugar y, sí, me gusta mucho estar aquí.

—Me alegra oír eso. ¿Qué has preparando esta noche?

—Una tarta de manzana.

Andrew cerró los ojos y aspiró.

—Es un aroma delicioso —dijo mirándola fijamente.

Estaban tan cerca de nuevo que Sam empezó a ponerse nerviosa. Él la ponía cardiaca, le atraía demasiado. Tenía que parar eso que sentía antes de que se le fuera de las manos.

Se acercó al fregadero para lavar los cacharros que había utilizado y dejarlos limpios. Pero antes incluso de abrir el grifo lo sintió a su espalda, cerca, muy cerca de su cuerpo. Su calor le llegaba y penetraba a través de la ropa rozando su piel, provocándole un estremecimiento.

Él puso una mano a cada lado de su cuerpo, apoyándose en el fregadero, dejándola acorralada entre él y el mueble, aunque sin tocarla.

—¿Podré probarla el primero?

Esa voz tan cerca de su cuello le hizo perder la cabeza y se giró poniéndose cara a cara con Andrew. Despacio, subió sus manos y acarició sus mejillas enmarcando su rostro, se acercó y besó delicadamente sus labios. Él la tomó por la cintura y profundizó el beso. Entreabrió los labios, y Andrew aprovechó la ocasión para introducir su lengua acariciando la de ella, volviéndose el momento más apasionado en la vida de Sam, que lo agarró por la nuca acercándolo más a ella, si eso era posible.

Se separó de golpe con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, yo no... Esto no está bien...

—Sam...

—Esto no tenía que pasar... Lo siento. —Lo esquivó y salió corriendo por las escaleras encerrándose en su habitación.

—¡Joder!

Andrew se sentó en uno de los taburetes y se pasó la mano por la cabeza revolviéndose el cabello. No quería acercarse de esa forma, pero no pudo evitarlo. Samantha le atraía. Su cuerpo le llamaba y pudo comprobar que ella sentía lo mismo por él. ¿En qué estaba pensando? Era la niñera de su hija. Trabajaba para él y apenas se conocían. Si quería follar, ese no era el lugar. Para eso estaba el Experience. Pero con ella..., tenía que salir de allí. Apagó la luz de la cocina y subió a su habitación, se vistió y salió de su casa. Necesitaba follar y olvidarse de Sam.

Sentado en la barra del Experience, con un *whisky* frente a él, observaba a las mujeres del local. Se fijó en una morena de pelo rizado con ojos oscuros que le estaba mirando desde un reservado. Ella sonrió, él hizo un leve gesto y se levantó dirigiéndose a las habitaciones tras la cortina. La mujer lo siguió. Una vez dentro, Andrew la cogió poniéndola de cara a la pared. Mordió su nuca y rozó sus pezones con los pulgares, ella instintivamente movió sus caderas hacia atrás para rozar la erección de su acompañante, el cual puso la mano en la pierna de la mujer y, arrastrándola hacia arriba mientras acariciaba su piel, le subió la falda. Con un certero tirón le

rompió la ropa interior y pasó su mano por los pliegues calientes y húmedos de la extraña. Ella jadeó al notar cómo introducía dos dedos en su vagina y marcaba un ritmo frenético.

—¿Te gusta?

—Sí, sí..., no pares, no pares.

—No voy a parar, lo voy a intensificar. ¿Quieres que te dé placer?

—Por favor, sí...

—No quiero que hables ni que te gires. Si lo haces, pararé. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—¿Sí qué? —preguntó parando el movimiento de sus dedos.

—No diré nada y no me giraré, pero, por favor, no pares.

Volvió a moverlos en su interior haciéndola jadear de nuevo. Con la otra mano cogió un preservativo, saco su pene erecto de los pantalones, rompió el envoltorio con los dientes y se lo puso. Sacó los dedos y de una sola embestida entró en la mujer hasta el fondo. Cogió en un puño los rizos negros y bombeó en su interior frenéticamente. En su mente esos ojos verdes. Esos labios gruesos. Esa lengua aterciopelada. Ese beso ardiente y necesitado. Sí, no iba a mentirse a sí mismo. Ese beso había sido toda una sorpresa para él. Andrew no se besaba con nadie. Sin embargo, con Sam no quiso evitarlo, no sabía el motivo, pero ella era distinta. Primero, porque fuera ella quien se lo diera y, segundo, por todo lo que sintió con él. ¿Cómo sería hacer el amor con Sam? ¿Hacer el amor? Él no hacía el amor, él follaba, eso era lo que estaba haciendo en ese momento. Viendo los rizos negros, pudo imaginar que su acompañante en ese momento era Sam y apremió las acometidas imaginándola en esa posición.

—Córrete, preciosa. —Ella jadeó fuera de sí apretando su pene con los espasmos del orgasmo. Él embistió dos veces más y se desahogó otra noche. Salió de ella y se deshizo del preservativo adecentándose la ropa, ni siquiera se había desnudado. Esa noche se ducharía en casa, quería estar allí, cerca de ella, aunque no la viera—. Ha estado bien, hasta otra.

Esa fue la despedida que le dio a la extraña y salió de aquel lugar que últimamente no le dejaba tan buen sabor de boca como antes. Y todo eso se debía a alguien, alguien que tenía nombre de mujer; Samantha.

Llegó un poco antes de las nueve de la mañana y se encontró a Maggie y a Sam desayunando en la cocina.

—Buenos días —saludó serio.

—Papi, casi no llegas, vamos a ir al parque a patinar. ¿Vienes con nosotras? Venga, *porfis*..., pero primero tienes que desayunar porque si no te puedes poner malito. Rubén, ese niño de mi clase, no desayunó y luego le dolía la tripa.

Sam sonrió por la verborrea de la pequeña.

—Buenos días, Andrew —saludó sonrojada, recordando su desliz al besarlo.

Él la miró, pero no dijo nada. Se giró dándole la espalda y se sirvió un café.

—Papi, esta tarta está buenísima. ¿Quieres un trocito?

Andrew no podía negarle nada a su hija y menos si se lo pedía en ese tono zalamero. Se acercó y aceptó el trozo que le ofrecía.

—Está muy bueno.

—Eso díselo a Sam, lo ha hecho ella. —Se rio.

Él la miró y la alabó:

—Eres una buena repostera, Sam.

—Muchas gracias, Andrew.

—¿Nos vamos?

—Síííí, voy a por la chaqueta. —Maggie salió corriendo de la cocina dejándoles en un silencio incómodo.

—Andrew, quizás prefieras ir solo con Maggie. No quisiera provocar incomodidad. Siento mucho lo de antes, no sé lo que me pasó. No debería haber ocurrido y te prometo que no volverá a suceder.

—¿No volverá a suceder, Sam? —preguntó acercándose a ella—. ¿No lo sentiste? Yo creo que sí. ¿Estás asustada? —Ella se sonrojó—. Te voy a contar un secreto, yo sí estoy asustado. Pero tienes razón. —Se apartó de ella—. Es mejor que no vuelva a suceder. Ahora, prepárate, vamos a pasar el día con mi hija y espero que se divierta. Voy a darme una ducha, en diez minutos nos vamos.

Aquel día pasó y las semanas siguieron transcurriendo, Sam cada día estaba más integrada en la vida de Maggie. Estaban muy unidas, pero con Andrew la historia era diferente. Él se mostraba respetuoso manteniendo las distancias. Hablaba poco con Sam y cuando lo hacía exclusivamente hablaba de su hija. Habían creado un muro infranqueable y ambos respetaban que estuviera allí.

Sam y Molly pasaban muchas horas juntas y se hicieron grandes amigas. Sin embargo, Andrew seguía distante y, aunque lo agradecía, le gustaba verlo. Era recordar el beso que se habían dado ya hacía meses y aún le temblaban las rodillas.

—Sam, acuérdate de todo lo que te he dicho, no será complicado porque ya adelanté muchas cosas antes del viaje —comentaba la nana, mientras preparaba su maleta.

—Molly, tranquila, tengo anotado todo lo que me dijiste. Está todo bajo control. Relájate y disfruta con tu familia estos días, yo me encargaré de que el fuerte resista hasta que vuelvas. —Sam sonreía al verla nerviosa por hacer ese viaje, apoyada en la cómoda de la habitación.

—Tengo tantas ganas de estar con mis hermanas, ya hace casi medio año que no nos vemos. Es duro tenerlas tan lejos.

Sam asintió. Ella no tenía familia, bueno, estaba él, pero no tenía ningún deseo de volver a pisar Chicago ni de volver a verlo. Cuando se fue de su ciudad, lo hizo sabiendo que no le quedaba nada por lo que regresar. En ese momento su familia estaba formada por esas personas con las que compartía techo, a las que había cogido mucho cariño.

—¿Tú no echas de menos a tu familia? Nunca hablas de ellos.

—No me queda nadie, Molly. ¿Para qué recordar que el tiempo me ha dejado sola en esta vida? Prefiero pensar en el día a día, es más fácil de llevar que recordando.

—Pues yo ya estoy preparándome para cuando me jubile.

—Para eso aún te queda mucho, Molly.

—No te creas que tanto. Un año y medio y volaré a Nueva Orleans para quedarme. Mi hermana Mary tiene una habitación preparada para mí desde hace años. Si por ella fuera estaría allí desde que compró su casa. Pero a mí me gusta estar aquí con Maggie, Andrew y ahora contigo. Sois mi pequeña familia en esta ciudad.

—Eres lo más parecido a una madre que he tenido desde hace años, te voy a echar de menos estas semanas.

—Niña, que me vas a hacer llorar. Anda, anda, vete a buscar a Maggie para que me despida que casi es la hora de irme.

—Que tengas un buen vuelo. Nos vemos a tu vuelta. —La abrazó y sintió la calma que esa mujer le transmitía.

—Portaos bien.

Después de la escuela, Maggie y Sam estuvieron en el parque donde la pequeña disfrutaba corriendo por el césped, perseguida por su niñera. Habían logrado una buena conexión entre ellas.

Sam sabía que la madre de la pequeña la había abandonado cuando apenas tenía tres años y había averiguado que ese era el motivo de las pesadillas de la niña. Las noches que despertaba con sus gritos de terror entraba en la habitación, se tumbaba en la cama, abrazándola, mientras con palabras de cariño lograba calmarla. Maggie se aferraba a ella y así amanecían juntas muchas mañanas. Al principio, se sorprendió de que Andrew no acudiera a las llamadas de su hija. Luego averiguó el motivo: él pasaba gran parte de las noches fuera de casa y solía llegar poco antes del amanecer.

No habían vuelto a coincidir en la cocina, a pesar de que ella seguía horneando de madrugada. Lo oía entrar, subir las escaleras y cerrar la puerta de su dormitorio, manteniendo las distancias.

Todas y cada una de las noches esperaba a que entrara por la puerta de la cocina, pero no sucedía. Era consciente de que tenía que ser así. La atracción que sintió los primeros días en esa casa no había hecho más que aumentar, a pesar de evitarse todo lo humanamente posible para dos personas que compartían un mismo espacio.

Preparó la cena y, como era costumbre durante las últimas semanas, cenaron solas. Acostó a Maggie, le contó un cuento y, cuando la pequeña se durmió, se fue a la cama. Un rato después oyó que alguien llamaba a la puerta principal. Se puso una bata sobre el camisón y bajó a averiguar quién era antes de que el ruido despertara a la pequeña.

Al abrir la puerta no podía creerse lo que veía.

—¿Andrew? —Su jefe llegó a casa bebido, Sam lo observó y luego se fijó en el hombre que lo sostenía—. ¿Qué ha pasado?

—Que el bueno de Andrew se ha excedido esta noche con el *whisky* escocés. Hola, soy Connor, Connor Demon —se presentó.

—Soy Sam. Pasad. —Se apartó de la puerta para dejarlos entrar.

—¿Tú eres Sam? ¿Y la buena de Molly? —preguntó soltando a su amigo en el sofá.

Asintió a la primera pregunta y respondió a la segunda.

—Molly está de vacaciones con su hermana. —Los miró sorprendida y, observando con atención a su jefe, comentó—: Nunca le había visto borracho.

—Ahora ha perdido mucho, hace unas horas estaba de lo más gracioso. —Le guiñó el ojo mientras sonreía.

Dejaron a su jefe durmiendo la borrachera en el sofá, y ellos fueron a la cocina.

—Connor, ¿te apetece un café?

—Me encantaría, y a Andrew le hará falta cuando despierte. —Connor se sentó frente a la isla en uno de los taburetes, mientras Sam preparaba el café. La observó. Se mantuvieron en silencio. Ella pensaba cuál habría sido el motivo por el que Andrew se había emborrachado de esa manera. Cuando le puso una taza delante de Connor, este le preguntó—: ¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Cuatro meses, más o menos. —Le acercó el azúcar.

—¿Cuatro meses? Vaya.

—Cuido de Maggie y ayudo a Molly en las tareas de la casa.

—¿Así que eres la niñera? ¿Cuatro meses?

—Sí. No sé por qué te sorprendes. —Sam no entendía qué le pasaba a ese hombre con el tiempo que llevara ella allí o no—. ¿Sabes si le preocupa algo? Nunca lo había visto bebido desde que lo conozco.

—Cuando yo llegué al club ya iba bastante alegre, decía cosas que no tenían mucha lógica, aunque algunas las voy entendiendo. —La observó con una sonrisa, pero no aclaró sus palabras. Terminó su café y se levantó—. Tengo que irme ¿Quieres que te ayude a subirlo a su habitación?

—Sí, por favor. Si no se pasará la noche en el sofá y se levantará peor que si solo fuera de

resaca. Por lo menos que descanse en su cama, aunque se tenga merecido lo de levantarse fatal. ¿Cómo se le ocurre beber hasta perder el sentido?, tiene una hija pequeña. ¡Por el amor de Dios!

Connor sonrió al escucharla enfadada con su amigo, a la vez que se preocupaba por él. Subieron hasta la habitación, lo tumbaron en la cama y, disimulando el motivo de su pregunta, se fijó en la reacción de la preciosa mujer que tenía a su lado.

—¿Lo desnudas tú? ¿O prefieres que lo haga yo?

Sam, se sonrojó a nivel rojo intenso.

—Si no te importa hacerlo, te espero fuera. —No esperó a que le afirmara que se ocuparía de su jefe, salió de la habitación cerrando la puerta mientras escuchaba las carcajadas del hombre.

—¡Vaya, vaya, amigo! Qué calladito te lo tenías. Así que la mujer de rizados negros vive en tu casa —murmuraba mientras lo desnudaba. Lo dejó con el *boxer* puesto y lo tapó con el edredón—. Pues no me extraña que estés como una cuba, es una belleza, toda una tentación para un hombre como tú. —Salió de la habitación y se encontró con el gesto preocupado de Sam—. Está frito, no creo que te dé problemas esta noche, aunque deberías estar alerta por si se pone peor. Ahora debo irme. ¿Estarás bien con esto?

—Sí, sí. No te preocupes, no suelo dormir mucho, así que no hay problema.

—Bien. No hace falta que me acompañes a la salida, conozco el camino. Buenas noches, Sam, hasta otra.

—Buenas noches, Connor, y muchas gracias por traerlo a casa.

Oyó cómo se cerraba la puerta de la calle y suspiró. Se acercó a la cama de Andrew, se agachó al nivel de su cara y lo observó, últimamente no tenía muchas oportunidades de observarlo y mucho menos desde tan cerca. Tenía el ceño fruncido y pasó un par de dedos por él, relajándole la expresión. Se acercó un poco más y, cuando sus labios estaban casi rozándose, se paró.

Sus respiraciones, por un instante, se entremezclaron, y Sam tuvo la necesidad de cerrar los ojos para sentirlo más cercano y así poder recordar el calor de su boca. Andrew abrió los ojos en ese momento. No se podía creer que su obsesión estuviera frente a él, sería un sueño como le sucedía cada noche, sentía que seguía ebrio, así que no desaprovechó la proximidad de su ilusión y la besó. Sam se sorprendió, pero era tanta su necesidad de él que no pudo negarse a sentirlo una vez más.

Andrew acarició los rizados de su nuca profundizando esa sensación que estaba experimentando. No quería que acabara. Pero, como en todos sus sueños, ella se separó, se disculpó y se alejó. Siempre se quedaba queriendo más. Unos instantes después, volvió a perder la conciencia.

Se despertó casi desnudo con una resaca horrible. ¿Cómo había llegado a casa? Estaba en su habitación, en su cama y solo. ¿Quién lo había desnudado? ¿Habría sido Sam? Se puso un pantalón de pijama y una camiseta de manga corta negra que se le ajustaba al torso marcando su musculoso cuerpo y entró en el baño a lavarse los dientes, necesitaba quitarse el amargor en su boca, luego bajó a la cocina. Estaba de mal humor, muy enfadado. Otra puta noche y otro puto sueño que le había dejado con ganas de más, aunque esa vez creyó firmemente que la había saboreado, sabía que era imposible, una mera ilusión en su sueño ebrio y el enorme dolor de cabeza no presagiaba un buen día. Entró en la cocina y se encontró con Sam de frente.

—Buenos días —gruñó. Cogió una taza, se sirvió un café y se dirigió a uno de los armarios cogiendo un paracetamol que se tomó de espaldas a ella—. ¿Maggie? —preguntó por su hija.

—Está en la escuela. ¿Va todo bien, Andrew? Te noto tenso.

—No, nada va bien, Sam. La cabeza me va a estallar en cualquier momento. —Se mordió el labio. No podía decirle que era culpa suya cómo se sentía él. Ella no era responsable de que estuviera obsesionado con poseerla de todas las formas imaginables—. Creo que ayer bebí demasiado —se disculpó cambiando el tono de su voz.

—No llegaste demasiado bien, no. —Sonrió al recordar en el estado en el que estaba—. Te traje un amigo tuyo, Connor.

—Connor. ¿Él me trajo aquí? —Miró su boca.

—Me ayudó a subirme a tu habitación y te desnudó para que estuvieras cómodo.

—Claro, Connor...

El timbre de la entrada sonó. Sam se levantó para abrir la puerta.

—Disculpa. —Llegó a la entrada y al hacerlo no le dio tiempo a preguntar nada, una rubia estilizada entró arrasando con ella sin ni siquiera mirarla—. Molly, ¿Andrew está en casa? —preguntó sin mirarla aún mientras se sacaba la chaqueta.

—Mi nombre es Samantha y, como podrá comprobar, no soy Molly. Andrew está desayunando en estos momentos. ¿A quién debo anunciar?

La rubia giró su cuerpo para encararse con esa dulce voz que le puso los pelos de punta. Se encontró frente a una preciosa joven de cabello negro y rizado recogido en una coleta alta. Unos maravillosos ojos verdes que la miraban con recelo y unos labios gruesos que parecían apretados en una fina línea. ¿Esa mujer estaba bajo el mismo techo que Andrew? ¿De qué le sonaba ese rostro?

—Soy Britany. Una muy buena amiga de... tu jefe. ¿No deberías tratarlo de señor? Me parece una grosería que lo tutees.

—Britany, qué sorpresa. ¿Cómo tú por aquí? —Las sorprendió Andrew a ambas antes de que Sam respondiera, en ese momento ambas se retaban con la mirada.

—Hola, amor —dijo acercándose seductoramente a Andrew—. Me dejaste preocupada anoche, te fuiste con ese amigo tuyo que solo sabe meterte en problemas y no respondías al móvil. —Le acarició la mejilla.

Andrew vio la expresión de Sam cuando cerró la puerta. ¿Celos? No. Ella no sentía nada por él, así que decidió dejarle claro que no la necesitaba para nada, que no le importaba, que podía follar con quien quisiera, a todas, a todas menos a ella...

Cogió por la cintura a Britany y rozó la erección que le provocaba pensar en Sam sobre su

pelvis, haciendo un giro de caderas de lo más obsceno a la vez que sensual. Britany no desaprovechó la ocasión para rodear el cuello del hombre que la volvía loca besádoselo con desesperación.

Andrew fijó su mirada negra en Sam. Ella gimió cubriéndose la boca con una mano devolviéndole el contacto visual con una diferencia; estaba llorando. Él entrecerró los ojos. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué estaba llorando? ¿Le estaba haciendo daño? Sam se secó las lágrimas con el dorso de la mano justo a tiempo para que la rubia no las viera, pues en ese momento se giró.

—¿Te vas a quedar a mirar, bonita? ¿No tienes que ir a fregar nada por ahí? Esto son cosas de adultos y en pareja —remarcó la palabra—, pero si Andrew quiere que te quedes a mirar me parece bien. —Se frotó contra el pecho de Andrew—. ¿Tú qué dices, amor?

—Que es mejor subir. No quiero mironas esta mañana, otro día ya me lo pensaré —habló con desprecio en la voz mirándola con arrogancia.

Sam tragó el nudo que le impedía respirar, lo que sentía al verlo en brazos de otra la estaba desgarrando, sin embargo, no podía demostrarlo y sobre todo no podía perder ese trabajo por más que le doliera la situación. Él era un hombre atractivo, cariñoso, simpático, educado..., todo lo que ella deseaba. Lo deseaba a él. Pero era un hombre y, al fin y al cabo, tenía sus necesidades, sabía que estaba haciendo lo correcto al rechazarlo cada vez, que Andrew no era para ella, era su jefe, aunque tener esa certeza no aliviaba el dolor en el pecho que en ese momento sentía. Sabía que ella lo había decidido así. No relacionarse de manera sentimental con Andrew le daba la seguridad de que cuando la supuesta relación terminara no se encontraría de nuevo en la calle y con el corazón roto.

—Tengo que ir a buscar a Maggie.

Salió de la casa con lágrimas corriendo por su rostro. Era lo mejor, se repetía como un mantra. Era lo mejor. Él nunca se fijaría en ella. No de esa forma. Era mejor así...

Andrew sintió que algo se quebraba en su pecho cuando escuchó la puerta cerrarse. Se apartó de la rubia y su rostro se transformó.

—¿Qué haces aquí, Britany? —¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué se había comportado de esa forma? ¿En serio quería alejar a Sam?

Ella notó la rudeza en su voz y vio la mirada fría que le estaba dedicando.

—Ya te lo he dicho, amor. Me preocupaste anoche. Nunca bebes de esa manera. He pensado que quizás estás un poco estresado y que necesitas desahogarte como a ti te gusta. —Mientras hablaba, sus uñas acariciaban el pecho de Andrew, era un intento de seducción en toda regla, pero él impidió su avance cuando llegó a la altura de su cintura, cogiéndole la muñeca.

—Lárgate, Britany. No estoy para tus tonterías. —La apartó.

—¿Mis tonterías? —preguntó ofendida—. ¿Qué pasa, Andrew? Hace un momento no lo parecía. —Se alejó altiva unos pasos y estudió su rostro detenidamente—. ¿Te pone esa zorrilla que cuida a tu hija? Ya lo entiendo, la tienes a mano. ¿No? ¿Cuándo te la follas? ¿Cuando tu hija ve la tele? ¿O cuando duermo?

—No seas desagradable, Britany. No te pegan los celos ni ese vocabulario soez. Además, tengo una resaca impresionante para aguantar gilipolleces. Lárgate.

—Vamos, Andrew, no seas así, yo puedo aliviarte, no sería la primera vez que tú y yo... —ronroneó.

—¡Fuera! —rugió harto de escucharla.

La rubia cogió su bolso, su chaqueta y salió de la casa dando un portazo que resonó por todas partes y que fue un estruendo en el cerebro de Andrew. Fue a la cocina y se bebió un vaso de agua.

Apoyó las manos en la encimera y suspiró. Tenía que pensar, pero su cabeza solo le decía que la había cagado. Una cosa era follarse en un club, y que Sam lo imaginara, y otra que ella creyera que en ese momento estaba follando con otra en la casa donde vivía. Tenía que hablar con Sam, necesitaba hablar con ella, besarla, sentir su calor, la suavidad de su piel. Se estaba volviendo loco pensando en ella. Un sonido lo alertó y se dio la vuelta encontrándose con esos ojos verdes

—Lo siento, me dejé la chaqueta. Ya me voy, no quería molestaros —se disculpó Sam.

Andrew no lo soportó más, anduvo los pasos que los separaban y enmarcó su rostro con las manos y no pidió permiso, ya nada iba a detenerlo. Rozó sus labios con los de ella. Sam lo observaba sin moverse. Andrew mordió y tiró con delicadeza del labio inferior de Sam, y ella susurró su nombre cerrando los ojos, dejándose llevar. Besó de nuevo esos labios gruesos instándola a seguir su ritmo, desesperado por sentirla por completo.

Las manos de Sam entraron en el juego acariciando su espalda, acercando los cuerpos que deseaban fundirse en uno. Andrew rodeó la cintura de Sam y con dificultad se separó de ella. Apoyó su frente en la de esa preciosa mujer y la miró a los ojos.

—No ha pasado nada con ella. Quería hacerte daño y nos lo he hecho a los dos. Nunca te faltaría al respeto de esa manera. Lo siento. Lo siento de veras, Sam.

—Me ha dolido verte de esa forma con ella. Sé que no tengo derecho a pensar así, tú eres un hombre atractivo, ella una mujer bonita, y sois adultos, lo entiendo, pero...

Andrew no dejó que siguiera hablando y volvió a devorar su boca. Puso las manos en su culo y la subió haciendo que ella enroscara las piernas en su cintura. Jadearon a la vez al sentir sus cuerpos tan cercanos.

—Sam..., escúchame, ¿vale? Ella no es nadie.

—Andrew...

—Sam..., no sé qué estás haciendo conmigo, no pienso en otra cosa que en ti durante todo el día. Necesitamos esto, necesito... —Volvió a besarla—. Sam...

Ella puso los dedos sobre sus labios para callarlo.

—Si te sirve de consuelo a mí me pasa lo mismo. Pero ahora... —Lo besó con delicadeza sintiendo su calor—. He de irme...

—Sam...

—Maggie está a punto de salir de la escuela... He de irme..., de verdad...

Andrew volvió a devorar la boca de Sam y dejó que sus pies regresaran al suelo.

—Cuando Maggie duerma, tú y yo... tenemos que una conversación pendiente. Esta noche.

—Esta noche —repitió ella mirando esos ojos negros. Volvió a besarle—. He de irme.

Vio cómo cogía su bolso y su chaqueta y salía de la casa. ¿Qué le pasaba con esa mujer? ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? Las noches que pasaba en el club ya no eran lo mismo. No le apetecía follarse con ninguna.

Solo pensaba en follarse a Sam de todas las maneras conocidas y alguna nueva que podría ocurrírsele. Por eso bebió hasta perder el conocimiento, necesitaba dejar de pensar en ella, aunque fuera por un rato. Pero ahí estaba de nuevo, con una resaca de la hostia y recordando esos ojos verdes que lo volvían literalmente loco. No pudo evitar que una gran sonrisa se instalara en su rostro.

Sam salió de la casa pensando en que ya no se escondería más de él. Que había llegado la hora de arriesgarse y no mentirse a sí misma; Andrew le gustaba, le gustaba muchísimo y necesitaba saber si él sentía lo mismo, quería saber si cuando la besaba el mundo dejaba de girar también para él, creía que esos besos significaban algo para los dos, pero para saberlo debían mantener una conversación.

Una mirada de odio la siguió mientras se alejaba por la calle, ajena completamente a la tormenta que se estaba creando a su alrededor.

Llegó la noche. Preparó la cena, mientras Maggie le contaba a Andrew las cosas que había hecho durante el día. Él miraba a su hija, pero de vez en cuando desviaba la vista y devoraba con sus ojos a Sam. Sus pupilas acariciaban su cuerpo en la distancia. Ella lo notaba y se sonrojaba, mientras él sonreía. Era un juego de seducción al que los dos parecían dispuestos a jugar.

Al poner la mesa, sus dedos se rozaron, Sam no pudo evitar un jadeo y una mirada llena de promesas por parte de Andrew la humedeció. La tensión sexual entre ellos era intensa, no había duda.

Acostaron a Maggie y tras leerle un cuento se quedó dormida. Salieron de la habitación de la pequeña, cerrando la puerta. Sam caminaba por el pasillo, cuando Andrew la cogió de la mano.

—Ven, tenemos una charla pendiente. —Ella se dejó llevar y entraron en la sala.

—Andrew...

—¡Ssshhh! Tranquila, vamos a hablar. ¿De acuerdo? —Ella asintió. Se sentaron, uno junto al otro. Sus ojos se observaban, sus manos se entrelazaron, y él comenzó a hablar—: No sé lo que me pasa contigo, Samantha. —Besó sus nudillos—. He intentado mantenerme alejado, lo juro, pero me atraes tanto que estoy de mal humor conmigo mismo por obligarme a no verte. Sé que apenas nos conocemos, sin embargo, algo en mi interior pide a gritos saber más de ti, saber hasta dónde podríamos llegar si nos diéramos una oportunidad. Conocernos.

La mano de Sam acarició la mejilla de Andrew antes de empezar a hablar.

—Entiendo lo que me dices porque yo estoy igual. Temo estar en la misma habitación que tú, temo no poder controlar lo que me haces sentir cuando compartimos el mismo espacio... y es algo que me sorprende a mí misma. Nadie antes me había atraído de esta manera... Eres, eres todo cuanto he soñado en un hombre y estoy asustada. Tus ojos, tu boca, tu sonrisa..., tú también me atraes. Pero no quiero empezar algo y que todo se complique y afecte a Maggie, necesito saber que ella estará bien.

A Andrew oír la preocupación de Sam por su hija le llenó el corazón. Se aproximó a ella y rozó sus labios, apenas un delicado beso.

—¿Qué podemos hacer?

Ella sonrió.

—Podemos ir despacio. Conocernos mejor, saber realmente qué sentimos, pero delante de Maggie tenemos que seguir como hasta ahora y ver lo que sucede. Si te parece bien..., no quiero que ella sufra por nuestra causa.

—Me parece bien y me parece que quiero empezar a conocerte mejor ahora mismo. —Puso la mano en su cintura, arrastrándolo hacia él. Estaban tan cerca que Sam suspiró sobre su piel, y Andrew se estremeció—. Sam, mírame. —Ella lo hizo, el brillo en sus ojos le reveló lo mismo que deseaba él. Llegaron hasta el salón sin más palabras.

La besó despacio, reconociendo con su lengua esos labios que lo volvían loco, ella suspiró de nuevo, y Andrew aprovechó el momento para adentrar la lengua en busca de la suya. La delicadeza de sus manos nada tenía que ver con la desesperación de su boca. Ella posó sus manos sobre la camisa y comenzó a desabrochar los botones notando la calidez de su piel bajo los dedos, él gruñó al sentirla. Cogió el bajo de su camiseta y lo deslizó hacia arriba, separando sus labios el tiempo justo para sacársela por la cabeza.

—Sam, me vuelves loco. —Ella sonrió, ruborizándose al ver cómo la observaba y sus pezones reaccionaron endureciéndose bajo la tela del sujetador—. Eres preciosa.

Mordisqueó y chupó el lienzo de ropa que cubría la aureola de su pezón, haciendo que Sam

arqueara su espalda de puro placer. Apartó la delicada tela y mordisqueó, lamió y besó la rugosa piel rosada, arrancándole un gemido a Sam. Repitió el mismo procedimiento con el otro pecho, mientras amasaba el que había devorado. Sam percibía la humedad entre las piernas, lo necesitaba en su interior, necesitaba sentirlo.

Andrew trepó por su cuerpo besando su clavícula, su cuello, mientras susurraba las ganas que tenía de saborearla por completo. Se apartó para deshacerse de los pantalones de ambos y de la ropa interior. Volvió a tumbarse sobre ella en el sofá y la abrazó. Por fin estaban piel con piel.

—Nena, eres preciosa —repitió, atrapando entre los dientes un pezón y tirando de él, lamiéndolo a continuación, mientras acariciaba entre los dedos el otro.

—¡Oh, Andrew! —La sensualidad en su voz le invadió el alma. Continuó besando su cuerpo situándose entre sus piernas, cada vez más abajo, cada vez más caliente. Rozó con la punta de la lengua ese botón escondido entre los pliegues de su cuerpo. Ella gimió. Él sonrió. No despegaron los ojos uno del otro, mientras él la saboreaba, ella cogía su cabello guiándole, necesitándole en su interior—. Andrew..., ven, te necesito...

No se hizo de rogar subió hasta su boca y compartió su sabor, estrechándola entre sus brazos.

—Nena..., he de coger...

Lo vio coger un preservativo del bolsillo del pantalón y ponérselo. No hicieron falta más palabras.

Sam acercó sus labios a los de él y lo besó con calma al tiempo que con una de las manos cogía su pene y lo aproximaba a su entrada. Andrew, a diferencia de las otras veces, no tenía prisa, quería disfrutar de cada sensación, entró en ella despacio, notando el hormigueo y el calor que desprendía su vagina, llegó al fondo con un gruñido.

Ambos sonrieron, no se movían, lo que sintieron en ese momento fue tan intenso que creyeron morir de placer.

Él se retiró hasta casi salir y volvió a entrar saboreando cada roce. Ella gimió mordiéndose el labio inferior.

—Nena..., esto es... ¡Joder! Esto es el puto paraíso.

Ella arqueó la espalda saliendo a su encuentro, él continuó mirándola mientras se llenaba de su aroma, de su imagen gozando con cada embestida que le regalaba, llenándose de ella. Las acometidas, los susurros, los jadeos, cada roce en sus pieles los llevaba a un punto sin retorno. Encajaban con cada sensación, con cada caricia, las respiraciones entrecortadas buscaban el aire en el otro. Ninguno de ellos, jamás, había experimentado nada parecido.

—Andrew, más..., más fuerte —pidió entre jadeos—. ¡Oh, Dios!

Creyó volverse loco con sus palabras, su excitación creció y aceleró el ritmo de sus embestidas susurrándole en el oído todo lo que le estaba haciendo sentir en ese momento, lo increíble que era. Cuando ella volvió a besarlo, ambos estallaron en un orgasmo demoledor pronunciando el nombre del otro entre jadeos compartiendo el escaso aire que había entre sus labios.

Andrew apoyó los codos en el sofá para no aplastarla y puso la cara sobre su pecho, mientras ella acariciaba su espalda, ambos intentando respirar con normalidad. Salió de Sam para quitarse el preservativo, anudándolo y dejándolo en el suelo, la abrazó de nuevo hasta situarse de lado, frente a frente. Con sus piernas entrelazadas. Apartó con delicadeza un rizo rebelde colocándose la oreja y le dio un beso. Se miraban sonriendo. Acaban de tener el mejor sexo de sus vidas y sus caras de satisfacción eran la muestra de ello.

—¿Estás bien? —preguntó mientras subía la manta que había en el lateral del sofá y cubrió sus cuerpos.

Samantha sonrió y asintió. No era capaz de expresar el torbellino de palabras que pasaba por su

cabeza en ese momento, así que lo besó esperando que la entendiera. Se acurrucó en el hueco del cuello de Andrew, acariciando su pecho.

—Es la primera vez que siento... esto, no creí que fuera así, antes todo fue distinto. —Andrew se tensó.

—¿Qué quieres decir, Sam? —Acariciaba su espalda arriba y abajo intentando mantener la calma y entender sus palabras. ¿Nunca había disfrutado del sexo?

—Nunca le he contado esto a nadie, Andrew, me da muchísima vergüenza porque no supe qué hacer para evitarlo y durante años fui sometida por mi padrastro. Entraba cada noche en mi habitación... Mamá nunca lo supo, él decía que le haría daño, y yo... Cuando mamá murió y fui mayor de edad me marché de casa y viví en diferentes lugares, no quería que me encontrara. Al final acabé aquí, con vosotros...

«¡Hijo de puta! ¿Cómo alguien podía forzar a una niña?», pensó él.

—No te volverá a pasar, Sam, aquí estás a salvo, con nosotros, conmigo. No dejaré que eso vuelva a sucederte jamás... Gracias por confiar en mí.

—Siento que puedo hacerlo, que puedo confiar en ti. Has sido tan tierno y dulce.

Andrew la cogió en brazos y la abrazó contra su cuerpo, necesitaba sentirla cerca, muy cerca. Subieron a su habitación y la noche dio paso a un nuevo día, mientras ellos seguían hablando y amándose.

—He de ir a la oficina, hoy tengo un día complicado, pero cenaré aquí. Cuando acostemos a Maggie, tú y yo tenemos que... seguir hablando de algunas cosas más.

Sam lo observó y se mordió el labio inferior asintiendo. Sam se levantó de la cama de Andrew y, tras darle un fugaz beso, se fue a duchar para empezar el día. Andrew oyó la puerta al cerrarse tras ella. Se deslizó por la cama hasta quedar tumbado y, poniendo sus manos bajo la cabeza, suspiró.

Había disfrutado mucho con Sam, no solo por el sexo, habían conectado, sus cuerpos se acoplaban a la perfección como si se conocieran, ni siquiera con Susan, la madre de Maggie, había sentido algo ni remotamente parecido. Él estuvo muy enamorado de la madre de su hija hasta que todo se convirtió en un infierno y estalló, pero lo que sentía por Sam era distinto.

Su relación fue creciendo. Durante el día eran jefe y empleada; pero, cuando la casa se quedaba en silencio por las noches, los jadeos, los susurros y el placer despertaban.

Sam nunca se había sentido tan feliz como en esas semanas que llevaban compartiendo. Era como estar en una burbuja. Se sentía parte de esa familia y su corazón les pertenecía a ellos. A esa niña que se había abierto a ella y a ese hombre que no podía quitarse de la cabeza.

Estaba preparando la cena mientras Maggie coloreaba un dibujo cuando sonó el teléfono, se acercó al aparato y respondió.

—Casa de los Turner, dígame.

—Tienes una voz preciosa, nena, tan sensual.

—Andrew... —Se sonrojó.

—Es cierto... Lo siento, Sam, te llamo porque hoy llegaré tarde, ha surgido un contratiempo en el trabajo y he de quedarme a solucionarlo.

A Sam le entristeció que no pudieran cenar los tres juntos, pero entendía que él era un hombre ocupado.

—No te preocupes. Gracias por avisar, te dejaré la cena en el frigorífico.

—Genial. Luego te veo. Pásame con Maggie.

Ella se acercó a la pequeña y le enseñó el teléfono.

—Es papá. —La niña lo cogió feliz, explicándole a su padre lo que habían hecho ese día en la

escuela.

Sam continuó con la cena. Oía a Maggie hablando y riendo, un rato más tarde la niña se acercó con el teléfono.

—Ya está, Sam. —Dejó el móvil en la encimera.

—Muy bien, cariño. La cena también está ya lista. Vamos a lavarte las manos y ponemos la mesa.

Maggie se subió al taburete, abrió el grifo y, con un poco de jabón que le puso Sam, se lavó las manos. Cenaron charlando, como cada noche. A Sam le sorprendía lo bien que se expresaba Maggie para ser tan pequeña.

—¿Hoy me leerás un cuento?

—Pues claro, cariño, pero tienes que lavarte los dientes y ponerte el pijama mientras yo recojo esto, ¿vale?

—Vale.

Maggie salió corriendo para prepararse y dejó a Sam terminando de recoger los restos de la cena, en ese momento sonó el timbre de la puerta. Se extrañó al mirar en el reloj de la cocina y ver la hora, era tarde para que alguien fuera de visita. Se dirigió a la entrada y miró a través de la mirilla. «¿Qué demonios hace ella aquí?», pensó mientras abría la puerta.

—Hola, ¿puedo ayudarte? —preguntó apoyándose con una mano en el marco y sujetando la puerta con la otra. No iba a permitir que entrara en la casa sin estar Andrew en ella.

Britany la miró de arriba abajo.

—Lo dudo mucho. Avisa a Andrew de que estoy aquí.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Aún no ha llegado del trabajo.

No le gustaba nada esa rubia y no porque fuera tras Andrew, algo que era más que evidente. No la soportaba desde el día en que conoció a Maggie en el parque y vio cómo zarandeaba a la pequeña.

—¡Oh! Debí de entenderle mal, me estará esperando allí o quizá en el club. Esta noche no le esperéis despiertas. —Sonrió con malicia—. Seguro que llegará... tarde.

Se dio la vuelta y salió de la casa, dejándole un mal sabor de boca a Sam. ¿Había quedado con esa mujer? ¿Por qué le dijo que tenía trabajo si no era así? ¿Le había mentido? ¿Por qué? Ellos no eran nada. Bueno, sí eran; él era su jefe, y ella su empleada, además compartían las noches desde hacía semanas... Sin embargo, nunca habían hablado de hacia dónde iban. Quizás para Andrew solo era sexo del que podía disponer en cualquier momento; en cambio, para ella aquello era lo más increíble que le había sucedido nunca. Se había enamorado de él.

—Sam, ya estoy lista. ¿Subes?

La voz de Maggie la devolvió a la realidad.

—Enseguida, cielo —le respondió mientras se obligaba a volver a respirar.

Darse cuenta de que estaba enamorada la sorprendió y la asustó a partes iguales. ¿Qué sucedería a partir de ese momento? ¿Podría soportar verlo en brazos de otra mujer? No quería pensar en ello. Apagó las luces y comenzó a subir las escaleras. Maggie estaba deseando que ella le leyera un cuento y eso era lo que iba a hacer. Lo demás tendría que esperar.

Britany sabía perfectamente dónde se hallaba Andrew. Sabía que el virus que había introducido en los ordenadores de la empresa lo tendría ocupado gran parte de la noche. Sonrió, tenía que terminar con esa niñata y esa era la manera de hacerlo, creando dudas entre ellos.

Desde que esa mujer entró en la vida de Andrew apenas lo había visto. Él era suyo, y nadie se podría interponer. Ni siquiera esa morena de ojos verdes. Su plan acababa de empezar.

Andrew suspiró aliviado con las mangas de la camisa dobladas a la altura del codo, el cabello

desordenado de tanto pasar los dedos por él y el cansancio de horas metido en la oficina. Por fin habían solucionado el problema informático. Su técnico le aseguró que estaba todo resuelto, aunque no entendía cómo había sucedido con la seguridad que disponían sus programas. Le aseguró que lo seguiría investigando y se despidió saliendo del despacho. Andrew se lo agradeció viéndolo marchar. Se dejó caer en su sillón, apoyó los codos sobre la mesa de cedro y volvió a pasar los dedos entre su cabello. Soltó una exhalación. Habían estado a punto de perder todo el trabajo realizado el último año. Cartera de clientes, socios potenciales, negocios millonarios... Su técnico tenía razón. Todos sus programas estaban bien protegidos de ataques externos, así que lo más probable era que su enemigo estuviera dentro de su propia empresa. Averiguaría quién era responsable de aquello y lo destrozaría. Miró su caro reloj y vio que era muy tarde, casi las cuatro de la mañana. Tenía ganas de llegar a casa, ver a su pequeña y meterse entre las sábanas con Sam, quería sentir el calor de su cuerpo junto a él, poder relajarse y olvidar la tensión acumulada desde hacía horas. Sam tenía ese efecto en su carácter, lo calmaba. Su mirada esmeralda le transmitía paz. Tenía sentimientos hacia ella que no había experimentado jamás con ninguna mujer, eso le asustaba, pero al mismo tiempo se moría por descubrir dónde le llevarían. Recogió la cartera y el móvil, cogió la chaqueta y salió del despacho. En unas horas debía volver, pero necesitaba sentir su piel, cálida y sensual, se estaba excitando simplemente pensando en ella.

Introdujo la llave en la cerradura, medio giro y la puerta se abrió. Entró sigiloso, dejó sus pertenencias en la mesita de la entrada y cerró sin hacer el más leve sonido. Subió las escaleras y por el camino fue deshaciéndose de su ropa. Cuando llegó a su habitación vio que Sam no estaba en su cama. Terminó de desnudarse y entró en la ducha. Cinco minutos y finalizó, se secó, se puso unos *boxers* y dirigió sus pasos a la habitación de Sam. Abrió la puerta y las vio a ambas durmiendo juntas. Esa imagen se le grabó en la retina. Así debía de ser el paraíso. Dio los pasos que lo separaban de sus chicas y se tumbó abrazando por la espalda a Sam. Aspiró el aroma de su nuca y un estremecimiento le recorrió la columna.

—¿Andrew? —Su voz sonaba somnolienta, se giró para observarle.

—¡Hola, nena!

—¿Estás bien?

—Necesitaba abrazarte. —Susurraban para no despertar a la pequeña.

—Maggie tuvo una pesadilla y se vino a la cama conmigo.

—Lo mismo me ha sucedido a mí. He tenido una pesadilla de día y solo quería llegar y estar con vosotras... Abrazarte.

—Andrew... —Su mano acarició la fuerte mandíbula de él, quien cerró los ojos al sentir su roce. Se aproximó a sus labios y la besó con delicadeza.

La necesidad nació en ambos, el dulce beso estaba quemándoles las entrañas, sus lenguas se rozaban buscándose en una danza que solo ellos podían bailar. Necesitaban más que eso, lo necesitaban todo el uno del otro, aunque no lo dijeran con palabras. Andrew se separó y la miró con la respiración agitada, se levantó de la cama y le ofreció su mano. Ella lo miró sonriendo y no dudó en entrelazar su mano a la de él, al tiempo que salía de entre las sábanas. En silencio, entraron en el dormitorio de Andrew, quien cerró la puerta tras ellos.

Sin soltar sus manos, aproximó el pecho a su espalda, pasando la mano libre por la cintura de Sam. Aspiró el aroma de su cabello y cerró los ojos dejando que invadiera toda su alma. Ella deslizó la mano sobre el brazo que descansaba en su cintura y le acarició al sentirle tan cerca.

—Andrew...

—Tengo tantas ganas de ti que me duele —dijo al tiempo que giraba su cuerpo. Puso ambas manos enmarcando su rostro y la miró a los ojos—. Eres lo que le faltaba a mi vida, has hecho que

muera de ganas de permanecer a todas horas en casa porque ahora todo cuanto quiero está bajo el mismo techo. —Acarició su labio inferior con la yema del pulgar—. Eres tan sumamente hermosa por dentro y por fuera... —Inclinó su cabeza y rozó sus labios con la punta de la lengua—. Tan deliciosa. —La besó en el momento en que ella entreabrió su boca en una clara invitación que no pudo rechazar. Sam enredó sus dedos en el cabello de Andrew para, si era posible, profundizar más en ese beso. Sus lenguas se saboreaban al tiempo que sus bocas se devoraban con ansiedad—. Nunca tengo suficiente de ti, Sam. Me siento vivo contigo...

Las manos de ambos recorrían el cuerpo que tenían en frente. Las sensaciones estaban ahí, rodeándolos, y al mirarse a los ojos lo supieron. No era la simple atracción de las primeras veces, era más, mucho más, y sin palabras se dijeron todo lo que sentían haciéndose el amor el uno al otro.

Sonó el despertador y Sam estiró el brazo para apagar el ruido infernal. Se giró despacio y observó a Andrew. Tenía un brazo bajo su cabeza y el otro rodeando su estrecha cintura, le gustaba sentirlo así, daba la impresión de que no quería que escapara de su lado. Una tímida sonrisa asomó a sus labios mientras cerraba los ojos y disfrutaba de esa sensación. Andrew abrió los ojos y la vio. Era la visión más sensual que había tenido el placer de contemplar.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días, Andrew! ¿Has descansado?

—Sí..., cuando no estabas sobre mí o debajo o... —Acercó la nariz al hueco de su cuello e inspiró—. Tu aroma me relaja, pero tu cuerpo me excita al mismo tiempo y no tengo nunca suficiente.

Ella se incorporó observándolo. La sábana resbaló por su cuerpo quedando a la altura de sus caderas dejando su torso desnudo a la vista. La mirada de Andrew se oscureció. Sam empujó el pecho de él hasta que la espalda quedó por completo sobre el colchón y se sentó a horcajadas sobre sus piernas.

—No podemos ir lentos y saborearnos porque Maggie está apunto de despertarse y quiero volver a mi cama antes de que eso suceda. Así que esto que va a pasar en este momento es solo el prelude de lo que sucederá esta noche...

Estiró su cuerpo para coger un preservativo de la mesilla de noche y al hacerlo sus pechos quedaron a la altura de la boca de Andrew, quien no desaprovechó la oportunidad de saborearlos mientras clavaba los dedos en sus caderas, robando un jadeo de la boca de Sam. Se incorporó y deslizó el preservativo, sin dejar de observarlo, por el grueso pene de Andrew, que apretó su agarre y mordió su labio inferior, mostrándole a Sam el placer que estaba sintiendo. Ella guió el miembro hacia su humedad y lentamente lo introdujo en su cuerpo. El placer los traspasó como un rayo. Sus movimientos eran tan eróticos que Andrew dudó de poder prolongar su aguante. Deslizó los dedos al clítoris y, con los movimientos y los pellizquitos, Sam no pudo evitar que un orgasmo demoledor estallara en su interior, dejando su cuerpo laxo por el placer.

Andrew, con un movimiento fluido, cambió la posición con ella, quedando encima. Sus acometidas fuertes y precisas provocaron que la sensibilidad de Sam creara un segundo orgasmo en el que ambos estallaron al mismo tiempo.

Andrew se dejó caer a su lado, llevándosela con él, intentando recuperar el aire. Sam, con la cabeza apoyada en su pecho intentando normalizar su respiración, trazaba pequeños círculos con su dedo. Necesitaba ese contacto... Entonces recordó a la rubia y sus palabras: «¡Oh! Debí de entenderle mal, me estará esperando allí o quizá en el club. Esta noche no le esperéis despiertas. Seguro que llegará... tarde».

—Andrew..., ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, nena. Pregunta.

Ella lo miró unos instantes antes de hablar.

—Da igual, es una tontería —dijo mientras se incorporaba en la cama para levantarse—. No es asunto mío.

—Sam, ¿qué sucede? Puedes preguntarme lo que quieras...

Su mano atrapó la muñeca antes de que se levantara de la cama, sentía el latido de su pulso y estaba alterada.

—En realidad, no es nada, pero me gustaría tener clara la situación...

—¿De qué estás hablando?

—Anoche vino tu amiga. Y dejó entrever que habías quedado con ella y que se equivocó de lugar de la cita. Aseguró que volverías tarde porque estarías con ella en el club. No tengo derecho a exigirte una explicación, pero te ruego que no me mientas. —Sam tragó el nudo que se había instalado en su garganta y le preguntó sin medias tintas—. ¿Estuviste con ella?

—No. ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Sam, estoy contigo, juntos en esto, ¿de acuerdo? Ayer hubo un problema serio con el sistema operativo en el trabajo. El técnico informático y yo estamos convencidos de que tenemos un topo en la empresa. Por suerte, pudimos solucionar el problema. Cuando salí de la oficina solo podía pensar en abrazarte y sentir tu cuerpo junto al mío.

—Lo siento, no debería dudar de nosotros, de ti, pero esa mujer... no me gusta, no me gusta nada desde el día en que la vi por primera vez. Creo que es malvada.

—No es nadie, Sam. Solamente es trabajo.

—Pero habéis estado juntos y... no sé. Siento haber dudado de ti.

—Vas a tener que compensar esa afrenta. Déjame pensar... —La tumbó en la cama y, mientras se situaba entre sus piernas, continuó hablando como si estuvieran tomando algo—. Creo que podrías empezar dándome un beso. ¿No crees? Sería una manera de que me pensara que estás arrepentida por dudar de mí.

Ella sonrió con ganas, le encantaba el lado juguetón de Andrew. Lo besó. Lo besó con toda la pasión que él despertaba en su cuerpo. Devorando sus labios, enredando los dedos en su cabello, acercándolo, si eso era posible, aún más a su cuerpo. Él la abrazó con desesperación. No quería que ella dudara ni por un instante de cómo la deseaba. Hablaría con Britany, esa historia estaba acabada y debía dejárselo claro. No quería que volviera a importunar a Sam con sus tonterías.

Con esfuerzo, Sam se apartó de Andrew.

—He de volver a mi cama... Maggie puede despertarse...

—Está bien —aceptó Andrew no sin aprovechar el momento y besarla de nuevo.

—Eres insaciable. —Sonrió Sam, sonrojada.

—Nos vemos en un rato.

Salió de la habitación de Andrew con una sonrisa en su rostro. Regresó junto a Maggie, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Se sentía en una nube. Nunca había sido tan feliz como lo era en ese momento. Andrew la hacía sentir amada, respetada y protegida, y eso era algo de lo que carecía desde que su madre murió. Entonces su sonrisa se esfumó al recordar a esa mujer..., esa rubia estilizada con su soberbia al decirle mentiras. Supo desde la primera vez que la vio que era una mala persona. ¿Quién podía zarandear a una niña de ese modo? «Entonces yo no pude hacer nada porque nadie me hubiera creído, pero ahora mi vida ha cambiado y no permitiré que la enturbie con su veneno», pensó.

Horas después, Andrew estaba sentado tras su mesa en la oficina.

—Mary —dijo a través del intercomunicador—. Necesito hablar con Britany. Localícela.

—Enseguida, señor. —Andrew posó su espalda en el asiento. Tenía que dejarle claro a esa mujer que ya no estaba disponible, que lo que acordaron en el pasado finalizaba en ese momento. Un sonido le devolvió a la realidad—. La señorita Britany por la línea dos.

—Gracias, Mary. —Inspiró y marcó la línea—. ¿Britany?

—Hola, cielo. Hacía tiempo que no me llamabas. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Tenemos que vernos, hemos de hablar.

Britany supo que la visita a su casa debía de haberle molestado.

—Claro, aunque ando con bastante trabajo, podemos vernos esta noche en el club —sugirió.

Andrew sabía que no era buena idea verla en ese lugar, pero quería terminar lo que nunca debió suceder.

—¿No podemos vernos para comer?

—Lo siento, cielo. Solo estaré libre esta noche. En el club podemos charlar sin que nadie nos moleste mientras nos tomamos una copa. Ya sabes que la discreción manda allí.

—Está bien. ¿A las diez?

—Me parece perfecto. Hasta luego, amor. —Y colgó, no iba a darle tiempo a decir nada más. Su plan empezaba a marchar sin que se hubiera esforzado demasiado. Marcó un número de teléfono y al segundo tono una voz masculina, respondió—. Esta noche, a las diez, ya sabes lo que tienes que hacer... No me falles. —Finalizó la llamada y sonrió—. Eres mío, Andrew, solo mío, ya lo comprobarás.

Andrew no tenía ninguna gana de verla y menos en el club, pero tenía que quitarse de encima a esa mujer si pretendía algo real con Sam. Y era lo que deseaba.

Iba a mentirle y le molestaba tener que hacerlo, pero sería la única mentira que le diría, en ese momento pensó que era lo mejor. La llamó al móvil, pero saltaba el contestador, entonces llamó a casa para hablar con ella.

—Molly, ¿está Sam por ahí?

—Buen día, señor, no está. Salió con Maggie al parque un rato antes de comer.

—La he llamado al móvil y salta el contestador.

—Sí, dijo que no tenía batería y lo dejó cargando.

—Bien, avísela de que a su regreso me llame. Es importante.

—No se preocupe, señor. Cuando lleguen yo le digo.

—Gracias, Molly. Adiós. —Cortó la llamada.

—Mollyyyyyyy, ¡¡¡ya estamos en casaaaaa!!! —Entró corriendo y chillando Maggie directa a la sala de la televisión.

—No corras, Maggie —le llamó la atención, Sam—. Lo siento, Molly, creí que estaría agotada después de este rato de parque, pero es incansable.

—No te preocupes, muchacha. A esta edad tienen mucha energía. —Sonrió—. El señor llamó y preguntó por ti. Dijo que era importante, que le llamaras cuando volvieras.

—Gracias, Molly. Voy a dejar la chaqueta en la habitación y lo llamo.

—No te preocupes por Maggie, yo la vigilo.

Subió las escaleras y se dirigió a su habitación, donde estaba cargándose su móvil. Dejó la chaqueta a los pies de la cama, cogió el teléfono y pulsó el número de Andrew. A los dos tonos respondió.

—¿Sam?

—Hola, Andrew.

—Tienes una voz muy sexi, ¿te lo había dicho alguna vez?

—Alguna... —Sam sintió cómo su cara se sonrojaba. Le encantaba ese lado pícaro de Andrew.

—Tenía que hablar contigo, hoy tengo un día de locos y no iré a casa a comer..., tampoco me esperéis para cenar, la última reunión la tengo a las diez. No terminaré muy tarde.

—¿Quieres que te espere despierta?

—¡Mmmm! Me gustaría que me esperaras en mi cama. Ya me encargaré yo de despertarte.

—Te esperaré...

—Ahora tengo que dejarte, preciosa. Entro en una reunión en cinco minutos. Luego llamaré para hablar con Maggie.

—Está bien, se lo diré. Que tengas un buen día.

—Sam...

—¿Sí?

—Te echo de menos.

—Y yo a ti —susurró—. Hasta luego.

—Hasta luego, nena.

Andrew deseaba que llegara la noche y ver a sus chicas. Sonrió al pensarlo. Cogió la carpeta con los documentos que necesitaba para la reunión y salió de su despacho. Tenía mucho que hacer.

El día fue pasando, en media hora saldría hacia el club. Encontrarse con Britany era lo último que deseaba hacer, pero tenía que sacarla de su vida. No quería que volviera a molestar a Sam de ninguna de las maneras.

A pesar de que hacía semanas que no iba, encontró el lugar como siempre. Hombres y mujeres tomando algo, manos acariciando senos, bocas besándose apasionadamente con promesas de placer ilimitado. El lugar rezumaba erotismo, si era eso lo que buscabas. En su caso, esa noche no miraba con ojos de depredador, si no con los de un ejecutivo dispuesto a cerrar un negocio. Observó la sala y la vio sentada en una mesa discreta. Respiró profundamente y se dirigió hacia ella.

—Britany.

—¡Oh, Andrew! Ya has llegado.

—Te dije que a las diez y siempre soy puntual.

—Lo sé, cielo.

—Britany, deja de llamarme así.

—Vamos, no te enfades, ¿te apetece tomar algo?

—No, quiero resolver esto y largarme.

—Andrew, no seas grosero. Camarero, dos *whiskies*.

Andrew se acomodó en su asiento. El camarero sirvió las bebidas y se retiró. Cogió su copa y saboreó el ambarino licor.

—Y, bien, ¿qué es eso tan importante que tenemos que tratar? —Puso su mano en la pierna de Andrew, acariciándolo—. Si quieres podemos hablar con menos ropa y tú enterrado hasta la empuñadura dentro de mí, haciéndome gozar con cada embiste...

—¡Basta! No he venido a tener sexo contigo ni con nadie. Voy a ser claro contigo, quiero que me dejes en paz y que no vuelvas a ir a mi casa.

—¡Oh, vaya! ¿Así que ya te estás follando a la niñera? No esperaba que cayeras tan bajo.

—Eso no es asunto tuyo ni es de lo que estamos hablando. Tú y yo no volveremos a tener nada en común, exceptuando los negocios que aún nos vinculan.

—¿En serio, Andrew? No puedes dejarme como si fuera escoria... Te he proporcionado contratos millonarios durante todos estos años.

—Y yo te lo agradecí en su momento, además, esos son negocios y lo que te estoy diciendo es que no vamos a follar más.

—¿Te gusta esa cría?

—No voy a responderte. ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Has sido muy claro. Pero aún podemos tomarnos esta copa como viejos amigos, ¿no te parece?

Andrew asintió y le dio otro trago a su bebida.

—He de irme.

Al intentar ponerse de pie el local empezó a girar a su alrededor. ¿Qué le estaba pasando? Notó un brazo alrededor de su cintura que le ayudó a no caer de bruces.

—¿Estás bien? —La voz de Britany sonaba muy cerca.

—No..., no sé qué me pasa..., yo...

Britany y su amigo, el camarero, le sostuvieron para que nadie se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Lo acompañaron al interior del local y desaparecieron en una de las salas.

—¿Dónde demonios estoy? —preguntó Andrew con voz pastosa.

—Querido, bebiste demasiado, ¿no lo recuerdas? Aunque no por ello perdiste fogosidad. Eres insaciable.

A pesar del intenso dolor de cabeza se forzó en enfocar su mirada. No podía ser, ¿cómo había acabado con Britany... en una cama?

—¿Qué mierda hago yo aquí? —Se cubrió el cuerpo desnudo con las sábanas.

—No seas desagradable, Andrew. ¿Esa mujer te está pegando su modo de hablar callejero? Siempre has sido un caballero, no te rebajes.

—Britany, no estoy para tus tonterías. No recuerdo nada de lo que sucedió después de la primera copa.

—Quizás ya no aguantas la bebida como antes.

—No sé qué ha sucedido, pero te aseguro que lo descubriré.

—¿Quieres que te cuente cómo me devorabas anoche? ¿Que no aceptabas una negativa? —Empezó a deslizarse sobre la cama de rodillas, acercándose a él—. ¿Quieres que te muestre lo apasionado que fuiste? —Deslizó la bata que cubría su cuerpo desnudo, mostrándole los chupetones y mordiscos que cubrían su piel y las marcas de dedos en sus caderas. Andrew no podía creerse lo que estaba viendo. Él no podía haber hecho eso, no con ella, no desde Sam. No entendía nada. Se levantó de un salto, no quería que lo tocara.

»Por cierto, no me gusta esa mujer que está en tu casa, deberías echarla a la calle, que es donde pertenece —comentó sentándose sobre sus piernas.

—¿De qué estás hablando?

—Pues de que, si no quieres que vea estas marcas y le cuente detalladamente cómo las hiciste, la echarás de tu vida. ¿O acaso quieres que sepa que hemos compartido esta noche y lo

apasionado que te has mostrado? A lo mejor tus socios también deberían verlas y tu hija... Quizás incluso los Servicios Sociales se alarmarían si vieran que un padre soltero agrede así a una mujer, quizás tu pequeño monstruito acabaría en un centro de acogida.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba.

—No sé qué ha pasado, pero no creo nada de lo que estás diciendo...

—Tu palabra contra la mía, cielo. Además, tengo fotografías que lo demuestran en posturas un tanto escandalosas, ya me entiendes.

—Estás loca.

—Por ti amor, ya lo sabes.

Andrew intentaba pensar en cómo salir de este embrollo, pero su cabeza no estaba por la labor.

—No puedo echarla. Está ayudando mucho a Maggie.

—Pero, cariño, ¿a mí eso qué más me da? —Su rostro se contrajo en una mueca de ira—. Échala, Andrew, o te arruinaré la vida, te lo garantizo, tienes una semana para solucionar este asunto. —Y cambiando la expresión por otra más dulce añadió—: Ahora es mejor que te marches y pienses en lo que vas a hacer. Me apetece tomar un baño, estoy dolorida por todas partes... Tú ya me entiendes. Luego tengo que pasar por el hospital para que quede constancia de... lo que me has hecho, por si me es necesario denunciarte.

Andrew no volvió a abrir la boca, no podía creer lo que estaba oyendo. Esa mujer estaba loca. Terminó de recoger sus cosas y salió de la habitación dando un portazo. Salió del local y el sol le cegó momentáneamente. No podía creer lo que estaba pasando. ¿Cómo iba a solucionarlo? Disponía de una semana para encontrar la respuesta, luego todo se precipitaría en su contra.

Por más que lo intentaba, no era capaz de recordar lo sucedido la noche anterior, tras el primer sorbo de *whisky* todo era borroso. ¿Le habría drogado? Era lo único lógico. Solo podía hacer una cosa. Marcó un número en el móvil y esperó.

—Tengo un problema, ¿podemos vernos? En media hora estoy ahí.

Y colgó. Su primera parada sería el hospital, evidentemente, debía saber qué le había administrado con la bebida, luego dirigiría sus pasos hacia la única ayuda.

—Tienes que hablar con Sam —comentó mientras agitaba los hielos de su *whisky*—. Es una mujer adulta. No creo que se asuste por lo que ha sido tu vida sexual hasta ahora.

—No sé cómo se lo tomará, quizás no quiera volver a verme nunca y eso..., eso no es negociable, Connor.

—¡Vaya! Te gusta mucho esa mujer..., pero piénsalo fríamente, si no se lo cuentas tú, lo sabrá de la peor manera posible; por boca de Britany, y te aseguro, hermano, que no quisiera estar en tus bolas cuando tu chica la escuche. Sincérate con ella, es mi opinión. Es mejor que lo sepa por ti, de primera mano, quizás hasta nos sorprenda.

—¿Le cuento que me gusta follar duro? ¿Que acudo a un local de intercambio? ¿Que una perra me está chantajeando para apartarme de ella con esa información? ¿Que si no la aparto de mí esa zorra me arruinará la vida y me quitarán a Maggie? No sé, no creo que esté preparada para mi realidad.

—Puede ser una chica dulce y quizás se sorprenda al principio, pero me contaste que ha sobrevivido en la calle y eso, amigo, te hace duro sí o sí. Habla con ella. Cuéntaselo.

—Debe de estar molesta. Habíamos quedado esta noche y... tuve que estropearlo todo citándome con Britany. Lo que tenía que ser una finalización de lo que había entre nosotros se ha convertido en una puta pesadilla. —Apuré su trago de *whisky* y se puso en pie—. Creo que voy a seguir tu consejo, hablaré con Sam y espero que los dioses se apiaden de este pobre mortal.

Connor rio abiertamente ante el comentario de su amigo y siguió bebiendo su *whisky*, mientras lo veía salir de su casa.

## 6

Sam se despertó a las cuatro de la madrugada, a su lado, el vacío. Estuvo esperando a Andrew hasta casi las dos, pero al final el sueño la venció. Empezó a preocuparse. Desde que comenzaron su relación siempre habían dormido en la misma cama. Antes o después notaba el cuerpo de Andrew acoplándose al suyo, abrazándola, buscando su calor y su aroma. ¿Y si había tenido un accidente? Se levantó buscando el teléfono. Tenía un mensaje de él de hacía unos minutos, lo abrió:

Voy para casa, tenemos que hablar.

¿Hablar? Esa frase no auguraba nada bueno, nunca lo hacía. ¿Quería cortar la relación? ¿Qué había pasado en esas horas para que tuvieran que hablar? ¿Hablar de qué? Se estaba poniendo nerviosa por algo que no entendía. ¿Quería hablar? Pues hablarían hasta del tiempo si era necesario. Oyó la puerta principal cerrarse. Apoyó la espalda en el cabecero y se sentó con las piernas cruzadas, había llegado el momento de hablar... o lo que fuera.

Andrew entró en la habitación, cerró la puerta a sus espaldas y la miró. Vio el sonrojo en sus mejillas, su cabello revuelto y la profundidad de su mirada y le pareció la mujer más hermosa que había conocido en su vida. No quería perderla y con lo que tenía que contarle no estaba seguro de cuál sería su reacción. Avanzó hasta la cama, tiró su chaqueta al suelo y se sentó junto a ella. Enmarcó su rostro con las manos y la besó, mordiendo los delicados y cálidos labios con pasión y desesperación para que lo comprendiera.

Sam no sabía qué pensar. No se esperaba ese beso dulce y agresivo a la vez. Se separó de sus labios.

—¿Estás bien? —le preguntó acariciándole la nuca.

Andrew escondió el rostro en el hueco de su cuello inspirando su aroma.

—Ahora mejor.

—Andrew, dime qué sucede. ¿Ha pasado algo en el trabajo? Me estás preocupando.

—Esta noche... —Se apartó de su cuerpo para poder mirarle a los ojos, pero cogió sus manos, necesitaba tocarla—. Esta noche tenía una reunión con Britany. —Andrew notó cómo el cuerpo de Sam se tensaba—. Quedé con ella para dejarle claro que no quería que te molestara, que lo que hubiéramos tenido en el pasado era eso; pasado. Pero todo se ha complicado...

—¿Te has acostado con ella?

—No, yo..., no lo sé, Sam. La verdad es que no recuerdo qué pasó. Desperté en su cama, desnudo. —Sam intentó soltarse, pero Andrew no cedió—. Espera, por favor, ella dice que sí, pero, aunque no recuerdo cómo acabé en su cama, estoy seguro de que no pasó nada. He ido al hospital y han detectado escopolamina en mi sangre. Sé que me drogó, pero no puedo probar que fue ella... Aun así, me está chantajeando con mostrarte fotografías de lo que se supone que hicimos. Incluso ha amenazado con hacerlas públicas en mi empresa y denunciarme a los Servicios Sociales para que se lleven a Maggie. Quiere joder del todo mi vida si no accedo a estar con ella y echarte a ti de nuevo a la calle.

—Ya te dije que esa mujer no me gustaba nada...

Andrew sonrió.

—Tenemos que hablar, Sam. Quiero que conozcas mi más oscuro secreto y espero que no salgas corriendo de mi vida... Eres importante para mí...

—Te escucho.

—Cuando la madre de Maggie y yo nos conocimos lo hicimos en un club de BDMS. A mí me gustaba el sexo duro, y a ella y a su amiga también —comenzó a explicar casi sin tomar aire—. Les gustaba que las atara y que fuera rudo con ellas. Coincidimos un par de veces en el club, antes de empezar a vernos fuera de allí. Se amoldaba a mis exigencias y disfrutábamos de buen sexo. No me gusta compartir a mi mujer con nadie, excepto con su amiga. Me gustaba mirar y que nos mirasen mientras había sexo, pero me encelaba pensar en otras manos sobre su piel. Estaba enamorado. Ella lo sabía y a mis espaldas, sin mí, intentó acostarse con Connor —hablaba deprisa, con la necesidad de que no lo interrumpiera, tenía que soltarlo todo y solo podía rogar para que no saliera corriendo—. Él la rechazó, sabía que era mi pareja y respetó nuestra amistad antes que disfrutar del sexo con ella. Un día estando los tres; ella, su amiga y yo, el preservativo se rompió, debía hacerme cargo de esa situación. Mi hija nunca, ni siquiera en ese momento, ha sido un problema para mí, la amo con todo mi corazón... —Sonrió levemente antes de continuar.

»Susan cambió, se volvió huraña, controladora y celosa de todo lo que me rodeara. Incluso cuando Maggie nació tuvo celos de que la acunara en mis brazos. Nunca estaba en casa, siempre llegaba a altas horas de la madrugada. Se desentendió totalmente de mi niña..., fue una pesadilla, hasta que decidí abandonarnos.

—¡Vaya! ¿En un club BDMS? ¿A ti te gusta dominar?

—¿Solo te ha llamado la atención eso?

—No, no..., entiendo que me expliques esto antes de que la zorra de Britany venga a contármelo, pero hay algo que no entiendo.

—Pregúntame lo que quieras, Sam. No quiero secretos entre nosotros.

—¿Por qué conmigo no? —La cara de sorpresa de Andrew hizo que reformulase la pregunta—. Quiero decir, conmigo siempre has sido tierno, un poco mandón, pero muy dulce. ¿No quieres hacerlo conmigo como te gusta?

Andrew volvió a sonreír.

—No quería asustarte con mí... manera de tener sexo. Creo que contigo las expectativas serían increíbles. Pero, aunque haya sido de forma diferente, siempre lo he disfrutado, Sam.

—Bien, prosigue con tu historia, ya hablaremos luego de esto —dijo señalándolos a ambos.

—Por aquel entonces, Molly cuidaba de mi pequeña, y yo iba a trabajar. Las noches fueron caóticas al principio. Maggie se despertaba chillando y llorando y solo se tranquilizaba si me acostaba a su lado. Así fueron los primeros meses; trabajo y Maggie, pero mi cuerpo necesitaba controlar a una mujer, follarla hasta que la presión de mi pecho me dejara respirar otra vez. Sentirme un hombre de nuevo. Entonces Connor me habló del club, el Experience. Un lugar muy privado, al que solo se podía acceder siendo socio. Él me ayudó a ingresar y todo fue más fácil. Practicaba sexo asiduamente y volví a vivir. Allí coincidí con Britany. —La expresión de la cara de Sam se endureció, pero se mantuvo en silencio. Quería saber, necesitaba entender—. Un día tomando un *whisky*, se me acercó, me quitó el vaso de la mano y bebió de él sin apartar su mirada de mí. Era un desafío en toda regla. Lamió sus labios y luego lamió los míos, he de decir que me puso muy duro, cogió la punta de mi corbata e hizo que la siguiera al interior del local donde estaban las salas privadas, puedes imaginar lo que pasó allí... Era la amiga de mi ex y me apeteció volver a sentirla.

—No, no puedo. —Se levantó airada. No quería enfadarse, pero lo que le estaba contando, hacía que su sangre hirviera—. Nunca he estado en un local de ese estilo y siempre me has tratado como si me fuera a romper..., como si fuera de cristal, creo que eso también lo hablaremos luego. Continúa, por favor.

Andrew ocultó a tiempo la sonrisa que nacía en sus labios, antes de que Sam la notara.

—Vale, ¿por dónde iba? Ah, ¡sí! La cuestión es que nos veíamos a menudo en el club, a veces charlábamos de nuestros trabajos mientras tomábamos una copa y empezamos a quedar fuera del Experience a solas. Me ayudó a entrar en buenos negocios y realizamos algunos juntos. Pero me asfixiaba, empezó a creer que entre nosotros la cosa iría a más, a comportarse como si fuera mi pareja delante de mis socios y de mis trabajadores. A veces, incluso se llevaba a Maggie al parque...

—Sí, de eso también vamos a hablar. ¿Cómo podías dejar al cielo de tu hija con esa... esa... arpía?, por suavizar lo que pienso de ella.

—Ni yo mismo lo entiendo, pero he de agradecerle que lo hiciera, Maggie se cruzó contigo y gracias a eso... te conocí.

—Vale, vale, no me hagas ojitos y continúa el relato.

Ahora sí sonrió abiertamente.

—El caso es que llegaste tú. No podía dejar de pensar en ti y en que no debería hacerlo. Lo habías pasado mal, y yo no quería importunarte, pero, cuando me mirabas, me temblaban las rodillas. Me frustraba y enfadaba mucho por aquel entonces.

—Lo recuerdo y te besé...

—Y me besaste.

—Nunca había sentido nada tan delicado como tus labios y me asusté. No podía permitir que pasara nada, trabajo para ti y, si todo acabara, yo... no quiero irme y separarme de Maggie, de Molly, pero sobre todo no quiero separarme de ti.

—Sam, aunque entre nosotros no funcionara, nunca te pediría que te fueras, Maggie te quiere y te necesita. Desde que llegaste es una niña feliz, ha hecho nuevos amigos en la escuela gracias a ti.

—Vale... y, ahora, ¿qué pasa con Britany?

—Quiere hacer públicas unas imágenes, según ella, estamos practicando sexo duro.

—¿Contigo? Quiero decir, ¿las imágenes son de los dos? ¿De anoche?

—Eso dio a entender.

—No lo comprendo, o no tiene nada y se está marcando un farol para tenerte agarrado por las pelotas, o no le importa que el mundo también la juzgue a ella.

—Eso no lo había pensado. ¿Sabes que me estás poniendo muy malo? —Sam se sonrojó—. Eres muy lista. —Se acercó despacio a Sam, dándole tiempo a retirarse si así lo deseaba.

Ella, por su parte, no podía dejar de mirarle a los ojos, esos pozos profundos brillaban atrayéndola como a una polilla la luz. Se mordió el labio expectante a sus movimientos y preguntó:

—¿Qué te gustaría hacerme, Andrew?

—Empezaría con algo suave... Me gustaría atarte las manos al cabecero y privarte de la visión, cubriendo tus preciosos ojos con un pañuelo de seda. Acariciar cada porción de tu piel y devorarte por completo sin que puedas tocarme.

Un jadeo salió de la garganta de Sam.

—Hazlo.

Andrew la miró sorprendido.

—¿Estás segura? No es necesario, de verdad...

—Estoy segura, Andrew, quiero que me enseñes lo que te gusta, quiero que me poseas como has dicho, quiero que me devores...

Andrew atrapó su cintura y aproximó su cuerpo al de él. Recorrió sus labios con el pulgar y susurró a escasos centímetros de ella:

—¡Eres tan hermosa! Hay tantas cosas que te haría hasta que gritases de puro placer.

—Hazlas, Andrew. Confío en ti.

Él se levantó despacio de la cama y se acercó a la cómoda, abrió uno de los cajones y sacó unos pañuelos de seda negros. Los acarició entre sus dedos y la miró.

—Tumbate y levanta las manos hasta el cabecero. —Sam lo hizo y sonrió tímidamente. Andrew se acercó y enlazó sus muñecas con el pañuelo, para luego acabar atándolo fuertemente al hierro forjado. Retrocedió y la miró embelesado—. Eres preciosa. —Cogió otro de los pañuelos y susurró con voz profunda—: Voy a cubrir esos preciosos ojos. Si algo no te gusta solo tienes que decírmelo y pararé. ¿Lo has entendido? No quiero que pases un mal rato, si no te gusta lo que te hago, detendré el juego. ¿De acuerdo? —Sam, con la respiración acelerada, asintió con la cabeza, y Andrew la privó de la visión. Se acercó a sus labios y los lamió consiguiendo un jadeo por parte de ella—. Eres tan dulce..., tan sexi. Relájate, Sam, y siente...

Y vaya si sintió. Las manos de Andrew rozaban cada centímetro de su piel, sus labios besaban y sus dientes mordían acompañados de lametones y succiones. Su cuerpo se encendía esperando el siguiente movimiento de Andrew.

La cogió por la cintura y la giró en un solo movimiento dejando su rostro apoyado en el colchón. Puso la almohada bajo sus caderas elevando su trasero. Era una imagen tan erótica que tenía que hacer un esfuerzo por no correrse ahí mismo.

Recorrió con su mano la delicada piel de su columna hasta llegar a sus glúteos. Lamió y mordió cada porción de piel, Sam se estremecía al sentirlo.

Una sonora cachetada la asombró al mismo tiempo que se humedecía aún más de lo que estaba. Andrew acarició la zona y le preguntó:

—¿Te ha dolido?

—No..., solo me sorprendió.

—¿Confías en mí?

—Sí.

Otra nalgada sonó sobre su cuerpo al tiempo que Andrew introdujo dos dedos en su interior. Sam jadeó.

—Estás tan húmeda... —Mientras sus dedos bombeaban en el interior de Sam, comenzó a morder delicadamente cada porción de su espalda—. Me pones tan caliente, Sam, solo imaginar lo que puedo hacerte gemir me vuelve loco.

—Hazlo, Andrew, vuélvenos locos... a ambos.

Andrew se agachó lo suficiente como para posar su boca en la hendidura de Sam y sin retirar sus dedos comenzó a devorarle su botón del placer. Mordía, lamía y succionaba como si no hubiera un mañana. Sam gemía y clamaba su contacto. Era tan intenso el placer que sentía que un orgasmo demoledor la sorprendió gritando su nombre.

Andrew, sin dejar de saborearla alargando su placer, se puso un preservativo y, sin mediar palabra, cambió sus dedos por su miembro erecto y necesitado de su calor.

Sam jadeó y se acopló a sus movimientos, con un ritmo ansioso y, desesperada por sentir ese placer que iba despertando de nuevo en ella, encajó cada una de las embestidas gimiendo y gozando, como jamás pensó que fuera posible. Ambos llegaron a un orgasmo demoledor, dejando sus cuerpos abatidos, intentando recuperar la cordura. El cuerpo de Andrew se desplazó con el de Sam hasta quedar de lado sobre el colchón. Sus respiraciones aún seguían agitadas cuando ella escuchó:

—¿Te ha gustado, Sam?

—Nunca había disfrutado tanto con el sexo, Andrew..., ¿me vas a soltar?

—No, nena, todavía no he terminado contigo... —susurró mientras mordía su nuca.

Un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Sam. Andrew salió de su interior. Se deshizo del preservativo junto a la cama y preparó otro, mientras Sam seguía intentando normalizar su respiración; él, imaginando todo lo que iba a hacerle, se puso tan duro como una roca y se enfundó el preservativo sin perder tiempo.

La puso boca arriba y descubrió sus preciosos ojos verdes, que lo miraron con adoración. Así lo sintió él.

—Ahora quiero que observes lo que voy a hacer, quiero ver las expresiones de tu rostro cuando esté comiéndote por completo... Quiero que veas lo que me haces sentir. —Sam solo pudo asentir con la cabeza. Su boca se había secado al escucharle decir todas esas cosas, al contrario que su entrepierna, que no dejaba de humedecerse. Andrew se posicionó sobre ella apoyándose en los antebrazos y la miró—. Eres preciosa. —Sam se sonrojó. No por su cumplido, que también, sino por su manera de observarla. Tuvo la sensación de que miraba directamente a su alma—. Me gusta cuando te sonrojas, como ahora... —Besó su frente—. Eres tan sexi... —Besó sus párpados—. Y tan caliente que me vuelves loco. —Devoró su boca. Sam lo recibió con ansias, necesitaba saborear su esencia, su calidez. Sus manos tiraban del pañuelo, ávidas por recorrer su cuerpo—. Voy a disfrutar de ti hasta que salga el sol. —Besó su cuello—. Y luego voy a seguir haciéndote el amor hasta que Maggie se despierte... —Mordió su pezón, provocando que Sam se arqueara para sentirle más cerca—. Después me pasaré el día pensando en lo increíble que es estar dentro de ti... —En ese momento, la penetró de un solo movimiento y se miraron a los ojos sin apenas respirar—. En tu calidez y en que estoy en el puto paraíso... —Sus pensamientos fluyeron, encajaban en cada movimiento, sus miradas no se despegaron en ningún momento. Se sintieron tan próximos que no pudieron evitar jadear el nombre del otro cuando llegaron al clímax. Cuando recuperaron un poco la respiración, Andrew se deshizo del preservativo, desató las manos de Sam, acarició sus muñecas y preguntó sin mirarla—: ¿Estás bien?

Sam puso dos dedos bajo su barbilla y le miró los ojos.

—Ha sido la experiencia más increíble de toda mi vida, jamás creí poder disfrutar tanto del sexo. Me ha gustado que me azotaras, no puedo creer que esté diciendo esto en voz alta... Me has puesto muy, muy caliente, me estoy acalorando solo de recordarlo. —Se sonrojó, y Andrew sonrió—. Has sido considerado, cariñoso y ardiente, y sé que voy a pasarme el día pensando en cómo dilatas mi interior y en la calidez que me llena. —Esto último casi sonó como un susurro mientras empujaba el cuerpo de Andrew sobre el colchón, cogía y abría un preservativo y, mientras se lo ponía, notó la tensión de él ante lo que se aproximaba—. Pienso en lo que quiero hacerte ahora mismo y no sé si te apetece...

—Tú me apetece desde que te vi en aquel parque, con tu pelo enmarañado, tus ropas ajadas y tu rubor ante mí. Eres una persona increíble, eres cariñosa con mi hija y eres lo más delicioso que he disfrutado en mi vida. —Acarició su mejilla—. Siento cosas por ti que nunca había sentido nunca, Sam..., y necesito estar en tu interior como el respirar.

Sam, a horcajadas sobre él, guio su miembro hacia su entrada y lentamente sin despegar sus miradas bajó encajando sus cuerpos y sus almas. Andrew se incorporó sentándose con ella encima y la abrazó. Sin moverse, simplemente sintiéndose, le confesó:

—Creo que te quiero, Sam, y estoy aterrorizado porque jamás sentí con otra mujer lo que siento estando contigo.

Sam no podía creer que Andrew la quisiera. La quería, se lo estaba confesando en un momento de lo más íntimo.

—Yo también te quiero, Andrew, y también estoy aterrorizada de no ser lo suficiente para ti, para Maggie...

Andrew la miró a los ojos.

—No digas eso, Sam. Eres una mujer increíble. Nos has devuelto la alegría, quizás tuviste una mala época, eso ya pasó, nunca vuelvas a infravalorarte. ¿De acuerdo? —Sam asintió y subió un poco su cuerpo haciendo que Andrew agarrara sus caderas—. Nena, llévame a las estrellas. —Y, con sus labios devorándose, se hicieron el amor, sin prisas.

Su conexión a partir de ese momento fue intensa, evitaban tocarse frente a Maggie y Molly, pero sus miradas ardían de deseo cuando se cruzaban. Las noches eran suyas sin excepción y, desde que las pesadillas de la pequeña apenas se producían, disfrutaban de todas las horas juntos.

Solo tenían una preocupación; Britany. Desde aquella fatídica noche, había desaparecido de sus vidas, no había vuelto por la oficina y no intentó ponerse en contacto con Andrew, era extraño y preocupante a la vez. ¿Qué estaría tramando?

Aquella mañana, Sam se encontraba ayudando a Molly con la limpieza de la casa. No podía dejar de sonreír cada vez que recordaba los momentos que compartió la noche anterior con Andrew. Se sentía feliz. En ese momento sonó el timbre de la puerta y fue a abrir.

—Hola, ¿qué desea?

Una joven rubia, con los ojos más azules que hubiera visto nunca, la miraba desde el otro lado de la puerta.

—¿Está Andrew?

—No. En este momento no está en casa. Está trabajando. ¿Desea dejarle algún recado?

—Sí. Llámale y dile que Susan ha vuelto y que quiero ver a Maggie.

—¿Quién es, Sam? —Oyó a su espalda—. Señorita Susan, ¿es usted?

—Hola, Molly. Veo que sigues trabajando en la casa. Prepárame un *gin-tonic* mientras espero a que llegue Andrew. Le esperaré en el salón. Por cierto..., ¿y tú eres? —preguntó mirando fijamente a Sam.

—Mi nombre es Samantha, soy quien se encarga de Maggie.

—¡Oh! Pues quizás deberías ir buscando un nuevo trabajo porque he vuelto para quedarme, y no vamos a necesitar a nadie para cuidar de mi niña.

Sam se tensó. Esa era la madre de Maggie, la que la abandonó, la que le dijo cosas horribles a una niña de tres años, que había vivido con pesadillas desde entonces.

—Con el debido respeto, creo que, el único que puede echarme de mi trabajo y de esta casa es Andrew.

—Eso ya lo veremos..., Molly, mi *gin-tonic*.

Susan les dio la espalda y se dirigió al salón, como si fuera la dueña del lugar.

—Sam, llama a Andrew. Creo que vamos a tener tormenta en casa. —Molly se alejó refunfuñando por la situación, y Sam se encerró en el despacho de Andrew para llamarlo.

—¿Sam?

—Hola, Andrew.

—Hola, preciosa, ¿qué pasa?

—Hay una visita en casa esperándote.

—¿En casa? No he quedado con nadie...

—Es Susan...

—...

—¿Andrew? ¿Estás ahí? ¿Me has oído?

—Sí, sí..., sigo aquí y te he oído. No te acerques a ella, está loca. Salgo ahora mismo hacia allí.

Hablaba con Sam mientras se ponía la chaqueta y salía del despacho, sin siquiera despedirse de Mary, quien lo miró sorprendida por su forma de marcharse. Algo había alterado a su jefe. Estaba segura de ello, ¿le habría pasado algo a Maggie?

Sam colgó la llamada y se dirigió al salón. No iba a dejar a esa mujer sola para que anduviera a su antojo por la casa.

—Veo que sigues aquí.

—Vivo aquí.

Sam creyó ver tensión en el rostro de Susan, pero fue efímero, recuperó su semblante de señora de la casa.

—Vaya, pues, además de trabajo, vas a tener que buscar alojamiento. Si quieres puedo hablar con una amiga que vive en Orlando. Siempre busca nuevas... inquilinas, además, amablemente te ofrecería que trabajaras para ella. Seguro. Eres mona. Estarías tan bien como aquí; trabajo y vivienda en el mismo sitio. —Se puso a dar palmitas como una niña pequeña—. ¿Qué más podrías pedir?

—¿Y de qué trabajo estamos hablando?

—Ya sabes, de relaciones públicas en su negocio, a treinta euros la mamada, sesenta la media hora y cien por un final feliz. A lo máximo a lo que puede aspirar una zorra como tú.

—¿Cómo te atreves?

—Apártate de mí o te haré la vida imposible, no creo que seas solo su niñera... ¿Te acuestas con el jefe? Pues eso se ha acabado. Cuando Andrew venga a casa hablaré con él a solas, por supuesto, y te echará de aquí sin dudarlo ni un momento, igual acabas pidiéndome que te ponga en contacto con mi amiga.

—¿Cómo estás tan segura de que todo saldrá como tú crees? No es el mismo hombre al que abandonaste...

—Solo observa y verás, yo de ti iría preparando las maletas.

En ese instante se oyó la puerta de la entrada, y ambas supieron que Andrew había llegado. Era el momento de que se aclarara qué diablos hacía allí esa mujer. Cuando entró en el salón, las miró a las dos. Respiró profundamente y su voz resonó en la habitación.

—Sam, déjanos a solas.

Sam vio una sonrisa en el rostro de Susan que le provocó un escalofrío.

—Andrew...

—¿No me has oído? Sal de la habitación. —Su tono de voz fue duro y seco. Nunca le había sentido tan lejano, ni siquiera al principio de conocerse.

—Estaré fuera... —Se giró para salir cuando escuchó a Susan ronronear como una gata en celo.

—Cielo, estás mucho más sexi que hace tres años..., ¿no vas a saludarme como se merece tu esposa? Te dejaré azotarme como a ti te gusta, si es lo que te apetece. No he olvidado lo que te pone caliente...

Ante el mutismo de Andrew, una lágrima descendió por su mejilla al tiempo que cerraba la puerta a su espalda. Molly estaba en el pasillo, retorciéndose las manos con nerviosismo. Abrió sus brazos, y Sam se refugió en ellos. Molly acariciaba sus rizos negros mientras le susurraba palabras de calma.

—Vamos, mi niña, no te preocupes, el señor lo arreglará todo. Vamos a la cocina, ¿sí? Prepararé té y esperaremos.

Sam se dejó llevar, derramando lágrimas silenciosas, un dolor en el pecho le impedía dejar de llorar. ¿Por qué Andrew no dijo nada? ¿Por qué la echó de la habitación con esa dureza? ¿Tendría razón esa mujer al decir que él la echaría sin dudarlo?

No, Andrew no se comportaría así con ella después de todo lo que habían compartido, ¿verdad? Pero Susan era la madre de Maggie. ¿Estaría dispuesto a volver con ella después de que los dejara de esa forma? La mente de Sam estaba en plena ebullición cuando escuchó la voz de Molly.

—Andrew te quiere. —Sam se sorprendió—. Solo hay que ver cómo te mira y, no me lo niegues, sé que tú a él también. Soy vieja, pero no tonta. ¿Acaso te crees que no he visto los cambios que ha experimentado? Lo conozco desde siempre y cuando esa mujer los dejó cambió para mal... Y, desde que tú llegaste, pasa más tiempo en casa, sonrío a todas horas y me encanta verlo así. Alegre. Y Maggie te adora, se ha convertido en un bichito de seis años feliz, esos cambios son gracias a ti, Sam, no lo olvides.

—Pero...

—Pero nada, piénsalo bien, Andrew está sorprendido, nunca creímos que volveríamos a verla, quizás no utilizó un tono adecuado para hablarte, pero seguro que se arrepintió al segundo. Nada bueno puede traer su vuelta. Eso lo sé. Es una mujer mala, lo demostró dejando a su hija sin mirar atrás durante tres años... No me va a hacer creer que es una madre ejemplar, la conozco... —Intentó reconfortarla—. Anda, tómate el té y seca esos bonitos ojos verdes, no querrás que esa arpía te vea con ellos hinchados y rojos, ¿verdad?

Sam dejó de llorar, se secó el rostro con los puños de su suéter. Se acercó a Molly y la abrazó.

—Gracias...

Una hora y media después, se abrió la puerta del salón y salieron ambos. Ella con una sonrisa marcada en su rostro, y él, serio y abatido. Entraron en la cocina, y Andrew habló con Molly:

—Molly, prepara la habitación de invitados, Susan va a quedarse unos días. Voy..., vamos a salir. No creo que regresemos antes de la cena. —Sam se levantó del taburete en el que estaba tomándose el té clavando sus ojos en él. Andrew notó su mirada, pero continuó hablándole a Molly como si ella no estuviera presente—. No le digas a Maggie que su madre ha vuelto, mañana le daremos la sorpresa.

—Señor, pero...

—Encárgate de todo, Molly. Por favor. —Su voz sonó cansada. Entonces se giró y miró a Sam—. En cuanto a ti..., ya no vamos a necesitar tus servicios en esta casa, me gustaría que mañana te marcharas. —Sam se llevó las manos a la boca y notó cómo sus ojos se anegaban en lágrimas. No podía ser cierto lo que estaba oyendo—. Te compensaré económicamente por no avisarte con quince días de anticipación. Por eso no te preocupes...

No se lo podía creer, ¿ni siquiera iban a hablar de lo que estaba pasando? ¿La iba a echar como si no fueran nada el uno para el otro? ¿La había estado utilizando? ¿Y Maggie? ¿Cómo iba a despedirse de su niña preciosa?

—¡Ah, Molly! —exclamó Susan al parecer recordando algo importante—. Quiero la habitación que está junto a la de Andrew, no quiero tener que recorrer la casa cuando me mude de habitación.

—Susan, para.

—Pero, cielo, es mejor que se vayan haciendo a la idea de que tú y yo...

—¡Basta!

Susan, ignorándolo, se dirigió a Sam:

—En cuanto a ti, avísame si quieres el número de mi amiga, ya sabes.

—¿De qué estás hablando? —interrogó cada vez más enfadado Andrew.

—¡Oh! Nada, cielo, antes de que llegaras hablé con la niñera y le comenté de una amiga que siempre necesita... chicas para su empresa.

—No, gracias. No quiero ese número de teléfono ni nada que provenga de ti. No me pareces

buena persona y, ya sabes, dime con quién andas y te diré quién eres. En cuanto a irme... —Tragó el nudo de dolor que le atenazaba la garganta y prosiguió—. ¿Para qué esperar a mañana? Si me pagas ahora, esta misma tarde, cuando prepare mi maleta, saldré de esta casa.

—No es necesario, puedes quedarte hoy...

—¡No! No quiero quedarme hoy ni volver a verte en la vida. Creí que eras un hombre y ahora me doy cuenta de que me equivoqué. Es mejor que acabemos con esto aquí y ahora... No es necesario prolongar mi estancia. —Sam necesitaba salir de allí o estallaría.

—Sam... —Alzó la mano para acariciar su rostro, cuando la voz de Susan volvió a oírse, al mismo tiempo que ella retrocedía un paso atrás, evitando así que la tocara.

—Cielo, tenemos que irnos. ¿Acabas?

Andrew la fulminó con la mirada y, cuando volvió a dirigirse a Sam, sus ojos se suavizaron.

—Está bien, te extenderé un cheque... Y, Sam, de verdad que lo siento.

—Más lo siento yo... Siento haber creído en un futuro, he de ser más realista y poner los pies en la tierra. Pero ¿sabes? Siendo sincera conmigo, no creo que hubiera funcionado. Ya llevaba demasiado tiempo aquí. Ya que esto es una despedida, ¿te importa si esta tarde la paso con Maggie y Molly fuera de aquí? Me gustaría despedirme de ellas.

—En absoluto... También te daré una carta de recomendación para que te resulte más sencillo encontrar trabajo. Mary te lo acercará todo dentro de un rato, si te parece bien.

—Gracias.

—¿Aún trabaja para ti la vieja Mary? ¡Ay, cielo! Suerte que he vuelto. Has de modernizar la empresa...

—Susan, déjalo ya. —Suspiró agotado—. Adiós, Sam. —Extendió la mano esperando rozar su piel una vez más.

Sam lo miró y, dándole la espalda, musitó:

—Adiós, Andrew.

Él dejó caer la mano y en un murmullo, para que nadie más lo escuchara, expresó:

—Te quiero.

Andrew y Susan salieron de la vivienda, cuando la puerta quedó cerrada, Sam cayó de rodillas al suelo, y Molly corrió a abrazarla.

—Mi niña, no llores. Encontraremos una solución. Me tienes a mí, no voy a dejarte sola, vamos, no llores más... No entiendo qué es lo que ha pasado, pero no te preocupes, lo averiguaré... Vamos, mi niña, tenemos que prepararnos para pasar el día con Maggie, y no querrás que te vea así, ¿verdad?

—Os voy a echar tanto de menos...

—Ni lo pienses, no vamos a dejar de vernos, ¿me oyes? Eres lo más parecido a una hija que he tenido nunca, y no voy a permitir que te alejes de mi vida.

Las dos se quedaron en el suelo, abrazadas y llorando, hasta que Sam, acariciando el rostro de su amiga, sonrió y le dijo:

—Es hora de preparar mis cosas, no quiero estar en casa cuando vuelvan...

—Te ayudaré.

Se pusieron en pie y se dirigieron a la habitación que, hasta ese momento, había sido de Sam. Ella la observó con atención al entrar. Cuántos momentos felices había vivido entre esas cuatro paredes durante tantos meses, pasión en esa cama, diversión y risas compartidas con Maggie en sus interminables partidas de parchís tiradas por el suelo...

Le iba a costar muchísimo olvidar a Andrew y todo lo que vivieron juntos como una familia, pero debía ser fuerte. Algún día encontraría su lugar. Mientras recogía sus cosas, el timbre de la

puerta sonó.

—¿Puedes bajar tú, Sam? Estas viejas piernas ya no están para subir y bajar tantas veces.

—Claro, Molly.

Cuando llegó a la puerta, expulsó el aire que estaba reteniendo y abrió con la esperanza de que no fuera nadie que pudiera lastimarla de nuevo.

—¿Connor?

—Buenas tardes, Sam. He venido a recoger a Andrew, ¿sabes si está listo?

—No.

—¿No? ¿No está listo o no lo sabes?

—Perdona, estoy un poco distraída. Lo que quería decir es que Andrew se marchó esta mañana...

—¿Puedo pasar?

—Claro, disculpa. —Cerró la puerta al estar dentro.

—Pero me dijo que vendría a comer, por eso quedamos aquí.

—Pues será mejor que lo llames y hables con él, ahora, discúlpame, he de terminar de preparar la maleta.

—¿Te vas de viaje?

—Me voy... para siempre. —Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Con infinidad de delicadeza, Connor limpió su rostro y le preguntó:

—¿Cómo que te vas? ¿Andrew lo sabe?

—¿Que si lo sabe? Me ha echado él...

—A ver, a ver, explícame eso porque no tiene sentido.

—Esta mañana apareció su mujer, lo llamé al despacho. Él vino, estuvieron hablando y me dijo que ya no precisaba de mis servicios porque ella se iba a quedar en la casa. Que hiciera mi maleta y que mañana me fuera... No puedo quedarme hasta mañana..., no puedo..., yo...

—Vamos, vamos, no llores —susurró mientras la abrazaba—. No entiendo muy bien qué es lo que ha pasado, pero seguro que todo tiene una explicación...

—Señor Connor, mi niña le está diciendo la verdad, Susan volvió a engatusar a Andrew, y ahora hemos de buscar un lugar donde pueda quedarse. —Surgió la voz de Molly en las escaleras.

—Hola, Molly. No tiene que buscar nada, puede venirse a mi casa.

Sam se apartó de su abrazo y lo miró muy seria.

—No creo que sea una buena idea... Molly, podrías...

—Voy a seguir recogiendo la ropa de la cómoda. Si me disculpáis.

—Gracias por tu ayuda, Molly. —Cuando vio que su amiga desaparecía por las escaleras, se enfrentó a Connor—. ¿Te crees que estás en el Experience? ¿Que vas a compartirme con tu amigo? Estás enfermo...

—No, no he querido dar a entender eso, por Dios, créeme. Solamente te estoy ofreciendo una habitación en mi casa hasta que encuentres algo que te guste, para que puedas encontrar tu lugar con calma, no de un día para otro. No quería ofenderte de ninguna de las maneras...

—Lo siento, Connor, no debería haberte juzgado tan mal, pero sigo creyendo que no es una buena idea.

—¿Por lo que pueda pensar Andrew? Por lo que veo, a él no le ha importado lo que pensaras tú cuando se ha ido con Susan. En serio, puede ser divertido. Hace tiempo que no comparto una pizza con una compañera de piso.

—¿De verdad? No me conoces...

—Pues así le pondremos remedio. ¿Aceptas?

—Es una locura, pero sí, acepto.

—Entonces, no se hable más, vamos a por tus cosas y a llevarlas a casa.

Sam dejó el móvil sobre la mesa y cerró la puerta con un nudo en el corazón. Atrás quedaban momentos de mucha intensidad y estaba segura de no poder olvidarlos mientras viviera.

Junto con Molly, que los acompañó para ayudarla a instalarse, se dirigieron a casa de Connor. Una vez estuvo todo colocado, fueron a buscar a Maggie al colegio. Tenía que explicarle que, aunque no vivieran en la misma casa, seguiría siendo su amiga.

Llegaron a recoger a Maggie a su hora. Al verlos a los tres en la entrada se puso a correr hacia ellos con una gran sonrisa.

—Tío Connor, tío Connor, has venido a buscarme.

—Pues claro que sí, princesa. Hacía mucho tiempo que no venía. ¿Dónde quieres que vayamos?

—A merendar y al parque. Luego tenemos que irnos a casa porque Sam y yo vamos a hacer galletas. ¿A que sí, Sam?

—Cariño... —A Sam se le anegaron los ojos, y Connor se dio cuenta.

—Princesa, ¿qué te parece si vamos a merendar al parque y luego vamos a casa y las hacemos allí? Seguro que ha Romeo le hace mucha ilusión que lo visites.

—¡Romeoooo! Sí, sí... Sam, ¿podemos ir a ver a Romeo?

—Yo... —Miró a Connor sin saber qué responder, y él, con una sonrisa en su cara, asintió con la cabeza—. Si a Connor no le importa que ensuciemos su cocina, me parece perfecto.

—Molly, vamos a ir a ver a Romeooooo.

—Ya veo, ya veo. —Molly sonreía tanto como la pequeña.

Una vez en el parque, y mientras Molly empujaba el columpio al que había subido Maggie, Sam se atrevió a preguntar:

—¿Quién es Romeo?

—Ay, ¡Romeo, Romeo! Es el rompecorazones de mi barrio. No le gusta comprometerse con las féminas, aunque estoy seguro de que alguno de los pequeños que corren por las calles es suyo, no quiere atarse y serle fiel a ninguna, es un ser libre.

—No sabía que compartías piso con alguien... así. Yo... no creo que sea buena idea que viva con vosotros. —Sam se había puesto serio de golpe.

—¿No me dirás que eres alérgica?

—¿A hombres como ese? Alérgica no, solo me dan urticaria.

Connor comenzó a reírse, y Sam cada vez se enfadaba más.

—A ver, a ver, espera, no te enfades conmigo, déjame que te explique. Romeo lleva cinco años en casa, lo encontré en la calle y se vino conmigo. Es un gato, Sam.

Sam se sonrojó y le dio un golpe en el brazo.

—¿Será posible? ¿Te estabas riendo de mí? Un gato... Eres malvado, Connor.

Los cuatro pasaron una tarde de lo más divertida, Sam quería aprovechar cada instante con Maggie, jugaron a pillarse, se columpiaron, les dieron nueces a las ardillas y sobre todo se rieron. Rieron hasta que les dolió la barriga. Sam atesoraba ese sonido tan precioso que era la risa compartida con amor. No quería olvidar nunca esa tarde con su pequeña porque, con la llegada de Susan, realmente no sabía cuándo volvería a verla. Regresaron a casa de Connor, y se pasaron lo que quedaba de tarde haciendo galletas.

Se aproximaba la hora de ir a casa y Sam aún no había hablado con Maggie, no sabía qué decirle. Connor le pidió a Molly que lo acompañara a guardar las cosas de Sam a su habitación, para que tuviera un momento para hablar con Maggie a solas.

—Princesa, ven. Siéntate a mi lado que quiero contarte una cosa. —Maggie hizo lo que Sam le pidió—. Verás, mi niña, a veces los mayores tenemos que hacer cosas que no nos gustan, pero tenemos que hacerlas.

—¿Como cuando Molly me pone acelgas que no me gustan y me las tengo que comer? —Arrugó

la naricilla mientras lo decía.

—Algo parecido. —Sonrió—. Verás, hoy yo no voy a volver a casa contigo...

—¿Por qué?

—Porque... ya no voy a vivir más allí.

—¿Por qué?

—Maggie... —La abrazó cuando vio los pucheros que empezaban a asomar en su boquita—. Cariño, eso no quiere decir que dejemos de vernos. Yo iré todas las tardes al parque de la ardilla, si Molly te lleva, nos veremos y jugaremos, ¿sí?

—Yo quiero que vengas conmigo a casa, papi también y Molly... ¿Tú no quieres venir?

—Cariño, ahora tengo que ir a otros sitios, pero siempre podrás hablar conmigo, no llores. Mañana mismo estaré esperándote en el parque, ¿vale? Ahora se está haciendo tarde y tienes que volver a casa con Molly.

—Noooo, yo quiero quedarme contigo.

—Maggie, tienes que ir a casa, si no papá estará triste. Y tú no quieres que él esté triste, ¿verdad?

—No, pero quiero que tú me cuentes un cuento. No quiero irme, quiero estar contigo.

—Maggie, mi niña bonita, seguro que papi te lo leerá. Y mañana jugaremos juntas y nos lo pasaremos genial, pero no llores más, por favor.

—Y ¿tú por qué lloras, Sam? —preguntó secándole la cara con sus manitas.

—Porque también te voy a echar muchísimo de menos. Te quiero, mi niña. Pero vamos a hacer una cosa; yo no lloro más si tú también dejas de llorar. ¿Vale? Si no, papi se preocupará cuando te vea... —Forzó una sonrisa para tranquilizar a la pequeña—. Venga, Molly está esperándote y tienes que hacerle caso. Te tienes que portar bien con ella porque también está triste.

La pequeña se lanzó a sus brazos y le rodeó el cuello con sus bracitos.

—Te quiero mucho, Sam. Le diré a papi que venga a buscarte para que te quedes en casa...

—Cariño, no. Mañana te espero en el parque, ¿sí? —Le dio un beso en la cabeza y la cogió en brazos llevándosela a Molly—. Estaré en el parque esperando a que lleguéis. —Besó su mejilla—. Hasta mañana.

Las acompañó a la puerta y acariciando el rostro a ambas se despidió de ellas. Al cerrar escuchó de nuevo el llanto de la pequeña llamándola, era lo más duro que había vivido hasta el momento. Ni tan siquiera la soledad y el miedo de cuando vivía en la calle le habían afectado de esa manera. Se derrumbó en el suelo, con el rostro empapado de lágrimas.

—Sam... —Connor se sentó tras ella y la abrazó en silencio. Sabía que necesitaba desahogarse y esperó a que se calmara por sí misma.

Una hora más tarde, seguían en la misma posición. Aunque el llanto había ido menguando, la tristeza y el abatimiento seguían presentes.

—Gracias, Connor.

—¿Por qué? —La miró sorprendido.

—Por darme tu apoyo sin apenas conocerme y por esto, ya sabes...

—Lo sé. Y tienes razón. —La sorprendió volteándola para mirarla a los ojos—. Pero eso tiene fácil solución. Déjame conocerte. Háblame de ti. Pero si puede ser en el salón, sentados confortablemente, por favor... No me siento el culo. —Una genuina y sincera carcajada salió del cuerpo de Sam, aún con lágrimas en la mirada, ese hombre la había hecho reír en un difícil momento y lo agradeció desde el fondo de su alma—. Vamos. —Connor se levantó primero y le ofreció su mano para ayudarla.

—¿Tienes palomitas y tequila? Es una larga historia —se disculpó.

—Tengo vodka y cacahuets, ¿servirán?

—Servirán.

Se acomodaron en el sofá, con los complementos preparados sobre la mesa de centro. Sam se dispuso a relatarle su vida, y él se dispuso a escucharla.

Cuando vio la pantalla del móvil, anunciándole una llamada de Sam, su corazón se expandió. Se había enamorado, estaba más que claro, no era solo por su belleza, era por su forma de ser, por el amor que sentía por su hija y por cómo era cuando estaba con él. Contestó a la llamada con la sonrisa en su rostro.

—¿Sam?

—Hola, Andrew.

—Hola, preciosa, ¿qué pasa?

—Hay una visita en casa esperándote.

—¿En casa? No he quedado con nadie...

—Es Susan...

—...

—¿Andrew? ¿Estás ahí? ¿Me has oído?

—Sí, sí..., sigo aquí y te he oído. No te acerques a ella, está loca. Salgo ahora mismo hacia allí.

Hablaba con Sam mientras se ponía la chaqueta y salía del despacho, ni siquiera se despidió de Mary, no podía pensar en cuáles eran las razones de Susan para volver después de tres años, pero no iba a permitir que entrara de nuevo en sus vidas.

Nunca había conducido tan deprisa como en ese momento. No quería tener a Susan en su casa y mucho menos junto a Sam. Cuando entró por la puerta, y las oyó discutiendo en el salón, cerró de golpe esperando que supieran que estaba ahí.

Cuando llegó al salón, las miró a las dos. Respiró profundamente antes de hablar.

—Sam, déjanos a solas.

Vio la sonrisa en el rostro de Susan que le provocó un escalofrío. Y entonces la oyó:

—Andrew...

—¿No me has oído? Sal de la habitación. —Su tono de voz fue duro y seco. No podía mirarla a la cara. Se sentía avergonzado, por todo lo que Susan le hubiera contado.

Nunca había sido tan lejano, ni siquiera al principio de conocerse, cuando no podía dejar de pensar en ella y se escuchó en frialdad. Esa vez había sonado muchísimo peor.

—Estaré fuera... —Sam empezó a alejarse hacia la salida, sintió su dolor, fue entonces cuando escuchó a Susan ronronear como una gata en celo y la odió. ¿Cómo pudo casarse con esa mujer?

—Cielo, estás mucho más sexi que hace tres años..., ¿no vas a saludarme como se merece tu esposa? Te dejaré azotarme como a ti te gusta, si es lo que te apetece... No he olvidado lo que te pone caliente...

La puerta se cerró y supo que ya estaban solos.

—¿Qué mierda haces aquí, Susan?

—¿De verdad vas a saludar a la que es aún tu esposa de esta manera?

—Tú no eres mi esposa. —Paseaba nervioso por el salón.

—Querido, nunca has presentado los papeles de divorcio, así que todavía estamos casados. ¿Será porque aún esperabas mi regreso? Seguro que sí. Siempre me has deseado. —Sonrió lascivamente—. ¿Nos sentamos? Creo que lo que voy a contarte te va a interesar.

Una hora y media después, se abrió la puerta del salón y salieron ambos. Ella con una sonrisa marcada en su rostro, y él serio y abatido. Entraron en la cocina, y Andrew habló con Molly.

—Molly, prepara la habitación de invitados, Susan va a quedarse unos días. Voy..., vamos a salir. No creo que regresemos antes de la cena. —Sam se levantó del taburete en el que estaba tomándose el té y lo observó fijamente. Andrew notó su mirada, pero continuó hablándole a Molly como si ella no estuviera presente—. No le digas a Maggie que su madre ha vuelto, mañana le daremos la sorpresa.

—Señor, pero...

—Encárgate de todo, Molly. Por favor. —Su voz sonó cansada. Entonces se giró y miró a Sam—. En cuanto a ti..., ya no vamos a necesitar tus servicios en esta casa, me gustaría que mañana te marcharas. —Sam se llevó las manos a la boca, y Andrew notó cómo los ojos se le anegaban en lágrimas. Pero ella no dijo nada—. Te compensaré económicamente por no avisarte con quince días de anticipación. Por eso no te preocupes...

Se sentía rastrero ni siquiera le iba a explicar el porqué de lo que estaba pasando. La iba a echar como si no le importara y su corazón se estaba desgarrando. Ella pensaría que la había utilizado. ¿Y Maggie? ¿Entendería el regreso de su madre a su vida? ¿Y que Sam no estuviera para abrazarla si tenía pesadillas?

—¡Ah, Molly! —exclamó Susan al parecer recordando algo importante—. Quiero la habitación que está junto a la de Andrew, no quiero tener que recorrer la casa cuando me mude de habitación.

—Susan, para.

—Pero, cielo, es mejor que se vayan haciendo a la idea de que tú y yo...

—¡Basta!

Susan, ignorándolo, se dirigió a Sam:

—En cuanto a ti, avísame si quieres el número de mi amiga, ya sabes.

—¿De qué estás hablando? —interrogó cada vez más enfadado Andrew.

—¡Oh! Nada, cielo, antes de que llegaras hablé con la niñera y le comenté de una amiga que siempre necesita... chicas para su empresa.

—No, gracias. No quiero ese número de teléfono ni nada que provenga de ti. No me pareces buena persona y, ya sabes, dime con quién andas y te diré quién eres. En cuanto a irme... —Suspiró—. ¿Para qué esperar a mañana? Si me pagas ahora, esta misma tarde, cuando prepare mi maleta, saldré de esta casa.

—No es necesario, puedes quedarte hoy...

—¡No! No quiero quedarme hoy ni volver a verte en la vida. Creí que eras un hombre y ahora me doy cuenta de que me equivoqué. Es mejor que acabemos con esto aquí y ahora... No es necesario prolongar mi estancia.

—Sam... —Alzó su mano para acariciar su rostro, cuando la voz de Susan volvió a aparecer, al mismo tiempo que Sam retrocedía un paso atrás, evitando así que la tocara.

—Cielo, tenemos que irnos. ¿Acabas?

Andrew la fulminó con la mirada y, cuando volvió a dirigirse a Sam, sus ojos se suavizaron.

—Está bien, te extenderé un cheque... Y, Sam, de verdad que lo siento.

—Más lo siento yo... Siento haber creído en un futuro, he de ser más realista y poner los pies en la tierra. Pero ¿sabes? Siendo sincera conmigo, no creo que hubiera funcionado. Ya llevaba demasiado tiempo aquí. Ya que esto es una despedida, ¿te importa si esta tarde la paso con Maggie y Molly fuera de aquí? Me gustaría despedirme de ellas.

—En absoluto, no hay problema. También te daré una carta de recomendación, para que te resulte más sencillo encontrar trabajo. Mary te lo acercará todo dentro de un rato, si te parece bien.

—Gracias.

—¿Aún trabaja para ti la vieja Mary? ¡Ay, cielo! Suerte que he vuelto. Has de modernizar la empresa...

—Susan, déjalo ya. —Suspiró agotado—. Adiós, Sam. —Extendió su mano esperando rozar su piel una vez más.

Sam lo miró y, dándole la espalda, musitó:

—Adiós, Andrew.

Él dejó caer la mano y en un murmullo, para que nadie más le escuchara, expresó:

—Te quiero.

Andrew y Susan salieron de la vivienda. Él sabía que le había fallado a Sam. Pero ¿qué podía hacer? Tenía un problema demasiado importante como para poder pensar con claridad. Necesitaba tiempo y no lo tenía.

Subieron al coche, y Susan le indicó su destino; el Experience. No entendía qué tenían que hacer en ese local. No pensaba follársela, ni a ella ni a ninguna otra, no cruzaría ese límite. Tenía que encontrar una solución, no podía perder a Maggie. Y esperaba que con el tiempo Sam lo perdonara.

Estacionó el coche en el aparcamiento del local, a pocos pasos de la entrada. Era temprano, así que no había demasiados vehículos. Marcus, el portero afroamericano de dos metros de alto y uno de ancho, reconoció a Andrew, lo saludó con un ligero asentimiento y le abrió la puerta para facilitarle el acceso al local. Susan entró primero, se dirigió directamente hacia la barra, donde una rubia estaba sentada de espaldas a ellos. No podía ser...

—¿Britany?

—Hola, Andrew. Querida... —Besó a Susan en la boca.

—¿Vosotras dos? ¿Qué mierda está pasando aquí?

—Cielo, no seas vulgar. Vamos a una sala, dispondremos de más intimidad.

—Estás loca. ¿Crees que voy a entrar en un reservado con vosotras?

—Lo que yo creo es que te conviene obedecer, vamos a charlar de lo que pasará a partir de hoy con tu vida y con tu hija. ¿No opinas que es un buen tema para hablarlo en privado?

Andrew apretó la mandíbula y sus puños, pero permaneció callado. Aquellas mujeres querían arrebatársele su mayor tesoro y no lo iba a permitir, debía averiguar qué era lo que tenían planeado para poder trazar un plan.

—Adelante. Entrad. —Britany encabezaba la marcha y les abrió la puerta de un reservado—. Quizás estarías más cómodo sin ropa. —Sonrió con lascivia—. Por los viejos tiempos, ya sabes, como antes, los tres disfrutando entre las sábanas.

Andrew permanecía de pie y en silencio.

—Bry, ven aquí, quizás necesita un poco de recordatorio de lo que hacíamos los tres.

Britany se acercó a Susan, puso una mano en su cadera y la aproximó a su cuerpo, cogió en un puño su cabello y acercó sus labios a los de ella devorándole la boca, succionando y mordiendo, logrando un jadeo de placer de Susan, quien posó sus manos sobre los glúteos apretándolos con lujuria. Britany lamió la boca de su acompañante y continuó por su cuello, soplándolo a continuación, provocándole escalofríos deliciosos por todo el cuerpo.

—Vamos, Andrew, únete a nosotras... Por los viejos tiempos. —Susan le tentaba. Sabía que esos juegucitos lo estimulaban hasta el punto de liberar a su demonio interior.

Lo que no sabían las dos mujeres era que él estaba enamorado de Sam y que con ese espectáculo lo único que estaba sintiendo era asco, pero permaneció inmutable.

—Veo que no estás por la labor, Andrew. En fin... Cielo, luego continuaremos. —Finalizó Britany el magreo con Susan—. Siéntate. Supongo que Susan ya te ha contado algo. Claro, si no,

no estarías aquí.

—Susan me ha amenazado con quitarme a Maggie, dándome a entender que no es hija mía. Lo que no entiendo es qué pintas tú en todo esto.

—Te dije una vez que siempre consigo lo que quiero y en este momento te quiero a ti, aunque eso ya lo sabías.

—Me diste una semana para echar a Sam, pero esto...

—Soy impaciente. Y, la verdad, dudo mucho de que fueras a echarla. Así que he decidido adelantar los acontecimientos. Sé que las fotografías no te impresionaron demasiado, así que ponerme en contacto con Susan era mi siguiente baza. Verás, voy a relatarte cómo van a ir las cosas a partir de ahora. Quiero que me prestes toda tu atención. —Andrew se tensó, era el momento de la verdad—. Ambas sabemos que tú no eres el padre de Maggie, puedes hacerle la prueba, estás en tu derecho. Pero no te gustará el resultado, te lo aseguro. Susan siempre ha sido un alma inquieta y, cuando no jugaba contigo, lo hacía con otros. ¿Nunca lo sospechaste? Cada vez que te decía que quedaba conmigo, yo la encubría y sabía que andaba con uno y con otro. Si ella era feliz... Siempre jugaba segura, pero aquel tipo no era como los demás, la tenía loquita y la convenció para follar sin condón. Ya sabes, por eso de que se siente piel con piel y todas esas mierdas. ¿Te lo puedes creer? En vez de pillar una enfermedad venérea, vino preñada de ese y, cuando lo hablamos, estuvimos planeando y decidimos cómo engañarte ¿Recuerdas cuando supuestamente se rompió el condón mientras follabas con ella? ¿Y recuerdas que fui yo quien te lo sacó? Estabas tan extasiado que no viste cómo lo pinchaba, antes de daros «la mala noticia»: «Chicos, está roto» y tu cara de espanto.

—Ni te imaginas lo que me costó no reírme en ese momento —comentó Susan sonriendo.

—¿Por qué? ¿Por qué mentirme? ¿Qué pasó con el otro tipo?

—Que no era como tú. No era como nosotros. No le iba la emoción en el sexo ni compartir y por supuesto no disponía de tu posición ni de tu dinero. Cuando le propusiste a Susan formar una familia no nos lo podíamos creer. Había sido tan fácil... Sin presionarte, fuiste todo un caballero. —Soltó una carcajada—. Pero con lo que no contaba en toda esta historia era con que yo quedé relegada de la ecuación. ¿Por qué, Andrew? ¿Por qué no quisiste que yo formara parte de todo?

—Porque estaba enamorándome de Susan y quise formar una familia donde tú no existieras. —Dolor sabían infringir por ambos bandos. Si creía que no iba a decirle lo que pensaba es que estaba loca—. Follaba contigo porque Susan me lo pedía y porque me proporcionaste buenos negocios. Nada más.

El rostro de Britany se contrajo, pero simuló una sonrisa de indiferencia, y prosiguió con su discurso.

—Sí, bien. Pero seguíamos viéndonos, seguíamos acostándonos... ¿Por qué terminar con algo tan especial?

Andrew soltó una carcajada.

—¿Especial? Eso era follar, Britany. No te confundas. Entre nosotros nunca, me oyes, jamás hubo algo especial. Solamente eras amiga de la mujer que quería a mi lado, y ella quería follar contigo también, no me podía negar... Además, me has proporcionado buenos contactos en los negocios que me han aportado millones a mi cuenta, qué menos que hacerte un favor de vez en cuando. —La furia en la mirada de Britany no le pasó desapercibida, aunque siguiera mostrándole esa mueca de sonrisa.

»¿Quieres que te aclare lo que es especial? Especial es lo que tenía con Sam, ella es especial, y ¿sabes? A eso es a lo que se le llama amor.

—¡Cállate, cállate, cállate! —Estalló Susan—. Ella está enamorada de ti. ¿No lo estás viendo?

¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Insensible? Vete a la mierda, Susan, y llévate a tu amiga contigo. Sois dos putas descerebradas.

—¡Basta! —saltó Britany—. ¿Quieres conservar a tu hija? Entonces solo escucha. No volverás a tener ningún contacto con la niñera. A partir de mañana, Susan vivirá contigo y con la cría. Será la perfecta madre arrepentida que ha vuelto a su hogar de cara a los demás. Estará... ¿Cuánto me dijiste, querida?

—Unos tres meses —respondió Susan.

—Ya lo has oído. Pero, como empezar una nueva vida en otra ciudad es caro, le conseguiremos diez millones de dólares y entonces, solo entonces, renunciará a su hija y te dará su custodia.

—¿Qué sacas tú de todo esto?

—Ayudar a una amiga y joderte a ti la vida de pasada. No sabes cuan satisfactorio es verte así, después de soportar todos tus desplantes es hora de darte una lección y bajarte los humos.

—Estás enferma... No tengo esa cantidad en efectivo. ¿Y cómo puedo estar seguro de que cumpliréis lo acordado?

—Consíguelo. Mañana te mostraremos la documentación para quedarte con la niña. Toda la transacción será en un bufete de abogados, cuando tú le des el dinero el documento será firmado. Todo muy legal, como puedes ver. Tienes tres meses. Si no...

—¿Si no?

—Susan y yo nos llevaremos a tu hijita tan lejos que nunca la volverás a ver. ¿Te parece bastante la motivación?

Andrew se quedó sin aliento al pensar en que esas dos víboras se llevaran a su princesa.

—Tres meses.

—Perfecto, me encanta que lo hayas entendido. Y bueno, ya que estamos aquí, ¿no os apetece que disfrutemos un rato?

—Mmmmm... Lo que tú quieras, mi amor —ronroneó Susan—. Andrew, ¿no te apetece? Por los viejos tiempos.

—Tengo un dinero que encontrar.

Las dos mujeres estallaron en carcajadas, mientras Andrew salía del reservado. Salió del local y se metió en su coche. Su mente era un hervidero de pensamientos malvados. Las quería matar con sus propias manos. Aferró el volante y sus nudillos se emblanquecieron por la fuerza de la tensión que emanaba su cuerpo. Inspiró. Espiró. Intentaba controlar su respiración o sufriría un ataque de ansiedad. Estaba bien jodido. Debía encontrar una solución, pero tenía que tranquilizarse primero. Necesitaba hablar con alguien en quien confiara. Alguien que le conociera lo suficiente para no juzgarlo; Connor. Metió la llave en el contacto y se alejó de las dos arpías que le habían puesto del revés la vida.

Aporreó con fuerza la puerta de Connor en cuanto la tuvo en frente.

—Pero ¿qué...? ¿Andrew? ¿Qué haces tú aquí? —Connor bloqueaba la puerta con su cuerpo.

—¿Me vas a hacer un puto interrogatorio en la puerta? ¿No me dejas entrar?

—No es un buen momento, Andrew. Podemos hablar mañana si te viene bien.

—No, no me viene bien, Connor, necesito hablar contigo ahora. Si tienes una churri, despídela, mañana te conseguiré dos. Pero en serio tengo que hablar con alguien o estallaré y haré una barbaridad.

—Tranquilízate, no, no estoy solo y, no, lo siento, pero no puedes pasar. Hablamos mañana.

—Connor, ¿es la pizza?

Andrew, sorprendido, apartó de su camino a Connor de un fuerte empujón. No podía creer que

esa voz fuera de ella, pero sí lo era. Sam estaba sentada en el sofá con las piernas recogidas bajo una manta y cuando lo vio se levantó sobresaltada.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —Miraba a una y al otro alternativamente intentando entender la situación—. ¿Te he hecho una pregunta?

—¿Y a ti qué te importa? No tengo por qué darte explicaciones, ya no eres «mi jefe». —Dibujó con sus dedos las comillas.

Andrew miró a Connor.

—Eres un cabrón. ¿Te la estás tirando? ¿Desde cuándo? Maldito hijo de puta, te voy a matar.

No hubo más palabras. Andrew se lanzó sobre Connor, sin darle tiempo a responder, dándole puñetazos con toda la rabia que había acumulado en pocas horas.

Connor se protegió como pudo. No quería golpearle, su amigo estaba ciego de ira y no atendía a las palabras.

—¡Basta! Para, por favor, Andrew, para, lo vas a matar... Déjalo, te lo suplico...

La voz de Sam le devolvió a la realidad. Sus delicadas manos tiraban de su ropa para que se alejara de Connor. Para que dejara de golpearle. Por fin reaccionó y se dejó caer al suelo, sentado. Se echó las manos a la cabeza. ¿Qué demonios le había pasado?

—Connor, ¿estás bien? Por favor, Connor, dime algo...

—Es... estoy... estoy bien, tranquila —respondió mientras se secaba la sangre del labio.

—¿Tranquila? —Sam se giró y fulminó con la mirada a Andrew—. Pero ¿tú quién demonios te crees que eres?

—¿Qué haces aquí, Sam? —Había dolor en su voz, pero estaba tan enfadada que ni lo percibió.

—Ahora vivo aquí. Aunque eso no es asunto tuyo.

—¿Aquí? —Andrew se levantó del suelo—. ¿Qué quiere decir que vives aquí?

—¿Acaso crees que tengo que darte explicaciones? —Le empujó el pecho—. Te recuerdo que TÚ me has echado a la calle sin explicarme nada. Solo que ya no requerías de mis servicios. ¿Recuerdas?

—Y así, por las buenas, has acabado en casa de mi mejor amigo... ¿También follarás con él para asegurarte un techo?

Sam dio un paso hacia atrás como si la hubiera abofeteado. Andrew se arrepintió en el mismo momento en que las palabras abandonaron su boca, pero ya no había vuelta atrás.

—Andrew, si vuelves a faltarle al respeto, todos los golpes que no te he devuelto antes te los daré ahora. Lárgate de mi casa. —Connor, en ese momento, lo miró con odio.

—Me voy, no soporto teneros delante, pero, amigo, te voy a dar un consejo, no te fíes de ninguna, son todas unas zorras.

Connor dio un paso hacia su amigo, con toda la intención de partirle la cara, y Sam se interpuso en su camino. Apoyó sus delicadas manos sobre el pecho de su nuevo compañero de piso.

—Déjalo que se vaya —comentó—. Da igual lo que diga..., no importa. Vete con tu mujer, Andrew, no la hagas esperar. —Ni siquiera se volteó para hablarle. Estaba tan enfadada con él.

Andrew salió de la vivienda dando un fuerte portazo. Toda su vida se había ido a la mierda. Solo le quedaba alguien por quien luchar; Maggie. Nadie la iba a apartar de su lado. Lucharía por su pequeña con uñas y dientes si era necesario, pero primero pasaría por el hospital para hacerse las pruebas de ADN, tenía que asegurarse de que todo aquello era verdad.

De regreso a su casa, intentó relajarse, no quería que Maggie lo viera así. Además, tenía que explicarle la marcha de Sam y el regreso de la arpía de su madre.

La casa se encontraba en silencio. Fue extraño. Le encantaba entrar y oír las risas y el parloteo constante de su hija, pero esa noche faltaba Sam. Entró en la cocina y vio a Molly pendiente de la

comida que tenía en el fuego. Su rostro estaba serio. Maggie estaba dibujando, tumbada en el suelo. La miró y se dio cuenta de que sus preciosos ojitos estaban hinchados por haber llorado. Sabía que la marcha de Sam les iba a afectar a todos los de la casa. Pero ver a su hija tan triste y callada le partió el corazón. Ninguna se había percatado de su presencia y sintió la necesidad de ir a buscar a Sam. De llevarla a casa y que todo volviera a ser como cualquier día desde que ella llegó. Pero no podía. Todo se había acabado, el regreso de Susan y el chantaje de Britany lo tenían atrapado y en esa ecuación Sam no tenía cabida. «Pero ¿Connor? Creía que solo se habían visto el día que me trajo a casa borracho, pero parece que no es así», pensó.

Maggie alzó la vista y vio a su padre pensativo. Se levantó deprisa y corrió hacia él.

—Papi, papi, Sam se ha ido. —Abrazada a su pierna rompió a llorar.

—Cariño... —Andrew la levantó y la abrazó con fuerza—. Princesa, no llores. Sé que estás triste.

La pequeña, con sus bracitos rodeando el cuello de su padre, preguntó entre sollozos:

—¿Por qué se ha ido, papi? Yo quiero que vuelva. —Y los llantos regresaron. Molly observaba la escena y no pudo evitar que las lágrimas salieran de sus ojos.

—Vamos, mi niña, no llores. Papi quiere explicarte algo y si lloras no voy a poder contártelo. Vamos, mi amor, vamos a lavar esa carita tan preciosa. ¿Vale? —La pequeña asintió y se dejó hacer. La sentó en la isla de la cocina y se puso frente a ella—. Mañana vendrá alguien...

—¿Sam? —interrumpió la pequeña ilusionada.

—A darte una sorpresa. No, cariño. Sam ya no va a volver. Pero mañana viene alguien que te quiere mucho.

—Sam me quiere mucho.

—Maggie..., Sam te quiere mucho, lo sé..., pero, verás, mañana...

—Y, si me quiere, ¿por qué se ha ido? Yo quiero que esté aquí, papi...

—Maggie, deja que tu papá te diga lo que te tiene que decir, que luego tengo que hablar yo con él. —Molly sonó molesta, y Andrew estaba seguro de que aún le quedaba mucho por oír esa noche.

—Maggie, mañana va a venir mamá...

La pequeña abrió mucho los ojos y Andrew la notó temblar.

—¡NO! No quiero. No quiero que venga. Quiero a Sam.

—Estará un tiempo con nosotros y es tu mamá.

—Ella no es mi mami, quiero que vuelva Sam, quiero que ella sea mi mami.

—Mi amor. —Andrew la abrazó fuerte—. A mí también me gustaría —susurró.

—Maggie, vamos a ponerte el pijama. Luego papá te leerá un cuento, ¿vale?

Nana interrumpió el momento. La niña era demasiado pequeña para entender lo que estaba pasando y ya la había visto llorar demasiado ese día. Maggie asintió con tristeza en su mirada. Su padre la depositó en el suelo, besó su cabeza, y ella corrió hacia Molly abrazándole la pierna. Andrew las miró mientras subían las escaleras. Cuando desaparecieron de su vista, se sentó en el sofá que tenía más cercano. Apoyó los codos en sus rodillas y mesó sus cabellos. Toda esa situación se le escapaba de las manos y no tenía ni idea de cómo solucionarlo. Y Sam, en casa de Connor, ¿qué demonios hacía ella allí? Perdió los papeles, lo que sucedió luego, golpear a su mejor amigo y lo que le había dicho a ella..., era algo imperdonable. Pero posiblemente era mejor que lo odiara. Si lo odiaba se mantendría a salvo de esas dos arpías. Cuando toda esa pesadilla terminara, hablaría con ella. Le pediría perdón y le explicaría todo. Esperaba que no fuera demasiado tarde para solucionarlo, pero tres meses era mucho tiempo. Quizás Sam encontraría a alguien que la hiciera sonreír, a quien le prepararía sus deliciosas galletas, con quien compartiría

las noches... Andrew se levantó alterado, si quería sobrevivir a la pesadilla donde se encontraba, debía pensar que había una ligera oportunidad de volver a tenerla en sus brazos, si no se volvería loco. Debía ser fuerte por Maggie. La pequeña no se merecía lo que se les venía encima.

Subió a la habitación de Maggie, agradeció a Molly su ayuda y se sentó en la cama con su pequeña.

—¿Qué quieres que te lea?

—Sam me estaba leyendo *La bella y la bestia*.

—¿Y te gusta?

—Sí, es una historia muy bonita. Sam ya me la ha leído otras veces.

—¿Y de qué va?

—Es de una chica a la que le gusta mucho leer, como a mí, pero aún no sé mucho, cuando sea mayor leeré tanto como Bella y como Sam. Y de un príncipe que está encantado como todas las cosas de su castillo y..., pero, papi... —Lo miró entrecerrando los ojos—. Que el cuento me lo tienes que contar tú, no seas tramposo.

Y, por primera vez desde que Susan apareció de nuevo, una sonrisa asomó a sus labios. Su pequeña era lo mejor de su vida. ¿Que biológicamente no era suya? No le importaba en absoluto, la había criado desde que nació y la quería con toda su alma. ¿Cómo se atrevían a decirle que no era su hija?

La quería con todo su corazón y lucharía por ella hasta el final. Cuando la pequeña se durmió, besó su frente y, con cuidado de no despertarla, se levantó de la cama y salió de la habitación. Aún le faltaba una conversación y sabía que no iba a ser fácil. Sabía el cariño que Molly sentía por Sam y lo que pensaba de Susan después de cómo se comportó abandonándolos. Entró en la cocina y la encontró sentada en la isla de en medio con una taza de té frente a ella. —Su nana lo miró muy seria y le preguntó—: ¿Te apetece una taza de té?

—No, gracias, Molly. ¿Quieres comentarme algo? —Se sentó frente a ella.

—¿Cómo has podido echar a la calle a Sam? —Golpeó con ambas manos sobre la isla, Andrew se sorprendió. Nunca había visto a su asistente tan alterada—. Y lo de tu esposa, eso es inconcebible, después de cómo esa mujer se portó con vosotros, ¿cómo vuelves a aceptarla en tu hogar? Andrew, de verdad que no te entiendo. Te conozco desde siempre y en este momento me siento avergonzada de ti. ¿Sabes lo mucho que ha llorado tu hija hoy? Estaba tan triste... Y Sam, suerte que Connor apareció y la acogió en su casa, si no hubiera tenido que buscar algo deprisa y corriendo o volver a la calle y eso sí que no. No podría perdonarte si algo le sucede. Esa muchacha ya ha sufrido bastante en su vida. ¿No opinas lo mismo? Creí que ella te gustaba, cuando la mirabas creí ver algo entre vosotros...

—Molly..., he tenido mis motivos, yo... Esto es muy difícil para mí.

—No creo que haya motivos suficientes para echarla a la calle, Andrew. ¿Y para ella no habrá sido difícil?

—No puedo contártelo, no puedo hablarlo con nadie, ¿no lo entiendes? Es todo una mierda. —Andrew hundió su cabeza entre las manos. Había perdido a la mujer que amaba y podía perder a su niña si no hacía lo que esas locas querían.

—No lo entiendo, Andrew, ¿crees que traicionaría tu confianza? Hijo... —Molly se levantó y se aproximó Andrew abrazándolo por los hombros.

—No es eso, es solo...

—Estoy contigo desde que eras pequeño y sabes que te quiero. Nunca haría algo que te perjudicara. Cuéntamelo, quizás entre los dos encontremos una solución.

Andrew necesitaba a alguien de confianza para desahogarse, ¿quién mejor que su nana? Ella

siempre había estado a su lado y había sido como una madre para él.

—Quieren quitarme a Maggie.

Molly abrió los ojos con sorpresa.

—¿Quieren? ¿De qué estás hablando? ¿Quién quiere quitarte a Maggie? Andrew, ¿qué estás diciendo?

Andrew la miró mientras una lágrima descendía por su rostro.

—Dicen que no soy su padre, ¿te lo puedes creer? Susan estuvo con otro tipo y se quedó embarazada, todo fue un engaño y ahora, después de tres años, vuelve para esto, a ella no le importa mi princesa, pero si no cumplo con sus exigencias se la llevarán lejos de mí... Al no ser de mi sangre no tengo ningún derecho legal sobre ella, y yo... no puedo perder a mi niña, Molly, mi vida no tendría sentido sin ella.

—Algo habrá que podamos hacer.

—Me han exigido diez millones, cuando los tengan, y hayan pasado tres meses, Susan firmará un documento donde me cederá la custodia total de Maggie.

—Si te he entendido bien, hay que soportar a esa mujer tres meses. ¿Y Sam qué tenía que ver en todo esto? ¿Por qué la echaste así?

—Era una de sus condiciones. Querían hacernos daño y lo han conseguido.

—Entonces, ¿la quieres?

—Nunca he querido a nadie como a Sam, Molly. Es una mujer increíble. Con ella aprendía cada día a ser mejor persona, mejor padre, mejor... Simplemente eso, ser mejor. Me hacía sentir bien.

—Puedo hablar con ella, explicarle todo lo que ha pasado. Ella lo entenderá, ya verás...

—No es buena idea, Molly. La he visto en casa de Connor. —Apretó la mandíbula—. Y no fui especialmente amable con ella; de hecho, con ninguno de los dos. No creo que quieran saber de mí. Además, es mejor que por ahora nadie sepa nada de todo esto. Intentaré solucionarlo y, si no es posible, soportaré a Susan el tiempo que sea preciso para conseguir la custodia de Maggie. Luego ya veremos qué pasa.

—¡Oh, Andrew! Mi niño, lo siento tanto. —Molly volvió a abrazarlo—. Saldremos de esta, ya lo verás. Todo se arreglará, seguro.

—Necesito que me ayudes con Maggie. No quiero que pase tiempo a solas con su madre. No es una buena influencia y no confío en ella.

—No te preocupes, Andrew. No me separaré de nuestra niña.

—Gracias, Molly. Y ahora, si me disculpas, voy a acostarme. Ha sido un día demasiado intenso.

—Ve y descansa, yo recogeré esto y me acostaré también.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Andrew. Y recuerda que no estás solo en esto. ¿De acuerdo?

—No sabes lo mucho que agradezco cada día que estés conmigo. —Besó su frente—. Que descanses.

Subió las escaleras, entró en su habitación y se metió en el baño. Necesitaba una ducha e intentar aclarar un poco su situación. Cuando se secó, seguía sin saber qué hacer. Se tumbó en la cama pensando en Sam y en Maggie y en lo bien que habían encajado una con la otra. En el vínculo que se había creado entre ellas. Realmente parecían madre e hija y odiaba haberlas separado de esa forma tan cruel. Encontraría una solución. Poco a poco, sus párpados se cerraron y acabó durmiéndose de cansancio.

—¿Estás bien? —Sam estaba preocupada.

—Sí, tranquila. Son unos cortes de nada. —Connor mostraba varias heridas en el rostro, aparte de los moratones que ya empezaban a asomar.

—Vamos, no vayan a infectarse.

Cogió la mano de Connor y tiró de él hasta el baño. Hizo que se sentara en el inodoro y buscó en el botiquín desinfectante y gasas. Primero limpió las heridas con una gasa mojada con agua, para retirar los restos de sangre, las secó con una toalla y aplicó el antiséptico con delicadeza, sabía que le iban a escocer.

—¡Au! —se quejó Connor.

—Lo siento, sé que escuece, pero aguanta un poco, ¿vale?

—Vale, doctora.

—No te burles. Connor, yo... siento mucho lo que ha pasado con Andrew. Yo... yo no debería haber venido... Esto es culpa mía.

—Sam...

—No, no, en serio, eres su mejor amigo y por mi culpa te ha golpeado. Lo siento, lo siento tanto...

—Sam... —Connor retiró las gasas de su mano, se levantó y la abrazó. Sam rodeó su cintura y apoyó el rostro en su pecho—. Tú no tienes la culpa de que mi amigo sea un capullo. —Sam sonrió, a pesar de que las lágrimas mojaban su rostro.

»No sé qué es lo que está pasando, nunca lo había visto tan alterado. —Acarició su cabello—. Pero seguro que todo se arreglará. —Cogió su mentón e hizo que lo mirara.

»No vuelvas a echarte la culpa por nada de esto, ¿de acuerdo? El que la ha cagado aquí ha sido él, y yo estoy bien. —Sam asintió.

»Soy más fuerte de lo que parezco. —Sonrió mostrando su perfecta dentadura.

—Gracias, Connor, eres una gran persona.

—Sam, ya sé que apenas nos conocemos, pero despiertas en mí el mismo instinto protector que siento por mi hermana. Así que he decidido adoptarte, redoble de tambores... —dijo golpeando con ambas manos sobre el mármol—, como mi pequeña hermana postiza. ¡Tacháááánnn! —Sam soltó una carcajada—. Estoy hablando en serio, Sam. —Cogió sus manos—. Puedes contar conmigo. Estaré ahí siempre para lo que necesites, ¿vale?

Sam asintió con lágrimas en los ojos. Nunca pensó encontrar personas tan maravillosas en su vida; Maggie, Molly, Andrew... Sí, tenía que ser justa, tenía que incluirlo, aunque todo hubiera terminado entre ellos, el tiempo que estuvieron juntos la había hecho feliz. Y en ese momento había entrado como un ciclón Connor. Realmente se sintió agradecida.

—Venga. Date una ducha, mientras yo voy preparando la cena.

—No tienes por qué, Sam, podemos pedir algo.

—Lo sé, pero cocinar me relaja... Anda, dúchate y no te preocupes por nada. No tardes.

Sam salió del baño, y Connor sonrió. Se preguntó cómo podía ser tan estúpido su amigo. Averiguaría lo que había pasado para que Andrew reaccionara de esa forma tan violenta. Nunca había escuchado que le faltara el respeto a ninguna mujer, era evidente que le había alterado encontrarla allí. Pero lo que más le había llamado la atención en todo ese asunto fue el regreso de Susan. Algo realmente preocupante a su manera de ver y más que volviera a vivir en esa casa.

Entró en la ducha, no era cuestión de hacer esperar a la chef.

Se sentaron a cenar y estuvieron charlando hasta que de pronto Sam se quedó callada.

—¿Qué sucede, peque?

—Nada, no te preocupes.

—Venga, cuéntamelo.

—Bien, verás, acabo de darme cuenta de que estoy sin trabajo. —Se encogió de hombros abatida.

Connor se rio.

—No te preocupes, buscaremos algo. ¿En qué tienes experiencia?

—Aparte de niñera, estuve un tiempo trabajando de camarera.

—Hay un local... —Se calló pensativo—. Aunque no sé si será buena idea.

—Connor, necesito trabajar, cualquier lugar será buena idea.

—Bueno, es un local de copas un tanto peculiar, aunque tu trabajo allí se limitaría a servir tragos, no sé yo si estás preparada para el ambiente.

—Connor, no soy ninguna mojigata.

—Estoy hablando del Experience.

Sam se sonrojó al imaginar el local. ¿Sería capaz de trabajar en un lugar donde la gente iba a tener sexo?

—No importa, es un trabajo. Además, tú mismo lo has dicho, solo servir copas. No hay problema.

—Andrew podría aparecer por allí... —dejó caer Connor.

—No voy a dejar de ir a un trabajo por si me cruzo con él. ¿Crees que pueda conseguir el puesto?

—Estoy seguro. Greta, la encargada, me lo comentó ayer. Déjame que le mande un mensaje y mañana te acompañaré por la mañana.

—Bien. Voy a recoger esto y me acostaré.

—Sam, vete a dormir. Tú cocinaste, yo recojo. Compartimos casa, no trabajas para mí.

Sam se acercó a él, pasó la mano por su rostro, en el que la sombra de la barba ya se apreciaba.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí. No sé cómo voy a poder pagarte. —Se puso de puntillas y le besó la mejilla—. Buenas noches.

—Descansa, Sam.

Andrew despertó a causa del ruido, la luz del sol apenas iluminaba parte de su habitación, así que debía de ser temprano. Alcanzó el móvil de la mesilla y lo conectó para ver la hora. Estaba en lo cierto, eran escasamente las ocho de la mañana. Decidió ponerse un pantalón de pijama y una camiseta, y bajar a ver qué era lo que pasaba tan temprano. Al entrar en la cocina, observó a su hija y a Molly desayunando sentadas en los taburetes de la isla. Pero estaban en silencio; sin embargo, el ruido persistía.

—Mamá está en el salón, ha venido con Britany. —La mirada de su pequeña era seria y triste.

—Buenos días, princesa. —La abrazó y besó en la cabeza—. Papi va a solucionar esto, no sé cómo, pero te juro que lo haré.

Cogió una taza de café y se lo tomó sin prisas. Debía darse un respiro y tranquilizarse antes de enfrentarse a esas dos mujeres.

Al terminar, dejó la taza vacía en el fregadero, removió el cabello de su hija, suspiró y dirigió sus pasos al salón.

Al abrir la puerta no podía creerse lo que estaba viendo. Había ropa tirada por todos lados. En ese momento, Susan subía la cremallera del vestido que lucía Britany.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

Ambas mujeres se giraron a la vez al oír su voz.

—Andrew, qué bien que te hayas levantado. ¿A que Bry está preciosa con este modelito? Mmmm..., mirándola así, solo me dan ganas de quitárselo y comérmela enterita, ¿no te apetece probar un poquito? —Su voz, en otra época sugerente, entonces solamente le provocaba asco.

—Haced el favor de que, sea lo que sea lo que estáis haciendo, hacedlo en la habitación que te asigné, Susan. No quiero que Maggie vea estos comportamientos.

—Yo sé cómo educar a mi hija. —Sonó molesta.

—Sí, lo has dejado claro estos últimos tres años. No consentiré esto.

—Consentirás lo que nos plazca, cielo. Piensa en que solo serán tres meses, aunque puedes estar seguro de que los vamos a exprimir.

Una sonrisa maliciosa asomó en la cara de Britany. Sabía que, por su hija, él haría todo lo que ellas quisieran, era como una marioneta en sus manos e iba a disfrutarlo.

—Como a ti, si te dejas, claro. Seguro que sería mucho más placentero.

Mientras hablaba, Susan fue aproximándose a Andrew con la intención de seducirlo, como había hecho infinidad de veces. Elevó la mano para acariciar su pecho, cuando él atrapó su muñeca antes incluso de que le rozara la camiseta.

—No me toques. —Su voz sonó demasiado tranquila, a la vez que amenazante, y ambas mujeres se miraron por un instante, sorprendidas, antes de volver su atención a Andrew—. No sé en qué mierdas andas ni quiero saberlo. —En su mente empezó a crearse una idea—. Lo que sí sé es que estás escondiéndote de... ¿alguien? —Andrew se estaba marcando un farol, pero por la reacción de las mujeres vio que no andaba desencaminado—. Ya te he dicho que no me importan tus historias, solo quiero los papeles en los que me das la custodia de Maggie y que luego desaparezcáis de nuestras vidas. Soportaré estos tres meses, pero no vais a exprimir una mierda. —Miró a su alrededor—. Recoged todo este estropicio. —Se giró y las dejó en el salón. Cerró la puerta a sus espaldas y suspiró. Volvió a la cocina y se acercó a Molly a ponerse otro café—. Creo que tengo algo —susurró, para que solo la escuchara ella—. Creo que Susan está

escondiéndose de algo o, mejor dicho, de alguien. Será interesante averiguar en qué está metida. ¿No crees? Esa podría ser mi baza para adelantar el trato y librarnos de ella. —Molly lo escuchaba atentamente, mientras simulaba que recogía el mármol—. Ten los oídos afinados, a ver si se les escapa algo.

—Estaré pendiente, no te preocupes.

—Ten cuidado, no nos interesa que se den cuenta de lo que tramamos. —Terminó su café y besó en la mejilla a su nana—. Princesa, dame un beso. Papi se va a duchar y al trabajo.

Maggie saltó de su asiento a los brazos de su padre.

—Papi, ¿esta tarde puedo ir un ratito con Molly al parque cuando salga del cole?

—Si a Molly no le importa, me parece bien. Divertíos.

Besó a su hija, la dejó en el suelo y vio cómo iba a por su chaqueta y su mochila. Era hora de ir al colegio.

Andrew fue a ducharse. Tenía mucho trabajo en la empresa. Además de las reuniones de la mañana, había que sumarle las que el día anterior tuvo que aplazar Mary, pero no podía concentrarse. Una y otra vez el rostro de Sam aparecía en su mente. Era consciente de que la había lastimado con sus palabras despectivas, pero lo que menos esperaba encontrarse en casa de su amigo era a ella. Y Connor... era su mejor amigo y deseó matarlo con solo imaginar que la tocaba. Tenía que disculparse con él. Pero lo haría luego, si no se daba prisa llegaría tarde.

A toda prisa se dirigió a recoger los resultados de la prueba de paternidad. Le daba miedo abrir el sobre y que esas locas hubieran dicho la verdad. Anduvo por Central Park y acabó sentándose frente al sauce que tanto le gustaba a su hija. Respiró profundamente y abrió el sobre del hospital, no había razón para retrasarlo más, tenía que saberlo. Comenzó a leer y las lágrimas cayeron por su rostro, su pequeña no era suya. Arrugó el papel entre sus dedos y suspiró. Daba igual que no fuera suya biológicamente, era su princesa, su pequeñaja, y nadie la apartaría de él. Lucharía hasta la muerte por ella. Secó su rostro y emprendió el camino a su trabajo.

A las nueve de la mañana entraba por la puerta de su empresa. Subió en el ascensor hasta la planta treinta y, cuando se abrieron las puertas, salió saludando a Mary, que estaba sentada en su mesa.

—Buenos días, Mary, ¿algún mensaje?

—Su reunión de las nueve y media ha llegado ya.

—Perfecto. Empezaremos antes. Sírvete un café y dile que en un momento estaré con él. ¿Algo más?

—Ayer por la tarde fui a su casa, con el cheque y la carta de recomendación para la señorita Sam, como me indicó, pero no había nadie. Aquí lo tengo. —Sacó del cajón del escritorio un sobre.

Andrew lo observó.

—Yo me haré cargo. Gracias, Mary. Y ahora pongámonos en marcha que el día va a ser largo. —Se dirigió a su despacho y cerró la puerta a su espalda.

Observó el sobre que sostenía en la mano y suspiró. No era una buena idea, para nada, pero pensar en que tenía una oportunidad para volver a verla, para estar cerca una vez más, aunque fuera para decirle de nuevo adiós, era mejor que nada. Quizá así podría disculparse por haberle hablado con tanto desprecio. Por haber sido tan estúpido. Por comportarse como un cretino. Eso haría, pero en ese momento tenía que encargarse de su negocio. Guardó el sobre en el bolsillo interior del traje, cogió las carpetas para la reunión y empezó su jornada.

—Buenos días Sam. ¿Has descansado?

—Buenos días. Me costó un poco concebir el sueño. Pero sí, descansé lo suficiente.

—¿Café? ¿Unas tortitas?

—Café solo, por favor.

—Aquí tienes. —Puso una taza humeante frente a ella.

—Gracias. —Le dio un pequeño sorbo—. ¿Tu amiga respondió al mensaje?

—Iba a contártelo ahora. Nos espera a las once en el club. ¿Estás segura de ello?

—Sí. Por lo que me contaste, una de las reglas es que los clientes no pueden molestar a las camareras.

—Así es. De esa forma se evitan problemas con sus trabajadoras. Cuando estés lista te acompañaré.

Sam bebió de un trago su café, dejó la taza en el fregadero y al darse la vuelta lucía una hermosa sonrisa.

—Ya estoy.

—Pues vámonos. —Cogió las llaves del coche y salieron del piso de camino al Experience.

—Marcus, ¿qué pasa, tío? Te presento a Sam. Sam, este armario empotrado es Marcus, portero y vigilante de seguridad del local.

—Un placer, señorita. —Extendió su gran mano ante ella.

—Llámame Sam, encantada. —Se la estrechó.

—¿Ha llegado Greta?

—Os está esperando en su oficina, pasad.

—Gracias, tío.

—Hasta luego, Marcus.

El gorila hizo un asentimiento con la cabeza y volvió a su trabajo. Cuando el local estaba cerrado, se aseguraba de que todo estuviera en condiciones y era de lo más eficiente.

—Toc, toc... ¿Se puede?

—Adelante, Connor, estaba esperándoos.

—Greta. —La saludó con un beso en los labios—. Te presento a Sam. Sam, esta es mi buena amiga, Greta.

—Un placer, Sam. —Se estrecharon las manos—. Sentaos, por favor. ¿Os apetece un café o algo? —preguntó mientras se dirigía a una cafetera que había en una mesilla auxiliar.

—No, gracias —respondieron a la vez. Se miraron y sonrieron.

—Bueno. —Se sentó frente a ellos y empezó a hablar—. Supongo que sabes que este es un club... especial. —Sam asintió—. Bien, en ese caso voy a explicarte cuáles serán tus funciones aquí. Si tienes alguna duda, pregunta, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Tu horario sería de siete de la tarde a tres de la madrugada. Fines de semana alternos. La semana que trabajes el sábado y el domingo, tendrás miércoles y jueves de descanso. Contrato de un mes a prueba. Pagamos cada semana y tendrás que firmar un contrato de confidencialidad. Nada de lo que sucede en el Experience debe salir de aquí. Espero que eso no sea un problema. ¿Alguna duda?

—Ninguna, me parece todo bien. Y no es ningún problema lo de la confidencialidad, lo entiendo.

—No te voy a engañar, Sam. Este trabajo no es fácil. No es sencillo encontrar personal y, cuando se encuentra, no todas lo soportan. La gente, por lo general, acata las normas, pero siempre puede haber alguna excepción... Si un cliente intenta propasarse con las camareras,

inmediatamente es expulsado del club. Una vez fuera es difícil volver a entrar. Para eso están Marcus y Boris. Solo tendrías que llamarles, y ellos se encargarían del resto. Entonces, si estás de acuerdo con todo, puedes empezar hoy mismo.

—Me parece perfecto.

—Pues acompañadme, te enseñaré todo esto, Sam. El vestuario y tu taquilla están en un cuarto, detrás de una puerta que hay en la barra. Es una manera práctica de evitar que nadie, a parte de las camareras, puedan entrar ahí. Llevas una treinta y ocho de pantalón, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Llevo mucho tiempo en esto, cielo. Esta tarde tendrás preparada tu ropa de trabajo en tu casillero.

Sam se sonrojó. No había pensado en que quizás, en un local como ese las camareras irían ligeras de ropa.

—No te asustes, vais muy recatadas para ser un club dedicado al sexo. Unos vaqueros ajustados y un top anudado al cuello. Lo único que tú has de aportar son unos taconazos bien sexis. No tendrás problema con ellos, ¿no?

—Supongo que no, aunque no he llevado demasiados como para saberlo.

—Cuando termines hoy, me lo cuentas.

Una y otra sonrieron por distintos motivos; Greta porque sabía que llevar tacones durante el trabajo era un suplicio, y Sam porque en realidad nunca los había llevado.

Greta les hizo un auténtico *tour*. Si bien Connor conocía el lugar, se sorprendió al entrar en zonas donde solo tenían acceso algunos clientes exclusivos, los más vips. Políticos, jueces y, según le había contado su amiga, algún que otro alto cargo de la iglesia. Entraban por una puerta trasera y nunca se cruzaban con nadie. Normalmente, siempre llegaban acompañados de preciosas mujeres con las que, horas después, dejaban el local de la misma forma.

Se despidieron de Greta hasta la tarde. Sam seguía sonriendo.

—Connor, tengo trabajo. —Él sonrió también. Y de repente se quedó serio.

—¿Qué pasa, Sam?

—Qué he mentido..., nunca, jamás, he llevado tacones. —Una carcajada le hizo mirarlo altiva —. No sé qué te hace tanta gracia. No los he necesitado hasta ahora.

—Perdón, perdón... No te preocupes, eso podemos arreglarlo.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Vamos a comprarte unos taconazos y practicas.

—¿Esa es tu solución? Pues estamos listos.

Connor volvió a estallar a carcajadas.

—Anda, vamos, conozco una zapatería donde conseguir unos.

—Supongo que en todas las zapaterías habrá tacones, ¿no?

—Sí, pero, como van a ser los primeros, concédeme el enorme placer de regalártelos y de ir a la zapatería de una buena amiga.

—¿Otra buena amiga? —Él asintió con lágrimas en los ojos—. Estás hecho un casanova. —Sonrió—. Está bien. Pero, déjame decirte algo, estás loco.

En la tienda de su amiga Gloria, a la que saludó con un suave beso en los labios como había hecho con Greta, Connor pidió unos zapatos en concreto, unos Louboutin de suela roja. Sam se enamoró de ellos nada más verlos. Eran elegantes y, a la vez, tremendamente sexis. Pero al escuchar su precio se escandalizó.

—Connor, no puedes regalármelos... Son carísimos —susurró cerca de su oído para que su amiga Gloria no se molestase.

—No los rechaces, Sam. Te traerán suerte. Además, luces muy caliente con ellos, los vas a volver locos a todos.

—Yo no quiero volver loco a nadie... Ya lo sabes, solo quiero trabajar tranquila. Y, no me digas esas cosas, me pones nerviosa y yo no soy tan amiga tuya como Greta y Gloria. —Sonrió al tiempo que marcaba las comillas con los dedos al pronunciar la palabra «amiga».

—No seas boba, tú eres diferente, eres mi amiga de verdad. Por ti haría lo que fuera, con ellas solo follo de vez en cuando. —Sam se echó las manos a la boca para evitar carcajearse—. Pero escuchaste a Greta, taconazos sexis y esos lo son. Acéptalos, ¿de acuerdo? —Sam estaba pensativa—. Vamos a hacer un trato, yo te regalo los zapatos, y tú me preparas una, bueno, que sean dos, bandejas de esas magdalenas rellenas de chocolate de las que tanto habla Maggie. ¿Trato hecho? —Extendió su mano.

—Está bien, gracias. Trato hecho. Son preciosos. —Se la estrechó.

Connor agarró su mano con fuerza y tiró de ella, haciendo que chocase con su pecho. Le dio un fuerte abrazo.

—Así me gusta, peque. Ahora vamos a comer y luego a ver Maggie al parque. Que esta noche vas a poner los mejores combinados de la ciudad, ya lo verás, y yo estaré allí para apoyarte.

—Sam, Sam, Sam... —Maggie salió corriendo dejando a Molly atrás, mientras gritaba su nombre.

Cuando llegó a su lado, Sam la cogió en brazos.

—Mi niña bonita. —Cuánto la había echado de menos, aunque solo habían pasado horas desde que se vieran por última vez. Se abrazaron con intensidad y, sin poder evitarlo, los ojos de Sam se llenaron de lágrimas. Cuando se separó para mirarla a la cara, se dio cuenta de que Maggie también lloraba—. Amor, no llores. ¿No estás contenta de que nos veamos? —La pequeña asintió, mientras se limpiaba la cara con la manga de la chaqueta—. Pues entonces enséñame esa preciosa sonrisa que he echado tanto de menos y que tanto me gusta. —Y, mientras Maggie le regalaba su bonita sonrisa, le secaba el rostro a Sam con sus manitas—. ¿Vamos a darles almendras a las ardillas? He traído una bolsa para que merienden.

—Síííí... ¿Tú crees que se te subirán otra vez encima? —preguntó curiosa la pequeña.

—Podemos probar a ver si está nuestra pequeña amiguita de la otra vez. —Se sentaron juntas bajo el sauce llorón, y Sam puso almendras encima de sus piernas—. Ahora tenemos que estar muy calladas, ¿vale? Si no, se asustarán y no vendrán...

—Vale —susurró la pequeña.

Se quedaron muy quietas, con las manos entrelazadas, sin querer separarse ni un centímetro. Se miraban y sonreían como si estuvieran tramando una travesura.

Molly y Connor, sentados en un banco, las observaban divertidos. Él sacó su móvil y empezó a grabar un vídeo sin que ellas se dieran cuenta. Captó el momento en el que un par de ardillas, primero tímidas y luego de lo más atrevidas, se subían por las piernas de las dos y se llevaban las almendras. Cuando treparon al árbol de nuevo, ambas empezaron a reírse a carcajadas. Se abrazaron y se revolcaron por la hierba, todo bajo la atenta mirada de un objetivo, corrieron, saltaron y jugaron hasta que llegó el momento de volver a casa.

—Sam..., ¿por qué no vienes a casa conmigo? No me gusta que esté mamá allí.

—Cariño, no puede ser. Además, tu mamá llegó hoy a tu casa, aún no habéis tenido tiempo de veros, has estado en el cole y conmigo. Tienes que darle una oportunidad, igual te diviertes también con ella. —Maggie se quedó pensativa—. ¿Me prometes intentarlo? —La pequeña asintió y abrazó fuerte a Sam.

—¿Mañana jugaremos otra vez?

—Claro, mi amor, yo siempre estaré aquí esperando a que llegues. —Besó su cabecita y la dejó en el suelo—. Gracias por traerla, Molly.

—No hay de qué, cariño. Mañana nos vemos. —Se dieron un abrazo y la anciana y la pequeña se alejaron caminando.

—¿Estás bien? —preguntó Connor pasándole el brazo por los hombros.

—No, pero no puedo hacer nada.

—Venga, no te pongas triste, mañana la verás de nuevo. —Apretó su agarre—. Y ahora vamos a prepararnos, hay que estar puntuales en el club, ¿no querrás llegar tarde el primer día?

—Estoy de los nervios.

—Tranquila, lo harás bien. Yo confío en ti, peque.

El día se le hizo interminable, aunque fue lo suficiente productivo para que su ausencia del día anterior no hubiera tenido importancia. Consiguió todo lo que se había propuesto y estaba satisfecho.

Iba en su coche, no tenía muy claro cómo sería recibido en casa de Connor, pero necesitaba verla. No solo para entregarle el sobre, llevaba cerca de veinticuatro horas sin ver sus preciosos ojos y se sentía vacío.

Estaba nervioso, pero no podía ni quería echarse atrás. Nunca fue un cobarde, pero tenía miedo. Miedo a que Sam no quisiera verlo por haberse comportado como un salvaje la tarde anterior. Miedo a que lo odiase. Miedo a que nunca lo perdonara. Se armó de valor y llamó a la puerta. Se abrió y apareció un Connor sonriente hasta que vio quién era y su semblante se puso serio.

—¿Qué haces aquí, Andrew?

—Tengo algo para Sam.

—Está ocupada y, después de lo que pasó ayer, no sé si querrá verte.

—En cuanto a lo de ayer... Te debo una disculpa, amigo. Perdí los papeles cuando la encontré aquí, yo...

—Tú y yo ya hablaremos, ahora no hay tiempo. Pero, te aviso, si le vuelves a faltar al respeto te partiré la cara. ¿Me he explicado lo suficientemente claro? —Andrew asintió, avergonzado, y Connor abrió la puerta para dejarlo entrar—. ¡Peque! Hay alguien que quiere verte.

—¿A mí? —Salió de su habitación y se quedó sorprendida al encontrárselo ahí parado, en mitad del salón.

—Hola, Sam.

—¿Qué quieres? —preguntó desafiante.

—Te he traído el cheque y la carta de...

—Puedes dejarlo encima de la mesa.

Andrew se fijó en su aspecto y se quedó embobado. Estaba maquillada. Nunca se había maquillado cuando vivía en su casa. Sin todo ese aderezo ya era preciosa, pero en ese momento estaba espectacular. Había delineado sus ojos resaltando más su color verde. Sus labios, que de forma habitual lucían sonrosados, brillaban rojos y carnosos. Y su cabello recogido en un moño suelto enmarcaba toda la belleza de su rostro.

—¿Algo más? —Escuchó la voz de Sam, y soltó el aire que sin darse cuenta estaba reteniendo.

—Yo quería...

—Lo siento, Andrew. No tengo tiempo para... lo que sea.

—Estás preciosa..., ¿vais a salir?

—No es asunto tuyo, ¿no crees?

Connor decidió echarle una mano a su amigo.

—Va a trabajar. —Sam lo miró, censurándolo. No quería que Andrew supiera dónde iba a estar trabajando.

—¿En serio? Me alegro mucho, Sam. ¿Dónde?

—Tengo que irme, Andrew. Connor, ¿me acercas?

—Claro, peque. ¿Lo llevas todo?

—Sí, creo que sí. —Sonrió mirando a su amigo, con los Louboutin dentro de una bolsa.

—¿No me vas a decir dónde trabajas?

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo, Andrew. Déjalo.

—Pues, vámonos. —Connor interrumpió lo que sabía iba a ser una discusión, y salieron los tres a la calle—. Ya hablaremos en otro momento, Andrew. Tenemos algo de prisa —se despidió.

Sam lo miró, pero no volvió a dirigirle la palabra. Subieron al coche dejándolo solo en la

acera, viendo cómo se alejaban.

Cabizbajo, volvió a su vehículo y regresó a su casa. Sam no iba a ponérselo fácil y se lo tenía merecido. Pero no se iba a rendir con ella, esperaba que cuando se librara de Susan, y tuviera la custodia de Maggie, ella le perdonara. Si era necesario se arrastraría hasta que lo consiguiera. Sam valía la pena y se sentía vacío sin su presencia.

—Ya era hora. —Fue lo primero que escuchó cuando llegó a su casa—. ¿Dónde has estado? Estaba aburrida.

—Pues juega con tu amiga. Por cierto, ¿dónde está?

—Tuvo que irse a trabajar y de eso hace horas. Anda, llévame a tomar algo. ¡Ya lo sé! Podríamos ir al Experience, hace mucho que no voy a jugar allí. ¿Connor sigue jugando? Me encantaba ese hombre...

—Voy a ver a Maggie. —Ignoró la charla sinsentido de Susan.

—¿La cría? Está en su habitación.

—No hables así de ella.

—Así, ¿cómo?

—Con ese desprecio. Te recuerdo que ella existe por tu inconsciencia, no te pidió venir a este mundo.

—Vale, vale, no seas plasta. Tú la quieres a ella, y yo, salir ¿Dónde ves el problema? Te recuerdo que has de fingir que hemos vuelto a ser una preciosa familia. Podemos empezar esta noche. Por cierto, ¿has visto cómo me queda este vestido? —preguntó mientras recorría sus curvas con las manos tratando de excitarlo—. ¿No quieres que me lo quite para ti?

—Cada día entiendo menos qué fue lo que vi en ti. —Se giró y empezó a subir las escaleras.

—Esta noche saldremos, Andrew. ¿No querrás que tu princesita desaparezca?

Andrew no respondió, ni siquiera se giró. Apretó los puños y siguió subiendo para ver a su hija y alejarse de esa víbora que aún era su mujer. Tenía que hablar con urgencia con su abogado.

—¡Papi! —Maggie corrió para abrazar a su padre—. Ya has llegado.

—Sí, princesa, papi ya ha llegado. —La abrazó con fuerza. Pensar en que la podían separar de su lado le destrozaba el alma—. ¿Ya has cenado?

—Sí, Molly me hizo un sándwich de jamón y queso calentito.

—Mmmm..., qué rico. ¿Y me has guardado para mí?

—Molly dijo que te lo prepararía cuando llegaras, que frío no estaba tan bueno.

—Luego se lo pediré. ¿Qué has hecho hoy en el cole?

—Estamos aprendiendo letras y es muy *diver*.

—Pronto podrás escribir y leer muy bien.

—La seño dice que mañana iremos a la *biblioteca*.

—A la biblioteca, cariño.

—Sí, a eso. Papi, es que es muy difícil esa palabra.

«Difícil es como lo has dicho tú, pequeña», pensó Andrew y sonrió. Era la única que le hacía sonreír de verdad.

—Ya te saldrá bien. ¿Qué más has hecho hoy?

—He jugado con Sam, y nos hemos reído mucho con las ardillas y hemos merendado, pero luego se ha ido con el tito Connor, ahora vive allí. Yo quería que viniera con Molly y conmigo, pero no podía... Mañana vamos a jugar otra vez. Me lo ha dicho ella.

—¿Has jugado hoy con Sam? —Andrew se sorprendió.

—Ayer me dijo que podría verla siempre que quisiera, porque me esperaría en el parque. Y yo voy a ir todos los días porque la quiero mucho y me lo paso muy bien.

—Me alegro de que puedas verla y sé que ella a ti también te quiere mucho.

Susan, tras la puerta, escuchó toda la conversación. ¿Así que esa pequeña traidora prefería estar con una extraña que con su propia madre? Pues eso se iba a acabar. Bajó sigilosamente las escaleras y se sentó cual diva en el sofá. Tenía que evitar que esa desgraciada pasara tiempo con su hija. Andrew dejó a Maggie dormida en su habitación después de leerle un poco. La pequeña estaba agotada y no tardó en caer en brazos de Morfeo. Cuando bajó, vio a Susan recostada en el sofá, intentó pasar sin detenerse, pero no fue posible.

—Andrew. Quiero que me lleves al Experience, no quiero escuchar una negativa por tu parte. Te recuerdo que el futuro de tu princesita está en mis manos. O cedes a mis deseos o me la llevaré tan lejos de ti como me sea posible. ¿Me has entendido?

Andrew nunca había sido violento con las mujeres, pero el deseo de matarla cada vez era más fuerte. Su niña. Tenía que pensar en su pequeña. Respiró profundamente antes de hablar.

—Voy a cambiarme, pero no cuentes con que juegue ni contigo ni con nadie.

—No te preocupes por eso, puedo jugar con otros. Si hay suerte incluso puede que Connor ande por el club y lo haga con él, como en los viejos tiempos. Tú solo llévame y haz tu papel de maridito liberal y de mirón, si te apetece.

—Buenas noches, Marcus.

—Señor Turner. Señora. Bienvenidos al Experience. —El portero abrió la puerta para que accedieran al club.

—Gracias, Marcus.

El ambiente a media luz del local y el rumor de voces les indicaron que estaba en plena actividad. Parejas haciéndose arrumacos hasta el punto de buscar una de las salas, grupitos tentándose para su siguiente bacanal, algunos y algunas buscando experiencias excitantes. Lo de siempre, aunque esa vez Andrew se sentía fuera de lugar.

—Querido, me apetece un *gin-tonic*, aquí dentro hace mucho calor —le dijo mientras acariciaba su brazo.

Se apartó de su contacto y sin decir nada se dirigió a la barra. Estaba muy concurrida, así que tuvo que esperar su turno. Cuando consiguió hacerse un hueco vio a una camarera de espaldas, con una melena rizada negra, recogida en un moño.

—Disculpa, ¿puedes ponerme una cerveza y un *gin-tonic*?

La chica se dio la vuelta y le mostró una gran sonrisa.

—Señor Turner, cuánto tiempo sin verle.

—Hola, Rita. Greta me comentó que fuiste a visitar a tu familia. ¿Todo bien?

—Sí, mi hermano se graduó en la universidad y lo celebramos todos juntos. Aquí tienes tus copas.

—Felicidades, estaréis muy orgullosos, es un gran logro. Gracias. Luego te veo.

—Pues sí, muy orgullosos, gracias. Muy bien, señor Turner.

Andrew regresó al lado de Susan, que en ese momento estaba hablando con un chico moreno.

—Tu copa.

—Gracias, cariño, este es Hugo, ¿le recuerdas? Alguna vez jugó con nosotros. —Susan sonaba sensual, Andrew entendió que era el elegido para su noche.

—¿Qué pasa, tío?

Andrew lo miró y respondió a su saludo con un movimiento de cabeza. No le apetecía hablar con ninguno de ellos.

—Hugo me estaba contando que hay carne fresca en la barra y, ciertamente, me encantaría estar entre esas largas piernas. —Se relamió el labio inferior. Por curiosidad, Andrew miró de nuevo a la barra y entonces la vio. Su cabello recogido en una coleta alta. Sus preciosos ojos verdes con el delineador parecían dos faros atrayendo a todos los marineros. Y su boca, qué decir de ella, carnosa y tentadora con ese tono rojo intenso. No podía creérselo, hasta que oyó a Susan hablar a su lado—. Ya sabes que esa carne está prohibida, amor.

—¿No ibas a jugar con Hugo? Diviértete. Yo esperaré aquí. —Susan lo miró con rabia, pero, como sabía que no se uniría a ellos, cogió a su nuevo acompañante y desapareció tras una puerta.

Se acomodó en el sillón en el que estaba y saboreó su cerveza sin apartar los ojos de esa mujer que lo tenía loco. ¿Qué demonios hacía ella allí? Vio cómo se desenvolvía con soltura tras la barra, cómo atendía a la clientela con su preciosa sonrisa y cómo les paraba los pies, fueran hombre o mujer, sin perder los modales. No podía apartar su vista de ella. Terminó su bebida y volvió a acercarse a la barra. Rita le vio aproximarse, pero él la miró y negó con la cabeza. La chica entendió que no quería que fuera ella la que le sirviera la bebida y retrocedió.

—Disculpa, ¿me pones una cerveza?

Sam se giró con una sonrisa que perdió al instante, al ver quién le había pedido la bebida

—Claro. Aquí tienes, son seis dólares, por favor.

¿Qué hacía él allí? ¿Habría ido con su mujer? La rabia iba subiendo desde el estómago. Pero ellos ya no eran nada, así que respiró profundamente y esperó a que Andrew abonara la consumición.

Él la observaba mientras extraía su cartera y ponía un billete de diez en la barra. Sabía que estaba tensa y que seguramente estaría pensando qué hacía allí y si había ido solo.

—Quédate con la vuelta. —No quería que ella se apartara—. No sabía que trabajabas aquí.

—Ya, bueno. Es mi primer día. Aunque eso ya lo sabes —comentó mientras limpiaba la barra, evitando mirarlo.

—Hola, peque. —Connor se sentó junto a su amigo—. ¿Cómo va la noche? ¿Algún pesado? —preguntó señalando con la cabeza a su amigo.

—No, por ahora todo va bien. —Le sonrió. Andrew sintió un pellizco en las entrañas al ver ese gesto entre ellos—. ¿Te sirvo algo?

—Sí, ponme una cerveza. —Connor observó cómo se alejaba y, de reojo, vio que su amigo la seguía con la mirada—. No sé qué coño ha pasado en tu vida para que ayer te comportaras como lo hiciste. Pero déjala tranquila.

Andrew se giró y lo miró de frente.

—Siento lo de ayer, yo... fui para hablar contigo, a contarte algo importante y cuando oí su voz me volví loco, pensé en vosotros juntos y me cegué. De verdad que lo siento.

—Tuviste suerte de que no te atizara. —Los dos sonrieron—. En serio, tío. Necesita espacio para saber qué hacer ahora mismo. La has dejado bastante mal.

—Aquí tienes tu cerveza, *bro*. A esta te invito yo.

Connor amplió su bonita sonrisa al escucharla. Le había llamado *bro*, diminutivo de *brother*. En cambio, el rostro de Andrew se marchitó al sentir esa confianza que él había perdido.

Cuando Sam se alejó de ellos, para seguir atendiendo a otros clientes, Andrew dejó salir el aire que estaba reteniendo.

—¡Joder! La he cagado, pero bien. Ni me mira a la cara, pero no pude hacer otra cosa. Yo no tuve otra opción.

—¿Has venido solo? —Negó con la cabeza, y Connor se sorprendió—. ¿Crees que tenemos un rato para charlar?

—Supongo. Susan entró en un reservado con un tipo, seguro que estará entretenida.

—¿Has venido con Susan? —Connor lanzó un silbido—. ¡Qué huevos tienes!

—No sabía que Sam trabajaba aquí, pero da lo mismo, no vine a jugar con Susan ni con nadie, sino a hacerle de consorte. Es parte del trato.

—¿Qué trato?

—Es largo de explicar.

—Pues, hermano, vamos a sentarnos en privado y empieza a darle a la sin hueso porque, cuanto antes empieces..., ya sabes, antes acabas.

Se dirigieron a un lado del local donde había una mesa y dos sillones. Sam los vio alejarse juntos, pero tenía que seguir trabajando, así que no pudo prestarles demasiada atención. Aunque, de vez en cuando, no podía evitar que sus ojos los buscaran. ¿De qué estarían hablando? Suponía que de la bronca de la otra noche. Era normal que lo hicieran, eran amigos desde hacía tiempo.

Siguió con su trabajo intentando no pensar en el hombre que tenía a pocos metros y que la había hecho tan feliz como desdichada.

—Pero ¡qué hija de puta! —Alzó algo la voz. Estaba indignado con lo que acababa de escuchar. Algunas cabezas se giraron a observarlos.

—Connor, no grites. Susan no puede saber que te lo he contado, ni ella ni nadie. ¿Entiendes? No puedo perder a mi hija.

—Pero Sam debería saberlo, ella...

—¡No! —le cortó—. Es mejor así, si me odia y se mantiene alejada, esas arpías la dejarán en paz. Cuando todo esto termine se lo explicaré y espero que me perdone por haberme comportado de ese modo con ella.

—Corres el riesgo de que alguien llegue a su vida en ese tiempo y la pierdas para siempre.

—Lo sé, pero es un riesgo que he de correr por mi hija y por ella. Susan está metida en algo serio. Aún desconozco en qué, pero voy a averiguarlo. Quizás pueda conseguir la custodia antes de esos tres meses.

—¿La quieres?

—¿A Susan? Estás loco, tío.

—A Sam, capullo.

Andrew buscó a Sam con la mirada y respondió a su amigo:

—Hasta las trancas, hermano.

A Connor le hizo gracia ver a su amigo enamorado.

—Te voy a mandar un vídeo. Asegúrate de verlo a solas.

—No serás tú haciendo guarrerías, ¿no?

Connor soltó una carcajada.

—Tendrás que averiguarlo.

—Pero mira a quién tenemos aquí. —Posó sus manos en los hombros de Connor, que se tensó con su contacto—. Estás tan sexi como te recordaba. Hugo, cielo, tráeme un *gin-tonic*. Estoy sedienta después de jugar...

—Hola, Susan. Cuánto tiempo.

—No sabía si aún jugabas en este club. Cuando llegamos no te vi.

—He llegado hace poco. No sabía que habías vuelto. ¿Qué te trae por la ciudad?

—¿Andrew no te dijo que estaba aquí? —Miró haciendo un puchero al que aún era su marido—. Eres malo, sabías que me apetecía mucho verlo

—No lo culpes, hace un momento que nos hemos encontrado y todavía no hemos tenido tiempo de charlar —lo excusó Connor.

—¡Vale! Si es así, le perdono.

Connor la miró, era una mujer bonita por fuera y horrible por dentro, él lo sabía. Y sus tonterías de niña pequeña lo sacaban de sus casillas. Folló pocas veces con ellos porque no le agradaba su presencia y sabía que utilizaba a su amigo.

—Pero, cuéntame, ¿dónde has estado y cómo es que has vuelto?

—Eres muy curioso. —Le dio una palmadita en el brazo—. He estado en muchos lugares y he vuelto a resolver unos asuntos, pero sobre todo porque echaba de menos a la familia. —Era como si realmente creyera sus propias palabras y los dos amigos se miraron sin creerse ni una sola de ellas.

—Aquí tienes tu copa. —Hugo le tendió la bebida al tiempo que se sentaba junto a Susan—. Hay que ver lo buena que está la nueva camarera. —Andrew y Connor se tensaron a la vez y se miraron.

—Sí, me fijé en ella cuando entramos, ¿verdad que te lo comenté, cariño? —Andrew asintió mordiéndose la lengua para no decirle que ni se atreviera a mirarla—. Lo cierto es que su cara me suena bastante, pero no la ubico.

—No creo que la conozcas, llegó hace poco a la ciudad.

—¿Y tú la conoces? Tienes que presentármela, me encantaría saber cómo es su sabor y cómo grita al correrse. Se ve tan caliente...

—Ya sabes que no se puede alternar con las camareras. Es una norma de la casa. —Andrew sonó molesto.

—Lo sé, lo sé, pero a lo mejor le gusta lo que le proponga y podemos verla fuera del club, podríamos montárnoslo los tres. No seas celoso. —Susan no prestaba atención a las expresiones de Andrew, si lo hubiera hecho se habría dado cuenta de lo furioso que estaba. Solo tenía ojos para la morena de pelo rizado que estaba tras la barra—. Es como si la hubiera visto antes...

—Chicos, *madame*, he de dejaros. —Connor se puso en pie—. Aún tengo asuntos que tratar con una amiga. Nos vemos.

—¡Oh! ¿Te vas ya? Una pena...

—Lo siento, era un compromiso previo.

—Entonces te perdono, ya nos veremos por aquí.

—Seguro.

Connor se alejó de la mesa con una idea en su cabeza. Sam tenía que saber lo que estaba pasando con su amigo. Lo complicado sería que ella le escuchara. Se culpó por dejar a su amigo con esa petarda, pero el turno de Sam estaba a punto de acabar, y él era quien la iba a acompañar a casa. Se acercó de nuevo a la barra, se sentó y la observó. Estaba realmente preciosa, pero, aunque era extraño, no se sentía atraído por ella de manera sexual, solo sentía que debía protegerla y así lo haría.

—¿Cómo lo llevas, peque?

Sam se aproximó a su rostro y susurró desesperada:

—Estoy agotada.

Connor sonrió.

—¿No has visto la hora? Has logrado llegar al final de tu primer día en el club sin morir en el intento.

La sonrisa de Sam se ensanchó en su rostro.

—¿De verdad? —Connor asintió—. ¿He acabado por hoy?

—Sí, pesada. Anda, vete a cambiar, te espero aquí. —Sam le dio un beso en la mejilla, se despidió de sus compañeras y entró al cuartito a cambiarse de ropa.

Andrew no había perdido detalle de lo que ocurría en la barra. Cuando vio la espontaneidad de Sam al besar a su amigo le dolió. Sabía que Connor no intentaría nada con ella sabiendo que él estaba enamorado, pero los demás hombres del planeta no iban a tener en cuenta ese ridículo detalle. Se puso en pie.

—Susan. Nos vamos. —Se giró y dirigió sus pasos a la salida.

—Adiós, Hugo. Hasta otra —se despidió la mujer lanzándole un beso con la mano y siguiendo a su marido a grandes zancadas para alcanzarle—. ¿Se puede saber qué prisas te han entrado? —preguntó agarrándole del brazo cuando logró llegar a su altura ya en la calle.

—Me duele la cabeza y tengo ganas de llegar a casa. Solo es eso.

Marcus, en la entrada del club, sonrió. Le había sorprendido verlos llegar juntos. Él sabía la relación del señor Turner con esa mujer. En alguna que otra borrachera se había desahogado contándole cómo les había abandonado. Los vio subir a su vehículo y alejarse.

Salió ya cambiada y miró a su alrededor; Connor, que la observaba, se dio cuenta de que, aunque no lo admitiera nunca, estaba buscando a Andrew. Quizás solo para verlo una última vez ese día o para ver con quién estaba o lo que hacía. Al no verlo por ningún lado, Sam dejó escapar un suspiro.

—Estoy lista. ¿Nos vamos?

—Vámonos.

Se subieron al coche, y Connor arrancó. Sam se quitó los Louboutin. Los miró, eran preciosos, pero toda una noche sirviendo copas en ellos había sido demasiado.

—¿Estás bien?

—Sí, solo cansada. —Suspiró de nuevo.

—Estuve hablando con Andrew.

Sam se tensó.

—Os vi. ¿Solucionasteis vuestro encontronazo?

—Lo hicimos.

—Me alegro. —Ella no quería hablar de él, era un capítulo que quería olvidar, dejarlo atrás y dejar de sentir dolor al pensar en él.

—Estuvimos hablando de ti —comentó sin apartar la vista de la calzada.

—No quiero saberlo.

—Creo que te va a...

—¡No, Connor! —le cortó, y él la miró por un instante—. No quiero saber nada de lo que habéis hablado. Me alegro por vosotros, de que hayáis solucionado lo vuestro, sois amigos desde hace tiempo y lo entiendo, pero no quiero oírlo. Solo quiero llegar a casa, darme un baño y dormir.

—De acuerdo, peque. Hoy no hablaremos, pero en algún momento tendrás que escucharme.

—Ya te he dicho que no me interesa. Todo lo que él tenía que decirme, ya me lo dejó muy claro. Quiero continuar con mi vida, y él no tiene cabida en ella.

—A veces las cosas no son lo que parecen.

—Da igual, en serio. ¿Podemos cambiar de tema?

—Claro, peque. ¿Qué te ha parecido la primera noche?

—Agotadora. —Sonrió—. Pero no ha estado mal. Aunque tenía ganas de quitarme esta preciosidad de zapatos..., me estaban matando.

—Supongo que ya te acostumbrarás a ellos.

—Supongo.

—¿Algún cliente pesado?

—Ha habido un par de ellos, me pedían el número de teléfono para quedar fuera del club. Yo les he recordado la norma que no nos permite ese trato con la clientela y creo que se han resignado.

—Lo extraño es que hayan sido solo dos, has creado expectación esta noche entre la clientela de los dos sexos.

—No creo que haya sido para tanto.

—¿Que no ha sido para tanto? Me he puesto cachondo solo de escuchar lo que te harían si te dejaras.

Sam se sonrojó y de repente estalló a carcajadas.

—Eres un bruto.

—Bruto me han puesto a mí con sus comentarios. —Sam continuó riendo—. Es que, vamos a ser sinceros, estás tremenda, peque, y hoy eras una novedad exquisita en el club. No has pasado desapercibida para nadie, tenlo claro. Incluso Susan se puso cachonda mirándote. No te reconoció, supongo que el maquillaje ayudó a ello. Estaba fascinada contigo, Andrew se molestó bastante al escucharla hablar de ti.

—Connor. —Suspiró una vez más—. No me interesa. No quiero hablar de ellos. ¿De acuerdo?

—Eres dura, peque. Está bien. No lo nombraré de nuevo hasta que tú quieras saber lo que me contó.

—Eso no va a pasar. Vivir en la calle me enseñó a valorar lo que era importante y a descartar lo que me lastimara... Tú, Maggie y Molly sois importantes para mí, los demás solo están.

—Sam, sé que estás dolida por lo que pasó, pero...

—Déjalo, Connor, en serio.

—Está bien.

Sam sentía verdadera curiosidad por lo que su amigo quería contarle, pero su orgullo le impedía escuchar nada que tuviera que ver con Andrew. Aún le dolía recordar cómo la había tratado.

Llegaron a su casa, apagó el motor y bajó del vehículo sin esperar a que Susan lo siguiera. No tenía ganas de continuar escuchando sus tonterías. Entró en su hogar, subió las escaleras y, una vez en su habitación, cerró con pestillo. No confiaba en la mujer con la que, obligado, tenía que compartir techo. Estaba agotado y su cabeza iba a estallar. Se liberó de la ropa y entró en la ducha. Necesitaba quitarse el desasosiego que había sentido al ver a Sam. Se dio cuenta de que iba a ser muy difícil que le perdonara el haber sido tan estúpido como para apartarla de su lado. Pero debía hacerlo. Las dos arpias no le habían dado ninguna opción.

«¡Maldita sea! —Golpeó los azulejos con el puño, se sentía impotente con esa situación—. Todo está mal», pensaba, mientras el agua caliente caía por su cuerpo.

Recordar lo preciosa que estaba Sam tampoco le ayudaba demasiado a calmarse, su cuerpo reaccionó al evocarla enfundada en esos vaqueros ceñidos que marcaban cada una de sus curvas. Agarró su pene. Estaba muy sensible al visualizar ese top que no dejaba demasiado a la imaginación y esos zapatos. ¡Madre de Dios! Subió y bajó su mano sintiendo el calor de la excitación, pensar en esos zapatos lo había puesto como una roca otra vez. Aumentó el ritmo cerrando los ojos y viendo en su totalidad a esa mujer, en ese cuerpo, y como un adolescente no pudo evitar correrse en un suspiro. «Me mata», pensó y una sonrisa asomó a sus labios. Tenía que librarse cuanto antes de Susan, si no, iba a matarse a pajas, lo tenía claro.

Ya más tranquilo, salió del baño secándose con una toalla. Se la enredó en la cintura y cogió del cajón unos *boxers*. Entonces vio el móvil y recordó lo que Connor le había dicho. Se deshizo de la toalla, se puso la ropa interior y se tumbó en la cama con el teléfono en la mano. No sabía qué era lo que su amigo le había pasado, pero le sorprendió gratamente las imágenes que reproducían el vídeo. Eran sus dos chicas. Estaban sentadas bajo un árbol y, aunque lo intentaban, no podían dejar de reír. Él sonreía a su vez, y entonces vio el par de ardillas trepar por sus piernas, llevarse lo que le parecieron almendras y salir corriendo de nuevo al árbol. Rio a carcajadas, como Sam y Maggie en el vídeo. Las miraba y veía la complicidad y el cariño que había entre ambas y no podía dejar de sonreír. Deseaba poder compartir esos momentos junto a ellas. Besarlas y abrazarlas por el resto de sus días, ese era su único sueño, por el que lucharía

hasta el final.

Despertó sonriendo, que fuera sábado le proporcionaba el tiempo para estar con su hija del que carecía durante la semana. Sabía que Maggie querría ir al parque, y él estaría encantado de llevarla, Sam estaría allí para jugar con su niña, y él, aunque fuera a distancia, podría observarlas. Bajó a la cocina y vio a Molly en los fogones, a Maggie desayunando sus cereales, y a la arpía sentada tecleando en el móvil.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, cielito —respondió Susan como si el saludo fuera para ella. Él la miró frunciendo el ceño—. ¡Ah! Se lo decías a la cría. —Andrew se tensó.

—Se lo he dicho a mi hija.

—Sí, ya. —Una sonrisa maliciosa asomó en sus rojos labios.

Andrew la ignoró y abrazó y besó a su pequeña.

—Buenos días, papi. ¿Hoy vamos a ir al parque? Nos tenemos que llevar nueces porque a las ardillas les gustan mucho. Las almendras también, ayer les dimos, y se las comieron. Nos reímos mucho, a ver si hoy tienen hambre y vienen...

—Hoy ya tenemos planes, ¿verdad, Andrew?

—No recuerdo que me dijeras nada. ¿De qué estás hablando?

—Como hace tanto tiempo que no estamos juntos, hoy nos vamos a pasar un día en familia. —Empezó a aplaudir como una chiquilla—. Nos vamos a ir de tiendas, a comer fuera, va a ser muy divertido.

—Papi... —Maggie llamó la atención de su padre tirando de la manga de su camisa, y este se agachó a su altura—. Yo no quiero hacer eso —susurró—. Yo quiero ir al parque. —Andrew la miró y, cuando iba a hablar, Susan se le adelantó.

—Nos vamos a ir de compras, Maggie, no puedes ser tan caprichosa. Hace mucho que no estás con mami y hoy nos vamos a ir por ahí y no se hable más. Ya sabes, Andrew, que tengo razón.

Apretó los puños con impotencia. Una cosa es que le jodiera su vida y otra muy diferente es que quisiera amargársela a su hija. Pero, si quería conseguir la custodia, no le quedaba otra que doblegarse ante esa mujer.

—Maggie, hoy podemos ir con tu madre y al parque podemos ir luego o mañana.

—Cielo, no quiero ser una aguafiestas, pero mañana saldremos en el yate de unos amigos y quiero que conozcan a mi familia. Así que es mejor que no hagáis planes mientras esté por aquí.

—Pero ¡yo quiero ir al parque! —Estalló la pequeña—. ¡Papi...! Yo no quiero ir a comprar ni a ver a sus amigos, yo quiero ir a ver a Sam, quiero ir al parque.

—Andrew, creo que quedó claro que esa mujer no iba a estar con mi hija. ¿Recuerdas lo que estuvimos hablando? Esa es una mala influencia para esta familia. —Se levantó de golpe y al hacerlo tiró su zumo, manchándose la ropa—. Molly, arregla este estropicio. Y tú —espetó señalándole a él— soluciona este contratiempo, voy a cambiarme, y nos vamos de compras. —Salió de la cocina dejándolos boquiabiertos a los tres.

Andrew se agachó a la altura de su hija.

—Princesa, lo siento. Lo siento mucho. Pero durante un tiempo no vas a poder ver a Sam. —Los ojitos de la pequeña se llenaron de lágrimas, y él la abrazó—. Siento todo esto, cariño, pero pronto mejorará, ya lo verás. Ahora vamos a lavar esa carita tan preciosa, ¿vale? —La pequeña asintió y fue con su padre al baño. Molly limpió el zumo esparcido sobre la isla. No entendía cómo podía ser tan malvada esa mujer. Tenía que avisar a Sam. Estaba segura de que Susan haría todo lo que estuviera en sus manos para impedir que pudieran verse.

—¿Qué pasa, Sam?

—Molly me ha llamado..., no voy a poder ver a mi pequeña. —Su mirada se tornó triste—. Quizás luego, por la tarde, si consiguen librarse de esa mujer. Según me ha estado contado, Susan no quiere que me acerque a Maggie. Posiblemente, haya de ser así y acabe siendo lo mejor para mi niña, pero la voy a echar tantísimo de menos...

—No sé por qué va a ser lo mejor.

—Porque su padre y yo ya no volveremos a estar juntos, porque seguramente estará mejor con ellos dos, como una verdadera familia. —Una lágrima recorrió su rostro—. Yo ya no pinto nada en esa casa ni en esa vida.

—Peque, esa niña te adora y, aunque no quieras escucharme, has de saber que Maggie estaría mejor con cualquier persona antes que con esa mujer que carece de ningún tipo de instinto maternal, y sé de lo que hablo. Andrew me dijo lo que...

—No, Connor, no quiero saberlo y hablo en serio. Él era quien me lo tenía que haber contado en su momento, pero en este instante ya da lo mismo... Y ahora en lo único que puedo pensar es en mi niña, en que quizás es mejor que dejemos de vernos, luego será más dolorosa la separación. Sin embargo, sé que no podré olvidarla jamás.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Seguiré yendo al parque, se lo prometí a Maggie. Si Molly puede traerla, ahí estaré esperándola y si no...

—Iré contigo.

—No es necesario, *bro*. Te lo agradezco, pero tú tienes cosas que hacer y además no puedes hacerme siempre de niñera. Desde que he llegado a tu vida no te has separado de mí. Me has ayudado, pero esto debo hacerlo sola.

Cinco días habían pasado, cinco días en los que llegaba al parque y se sentaba bajo el mismo árbol, esperando. Cinco días donde la ilusión de ver a su niña se transformaba en desconsuelo al volver a casa sin que sucediera. Seguía en contacto con Molly; pero, a pesar de que esta le decía que no podrían verse, seguía acudiendo al mismo parque día tras día. Conservaba la esperanza de volver a abrazar a su pequeña.

—Hola, disculpa si te molesto, pero llevo días viéndote llegar, sentarte aquí y luego veo cómo te marchas triste. Sé que no es asunto mío, pero ese tipo no te merece.

—¿Perdona?

—Me da la sensación de que te dan plantón... y, en serio, debe de ser un imbécil por no acudir. —Sam sonrió—. Me llamo Jon, por cierto.

—Sam.

—¿Te importa si me siento contigo?

—No, claro. Es un lugar público.

—Igual tengo suerte y hoy tampoco aparece tu cita, así me da tiempo a charlar contigo.

—No es una cita.

—¿Cómo?

—Con un hombre, quiero decir. —Él la miró confundido—. Espero a una niña que cuidé durante medio año a la cual le cogí mucho cariño.

—Vaya, eso es mejor. —Sam arqueó las cejas—. No, no, no me malinterpretes, siento que tu

pequeña amiga no venga, pero me alegro de que no sea un hombre a quien esperas.

Sam se carcajeó.

—¿Y por qué te alegras?

—Porque eres una mujer preciosa y me encantaría conocerte. Soy un buen tipo, no soy desagradable a la vista, tengo un buen trabajo, no estoy demasiado loco y te aseguro que soy bastante interesante si te atreves a pasar tiempo comprobándolo.

—Tú no tienes abuela, ¿verdad?

—La verdad es que sí, una increíble muchacha de ochenta y nueve años que aún me regaña si cree que debe hacerlo. Ella fue quien me crio y me enseñó que la vida puede poner en el camino a personas increíbles y que no hay que dejar pasar la oportunidad de conocerlas.

—¡Vaya! Tu abuela parece una mujer muy sabia.

Esa vez fue él quien rio a carcajadas.

—Sí, lo es. Estoy seguro de que le caerías bien y ella a ti.

—Vas muy deprisa, ¿no? Ya me estás presentando a tu familia y ni siquiera sé a qué te dedicas ni cuántos años tienes ni qué haces en este parque todos los días.

—No me gusta perder el tiempo, nunca se sabe qué sucederá un instante después de parpadear. —Se encogió de hombros—. Quizás se deba a mi trabajo. Soy policía y tengo veintinueve años. Cada tarde vengo a correr un rato, es un buen espacio para hacerlo. ¿Algo más que te gustaría saber de mí? Soy un libro abierto para quien está en mi vida.

—¿Y yo estoy en tu vida?

—Desde el primer día en que te vi sentada bajo este mismo árbol y no he podido dejar de pensar en ti, así que creo que podemos considerar que sí estás en ella.

—¡Vaya! Eres muy directo.

—Ya te he dicho que no me gusta perder el tiempo... En serio, me gustaría conocerte, Sam. ¿Te apetecería cenar esta noche conmigo? Te prometo que seré todo un caballero, una buena cena, una charla amena, acompañarte hasta tu puerta y despedirme con un casto beso en la mejilla.

—Suena bien, pero no sé si será buena idea.

—¿Por qué no decidimos si es una buena idea después de la cena? Tendremos una perspectiva más objetiva para juzgarlo, ¿no crees?

—Eres terco.

—Y muchas cosas más que puedes descubrirlas si aceptas cenar conmigo.

—Nunca había conocido a nadie como tú. He de decirte que me has creado curiosidad por saber más.

—Entonces, si te parece bien..., paso a recogerte a las..., digamos, ¿a las nueve?

—A las nueve me parece genial. —Sam le dio su dirección y se despidieron, era una suerte que esa noche librara.

Estaba harta de ver llegar a Andrew y a Susan juntos al club. Se había fijado en que él no entraba con nadie a jugar, se quedaba allí, sentado en la barra, mirándola. Era una tortura tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos. Esa noche Jon sería un soplo de aire fresco para su vida.

—¡Bro! Ya estoy en casa.

Connor salió a su encuentro y besó su mejilla. Hola, peque. ¿Cómo ha ido? ¿La has visto?

—No. Hoy tampoco han ido... ¿No voy a verla nunca más?

—Seguro que Molly consigue llevársela un día al parque, pero deberás tener paciencia.

Sam suspiró.

—La echo de menos. Echo de menos su risa y su parloteo incansable.

Connor la abrazó.

—Como hoy es tu día de descanso, ¿qué te parece si pedimos comida china y nos relajamos viendo una peli?

—¿No vas a salir con una de tus amigas?

—Pensaba quedarme contigo. —Se separó y la miró a los ojos—. ¿Qué pasa?

—Que esta noche ceno fuera. He conocido a alguien en el parque y me ha invitado a cenar.

—¿En el parque? ¿Y si es un loco?

—Es un tío un poco... diferente, y no puedo asegurarte que no esté algo loco, a mí me lo pareció. Es policía y pasará a buscarme a las nueve, así puedes darle tu visto bueno.

—¿Estás segura de esto? Tú sabes que Andrew...

—Connor, no lo hagas. Sé que es tu amigo; pero, al igual que él sigue con su vida, yo debería poder hacer lo mismo con la mía.

—El orgullo no es nada bueno, deberías escuchar lo que he intentado contarte desde que Andrew habló conmigo...

—El orgullo es lo único que me queda, *bro*. He de ir a prepararme, mi cita llegará pronto.

Dejó a Connor en la entrada y se encerró en su habitación. Le había dolido demasiado la manera en que Andrew la echó de la casa, y entendía que Connor intentara mediar por su amigo, pero no volvería a saber de él. Ya no quería.

Él sabía que, con lo que pasó, su razonamiento era el más lógico, si solo quisiera escucharle lo entendería todo. ¿Y ahora tenía una cita?

—¡Joder!

A las nueve en punto, sonó el timbre de la puerta.

—Connor, ¿puedes abrir?

—Claro. —Se dirigió a la entrada.

—Hola, busco a Sam. ¿Vive aquí?

—Sí, adelante, está terminando de arreglarse. Soy Connor, su compañero de piso.

—Soy Jon, encantado. —Se saludaron con un apretón de manos.

Jon entró en la sala, seguido de Connor, en el momento en que ella salía de su habitación. Los dos hombres se quedaron absortos admirándola. Sam llevaba un vestido de tirantes negro que se adaptaba a su cuerpo como un guante. Se había recogido su espesa melena rizada con un moño informal que enmarcaba su precioso rostro y llevaba los Louboutin que realzaban sus largas y perfectas piernas. Estaba espectacular.

—Jon, qué puntualidad. Déjame que coja el bolso y podemos irnos.

—Estás preciosa. —Se aproximó a ella y besó su mejilla.

—¿Os apetece una copa antes de irnos? —Connor intentaba retenerlos en la casa, buscaba algo que hiciera cambiar de opinión a Sam y que no saliera con ese tipo.

—Lo siento, quizás en otra ocasión —fue Jon quien habló—. Si Sam está lista, nos vamos. He hecho la reserva para las nueve y media.

—Estoy lista.

—¿Y no vamos a charlar un rato? No sé, para conocernos un poco.

—No quiero ser grosero, pero a quien me apetece conocer es a Sam. —Le sonrió a ella.

—Si todo va bien esta noche ya tendrás tiempo de charlar con él, Connor. Y ahora, si nos disculpas, nos vamos.

—¿Y dónde piensas llevarla?

—¡Connor! Esto parece un interrogatorio, ni que fueras tú el policía. Cuando vuelva, hablaremos. —Besó su mejilla y salió de la vivienda seguida por Jon.

Subieron al coche de este y se dirigieron al local donde había hecho la reserva.

—Entiendo a tu amigo. No se lo tengas en cuenta. Es lógico que se preocupe por ti. —Le disculpó Jon—. Yo también intentaría protegerte.

—Sí. Supongo... ¿Dónde me llevas? —Sam cambió de tema con una sonrisa. Ya hablaría con su amigo más tarde.

Otra noche fuera de casa, otra noche esperando perder de vista a Susan. Otro día entero esperando el momento para volver a verla. Así transcurrían sus días.

—Hola, Connor —saludó Andrew, al tiempo que se sentaba junto a él en la barra del Experience.

—¿Qué pasa, tío? Últimamente no faltas ni una noche. ¿Has vuelto a traer a Susan a jugar?

—No me queda otra. Mientras se entretiene follando, me deja tranquilo. Por cierto, no he visto a Sam hoy...

—Tiene la noche libre. —Andrew asintió pesaroso, sabía que podía pasar, aun así, tenía la esperanza de verla—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Connor. Pregunta.

—¿Por qué no lleva Molly a nuestra princesa al parque?

—Es complicado. Susan la escuchó diciendo que quería ir al parque para ver a Sam y desde entonces se la lleva con ella de compras, a exposiciones... No me deja alternativa.

—Pues Sam lleva días esperándola bajo el sauce donde se conocieron.

—¡Joder! Siento todo esto, por lo que están pasando por mi culpa... Estoy haciendo todo lo posible por llevarla, Maggie tampoco está nada bien.

—Deberías.

Lo miró directamente a los ojos y su amigo se dio cuenta de que había algo que no le estaba diciendo.

—¿Qué pasa, Connor?

—Debo contarte algo, pero júrame que estarás tranquilo y que no harás ninguna locura.

—Andrew, a pesar de estar de los nervios, asintió—. Sam ha conocido a alguien.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cómo ha podido pasar? ¿Lo ha conocido... aquí?

—Ha conocido a un hombre mientras esperaba en el parque para ver a Maggie. No conozco toda la historia, Sam no me ha contado casi nada. Sé que es un poli y que entrena allí porque me lo ha dicho bajo presión, no sé qué pensar, pero hoy ha pasado a buscarla por casa y han salido a cenar. Es un tío guapo y ha sido atento con ella desde que la ha visto.

—¿Crees... crees que a ella le gusta?

—Creo que sí.

—La voy a perder...

—Andrew, no me gusta ser yo quien te diga esto, pero a Sam la perdiste en el momento en que Susan volvió a tu vida.

—Esto es una locura, yo la quiero, no puedo perderla, Connor..., estoy enamorado de ella.

—Pues, amigo, tienes un problema bien gordo porque ella está intentando pasar página. No quiere ni oír tu nombre.

—Quizás será mejor así, si no tiene relación conmigo estará segura.

—¿Segura? ¿Crees que Susan la lastimaría?

—Estoy convencido de ello. Susan cree que es un obstáculo para conseguir lo que quiere, aunque aún no sé bien qué es lo que pretende... He contratado a un investigador privado, está buscando el motivo del regreso de Susan, creo que está metida en algo turbio y nos está utilizando. Pero todo eso lleva su tiempo, siempre que consiga la información que necesito. Mientras, he de jugar bien mis cartas, no puedo perder a mi hija... No sé qué hacer.

—Vaya, vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí. —Andrew se tensó al oír esa voz—. Pero si están aquí mis dos chicos preferidos.

—Britany, qué sorpresa. ¿Qué haces tú por aquí? —intervino Connor al percatarse de la tensión en su amigo.

—Supongo que lo mismo que vosotros —ronroneó poniendo las manos sobre los hombros de los dos hombres—, pero, por lo tenso que está Andrew, supongo que aún no ha follado esta noche. —Lo giró en el taburete quedando de frente a ella—. ¿Quieres que pasemos a una de las salas? Podría hacerte pasar un buen rato, ya sabes que conozco tus gustos —hablaba mientras acariciaba su nuca y cogía con fuerza su cabello. —Creo que hoy voy a cobrarme todos esos besos que siempre me negaste.

—Connor, ¿puedes disculparnos un momento? Britany y yo necesitamos algo de intimidad.

—Claro, hermano, voy a dar una vuelta.

Connor se levantó y los dejó a solas. Se sentó al fondo del local sin perder de vista a su amigo. Sabía que Britany estaba obsesionada con Andrew desde hacía años y no confiaba en ella, y menos después de que lo drogara.

—¿En serio crees que vas a besarme? —Volvió su atención a la mujer. Su mirada fría y su tono calmado hicieron que Britany diera un paso atrás, cortando todo contacto—. Estás más loca de lo que pareces.

El color de sus mejillas subió como la lava por un volcán.

—Sabes que tienes que hacer lo que te digamos. Ahora nos perteneces, ¿recuerdas? ¿No querrás perder a tu niña?

—Podéis chantajearme y tendré que ceder en muchas cosas por Maggie, pero esto no va a pasar, ¿queréis añadir violación a la extorsión? Me dais asco. No voy a mantener relaciones con ninguna de las dos, nunca más, antes me la corto.

—Qué radical eres, Andrew, sin polla no me gustarías tanto. Sabes que siempre he sentido debilidad por ti, nos lo pasábamos genial juntos, a lo mejor hay algo que yo pueda hacer para que cambies de opinión.

Sus manos recorrían el pecho de Andrew, y este las frenó en seco.

—Dime en qué está metida Susan. —Aprovecharía cualquier oportunidad de descubrir la verdad.

—Eso no va a suceder, cielo. No voy a contarte nada. Solo has de esperar que el tiempo pase y desapareceremos de tu vida, aunque ya te habrás dado cuenta de que tu querida niñera para entonces también habrá desaparecido; me encargaré personalmente de ello, puedes estar seguro. Por cierto, la vi el otro día trabajando aquí. No me extraña que la quisieras solo para ti. Está tremenda. Hablaré con Susan, creo que le encantaría comerse a ese bombón, y a mí jugar con ambas... ¿Te gustaría mirar? ¿Ver cómo devoro ese coñito y cómo sus fluidos se derraman en mi boca? ¿O penetrarme mientras ocurre todo eso?

—No sé cómo pude llegar a acostarme contigo alguna vez, eres repugnante.

Una carcajada salió de la boca de Britany.

—Has cambiado... Antes te hubieras excitado solo escuchando lo que te he dicho; en cambio, veo lo distinto que estás, es una lástima..., nos podríamos haber divertido. En fin, voy a buscar a Susan, yo sí me he puesto cachonda imaginando a tu niñera y voy a ponerle remedio.

Se alejó de él, internándose en las salas privadas. Andrew se sentó de nuevo en el taburete, apoyó los codos sobre la barra y sostuvo su cabeza entre las manos. Cerró los ojos, suspiró e intentó tranquilizarse.

—Disculpe, señor Turner, ¿le pongo una copa?

—No, gracias, Rita.

—Siento si me meto en lo que no me llaman, pero creo que la necesita. —Andrew la observó—. Y, si tiene tiempo, creo que tengo información que puede interesarle...

Jon aparcó cerca del muelle. Apagó el motor, salió del coche y se dirigió a la puerta del copiloto, abriéndola y dándole la mano a Sam para ayudarla a salir del vehículo, como había visto en cientos de películas.

—Gracias.

—Un placer. —Besó su mano.

Sam se sintió un poco incómoda con la atención que le profesaba Jon, apartó la mano de la suya y preguntó:

—¿Dónde me has traído?

—A uno de los mejores restaurantes de comida italiana de la ciudad. Quizás no es a lo que estás acostumbrada, pero no está nada mal.

—Si tú supieras...

—Eso es lo que vamos a hacer hoy, saber un poco más de nosotros. ¿Te parece bien que nos conozcamos?

—Sí. Me parece bien, aunque no sé si te seguirá apeteciendo luego seguir a mi lado.

—Recuerda que soy poli, no me asusto fácilmente. —Sam sonrió—. ¿Entramos?

Apoyó la mano en su espalda a la altura de la cintura y entraron en el restaurante. El metre comprobó su reserva y los acompañó y acomodó en una mesa junto a un gran ventanal por el que podían disfrutar de las vistas.

—¡Todo lo que estoy viendo es precioso! —exclamó Sam al admirar el lugar.

Jon, sin separar sus ojos de ella, respondió:

—Tienes toda la razón. Precioso. —Carraspeó—. ¿Quieres que miremos la carta? ¿O te arriesgas a confiar en mí y pido por los dos?

—Creo que me arriesgaré.

—Vamos a ver... —Con la carta en las manos, Jon se concentró en leer, mientras Sam aprovechó para observarlo—. ¿Te apetece un *risotto* con setas de primero, pollo *alla cacciatora*, y *focaccia* para acompañar?

—¿Qué es el pollo *alla cacciatora*? ¿Lo he dicho bien?

—Lo has dicho perfectamente, es pollo estofado y te aseguro que está delicioso.

—Me parece todo muy sabroso. Vamos a pedirnos eso.

—Camarero. —Jon avisó para que tomaran nota de su comanda, una vez finalizada se acordó del vino—. Y para beber tráiganos un lambrusco. Gracias. —El camarero recogió las cartas y se retiró.

—Y, entonces, ¿qué me cuentas de ti? ¿Siempre quisiste ser policía?

—Mi padre y mi abuelo fueron policías, siempre me apasionó su trabajo, saber que eran los que pillaban a los malos me hacía sentirme orgulloso. Supongo que quise ser como ellos.

—Eso te honra.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Ahora mismo estoy trabajando de camarera.

—¿Dónde? Quizás me pueda acercar algún día a tomarme algo contigo.

—No sé si te gustará el lugar, no es un local corriente.

—Qué misteriosa. Ya te dije antes que no soy de los que se asustan.

—Trabajo en el Experience.

—¡Ah! El club caliente —contestó pensativo. Sam lo miró con recelo—. No te enfades conmigo. Los chicos le llaman así. Para cada local de la ciudad tienen su nombre en la comisaría.

—El mismo, aunque yo prefiero llamarlo club de copas.

—¿No te importa que la gente vaya a practicar sexo?

—Para nada, yo solo trabajo de camarera y las reglas impiden a los socios molestarnos. Cada uno puede hacer lo que quiera con su cuerpo mientras sea legal, ¿no?

—Por supuesto, no estaba juzgándote.

—Pues me lo ha parecido.

—Discúlpame, no era esa mi intención. No quería incomodarte.

—No sé si ha sido buena idea que saliéramos. —Sam estaba nerviosa, y Jon lo notó.

—Por favor, dame otra oportunidad. Hace mucho tiempo que no salía con una mujer y supongo que los malos modales de los chicos al final se me están pegando... Creo que eres una persona fuerte, decidida e independiente y me gustaría conocerte mejor.

—No es el trabajo de mis sueños, hasta hace poco estaba de interina con una familia y hacía de niñera, pero eso terminó y necesitaba dinero para vivir.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo con... Connor?

—De hecho, desde el mismo día en que me quedé en la calle. Me ofreció una habitación en su casa y me consiguió el trabajo. Es un gran tipo.

—¿Por qué terminó tu trabajo de niñera?

—No puedes evitarlo, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó perdido—. No te entiendo.

—Lo de interrogar a la gente. —Sam sonrió, y él se sonrojó.

A ella le pareció muy dulce que se ruborizara, siendo un hombre tan impresionante con un oficio tan duro.

—Lo siento, no me doy cuenta, supongo que es la costumbre...

—Vamos a relajarnos, a cenar y a mantener una conversación de adultos, si surge alguna pregunta, pues respondemos sin más, no tienes que hacer un informe cuando terminemos.

Una carcajada salió del pecho de Jon.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, pero recuerda que es de formación profesional y me es difícil separar mi trabajo del día a día.

—Relájate, Jon. Para mí esta cena también es extraña, aunque no desagradable. Disfrutemos del momento.

Charlaron un poco de sus vidas, Jon entrando en detalles de su privacidad, y Sam evitando el tema de Andrew todo lo posible, aún le dolía recordar cómo había terminado todo entre ellos y sobre su pasado.

Como le había prometido, después de la cena, Jon acompañó a Sam hasta su casa. Paró el coche y se bajó para acompañarla hasta la puerta.

—Bueno, ya estás en casa, sana y salva.

—Gracias por todo, por la cena y la conversación. Me lo he pasado muy bien.

—Sam...

Jon posó su mano en la cintura femenina y se aproximó para besarla. Ella temblaba, no estaba segura de querer que sucediera, pero no había razón para no dejarle hacerlo.

—Ya estás en casa. —La puerta se abrió de golpe—. Escuché un ruido y supuse que eras tú.

Jon desvió el beso de su destino y lo llevó a la mejilla de ella.

—Me ha gustado pasar esta noche contigo.

—A mí también me ha gustado.

—Te llamaré, Sam. Connor —saludó al hombre que había interrumpido el momento de su despedida—, hasta otra.

Sam asintió y lo vio marcharse en el coche. Cuando lo perdió de vista, se giró y miró a Connor al tiempo que le reñía por la interrupción.

—¿Me puedes explicar qué narices ha sido eso? ¿Me estabas espiando?

—Noooo, peque, pensé que te estaba haciendo un favor. Iba a besarte —comentó como si fuera lo peor que podría pasarle.

—¿Y tan malo hubiera sido que lo hiciera?

—¿Querías que te besara?

—No lo sé. ¡Argh! —Se echó las manos a la cabeza—. No, no quería que lo hiciera, pero he de seguir con mi vida, Connor. Andrew ha continuado con la suya, y yo... Jon es un buen tipo.

—Vamos, ven aquí. —Connor la abrazó por la cintura, y ella apoyó la cabeza en su pecho—. Si no fueras tan cabezota...

—Connor, por favor, no insistas.

—Tranquila, no te voy a contar nada de lo que me dijo, pero te voy a dar un consejo, no tengas prisa por empezar algo nuevo con alguien. Tómate un tiempo para ti y descubre realmente qué es lo que quieres. ¿De acuerdo? Jon puede ser un amigo, pero más..., es muy pronto

—De acuerdo, lo tendré en cuenta.

—¿Te has divertido en la cena? —Cambió de tema.

—Sí, ha estado bien. Hemos ido a un italiano y hemos charlado un poco de todo. Al principio ha sido un poco raro, parecía más un interrogatorio que una cena informal, pero, cuando se ha relajado, todo ha fluido entre nosotros. Jon es una buena persona y me ha respetado en todo momento, es todo un caballero.

—Pues cuando he abierto la puerta no tenía intenciones muy caballerosas que digamos.

—¡Connor! —Rio—. Hemos pasado una noche agradable, quizás solo quiso que terminara con un beso, no tiene tanta importancia.

—Sí la tiene... Tú estás enamorada de otro. No sería justo para ninguno de los dos. ¿No crees?

Sam se tensó. Aunque su amigo tuviera razón, estaba harta de pensar en los demás, antes que en ella misma.

—¿Y qué es lo justo para mí, Connor? ¿Dejarme pisotear por tu amigo y su mujer? ¿O perder la oportunidad de conocer a un buen hombre y enamorarme? ¿Qué sería lo justo? ¿De verdad crees que lo sabes? Ilumíname. Me harías un favor...

—Peque, lo siento, pero me jode ver que sufres de esta manera, si solo quisieras escucharme...

—¡Se acabó! Si vuelves a intentar hablarme de tu amigo, me largaré tan rápido de esta casa que ni te darás cuenta. Me dan igual los motivos que tuviera para tratarme como lo hizo. Me hizo daño, Connor..., me partió el corazón. Confíe en él, y me echó a la calle sin más... ¿No crees que ya me ha hecho suficiente daño?

Sam salió corriendo dejando a Connor con la palabra en la boca y se encerró en su habitación dando un fuerte portazo.

Él no quería que se sintiera mal y mucho menos por su culpa. Se aproximó a la puerta y habló para que ella le escuchara. Apoyó una mano en la fría madera y se disculpó.

—Lo siento... Te lo prometo, Sam. No volveré a hablarte de nada relacionado con él, pero no quiero que te vayas, peque. Perdóname.

La puerta se abrió un poco.

—De Maggie sí quiero que me hables, necesito saber de mi niña... La quiero, Connor. —Se

abrazaron, y Connor la consoló con palabras de cariño.

Acurrucados en el sofá, Sam le contó cómo transcurrió la noche. Y, aunque internamente le dolía que su amigo perdiera al amor de su vida, se alegraba al ver sonreír a Sam hablando de su cita.

Un nuevo día amaneció en casa de los Turner. Andrew abrió los ojos y sintió el pequeño cuerpo que cubría su brazo. Al poco de llegar la noche anterior, Maggie se despertó a gritos de su sueño, y él la llevó a su cama para que durmiera tranquila. Las pesadillas habían vuelto.

—Buenos días, papi. —Sonrió.

—Buenos días, princesa. Hay que levantarse, hoy hay cole.

La pequeña se levantó de un salto, y su padre sonrió al verla tan activa, pero de repente la pequeña frenó su salida de la habitación y se giró para mirarlo.

—Papi, ¿podemos ir al parque hoy? Hace muchos días que no vamos.

La sonrisa que minutos antes le había dedicado, desapareció de su precioso rostro dando paso a la tristeza en su mirada.

—Te llevaré, pero ha de ser nuestro secreto. —Maggie corrió hacia él y le abrazó con fuerza—. Ahora, date prisa, si no llegarás tarde al colegio. —La pequeña volvió a sonreír y salió de la habitación.

Durante el desayuno, Maggie hablaba con Molly animadamente cuando Susan entró en la estancia. En ese momento el silencio reinó en la cocina. Ella las miró y sonrió al ver su incomodidad.

—Hoy, cuando salgas del colegio, vamos a ir a un sitio precioso, ya lo verás. Te va a encantar.

Andrew se tensó al mirar la cara de su pequeña y ver cómo la tristeza lo cubría.

—Hoy había pensado en recogerla yo.

—Pero, cielo, tengo un compromiso y quiero que mi hija venga conmigo. Ya sabes que no es un tema a negociar, ¿recuerdas? Así que, Maggie, hoy le dices a la maestra que no quieres salir a jugar, no quiero que te ensucies.

—Es una niña de seis años, ¿cómo no va a jugar en el colegio? —Molly intervino en la conversación.

—Andrew, tienes que hablar con el servicio y explicarle que sus comentarios en nuestras conversaciones están fuera de lugar. —Susan hablaba como si Molly no estuviera presente, humillándola de paso—. Voy a darme un baño.

Salió de la cocina dejándolos a los tres en silencio. Maggie miró a su padre con lágrimas en los ojos, y este no soportó ver así a su hija.

—Molly, ¿podrías hacerme el favor de llamar a Sam? —Su pequeña abrió asombrada los ojos—. Pregúntale si puede ir al parque hoy por la mañana. Mi hija va a hacer novillos en la escuela y le gustaría verla. —Guiñó el ojo a las dos—. Pero es nuestro secreto, ¿vale? —Las dos asintieron con una sonrisa—. Ahora sube a vestirme te llevaré yo. —Maggie no se lo hizo repetir y, seguida de Molly, fue a vestirse a su habitación.

—Buenos días, peque. Qué madrugadora.

—Molly me ha llamado. Voy a ver a Maggie. Me ha contado algo de que Susan la tiene monopolizada todos los días, y que Andrew permite que hoy falte a la escuela para que podamos vernos. No me importa el porqué, hoy la voy a ver, Connor, a mi niña... —Una lágrima recorrió su mejilla y, a diferencia de las otras veces, esta era de felicidad—. Voy a vestirme..., no quiero

llegar tarde y perder el tiempo que podamos estar juntas. —Salió corriendo hacia su habitación riendo.

Sam llevaba diez minutos sentada bajo el sauce cuando escuchó la voz de su pequeña llamándola a gritos. Se levantó y la vio correr hacia ella con los brazos abiertos. No pudo si no hacer lo mismo y corrió a su encuentro. Se fundieron en un fuerte abrazo, llorando de la alegría que sentían sus corazones.

—Déjame mirarte bien. —Se separó un poco de la pequeña para observarla—. Has crecido y estás más guapa.

—Sam..., me quiero quedar contigo.

—Hoy estaremos juntas, cariño. No pensemos en después, ¿vale? —La pequeña asintió—. ¿Y Molly? ¿Dónde la has dejado? —preguntó sonriendo.

Buscó en la distancia y no podía creerse lo que sus ojos veían. Andrew caminaba hacia ellas. Vestía informal, con unas deportivas, vaqueros, una camiseta y su cazadora de cuero. Estaba increíble con esa ropa. Sam se reprendió en silencio por mirarle de ese modo, pero era imposible no fijarse en cómo le quedaba. Se dio cuenta de que esa sonrisa que la enamoró asomaba en sus labios. Se había percatado del escaneo que acababa de hacerle. Se sonrojó.

—Buenos días, Sam.

—Andrew —saludarle fríamente fue un esfuerzo para ella.

Seguía enamorada de él, era consciente de ello. Pero no debía olvidar que ya no estaban juntos, que toda la pasión que habían compartido había acabado en el momento en que Susan llegó a la casa y la echó. No podía flaquear ante él.

—¿Vamos a darles nueces a las ardillas? Molly me las ha dado. —Maggie, con su inocencia, cortó el momento incómodo en el que estaban—. ¿Tú crees que vendrán? Hoy es muy temprano, a lo mejor aún están dormiditas.

—Pues, si están dormiditas, nos las comemos nosotras. —Maggie rio a carcajadas tirando de su mano para acercarse al árbol.

—Yo os esperaré aquí —comentó Andrew, señalando un banco.

No quería incomodar más de lo necesario a Sam. Era consciente del daño que le había causado, el mismo que él sentía desde ese maldito momento en que la echó. Le era imposible alejar su mirada de ella, estaba preciosa. Y verla de lejos era mejor que nada.

Durante un rato las vio charlar y reír. Era una imagen idílica para él. Su hija y la mujer a la que amaba juntas, todo cuanto soñaba para ser feliz estaba ante sus ojos. Lucharía por recuperar la confianza de Sam, costara lo que costara. Pero antes tenía que descubrir si lo que Rita le había contado era cierto. Su investigador ya estaría trabajando con la información que le había proporcionado la noche anterior. Entonces se dio cuenta, alucinado, de cómo unas ardillas jugueteaban cerca de las piernas de sus chicas y cómo ellas se quedaban estáticas con una gran sonrisa en sus labios. Los roedores treparon por ellas y aceptaron las nueces que les ofrecían, volviendo rápidamente a las ramas del sauce a devorar su botín. Las carcajadas de Maggie se oían desde donde se encontraba y no pudo evitar reír con ellas.

Siguió observando la conexión que compartían, sus gestos, sus sonrisas. Su hija brillaba de felicidad al lado de esa mujer. La única mujer que le había enseñado lo que era amar. Sumido en sus pensamientos, no se percató de que un hombre con ropa deportiva se acercaba a ellas, hasta que lo vio sentarse junto a Sam. ¿Quién demonios era ese tipo? ¿Sería ese el poli del que le habló Connor? ¿Su cita? Se tensó.

No se dio cuenta de cómo sucedió, pero de repente estaba de pie, parado junto a ellos.

—Hola, ¿tú eres? —No pudo evitar sonar seco.

—Es un amigo de Sam, papi. La hace reír y es muy guapo.

—Ya veo... ¿Eres deportista?

—Buenos días, pues sí, además de policía. Soy Jon, un amigo de Sam —se presentó al tiempo que se levantaba. Se estrecharon la mano mirándose con recelo—. Doy por hecho que eres el padre de esta preciosidad, Sam me habló mucho de ella anoche —remarcó el momento.

Quería que aquel hombre supiera que él también estaba en la vida de Sam y que no pensaba retirarse sin luchar.

Ella, tensa, los miraba a ambos. ¿En serio estaban retándose? «¡Hombres!», pensó. No iba a tolerar que enturbiasen el momento con su niña.

—Maggie, ¿qué te parece si vamos a jugar nosotras y dejamos aquí a los chicos?

—Sí, sí..., ¿jugamos a pillarnos? Tú la llevas. —Y, con la risa desbordándose por su cuerpo, la pequeña salió corriendo seguida por Sam.

—Es una mujer increíble —comentó Jon sin apartar la vista de ella.

—Lo es —respondió Andrew seguro de sus palabras sin dejar de mirarla.

—Sé que estuvisteis juntos.

Andrew lo observó y valoró las palabras que le ardían en la garganta. Iba a dejarle claro a ese sujeto que no iba a renunciar a ella.

—Estoy enamorado de Sam y, aunque sé que la he cagado mucho con ella; voy a luchar porque llegue a perdonarme.

—Vaya, has sido sincero. Nunca lo hubiera creído de un tipo como tú, pero yo también seré claro contigo. Sam me gusta, me gusta mucho, y como los dos somos libres voy a cortejarla como se merece. ¿O es que acaso tú puedes decir lo mismo? No eres libre, tío. Ella me contó que rompisteis cuando tu mujer regresó junto a ti. ¿Por qué no la dejas tranquila? Conmigo podría ser feliz.

—Sé que ahora mismo tienes razón..., pero, no te equivoques, ella me quiere. Y no voy a dejar que lo olvide.

—Papi, papi, corre, ven. Mira qué hemos encontrado... —Llegó junto a ellos emocionada por su descubrimiento—. Corre, vamos. —Tiraba de su mano en dirección a Sam, que llevaba algo entre los brazos. Cuando los tres llegaron junto a ella, vieron a un cachorrito, con los ojos aún cerrados, durmiendo pegado a su pecho.

—Pero ¿de dónde ha salido esto? —preguntó Jon sonriendo.

—Maggie, ven. Siéntate aquí, seguro que quiere dormir un ratito contigo.

La pequeña obedeció a quien hasta hacía poco había sido su niñera sin rechistar. Estaba encantada de sostener al cachorro.

Una vez lo depositó sobre Maggie, se alejó unos pasos con los dos hombres.

—No he dejado que Maggie lo viera. Hemos escuchado un lamento y le he dicho que me esperara mientras yo miraba. Ese pobre animalito estaba dentro de una bolsa con otros seis cachorros que estaban muertos. No podía dejarlo ahí.

—Has hecho bien, Sam. —Andrew la apoyó rozando su hombro y, al sentirlo tan próximo, se estremeció.

—¿Qué piensas hacer con él? —Esa vez fue Jon quien habló, y ella consiguió alejarse de la atracción que sentía por Andrew al desviar su atención de él.

—Pues, no estoy segura, no sé si a Connor le importará que lo lleve a casa...

—Yo puedo quedarme con él si es necesario. —Andrew volvió a intervenir.

—Gracias. —No podía evitar que su corazón latiera con fuerza cada vez que escuchaba su voz —. Le preguntaré a ver qué le parece y, si no lo quiere, ya te diré.

—Papi. —Maggie, sentada donde la habían dejado, les llamó la atención—. Yo quiero que se lo quede Sam, así no estará solita.

—Me parece una buena idea —dijo poniéndose de cuclillas junto a su hija—. Pero antes hay que llevar a este... —dijo mirando su entrepierna— chico al veterinario. ¿Os parece bien?

—Sí, papi, así veremos que no está malito. —Los adultos sonrieron al escuchar el cariño con que hablaba la pequeña.

—Andrew. Andrew... —La chillona voz interrumpió un bonito momento.

—¿Qué demonios haces tú aquí, Susan? —No se lo podía creer. ¿Esa mujer iba a arruinar cada momento de su vida? Estaba claro que sí.

—No. La pregunta es: ¿qué haces tú aquí con mi hija cuando debería estar en el colegio? Te dije expresamente que no quería que se juntara con esa —gritó señalando a Sam. Maggie, asustada, se había levantado con el cachorro entre los brazos y se refugió detrás de su padre—. ¿Qué llevas ahí? Suelta a ese perro inmediatamente, seguro que está lleno de pulgas, qué asco. ¿Eso es lo que le enseñas a la niña, Andrew? ¿A que se junte con vagabundas y recoja despojos de animales de la calle? Antes tenías más clase.

—¿Cómo te atreves? —Sam se enfrentó a ella.

—¿Acaso no es cierto que vivías en la calle? ¿No fue ahí donde te encontró Andrew?

Sam se quedó helada al escucharla. ¿Se lo habría contado él? Lo miró con la pregunta grabada en sus ojos y vio la ira en él tensando todo su cuerpo cuando contestó con un gesto de negación entendiéndola perfectamente.

—Te estás pasando, Susan. —Andrew controlaba su enfado para no asustar más a Maggie, pero la contundencia en su tono era de advertencia.

—¿Que yo me estoy pasando?

Estaba roja de rabia y, sin importarle las consecuencias, tiró del brazo de Maggie para llevársela de allí y al hacerlo el cachorro cayó al suelo.

—¡Noooo! Suéltame. Sam. El perrito. Sam, ayúdame... —El llanto de la pequeña estremeció el corazón de tres de los cuatro adultos que presenciaron la escena. Sam recogió al cachorro que gimoteaba de dolor con lágrimas en los ojos.

—¡Suéltala ahora mismo!

El rugido de Andrew paralizó a Susan, momento que aprovechó Maggie para soltarse del agarre de su madre y correr hacia su padre. No vuelvas a tocar a mi hija.

—¿Tu hija? ¿En serio quieres que hablemos de eso aquí y ahora? —Susan se carcajeó ante la mirada de los allí presentes.

La tensión en Andrew era notable; pero, como solía hacer en los negocios, respiró y habló con calma:

—Sam, ¿te importaría llevar al cachorro al veterinario? Voy a llevar a mi hija a casa. Tengo asuntos que tratar con Susan. —No esperó respuesta, cogió en brazos a su pequeña y se alejó seguido por una agitada Susan.

—Vamos, te llevaré. —Jon abrazó por la cintura a Sam y la guio fuera del parque.

En el veterinario no pudieron hacer nada para salvarle la vida al pequeño cachorro. En la caída se había fracturado la cabeza y, cuando llegaron y el experto lo vio, les dijo que no sobreviviría, así que evitaron su sufrimiento durmiéndole para siempre. La pena que sentía Sam era enorme. El pobre animal no había tenido suerte en la vida, apenas tuvo una oportunidad, y esa loca se la había arrebatado.

Cuando salieron del centro, Jon la acompañó a su casa. El viaje fue silencioso y él comprendió que la mente de Sam no estaba a su lado. La acompañó a la puerta y la giró para que lo mirara.

—Siento todo lo que ha pasado hoy, se te veía tan feliz con esa niña... ¿Qué problema tiene esa mujer contigo?

—Supongo que el que me acostara con su marido la habrá cabreado... Está loca.

—Sí, yo también lo creo. ¿Qué sabes de ella?

—Nada.

—Creo que haré algunas preguntas por ahí, solo para saber a qué atenernos con ella. Me pregunto por qué habrá cuestionado la paternidad de tu amigo...

—A saber.

Jon se acercó a Sam, igual que hizo la noche anterior. Puso su mano en la cintura de ella, se aproximó lentamente dándole tiempo a apartarse y en el mismo momento la puerta volvió a abrirse dejando a Connor en el umbral.

—Esta vez no, tío. —Jon Sonrió. Acortó la distancia que los separaba y besó dulcemente los labios de ella—. He de irme a trabajar. —Acarició sus pómulos—. Intenta descansar un rato. Te recojo a la salida del trabajo, ¿de acuerdo? —Ella asintió—. Nos vemos, Connor.

Entraron en la casa, y Connor observó a su amiga. Sam se sentía extraña con lo que acababa de pasar y mientras recordaba el beso se acarició los labios. Se sentó distraída en el sofá, y Connor lo hizo junto a ella analizándola.

—¿Todo bien, peque?

—¿Eh? Sí, sí..., ha sido un día raro. —Se acomodó—. Cuando te cuente lo que ha pasado, no te lo vas a creer. Esa mujer..., esa mujer es malvada, Connor, si no es porque Maggie estaba allí le hubiera arrancado todos pelos.

—¿Susan? —Sam afirmó con la cabeza—. ¿La llevó ella al parque?

—No. Mi pequeña vino con su padre, aunque supongo que eso ya lo sabías.

—Culpable. Me llamó después de que hablaras con Molly.

—Luego apareció Jon, estuvo un rato con Maggie y conmigo charlando, Andrew se acercó y no tuve más remedio que presentarlos. Entonces fue como si estuvieran midiéndosela. Pero ¿qué os pasa a los hombres? ¿Os creéis que todo en la vida es una competición? En serio, parecían críos.

Connor rio al imaginar a su amigo en esa situación.

—Y, entonces, ¿Susan de dónde salió?

—Debió de salir del inframundo. Apareció de repente y todo lo que pasó después fue una locura.

Sam le contó cómo encontraron al cachorro. La reacción monstruosa de Susan con Maggie y cómo terminó todo con el pobre animal. Connor no daba crédito a las cosas que le estaba contando su amiga. A esa mujer se le había ido totalmente la cabeza para comportarse de esa forma.

—No me hubiera importado. —Sam, que hasta el momento había estado apoyada en él, se incorporó y lo miró interrogante—. Que trajeras al cachorro —aclaró.

Ella sonrió mientras acarició su mejilla.

—Eres un cielo. Te hubiera encantado, el pobrecito aún tenía los ojos cerrados... ¿Cómo puede haber gente tan desalmada? Y mi niña..., fue desgarrador sentir su pena cuando Andrew se la llevó... — Connor la abrazó mientras ella lloraba silenciosamente sobre su pecho.

—Maggie, vete con Molly, papá tiene que arreglar una cosa, luego voy a buscarte. —Besó su mejilla y dejó que su nana se la llevara del salón donde una descarada Susan lo miraba altivamente. La tirantez en su cuerpo era visible. Todos y cada uno de sus músculos estaban tensos. Se dirigió al mueble-bar y de la nevera sacó un botellín de agua y de un solo trago apuró el líquido. Respiró profundamente y se giró para afrontar a su mujer—. No voy a repetir esto nunca más; no vuelvas a ponerle tus sucias garras encima a mi hija.

—¿Tu hija? ¿Aún no has entendido que es MI hija y que puedo hacer lo que me venga en gana? Hasta que firme el documento en el que te concederé su custodia, legalmente es solo mía y puedo llevármela cuando quiera.

—¿Me has escuchado? Jamás vuelvas a tocarla o te arrepentirás de haber vuelto.

—¿Me vas a dar unos azotes, Andrew? ¿Quieres que me incline para que tengas mejor acceso? Sé que eso te pone —ronroneó—. Reconócelo, cielo, todo esto es culpa de esa putita. Al final tendré que probarla a ver qué tiene de tan especial...

—Estás loca. Deja a Sam fuera de esto. Te lo advierto.

—Sam, Sam... —se burló de él—. ¿Me lo adviertes? —Soltó una carcajada—. ¿Te da miedo que le guste más lo que yo le haga que lo que le hacías tú?

—No sé cómo pude enamorarme de alguien tan frío.

—Cariño, porque en aquella época pensabas más con tu polla que con tu cerebro, y yo no iba a desaprovechar esa oportunidad. Quedarme embarazada de aquel tío fue el toque de gracia para atraparte del todo. Fue tan sencillo... Hacías cuanto te pedía, disfrutabas tanto de nuestros juegos...

—Me mentiste siempre, y yo fui tan gilipollas que me lo tragué. Ya está. Fin de la historia.

—Bry se reía de la situación cuando estábamos en la cama. Decía que eras patético, tan enchocado conmigo. Pero, tengo que reconocerlo, siempre has estado muy bueno y has sabido darme placer, pocos hombres lo han conseguido, por eso era todo perfecto, hasta que pusiste a la cría por encima de mí.

—No puedo entender que una madre hable así de su propia hija. Maggie es una niña increíble, lista, cariñosa, y tú solo ves una rival donde no la hay. En serio, Susan, háztelo mirar porque estás enferma.

—No te atrevas a hablarme así nunca más. —Se levantó alterada y se enfrentó a él—. Te tengo cogido por las pelotas, Andrew, no lo olvides y si no cumples tu parte del trato no volverás a ver a esa niña. Consuélate pensando en que ya queda menos para que me pierdas de vista. —Se giró dando por terminada la conversación y salió del salón, dejando solo a un abatido Andrew.

Como cada noche, Sam estaba en su trabajo, tras la barra, charlando con Rita, en un momento en el que el trabajo había aflojado, cuando vio a Susan seguida por Andrew entrando en el club.

Los ojos de él la buscaron y, cuando se encontraron, ambos sonrieron. Sam fue la primera en desviar la mirada, no podía pensar en él así, aunque le costaba un mundo no mirarlo. A diferencia de las otras noches, Susan se dirigió directamente a la barra. Andrew se quedó rezagado hablando con Connor.

—Tú —la increpó—. Ponme un *gin-tonic* y una cerveza para mi maridito. —Susan quería humillarla, pues al fin la había reconocido. Sam apretó la mandíbula y se dispuso a servirle—. Me he dado cuenta de cómo lo devoras con la mirada, si quieres podemos quedar fuera del club; ya sabes, tú se la comes a él, y yo te lo como a ti. —Susan soltó una carcajada al ver la expresión de Sam—. Pero no, no creo que valgas para nosotros, pareces una mojígata, y a nosotros nos gusta el sexo salvaje.

—Aunque fuera tan perra como tú, no vales la pena como para arriesgarme a perder mi trabajo y ahora, si me disculpas, tengo otros clientes a los que atender.

—¿Cómo te atreves? —La indiferencia de Sam la sacó de sus casillas—. Eres una zorra... Te voy a arruinar la vida.

—¡Susan! Basta ya. Te estás poniendo en evidencia. —Andrew la agarró del brazo haciendo

que lo mirara—. Busca a tu amigo y vete a follar de una vez o nos largamos. —Ella se soltó de un tirón y desapareció en el interior del local.

—Sam... —Andrew llamó su atención—. Lo siento. Siento mucho todo lo que está pasando con Susan.

—No tienes que disculparte por ella.

—No solo por ella, yo..., de verdad, siento mucho todo lo que está pasando, desde que apareció yo tampoco lo he hecho nada bien...

—Andrew, da igual. Olvídalo. Lo hecho, hecho está. Perdona, pero debo seguir trabajando.

—Claro...

Vio cómo, una vez más, se apartaba de su lado. Cogió su cerveza y se retiró a uno de los reservados, donde podía observarla sin incomodarla.

La noche transcurría y pronto sería hora de salir de allí. Decidió pedirse una última bebida y se acercó de nuevo a la barra.

—Sam, disculpa, ¿puedes ponerme la última cerveza?

Ella lo miró, no le respondió, pero atendió su petición. Cuando puso la botella frente a él, levantó la vista y sonrió. Al principio Andrew creyó que era a él a quien estaba sonriendo, hasta que alguien se sentó a su lado y escuchó el saludo.

—Hola, preciosa. ¿Te queda mucho?

—Unos diez minutos. ¿Quieres tomar algo mientras?

—Un agua estaría bien. —Ella fue a buscar la bebida, y él se giró mirando al hombre que estaba a su lado—. Andrew...

—Jon... —saludó—. ¿Has venido a buscarla? —Aunque era obvio, no pudo evitar la pregunta.

—Sí.

—Eso está bien, no es seguro salir sola a esta hora.

—No, no lo es. Pero, puedes estar tranquilo, la dejaré en su casa sana y salva.

—Te lo agradezco.

—No lo hago por ti, tío.

—Lo sé. Pero te lo agradezco igualmente. Me quedo más tranquilo sabiendo que estará a salvo.

—¿Crees que alguien querría lastimarla?

—No, pero me alegro de que seas poli.

Por primera vez esa noche Andrew sonrió. No quería que Sam se olvidara de él en brazos de otro tío, pero, si estaba con un policía, Susan no se atrevería a hacerle daño.

—Estoy lista, Jon, ¿nos vamos?

—Cuando quieras, preciosa. Nos vemos, tío.

—Adiós, Sam...

—Adiós.

Intentó no mirarle, pero no pudo evitarlo. Él le sonrió con añoranza, y a ella le dio un vuelco el corazón.

Una vez en el coche, Jon no pudo obviar lo que había visto y sin más lo soltó:

—Ese hombre está loco por ti.

—No. No lo creo. Además, está casado con esa arpía del parque. Lo mejor sería hablar de otra cosa, ¿te parece?

—Y tú estás loca por él..., ¡vaya! —comentó sorprendido.

—No, eso no es así..., yo no... ¿Por qué dices eso? Déjalo, de verdad, no quiero hablar de esto.

En un silencio tenso, la llevó a su casa, le dio un delicado beso dentro del coche y se

despidieron hasta el día siguiente. Había algo queapestaba en esa historia y el, como buen detective, no podía dejar el tema sin investigar un poco. Fue lo suficientemente listo como para haberse dado cuenta de que ella estaba enamorada de otro.

Y lo curioso era que ese otro también parecía estarlo... Entonces, ¿qué era lo que les impedía estar juntos? Llegaría al fondo del asunto, aunque perdiera a la chica como pareja, por lo menos se aseguraba ser su amigo y le demostraría que era de los mejores.

—Buenos días, Molly. ¿Maggie sigue dormida? Esta noche no he oído que tuviera pesadillas. La nana lo miró sorprendida.

—Pasé por su habitación y no estaba. Creí que estaría contigo.

—No. —Andrew soltó su taza de café en la isla—. Quizás está con Susan, voy a ver.

Llamó con los nudillos en la madera y entreabrió la puerta.

—¿Susan? ¿Está Maggie contigo? ¿Susan?

—¿Qué coño quieres? —Miró la hora forzando la vista en el móvil—. ¿Estás loco? No he dormido ni tres horas. ¿Y qué mierda iba a hacer esa mocosa aquí mientras duermo? Lárgate y déjame en paz.

Andrew empezó a ponerse nervioso, corrió hacia la habitación de su hija y abrió tan fuerte la puerta que el pomo golpeó en la pared dejando un boquete. La buscó en el armario, bajo la cama, en el baúl de los juegos. Allí no estaba. Se fijó en que su pijama no estaba, y la ropa que iba a ponerse colgaba en la silla y sus deportivas bajo ella, como cada mañana, pero algo sí faltaba a parte de su pequeña... el peluche del señor monito.

La ventana estaba abierta de par en par y su hija había desaparecido. Bajó corriendo las escaleras y entre él y Molly registraron toda la vivienda y, cuando se aseguró de que la pequeña no estaba, cogió el móvil que había dejado junto a su taza de café y llamó a la policía.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi hija, mi hija tiene seis años. Hemos ido a despertarla y no estaba en su habitación. La hemos buscado por toda la casa y no la encontramos, ayúdenos, ha desaparecido... Tienen que hacer algo.

—Señor, tranquilícese, necesito sus datos y su dirección. —Andrew le facilitó toda la información que le habían pedido—. Voy a pasar el aviso a los detectives y a enviarle un coche patrulla. Quédense en casa. Llamen a familiares y amigos y comprueben que no estén con ellos y, lo más importante, mantenga la calma. La patrulla ya va de camino.

La comunicación finalizó y Andrew cayó al suelo de rodillas llorando. Molly corrió junto a él y lo abrazó con fuerza. En ese momento, Susan entró en la cocina.

—¿Se puede saber a qué viene tanto jaleo? Joder, no me dejáis dormir.

—¿Dormir? —Andrew se levantó secándose las lágrimas—. Mi hija ha desaparecido, perdona si hemos importunado tu descanso, pero, como comprenderás, me importa una mierda si duermes o no. —La miró fríamente—. Tengo que salir de aquí. Molly, acompáñame a la puerta. —Cogió su teléfono y la chaqueta—. Voy a casa de Connor, le pediré que me ayude a buscarla.

—Andrew, ¿no deberías esperar a que llegue la policía?

—No puedo estar sin hacer nada. Daremos una vuelta por el parque por si ha ido allí. Explícaselo a los policías cuando lleguen y dales mi número. Cualquier cosa, llámame. —Besó su mejilla y salió corriendo de la casa.

El timbre sonaba insistentemente. Connor, medio dormido, gritaba desde el interior.

—¡Ya va! ¡Ya va!

—¿Quién será a estas horas? —Sam se cerró su bata y se recogió en un moño su larga cabellera rizada, mientras seguía a su amigo hasta la puerta.

—No tengo ni idea. Ahora saldremos de dudas —dijo en el momento en que abría la puerta—. ¿Andrew?

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué pasa, hermano? —La preocupación en su rostro era más que evidente—. Pasa.

—Maggie... ha desaparecido.

—Andrew, ¿qué estás diciendo? —Sam se estaba poniendo muy nerviosa—. ¿Qué ha pasado con Maggie? ¿Dónde está?

—No lo sé. —Se derrumbó en el sofá—. No está en ninguna parte... Había pensado en buscarla por el parque, pero yo solo no puedo abarcarlo todo.

Sam cogió una de sus temblorosas manos y la encerró entre las suyas. Él entrelazó los dedos.

—Andrew, mírame. —Él lo hizo—. Vamos a encontrarla. Vamos a vestirnos e iremos contigo a buscarla. —Se levantó, pero Andrew no soltó sus manos.

—Gracias, Sam. —Sus ojos se anegaron—. No puedo perder a mi niña...

—Y no lo harás. Connor, démonos prisa. Hay que salir cuanto antes.

Una vez vestidos, salieron de la casa y decidieron la ruta a seguir.

—Tened los móviles operativos. Nos vemos aquí en media hora.

Andrew dirigió la búsqueda hacia la zona del parque que mejor conocían, el sauce de las ardillas, desde ahí cada uno siguió por un sendero distinto. Después de llamarla a gritos, sin éxito, volvieron a la casa de Andrew para hablar con la policía. Al llegar, se sorprendieron al ver a Jon dirigiendo el operativo.

—¡Chicos! —saludó—. Andrew. Siéntate. Por favor. Tenemos que hablar. La científica ha confirmado que alguien entró por la ventana, está forzada desde el exterior. Tiene toda la pinta de ser un secuestro... ¿Sabes de alguien que pueda tener algo contra ti? ¿Algún conocido? ¿Alguien del trabajo?

—¿Se puede saber qué está pasando? —La desagradable voz de Susan interrumpió la conversación—. ¿Qué coño hace esa aquí, Andrew? —Señaló a Sam.

—Susan, no empieces... Maggie ha desaparecido, y Sam y Connor me están ayudando a buscarla.

—¿Qué?

—Que alguien se la ha llevado

—Eso no puede ser...

—¿Sabes algo?

—No, yo no sé nada. He estado contigo toda la noche.

—¿Eso es cierto? —preguntó Jon.

—No del todo, estuvimos en el club, ya lo sabes, y al volver a casa cada uno fue a su habitación. Esta mañana me desperté y fui a tomarme un café. Cuando Molly bajó sin Maggie... fui a buscarla y no estaba. Buscamos en cada escondrijo de la casa, pero nada... Entonces he llamado a emergencias. Anoche, cuando llegamos, yo... no fui a verla a su habitación. Tenía muchas cosas en las que pensar, si hubiera ido...

—No te culpes por lo que ha pasado, no podías saberlo. Ahora lo importante es traerla de vuelta. Me gustaría hablar con usted. ¿Susan, cierto?

—¿Conmigo? ¿Por qué? Yo no he hecho nada, Andrew, díselo.

—Cálmese, nadie la está acusando de nada, pero es mi trabajo. He de hablar con todo aquel que esté relacionado de un modo u otro con la desaparecida. ¿Con quién hablar primero mejor que con la madre? Si me permites, Andrew, ocuparemos esta sala para haceros las preguntas. Normalmente iríamos a comisaría, pero al ser un secuestro quizás se pongan en contacto con vosotros.

—Lo que necesites Jon. Estaremos en la cocina.

Todos, a excepción del detective y Susan, salieron del salón.

—Siéntese, por favor. ¿Cuándo vio por última vez a su hija?

—No sé. Supongo que antes de salir con mi marido a divertirnos.

—Cuando regresaron, ¿no comprobaron si estaba dormida?

—No, la verdad es que era muy tarde y estaba agotada.

—Por lo que tengo entendido, hace poco que ha vuelto a la ciudad. ¿Por qué se fue?

—Diferencias con mi marido. —Susan, sentada en el sillón, se retorció las manos, acto que a Jon no le pasó desapercibido.

—Pero, al irse, ¿abandonó a su hija?

—No podía llevármela. Era muy pequeña y sabía que estaría mejor con Andrew. —«Menuda excusa», pensó el policía.

—¿Y de eso hace?

—Unos tres años.

—Y ahora ha vuelto, ¿por qué?

—Los echaba de menos, además, aquí tengo buenas amigas y tenía ganas de volver, esta es mi ciudad.

—Sí, eso puedo entenderlo, su ciudad, sus amigas; pero, discúlpeme si soy algo pesado en este asunto, lo que no comprendo es que después de tres años vuelva a vivir con su familia, no es lo habitual.

—Andrew me ha dado una oportunidad, por Maggie, no he dejado de ser su madre.

—Por lo que tengo entendido, su marido estaba teniendo una relación con una mujer cuando usted volvió. Si fuera yo, ¿no pensaría que es extraño que rompieran a su regreso?

—¿Extraño? No, en absoluto. Andrew nunca ha dejado de amarme. Cuando le dije que había vuelto para quedarme no dudó en echarla en ese mismo momento. Puso a esa tal Sam de patitas en la calle. Puede preguntárselo. ¿Sabe que era la niñera de Maggie? A lo mejor se la ha llevado ella, por venganza. Es posible, ¿no? —Jon tomaba notas de todo cuanto le estaba contando.

—Todo es posible. —La miró por un instante y volvió la atención sus notas—. De momento, ya hemos terminado. No tengo más preguntas, aunque, si se me ocurren, me pondré en contacto con usted. ¿Puede decirle a Andrew que pase ahora? Gracias. —Cuando Susan salía del salón, Jon levantó la vista de su cuaderno y volvió a hablar—. Por cierto, si tiene intención de salir de la ciudad, hágamelo saber.

Ella salió sin mirar atrás y avisó a Andrew de que el detective quería hablar con él. Luego se encerró en su habitación.

—¿Jon?

—Pasa, Andrew, por favor, toma asiento.

—Gracias.

—Siento mucho por todo lo que estás pasando, a ningún padre deberían arrebatarse sus hijos, pero por desgracia estas cosas pasan. Vamos a hacer lo imposible para encontrar a tu pequeña, te lo prometo, pero es necesario que te formule preguntas que quizás sean personales. Te pido, por el bien de la investigación, que en este momento olvides que conozco a Sam. ¿De acuerdo?

—Bien.

—¿Cuándo notaste su ausencia?

—Esta mañana.

—¿Has echado en falta alguna de sus cosas?

—La verdad es que no...

—Anoche, según me ha comentado tu esposa, estuvisteis fuera hasta tarde. ¿No fuiste a la habitación de tu hija para ver si estaba dormida?

—No, y no sabes lo que me arrepiento de no haberlo hecho. Llegué con dolor de cabeza y me encerré en mi cuarto.

—¿Crees que ella podría estar metida en este asunto? —la pregunta fue directa y para nada esperada por Andrew.

—¿Sam? No. —Se levantó de golpe—. De ninguna manera.

—Tranquilízate, necesito preguntarte estas cosas porque por ahora todo el mundo es sospechoso, incluso tú. Siéntate, por favor. —Andrew regresó al sillón—. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro, ella adora a Maggie y... Sam no haría algo así.

—Tuvisteis una relación. ¿Duró mucho?

—Unos seis meses.

—Y, en ese tiempo, ¿discutisteis?

—No, nunca. Fue... fue increíble. —Lo miró a los ojos—. Nos enamoramos.

—Entonces explícame cómo, si estabais tan enamorados, el regreso de tu mujer lo terminó todo entre vosotros.

—Susan me pidió una oportunidad y decidí dársela. Mi hija... mi hija necesitaba a su madre. Era lo mejor para todos y por eso rompí con Sam.

—Andrew, yo vi lo que sucedió en el parque. Cómo se comportó Susan con tu hija y con Sam. Por no hablar de ese pobre cachorro. No da la sensación de que seáis felices juntos ni tu hija parecía sentir cariño por su madre. Hay algo que no me estás contando y eso puede dificultar la búsqueda de la niña. Necesito que me lo cuentes todo para que pueda descartar o aprovechar los detalles de la información.

Andrew le miró y sopesó sus palabras.

—Sé que eres policía y que debes hacer este tipo de preguntas, pero si te lo cuento has de asegurarme que nada de lo que te diga saldrá de aquí. —La desesperación acompañaba a sus palabras.

—Andrew, yo no...

—¡Júramelo! Tengo mucho que perder si se descubre que te lo he contado.

Jon le miró a los ojos.

—Tienes mi palabra. Cuéntamelo y no te dejes nada.

—Susan regresó, después de tres años, con una historia rocambolesca, lo malo es que es cierta..., biológicamente no soy el padre de Maggie. —Jon se sorprendió. Si alguno de esa pareja no tenía el perfil de ser progenitor, evidentemente era ella. Nunca lo hubiera sospechado—. Susan se acostó con otro tipo y se quedó embarazada —le aclaró—. Me dijo que era mío y en aquella época, como las cosas me iban bien en los negocios y el sexo con ella era genial, decidimos casarnos y tener al bebé. Éramos jóvenes y estúpidos. El problema llegó cuando empezó a desatender a la pequeña para salir de fiesta con su gran amiga Britany. Me encaré con Susan varias veces hasta que un día, supongo que harta de que le echara en cara su comportamiento, se marchó. Nunca más se puso en contacto conmigo, hasta hace unas semanas que volvió... Regresó estando Sam en casa y sé que la humilló, Molly me lo contó. Llegó como si fuera la dueña del lugar y así me lo dijo Sam cuando me llamó a la oficina. Estaba nervioso. No sabía cuánto de mi pasado le habría contado a Sam y no tuve una buena reacción con ella cuando llegué a casa. —Tomó una bocanada de aire y continuó relatando cómo había transcurrido su conversación con Susan—. No sé en qué anda metida Susan, pero si no quiero perder a mi princesa debo conseguir diez millones y hacer ver que volvemos a estar juntos durante, según ellas, tres meses. Otra de las

condiciones era echar a Sam, sin explicaciones, ni volver a verla...

—Perdona, me ha parecido entender, ¿ellas?

—Sí, Susan y la loca de Britany.

—¿Quién es Britany? ¿Y qué tiene que ver en esto?

—Es la mejor amiga de Susan y durante un tiempo compartimos juegos de cama los tres. Pero, cuando conocí a Sam, rompí definitivamente todo contacto con ella. Era una relación tóxica desde el principio. Sé que está enamorada de mí, Susan me lo dijo, pero al llegar Sam yo ya no podía soportar que otra me tocara y que terminara con ella no le sentó demasiado bien.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Crees que ella puede haberse llevado a mi niña? ¿Por qué lo haría? En palabras textuales de Susan, me tienen bien agarrado por las pelotas, si quiero que firme el documento que me conceda la custodia de Maggie he de hacer lo que me han pedido y hasta el momento lo he hecho. He apartado de mi vida a la mujer que amo y estoy fingiendo el papel de marido liberal... No tiene motivos para... ¿Tú crees...?

—No lo sé, ahora mismo solo estoy obteniendo información de todos y cada uno de los que tenéis relación con Maggie. Cualquier dato será investigado. La encontraremos, Andrew.

Sam fue la siguiente en entrar en la sala. Se sentó donde le indicó Jon y esperó a sus preguntas.

—Sam, siento mucho que las cosas tengan que ser así, me hubiera gustado conocerte porque tú hubieras querido contarme quién eres, pero esta situación ha acelerado las cosas. De nuevo te pido disculpas por las preguntas que he de hacerte, ¿vale? —Ella asintió—. ¿Desde cuándo conoces a Maggie?

—Desde hace unos siete meses.

—¿Dónde la conociste?

—En el parque, bajo el sauce en el que nos viste.

—¿Qué hacías en el parque?

Sam se agarró con fuerza las manos. Respiró profundamente al tiempo que enderezaba la espalda y le miraba fijamente a los ojos.

—Vivía allí. Ya oíste a Susan. —Esperaba ver repulsión en su mirada, pero no la hubo.

—¿Cómo acabaste viviendo en el parque?

—Tuve problemas en mi vida y cuando fui mayor de edad me marché de mi ciudad, quería dejar atrás el dolor. Trabajé en mil sitios, hasta que ya no hubo más trabajos, el dinero se acabó y los albergues demasiado llenos no pudieron acogerme. Era un bonito lugar para ver los amaneceres...

—Una vida muy dura.

—Lo ha sido..., pero, como más bajo no podía caer, he logrado salir a flote gracias a la ayuda de grandes personas.

—Bien. Volvamos a hablar de Maggie. Una niña de seis años y una... sin techo. ¿Cómo os conocisteis? ¿Fuiste tú quien se acercó a la pequeña?

—No. Fue ella... —Sonrió con nostalgia al recordarlo—. Yo estaba aprovechando el día para dormir un poco, ya que por las noches me era complicado, estaba bajo el sauce tumbada cuando una risa me despertó. Al abrir los ojos esa pequeñaja estaba mirándome y riendo con su manita en la boca. Seguí su mirada y entonces comprendí sus risitas, tenía una ardilla sobre la pierna. Luego llegó la mujer con la que había ido al parque y, a pesar de que la zarandeó y yo la increpé, no pude hacer nada para ayudar a la pequeña, la mujer me amenazó con llamar a la policía... No podía quedarme, ¿quién me hubiera creído a mí, a una vagabunda?

—¿Sabes el nombre de esa mujer?

—Sí, poco después tuve la desgracia de conocerla algo mejor; Se llama Britany.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, desde el día en que supo que vivía en esta casa, ha hecho lo imposible por hacerme creer que Andrew estaba con ella, cuando nosotros ya estábamos juntos. Es una arpía manipuladora y mala persona.

—Cuando te echaron de esta casa, ¿pensaste en algún momento en vengarte de Andrew?

—No, nunca lo pensé. No podría lastimarle de ninguna forma y mucho menos a Maggie. Les..., la quiero. —Jon se dio cuenta del casi desliz de Sam—. Él me hizo daño, pero he sido una chica de la calle, acostumbrada a los desprecios. Lloré, lloré mucho, Molly y Connor son testigos de ello, pero sequé mis lágrimas y continué con mi día a día, si él no me quería en su vida estaba en todo su derecho, pero antes de marcharme le pedí que me dejara seguir viendo a su hija, y Andrew accedió.

—Gracias, Sam, por ahora hemos terminado y de nuevo espero que puedas disculpar la

indiscreción de las preguntas.

—No te preocupes, si te sirve para que encuentres a Maggie pronto, da lo mismo mi pasado y, si cuando todo esto termine aún quieres conocerme, hablaremos.

—Lo haremos. Haz pasar a Molly, por favor.

Sam salió del salón y sintió el calor de su mirada antes de verlo. Se dirigió a la nana y le comentó lo que Jon le había dicho.

—Molly, me ha pedido que pases tú ahora.

Se giró y la penetrante mirada de Andrew se le clavó en el alma. Seguía enamorada y no quería que él se diese cuenta. Connor vio su apuro y se acercó al tiempo que la abrazaba, interponiendo su cuerpo entre ellos dos y poniendo fin a ese grito desgarrador en los ojos de su amigo.

«Vaya par de gilipollas —pensó Connor—. Uno que la cagó sin darle explicaciones, y la otra que se ha cerrado en banda y no quiere saber nada. Si solo estuvieran dispuestos a hablar».

—Molly, pase y cierre la puerta, por favor. —La nana así lo hizo—. ¿Está cómoda?

—Sí, gracias.

—Mi nombre es Jon, y soy el detective en este caso.

—Y también el hombre que va tras mi Sam, si no me equivoco.

—¡Vaya, es una mujer muy observadora!

—Lo soy y quizás eso te ayude en la investigación. —Jon sonrió—. Así que empieza a preguntar.

—Entonces los conoce bien, ¿ha notado si alguien las observaba cuando estaban juntas en la calle?

—No...

—¿Ha echado en falta alguna pertenencia de la pequeña?

—No, nada.

—Bien. Volvamos a la familia. ¿Hace mucho que trabaja en esta casa?

—Toda la vida, empecé trabajando con la señora Turner y cuando falleció me quedé con Andrew.

—Al ser así, conoce a Susan desde hace años, ¿qué opina de ella?

—Que es una mala persona. Egocéntrica, egoísta... ¿Quién puede abandonar a su propia hija y al hombre que la quiere y la cuida? Aunque, si he de serle sincera, han estado mejor sin ella. Y cuando Sam apareció en nuestras vidas todo mejoró. Mi pequeña sonreía mucho más, y a Andrew se le veía feliz y relajado.

—Veo que Susan no le cae demasiado bien.

—Si usted hubiera visto a mi pequeña llorando cada noche por culpa de esa mujer, y a Andrew refugiarse en el trabajo, tampoco creo que le cayera demasiado bien.

—Supongo que no. ¿Ha visto algún comportamiento extraño en ella desde su regreso?

—Ayer. No sé si tendrá importancia, ella suele recibir llamadas cuando Andrew no está en casa y, si estoy en la misma habitación, sale para que no oiga lo que dice. Pero la de ayer me pareció que era diferente, algo de lo que le dijeron la alteró y salió casi corriendo cuando colgó.

—¿Sabe dónde fue?

—No, ni idea.

—Bien. ¿Qué me puede decir sobre Britany?

—Es amiga de Susan y sé que Andrew se ha relacionado con ella de manera íntima, ya me entiende. Pero, cuando Sam llegó a esta casa, ella no se lo tomó demasiado bien, he sido testigo de ello.

—¿Sabía usted que Sam vivía en el parque?

—Sí. Desde que Maggie la vio por primera vez, no dejaba de hablar de la chica de las ardillas, de cómo era y de cómo vestía. Es una niña muy observadora también.

—¿Le pareció en algún momento que Sam pudiera lastimar a la niña?

—En absoluto. Jamás.

—¿Ni siquiera cuando Andrew rompió su relación con ella?

—No. Sam se ha preocupado por mi niña desde el principio. Y, cuando terminaron su relación, ella le pidió a Andrew poder seguir viéndola, ya que la pequeña no tenía culpa de que ellos se separaran. Solo hay que verlas juntas. Se quieren con locura.

—Puedo dar fe de ello. —Sonrió al recordar cómo las encontró riendo bajo el sauce—. Las vi en el parque y se lo estaban pasando de miedo. Muchas gracias, Molly. Hemos terminado.

Ambos se levantaron y, antes de salir del salón, la mujer miró al policía y rogó:

—Por favor, encuentren a mi niña, debe de estar muy asustada.

—Le prometo que haremos todo lo que esté en nuestras manos para traerla a casa sana y salva.

—Se lo agradezco.

—No lo haga, es mi trabajo.

Molly salió, y Jon asomó la cabeza.

—Connor, ¿puedes pasar? —Se sentaron uno frente al otro—. Sé que eres amigo de Andrew desde hace tiempo. Sam me lo contó. Por lo que supongo que conoces a Susan y a... —Repasó sus notas antes de continuar—. Britany.

—Sí, por desgracia las conozco bien a las dos.

—¿Puedes aclararme eso?

—Aparecieron una noche en el club, tuvieron sexo con Andrew y conmigo y ya no dejaron de venir —comenzó a explicar—. A mí no me gustó su manera de ser y dejé de follar con ellas, así de simple. Advertí a mi amigo de lo manipuladoras que me parecían, pero él ya se había enamorado de Susan, quien por entonces se quedó embarazada, supuestamente de Andrew... —Frunció el ceño antes de seguir hablando—. Nunca creí que esa pequeña fuera hija suya, pero mi amigo es un padrazo y ama a su hija. Daría su vida por ella sin dudarlo. Su madre, sin embargo, es harina de otro costal. —Tomó aire antes de continuar—. Siempre pensé que Susan era demasiado inmadura, y lo demostró cuando abandonó a mi amigo a su suerte con una pequeña de tres años. Y de Britany, ¿qué decir...?, una arpía en todo el sentido de la palabra, nunca llevó bien ser el segundo plato en esa relación, estoy seguro de que hubiera dado lo imposible por ser ella quien cazara a Andrew.

—¿Y de Sam qué puedes contarme? ¿Crees que estaba tan dolida que pudo llevarse a la pequeña como venganza?

—No. En absoluto. Si me preguntas si estaba dolida. Sí. Te puedo asegurar que sí. Ha llorado mucho por la ruptura con Andrew. Pero ella no se ha llevado a la niña. Tú la recogiste en el trabajo y la dejaste en casa conmigo. Así que es seguro que ella no ha sido.

—Podría tener algún cómplice...

—Pero, tío, ¿cómo puedes creerlo siquiera?

—No creo que ella tenga nada que ver en todo este asunto, pero debes entender que tengo que preguntar, cualquier pequeño detalle, al que igual no le daríamos importancia, puede ser relevante y darme una buena pista a seguir. No sé si todo esto servirá para encontrar a Maggie, pero es mi trabajo y he de hacerlo.

—Lo entiendo. No te estoy reprochando nada y espero que hayas sacado algo en claro.

—Detective —interrumpió uno de los policías entrando en el salón—, tiene una llamada de la inspectora Gutiérrez.

—Gracias. Deme dos minutos. —El policía salió de la habitación—. Connor, te agradezco tu colaboración, si puedes disculparme, he de atender esta llamada.

—Por supuesto.

Cuando se quedó solo cogió su móvil y llamó a su superiora.

—Inspectora, soy Morales. ¿Algo nuevo?

—Jon, acaban de darme aviso, han encontrado a la pequeña en Central Park.

—¿Está... está bien la niña? —Carraspeó. Por primera vez el nudo que se formaba en su estómago cuando encontraban a una víctima se hizo más apretado esperando la respuesta.

Las horas habían transcurrido lentamente desde la desaparición de Maggie. Andrew se sentía perdido sin su pequeña. ¿Dónde estaba su princesa? ¿Quién podía querer llevarse a su hija? Su cabeza daba vueltas intentando encontrar un posible responsable, pero estaba bloqueado. Solo quería recuperarla.

—Andrew. —Elevó la mirada y se encontró con la de Sam—. ¿Te importa si me siento? —No esperó la respuesta, se sentó y entrelazó su mano con la de él. La miró, confundido y encantado con su contacto. Apenas se atrevía a respirar por temor a que volviera a alejarse—. La van a encontrar y nos volverá locos contándonos sus cosas, como siempre, seguro, ya lo verás.

Una lágrima descendió por su rostro, y Andrew, al verla, la secó con su pulgar. Esa inocente caricia les estremeció a ambos.

—Lo siento, Sam. —No pudo callar más. La angustia de perderlas a las dos le superaba—. Siento haberte echado de casa sin hablar contigo antes, pero no tuve alternativa. Creí hacer correcto, pero no lo era. No era lo correcto, estaba tan asustado de perderla y ha pasado igualmente. Todo esto tiene que ser una broma macabra.

—¿De qué estás hablando, Andrew? No te entiendo.

—Todo... esto, yo...

La puerta del salón se abrió, y Jon apareció bajo su umbral. Andrew y Sam se levantaron de golpe al verle.

—Andrew, ¿podemos hablar?

De repente, las piernas de Andrew flaquearon. Sam le agarró de la mano con fuerza, y Connor pasó la mano por su cintura.

—Amigo, ¿estás bien?

—¿La han encontrado? —preguntó apenas en un susurro.

—Está viva y de camino al hospital, la han encontrado en el parque envuelta en una manta. —Andrew no pudo retener las lágrimas en sus ojos al escuchar a Jon—. Está viva, Andrew, eso es lo que importa ahora mismo. ¿De acuerdo? Vamos, os llevo al hospital. Deberíais avisar a su madre.

—Susan ha salido de casa hace un buen rato. —La explicación la dio Molly, y Jon se sorprendió. ¿Dónde habría ido esa mujer?

—De acuerdo, entonces vámonos ya.

—Os sigo en mi coche, Jon. Peque, vete con Andrew, ahora mismo te necesita a su lado, Molly y yo iremos detrás.

Sin soltar la mano de Andrew, Sam le guio hasta el coche. Subieron los dos en el asiento de atrás, y él la abrazó.

—Mi niña está a salvo, Sam..., está a salvo.

Ella acarició su nuca y reforzó su abrazo. Sintió la mirada de Jon a través del retrovisor, pero se vio incapaz de devolvérsela. Quizás le había dado esperanzas de que entre ellos era posible que sucediera algo. No debió permitir que la besara. Ella seguía enamorada de Andrew y, hasta que no fuera capaz de olvidarlo, no podría empezar nada con nadie. Le debía una disculpa, pero ese no era ni el momento ni el lugar. Llegaron al hospital y bajaron los tres a la vez. El coche de

Connor aparcó detrás, él y Molly se reunieron con ellos y entraron en el centro. El detective precedió la marcha hasta llegar delante de una mujer que estaba anotando algo en un cuaderno.

—Inspectora Gutiérrez, le presento al padre de Maggie, Andrew Turner, y ella es Samantha Johnson, la antigua niñera y amiga de la familia.

—Siento conocerlos en estas circunstancias.

—¿Y mi hija?

—El doctor está con ella ahora mismo. Avisaré para que sepan que usted ha llegado. Detective, acompáñeme por favor.

Cuando creyeron que estaban lo suficiente lejos, los policías compartieron información sobre el estado de la niña.

—¿Qué está pasando, inspectora?

—Trajeron a la víctima con distintos traumatismos.

—Maggie.

—¿Perdona?

—La niña se llama Maggie. No es solamente una víctima, la conozco.

—Lo siento, Jon, no lo sabía. La encontraron bajo un gran sauce en Central, envuelta en una manta. La científica ya la tiene, están analizándola en este instante. La pequeña presentaba varios hematomas por su cuerpo. Tendremos que esperar al diagnóstico del médico.

No se habían dado cuenta de que el padre y su acompañante se habían acercado. Solo querían saber más sobre lo sucedido a su niña y, cuando escucharon a la inspectora, Andrew perdió todo el color del rostro, y Sam se cubrió la boca acallando un grito.

—Eso no es posible. Nosotros la buscamos en esa zona del parque y allí no estaba... —les interrumpió Andrew.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las ocho y media de esta mañana, cuando me di cuenta de que no estaba en casa, les llamé a ustedes y fui a pedirles ayuda a mis amigos para buscar por el parque..., pensé que se había escapado para ver a Sam y que podría estar allí, el sauce es su sitio preferido...

—Jon, quizás deberías encontrar a Susan, ¿no crees que es algo sospechoso que se haya ido de esa forma?

—Perdone, ¿y usted es? —Quien preguntó fue la inspectora al hombre que se había entrometido en la conversación.

—Él es...

—Soy Connor Demon. Amigo de la familia. Encantado, señorita...

—Lola Gutiérrez. Soy inspectora de la policía de Nueva York y la encargada de este caso.

—Familiares de Maggie Turner. —Una voz desconocida, pero firme, llamó su atención.

—Yo soy su padre. ¿Cómo está mi hija?

—Ahora mismo está sedada y descansando. Tengo que informarles de que la paciente presenta diversos hematomas por todo el cuerpo. Uno de sus brazos estaba fracturado y hemos procedido a escayolarlo.

—¿Qué cree que le ha... pasado?

—No puedo decirle lo que le ha pasado, pero sí que ha tenido mucha suerte.

—¿Podemos ir con ella? —Sam fue quien preguntó. Se moría de ganas de ver a su pequeña.

—Por supuesto. Debe descansar, pero seguro que se alegra de verlos cuando despierte. Es una chiquilla muy fuerte. Se repondrá. —Andrew, acompañado de Sam, entró en la habitación.

—¿Algo más que nos pueda comentar, doctor? ¿Algo que no les haya dicho a ellos? —Esta vez fue Jon el que habló—. ¿Ha habido... abuso?

—Por suerte, no. Tiene varias contusiones que parecen ser golpes provocados por puñetazos, de eso estoy casi seguro, otras son parecidas a las que se originan tras un accidente de tráfico, pero los sanitarios que la trajeron dicen que la encontraron en Central Park, así que no puedo confirmarles nada. Algunos de los golpes son realmente estremecedores de observar, hacía años que no veía algo así... No sé cómo su pequeño cuerpo ha podido soportar tanto dolor. Cuando tenga el resultado de los análisis se lo haré saber. He de dejarles, he de atender a otros pacientes.

—Gracias, doctor.

Dentro de la habitación, a media luz, vieron la silueta de su pequeña sobre la cama. Estaba rodeada de cables que emergían de su cuerpo, conectados a máquinas con un pitido intermitente que controlaban sus constantes. Una imagen que les desgarró el alma. Lo que más destacaba era el color de su piel que ya no era ni bronceada ni saludable, sino de diferentes matices de morado. Se acercaron lentamente a la cama, asimilando lo que estaban viendo. Las lágrimas caían sin control de sus ojos. Ambos lloraban en silencio haciéndose la misma pregunta: «¿Quién le habría hecho eso?».

—Mi pequeña... —La voz de Andrew estaba rasgada por el dolor.

—Andrew, hemos de ser fuertes por ella. —Sam le dio un pequeño apretón en la mano que aún llevaba cogida. Desde que entraron en el hospital no se habían soltado.

—Gracias, Sam... No sé qué hubiera hecho si no hubieras estado a mi lado en este momento, yo... sé que después de cómo me porté contigo no merezco nada de ti. Por eso te estoy tan agradecido.

—No querría estar en ningún otro lado.

Andrew acarició su mejilla, sus cuerpos muy cercanos el uno al otro se estremecieron, las pupilas dilatadas no dejaban de observarse. Querían decirse tantas cosas, pero ninguno habló.

—Papi. —La voz de la pequeña les sacó de su pequeña burbuja.

—Maggie, mi preciosa princesa, ¿cómo estás?

—Me duele, papi.

—Voy a avisar a la enfermera a ver si te pueden dar algo para que no te duela tanto, ¿vale?

—No te vayas, papi —rogó, asustada.

Andrew y Sam se miraron preocupados.

—No me voy, mi vida, solo voy a llamarla con este timbre. No me voy a ningún lado.

—Sam, estás aquí. —Sonrió con esfuerzo.

—Sí, cariño.

—Él decía que te iba a encontrar... Es muy malo, Sam.

—¿Quién es él, Maggie? —Andrew esperaba que lo conociera de algún sitio y pudiera decirles quién era el bastardo que le había hecho eso a su pequeña.

—No sé, no lo había visto nunca, pero dijo que la pillaría. No vayas con él, Sam, te quiere hacer daño...

—Tranquila, pequeña, no iré.

—¿Se ha despertado esta preciosidad? —Una enfermera entró en la habitación con una bandeja con medicación—. Hola, cariño, me llamo Vicky y nos vamos a ver mucho estos días, ¿vale? —La pequeña asintió—. Ahora le voy a poner una medicina a esta botellita que tenemos aquí y pronto te sentirás mejor, ¿sí? —La simpatía de la sanitaria arrancó una sonrisa en el maltrecho rostro de Maggie—. Ahora, en un ratito, vendrá el doctor y hablará con ustedes. Luego vuelvo a verte, preciosa —se despidió y, tal como había entrado, salió de la habitación dejándolos solos de nuevo.

—Tengo sueño, papi.

Andrew se sentó en el borde de la cama y acarició su cabeza.

—Cierra los ojitos y descansa, mi amor. Papi se quedará aquí contigo.

—Te quiero, papi...

—Y yo a ti, pequeña...

Los ojos de Maggie se cerraron y se durmió rápido gracias a los calmantes que le había suministrado la enfermera—. Voy a salir para que Molly y Connor puedan pasar.

Andrew se levantó al oírla despedirse.

—Esto, Sam, yo...

—Da igual Andrew, déjalo, es lo mejor. Ahora lo importante es Maggie. Mañana, si te parece bien, vendré un ratito a leerle una historia. Hoy tengo que ir a trabajar.

—Claro. Me parece bien. Gracias.

No tuvo tiempo para decirle nada más. Ella salió de la habitación dejándole mil palabras atascadas en su garganta. En ese momento, entraron la nana y su mejor amigo, que se quedaron petrificados en la puerta al ver el estado de la pequeña.

—¡Santa madre! —exclamó Molly echándose las manos a la boca.

Connor era incapaz de vocalizar una sola palabra sin poder alejar su mirada de la pequeña. Estuvieron un rato haciéndole compañía, hasta que se hizo tarde y se marcharon de la habitación.

Volvió a sentarse junto a su hija y la miró. Lloró en silencio por todo lo que estuvo a punto de perder y por lo que había perdido. Se sentía cansado y se tumbó junto a su pequeña. No le importaba que le vieran así, derrotado, al fin de cuentas era justamente como se sentía.

Jon acompañó a Sam a su casa, ella le contó lo que Maggie les había dicho, y él le aseguró que investigaría esa pista. Esperó a que se duchara y se vistiera, y la acercó al club. Al llegar a su destino, paró el coche y la miró. Apenas habían hablado desde que salieron de la casa.

—¿Estás bien?

—Sí. No. Lo siento. No hago más que darle vueltas a lo que me dijo Maggie. ¿Quién puede estar detrás de esto, Jon? ¿Quién ha podido hacerle eso a mi niña?

—No lo sé, Sam, pero pienso averiguarlo. Anda, sal del coche, que al final llegarás tarde. —Sonrió aliviando un poco la tensión en Sam—. Te pasaré a buscar luego. No quiero que vayas sola hasta que solucionemos este asunto.

Jon llegó a su mesa y vio a la inspectora sentada en su silla.

—¿Qué hemos averiguado? —La comisaria era un caos de oficiales arriba y abajo.

Ella se levantó dejando libre su lugar.

—Tenemos los resultados de la analítica. La pequeña estaba de somníferos hasta las cejas, también había restos de piel bajo las uñas, se defendió de su atacante, y ya las hemos enviado a la científica. En la vivienda había un par de huellas, fuera, en la ventana, también han encontrado unas huellas de pisadas y restos de cigarrillos, estamos esperando los resultados del AFIS y de ADN. Parece como si hubieran estado al acecho esperando el momento oportuno.

—Tengo una nueva pista. Cuando Maggie despertó le dijo a Sam y a Andrew que ÉL quería hacerle daño a Sam. Tenemos de averiguar quién es ese tipo y proporcionarle protección a Sam y a los Turner hasta que lo cojamos.

—¿Y me vas a pedir el puesto de protector de la chica?

—No, necesitaría que me cubrieras. Tengo un par de datos que quiero contrastar. Como su amigo le he dicho que pasaré a buscarla a la salida del trabajo porque no quiero que salga sola tan tarde, pero necesita a alguien que cubra mis ausencias.

—¿Como su amigo? Creía que erais algo más.

—No te voy a negar que esa mujer me atrae, pero en este caso he descubierto que está enamorada de otro. —Se encogió de hombros—. El mundo no es un lugar perfecto. Así que, como sé que es una buena persona, me parece perfecto por lo menos ser su amigo.

—Lo siento, Jon.

—No lo sientas, en serio. Ha sido mejor saberlo ahora, antes de que me pillara más por ella. No ha tenido una vida fácil y, últimamente, tampoco lo ha pasado demasiado bien. Y ahora he de irme, he de encontrar a alguien. —En ese momento sonó su móvil, miró la pantalla y a la inspectora—. Disculpa, déjame atender esta llamada—. Detective Morales.

—Jon, soy Andrew. Anoche recordé algo, ¿podrías pasarte por el hospital? Creo que es importante.

—En quince minutos estaré ahí.

—Gracias.

Jon colgó la llamada y se quedó pensativo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —la inspectora le preguntó al ver preocupación en su mirada.

—Pues, ya que lo sugieres, tengo que encontrar a la señorita Smith, pero he de pasarme primero por el hospital. ¿No te importa?

—En absoluto. ¿Y la señorita Smith es?

—Una ex...

—¡Vaya con el señor Turner!

—Es una ex de los dos, Lola, de Andrew y de Susan, aunque por lo que tengo entendido es la mejor amiga de la mujer, quizás sepa algo de todo este asunto.

—Esto promete. Te llamo cuando averigüe algo

—Hola, Andrew. ¿Cómo está Maggie?

—Ahora mismo durmiendo, gentileza de la medicación que le están dando. Gracias por venir

tan rápido. ¿Un café? No es el mejor del mundo, pero se puede beber.

—Te lo agradezco. Pero no creo que me hayas llamado para invitarme a café... ¿De qué se trata Andrew?

—Hace unas noches, en el Experience, tuve un encuentro bastante desagradable con Britany. Cuando se fue, una de las camareras, Rita, se llama, me comentó algo que quizás te ayude a coger al bastardo que le hizo eso a mi pequeña.

—Cuéntamelo desde el principio.

Andrew le contó con todo lujo de detalles el encuentro con Britany, las amenazas veladas con llevarse a su hija si no les obedecía y cómo Rita, una vez la rubia se alejó, le había comentado algo de lo más extraño.

Con esta nueva información, Jon se despidió de él y salió del hospital. No creía que vería tan pronto a Sam, pero, como decía su abuela: «No hay mal que por bien no venga».

—Hola, preciosa.

—¡Jon! Has llegado temprano. Aún no es mi hora de salir.

—No estoy aquí para eso, he venido para charlar con una compañera tuya; Rita.

—Pues aún no ha llegado.

—No te preocupes, me quedaré por aquí mientras, ¿puedes ponerme una cerveza sin alcohol? Sigo de servicio.

—Claro, ahora mismo.

—¡Hombre, Jon! —Una palmada en el hombro hizo que se girara—. Últimamente te veo en todas partes.

—¿Qué pasa, Connor? Yo también me alegro de verte.

—Es temprano para que vengas a recoger a Sam, ¿qué te trae por el club?

—Trabajo.

—¿Has venido a buscar a Susan y a Britany?

—¿Están aquí?

—En una de las salas. O esperas a que salgan o entras y juegas con ellas.

—Esperaré.

Connor soltó una carcajada.

—Era broma, tío. Nunca te aconsejaría que jugaras con ellas, hay otras mujeres igual de dispuestas y menos problemáticas. —Una mujer entró en ese momento en el club, llamando la atención de Connor. A causa de la iluminación, solo podía adivinar su silueta y su cabello ondulado, pero su rostro quedaba en las sombras y le era imposible verla bien—. Como ese bombón que acaba de entrar. ¡Madre mía! ¡Qué cuerpo!

La mujer fue aproximándose a la barra con una preciosa sonrisa en su cara dirigida al policía, ignorando a Connor intencionadamente.

—Morales, si me llegas a decir que ya estabas tú aquí, me hubiera ahorrado el viaje.

—Lo siento, no sabía que ella estaría aquí, yo vine por otra pista. —En ese momento, Jon notó un pequeño golpe en el costado y miró a su compañero de barra y sonrió—. Lola, ¿recuerdas a Connor? Es el compañero de piso de Sam.

—Ah, ¡sí! ¿Cómo tú por aquí?

La inspectora, que no tenía ni un pelo de tonta, sabía perfectamente a qué iba la gente al club, de hecho, ella misma había ido alguna que otra vez. Con lo que de verdad disfrutaba era poniendo nerviosos a los hombres.

—Pues, ya ves, he venido a follar. Si estás interesada...

La policía, que no esperaba esa respuesta por parte de Connor, notó cómo sus mejillas se ruborizaban. Carraspeó e intentó salir airosa del lío en el que se estaba metiendo.

—Ahora mismo estoy trabajando, pero lo tendré en cuenta.

—Estaré esperando. —Su voz sonó sensual al oído de la policía—. Ahora os dejo para que podáis trabajar. Jon. —Chocó su mano—. Lola. —Besó su mejilla y añadió solo para ella—: Cuando quieras. —Y se alejó.

El rubor en sus mejillas no hizo más que aumentar.

—Creo que tienes un nuevo admirador.

—No digas tonterías, es majo y eso, pero está metido en la investigación. No sería ético. —Sin darse cuenta, Lola lo buscó con la mirada y lo vio hablando con una chica preciosa, que se veía más que dispuesta a jugar con ese hombre, lo cual, sin saber por qué, la ponía nerviosa. Él levantó la vista y sus miradas conectaron. Le sonrió mientras le decía algo en el oído a la muchacha y ella vio cómo se iban de la zona del bar.

—¿Quieres tomar algo? —Jon distrajo a su jefa con esa simple pregunta.

—Ojalá no estuviera de servicio. Me tomaría un burbon... Una cerveza como la tuya estará bien.

—Sam, cuando puedas me pones otra.

—¡Inspectora! ¿La cerveza es para usted? —Ella asintió—. ¿Le traigo una copa?

—No es necesario, Sam, así está bien, gracias. Y, por favor, llámame Lola y tutéame.

—De acuerdo, Lola. ¿Necesitáis algo más?

—No, gracias.

—Jon, ahí está Rita. —Él se giró y vio entrar a una preciosa pelirroja con unos tacones de infarto acercándose a la barra, contoneando las caderas. Se le secó la garganta. Sam sonrió al ver la expresión de su amigo: Rita era una mujer espectacular y sabía que los hombres la devoraban con la mirada, aunque ella los ignoraba a todos—. Rita, ven, por favor, quiero presentarte a alguien. —Llamó la atención de su compañera de trabajo—. Ellos son Lola y Jon. Son policías y creo que quieren hablar contigo.

—Encantada, si puedo ayudarles, cuenten con ello.

—Mucho gusto, Rita, pero me vas a tener que disculpar, te dejo en buenas manos. Luego os veo. —La inspectora desapareció en el interior del club.

—Chicos, yo también os he de dejar, han llegado más clientes. —Y, sin más, Sam también se perdió en el interior de la barra, dejando solos a la camarera y al detective.

—¡Vaya! —Carraspeó Jon—. Espero que no le importe que sea yo el que hable con usted.

—No me importará siempre que me tutees. ¿Te parece bien si nos sentamos? Estaremos más tranquilos. —A Jon le pareció perfecto y la siguió hasta una de las mesas del local.

—Rita, ¿tú, fuera de la barra? ¿Estás libre? ¿Quieres una copa y, luego, lo que se tercié?

—No, gracias, Sven; además, como puedes ver, no estoy sola y sabes que nos está prohibido alternar con los clientes. Seguro que encuentras cómo pasarlo bien con alguna otra mujer.

—Tú te lo pierdes, zorra.

Al oír la falta de respeto de ese sujeto hacia la mujer con la que estaba, se levantó con intención de poner a ese tipo en su lugar, pero la delicada piel de la mano de Rita agarró su muñeca, y él la miró.

—No vale la pena, no le hagas caso, va algo bebido, pero no es peligroso. —Jon, volvió a sentarse y, cuando Rita soltó su articulación, él sintió frío donde hacía un momento su piel ardía. Ella se acomodó y le sonrió—. ¿En qué puedo ayudarte? —Antes de empezar a hablar, Jon se

aclaró la garganta con su cerveza sin alcohol, la miró a los ojos y no pudo evitar sonreír—. ¿Por qué sonríes?

—Lo siento, no me di cuenta de que estaba sonriendo.

—Pues deberías hacerlo más, lo de sonreír, digo. Tienes una bonita sonrisa.

—Gracias, tú también. Verás, necesitaría hacerte unas preguntas.

—¿Entre ellas me pedirás mi número? —coqueteó Rita con el policía. Era un hombre muy atractivo que la había impactado.

—Creía que no se lo dabas a nadie en el club.

El lado lígón de Jon se activó. Esa mujer le atraía de una manera increíble, pero sabía que estaba trabajando y no era el momento más adecuado.

—Tú no eres un cliente, y yo ahora mismo no estoy trabajando.

—Entonces quizás sí te lo pida. Pero, para que yo sí pueda trabajar, necesito que me hables sobre lo que comentaste con el señor Turner.

—Claro, una de las noches vi algo y...

—¡Lola! ¿Qué haces tan sola? —Sonrió al verla.

—Connor. Pues aquí me tienes, esperando a ver si acaban su sesión la señorita Smith y la señora Turner.

—¿Puedo sentarme contigo?

—No creo que sea buena idea.

—¿Prefieres esperar sola? ¿No estás harta de espantar moscones?

A diferencia de lo que pensó la policía, Connor no entró en ningún reservado esa noche con ninguna mujer. Se sentó en un rincón discreto y no le quitó el ojo de encima. Ella se sorprendió por su observación.

—¿Y tú cómo sabes eso? Creí que...

—Sé lo que creíste, Ginger es una buena amiga, solo me estaba pidiendo consejo para sorprender a su marido. Hoy es su aniversario de bodas y le sugerí que jugaran con la cruz de san Andrés, al ser una sala privada, fui y le abrí la puerta.

—Qué amable por tu parte.

—No es solo amabilidad, forma parte del negocio. Y, aunque esta noche me han propuesto jugar en alguna que otra sala, no me apetecía hacerlo si tú no estabas. No entiendo el porqué, pero desde el hospital me he imaginado haciéndote el amor, comiéndote enterita y no consigo sacarte de mi cabeza. La pregunta es: ¿quieres jugar, Lola?

—Eres muy directo, ¿no crees?

—No sé lo que puede pasar dentro de un rato; tú, como policía, deberías entenderme, la vida se pierde en un suspiro y nunca sabemos cuándo será nuestro final, así que intento disfrutar al máximo de cada instante y, ahora mismo —pronunció mirándola intensamente—, solo pienso en cómo será tu sabor y me excito de manera brutal, tanto que te empotraría contra esa pared y te follaría hasta que se me pasaran las ganas de ti, y que sepas que son muchas y no me importaría quién estuviera mirando.

—¡Joder! No puedes decirme esas cosas, Connor, además, estoy trabajando.

—¿Qué? Me gusta la sinceridad, Lola. Y el color de tus mejillas me indica que has imaginado cómo sería.

Cogió su móvil, que estaba en la barra, y en silencio le indicó que desbloqueara el dispositivo, ella lo hizo y se lo devolvió. Marcó un número y llamó. El suyo comenzó a sonar con un tema que ella no entendió por ser en español, pero que le pareció muy sensual.

—Bonito tono.

—Es de un grupo español, Estopa. La canción se llama *Fuego*. Te gustaría la letra. —Le guiñó un ojo y eso provocó curiosidad en ella—. Ahí tienes mi número, y yo el tuyo. Cuando quieras que aclaremos este asunto, solo tienes que decir «fuego», y lo solucionaremos. —Ella sonrió—. Y ahora, bella dama, he de irme, ya no hay nada que me retenga aquí. Ten cuidado y llámame cuando acabes tu turno, no suelo dormir demasiado. —Besó dulcemente su mejilla y se alejó, con pasos seguros, hacia la salida.

Lola no podía creerse el descaro de ese hombre, pero era cierto; había imaginado todo lo que él había dicho y su sexo se había humedecido al hacerlo. Era caliente como esa canción de su móvil. En vista de que las dos mujeres a las que esperaba para interrogar aún no habían salido, decidió buscar en YouTube el tema de ese grupo español, a ser posible con subtítulos para entenderla.

Conectó los auriculares que siempre llevaba en el bolsillo de su chaqueta y se dispuso a escucharla. Estaba distraída con la canción cuando notó que alguien se paraba a su lado. Era Sam, que estaba fuera de la barra recogiendo copas vacías. Se quitó los auriculares ya que parecía querer decirle algo.

—Acaban de salir.

La avisó. Ella se giró en el taburete, abarcando con la mirada el resto del bar y las vio riéndose con un hombre, se apreciaba que era bastante apuesto y que entre ellos había mucha complicidad.

Se acercó prestando atención a sus gestos y expresiones.

—Hola, Soy la inspectora Gutiérrez, tengo que hacerles algunas preguntas.

—Vaya, vaya, vaya... Mira qué belleza tenemos aquí. ¿Quieres jugar conmigo, preciosa?

—Disculpa a Susan, ha bebido un poco más de la cuenta. Está muy afectada por lo de su hija.

—Sí, ya veo.

—Bry, no seas cortarrollos, la he visto yo primero.

Susan entrecerraba los ojos intentando fijar la imagen de la mujer que tenía delante sin conseguirlo.

—Susan, cállate de una vez. Hugo, haz el favor de acompañarla a su casa. Necesita dormir la borrachera.

—Tengo que hablar con la señora Turner.

—No está en condiciones, no podrá responder con coherencia. Pero, si yo puedo hacer algo para ayudarte con la investigación, no dudes en preguntarme.

—Ya que lo dice, también tengo que hablar con usted.

—Por favor, tutéame, ¿quieres algo para beber? Estoy sedienta.

—No, gracias.

—¡Tú! Haz algo y ponme un ron con piña.

A la inspectora no le pasó desapercibido el tono despectivo con el que trató a Sam. Esta no respondió, no valía la pena un enfrentamiento con esa mujer. Le puso el combinado y se alejó de ellas.

—¿Hace mucho que conoce a los Turner?

—Te he dicho que me puedes tutear.

—Lo siento, pero no sería ético. Le repito la pregunta...

—No hace falta, ya la he oído. Soy amiga de Susan desde que éramos unas crías. Andrew apareció luego, se casaron, tuvieron una hija, y ella se marchó porque no aguantaba al cretino de su marido.

—Veo que le guarda rencor..., ¿por algún motivo en concreto?

Britany soltó una carcajada.

—¿Rencor? No, para nada. —Hizo un movimiento desdeñoso con su mano quitándole importancia al tema.

—¿Alguna vez ha mantenido relaciones sexuales con el señor Turner?

—Varias veces. Eso no es ningún delito ni ningún secreto. Somos adultos.

—¿Y su mujer qué opinaba?

—Estaba de acuerdo. También participaba. Siempre nos gustó compartir. Aunque Andrew fue un necio que no nos supo valorar en su momento. Rompimos hace un tiempo y fin de la historia.

—¿Conoce usted a un hombre de complexión grande que pudiera tener algo contra el señor Turner?

—Conozco a muchos hombres con esas características, pero ¿que le quisieran hacer daño? No.

—¿Dónde estaba anoche, señorita Smith?

—Estuve aquí, jugando, ya sabes.

—Gracias. Por ahora eso es todo. Si tengo alguna otra pregunta me pondré en contacto con usted y a su amiga dígame que la espero mañana en comisaría para tomarle declaración.

—Se lo diré. Y, ya sabes, si alguna vez te apetece cuando no estés trabajando y quieres divertirte un rato, pásate y pregunta por mí. Estaré complacida de cumplir cualquier fantasía que tengas, y a Susan le vas a encantar. —Pasó la lengua por sus labios de manera sugerente, se levantó de la barra y se alejó de la detective.

Sam, que había visto cómo se iba, se acercó a Lola.

—¿Has conseguido averiguar algo de ese hombre?

—Nada. Pero creo que sabe más de lo que dice. He de irme a comisaría. Dile a Jon que le verá allí.

En la cabeza de Lola las posibles teorías de lo sucedido se iban barajando. Estaba convencida de que las dos amigas estaban metidas hasta el cuello en todo el asunto. Pero el cómo y el porqué eran algo aún indescifrable.

Y luego, cuando consiguieran respuestas, tenían que poder demostrar sus hipótesis. Aún les quedaba mucho trabajo por delante. Cuando Sam vio entrar en la barra a Rita supo que su turno había acabado por esa noche. Recogió sus cosas y salió en busca de su amigo.

—Jon, ya estoy lista.

—Pues vámonos. Hasta otra, Rita.

—Hasta mañana, Sam. Jon, ¿puedo decirte algo antes de que os vayáis?

—Claro.

Sam les observó por un instante y lo vio.

—Jon, te espero con Marcus. —Este se lo agradeció en silencio y se aproximó a la camarera.

—Mira, yo no suelo hacer esto, y menos en mi trabajo; ya sabes, no quiero líos, pero tú, no sé, creo que eres... distinto y, bueno, me gustaría, si a ti te parece bien, darte mi número de teléfono. Me gustaría verte en otras circunstancias.

—No creo que sea correcto, eres parte de una investigación.

—¡Oh! Vale, lo entiendo, no pasa nada. —Rita arrugó el papel que hacía un momento le estaba dando y lo guardó en el bolsillo de sus pantalones—. Además, soy tonta por pensar que te podría interesar y no darme cuenta de que tú y Sam...

—Solo somos amigos. Entre Sam y yo no hay nada.

—Pero te gusta. Lo siento, lo siento..., no es asunto mío. —Se giró para alejarse, cuando sintió que él atrapaba su muñeca con delicadeza y lo miró.

—Cuando cerremos el caso, te buscaré. ¿Sabes por qué? Porque a mí también me gustaría que tú tuvieras mi número.

Ella se sonrojó y asintió con la cabeza. Se inclinó sobre la barra y le besó con dulzura en la mejilla para susurrarle a continuación:

—Vete a coger a los malos.

Jon salió con una gran sonrisa del club.

—¿Todo bien? —La voz de Sam le devolvió a la realidad.

—¿Eh? Sí, sí, todo genial. Vamos, te llevaré a casa. —Se despidieron de Marcus y anduvieron hasta el coche.

—No quiero ir a casa. ¿Puedes acercarme al hospital? Me gustaría ver cómo está Maggie.

—Claro, pero tienes que descansar.

—Ya dormiré luego, no te preocupes. —Sam cambió de tema a otro más interesante en ese momento—. Rita es una gran persona.

—¡Aja! Eso parece.

—Y es preciosa y muy agradable.

—Lo es. —Sin darse cuenta una sonrisa afloró a su rostro.

—Jon, me parece bien si te gusta, creo que entre los dos hay esa chispa. En cambio, entre nosotros nunca ha estado... Yo... lo que quiero decirte, es que...

—Sigues enamorada de Andrew. Lo sé. Os he visto juntos y se os nota demasiado que estáis locos el uno por el otro.

—No estamos enamorados. Bueno, él no..., pero yo sí y nada es como debería y da igual, así son las cosas. Pero no puedo empezar nada con nadie ahora mismo.

Jon sintió cómo el abatimiento se instalaba en Sam, y decidió que tenía que ser en ese momento su amigo y hablarle claro.

—Tenéis que hablar. Dale la oportunidad para que se explique. Si luego no quieres nada con él, estoy seguro de que respetará tu decisión, pero os merecéis ser felices porque, Sam, ese hombre te quiere. Créeme, soy poli y no se me escapa una. Te voy a dar un consejo, aprovecha cada instante como si fuera el último porque la vida puede llevarse a quien queremos sin darnos la oportunidad de decirles lo que sentimos y luego solo quedará el arrepentimiento. Piénsalo.

Sam sonrió. ¿Era posible que Andrew todavía la quisiera?

—Te voy a hacer caso, hablaré con él. No sé qué pasará después, pero con amigos como Connor, Molly y tú sé que no caeré.

—Estaré ahí siempre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y, de Rita, ¿qué me dices? ¿La vas a invitar a cenar? ¿Una copa después del trabajo?

—Eres imposible. —Se rieron los dos. Llegaron al hospital y ella bajó del coche cuando Jon le llamó la atención—. Sam, déjale que te lo cuente.

—Lo haré. Ten mucho cuidado —se despidieron y entró en el hospital.

Se dispuso a esperar al ascensor y, mientras pensaba en la buena pareja que hacían Jon y Rita, oyó el sonido de la llegada del elevador, se abrió y entró en él. Cuando las puertas se estaban cerrando, una mano sujetó una de ellas logrando que se volviera a quedar abierto.

—Sam, has vuelto. —Su voz sonó sorprendida.

—Hola, Andrew. —Carraspeó—. He venido a ver a Maggie.

—Claro, claro. —Bajó la cabeza y suspiró—. Me alegro de que estés aquí. —La miró a los ojos—. Se ha dormido y he aprovechado para ir a por un café, no quería dejarla demasiado tiempo sola, que se despertara y que yo no estuviera.

—¿Está algo mejor?

—La medicación la mantiene relajada. El médico me ha dicho que, aparte de la rotura del brazo, los hematomas no tardarán en desaparecer. En un par de días podremos volver a casa.

—Me alegro mucho.

Iban caminando por el pasillo, uno junto al otro, sintiéndose muy cerca y mirándose de soslayo, cuando unos gritos procedentes de la habitación les alertaron.

—Maggie.

Salieron corriendo y al abrir la puerta se quedaron petrificados. Maggie estaba en un rincón de la cama dando golpes y patadas al aire. Estaba teniendo una pesadilla. Se aproximaron a ella y, esquivando los golpes, Andrew acarició su cabeza, y con voz dulce Sam empezó a susurrarle palabras de cariño. Poco a poco, la pequeña empezó a tranquilizarse y volvió a quedarse dormida. Sam cubrió su cuerpecito con la sábana y se sentó en el sofá. Andrew lo hizo a su lado.

—Creo que volvemos a tener con nosotros las pesadillas.

—Es normal, piensa en todo por lo que habrá pasado, pero es una niña muy fuerte y se recuperará.

—En casa lo consiguió cuando tú llegaste. Las pesadillas desaparecieron. Pero, ahora..., Sam. —Le cogió las manos entre las suyas—. Ahora más que nunca tenemos que hablar, yo...

—Te escucho.

—¿En serio? Quiero decir, creía que no querías. Gracias por darme esta oportunidad.

—Andrew, esto no es fácil para mí después de lo que pasó, pero alguien me ha dado un consejo y me apetece seguirlo.

—Lo primero de todo es pedirte disculpas por mi comportamiento, cuando llegó Susan no supe gestionar lo que sentí y lo pagué contigo. Lo siento de veras. Pero nunca quise que pasara lo que pasó luego. No me dio opción, Sam. Me amenazó con llevarse a Maggie de mi lado.

—No puede hacer eso, ¿verdad?

—Sí puede hacerlo, y eso me desespera. Lo comprobé, me hice la prueba de ADN y yo no soy el padre biológico de Maggie, legalmente, no puedo impedirle que me la arrebate. El trato es que estará tres meses y luego firmará su renuncia a mi pequeña dándome la custodia total. No puedo perder a mi hija, Sam. La antepondré siempre a todo y a todos, lo siento.

—No lo sientas, Andrew, hiciste lo correcto, aunque si me lo hubieras explicado hubiera podido ayudarte.

—Una de las condiciones era que me librara de ti y no volviera a tener contacto contigo. No podías hacer nada... Lo siento tanto, Sam. Pero, ahora que ha pasado esto, tenías que saberlo, podrías estar en peligro

—Te agradezco que te preocupes por mí., Andrew. Y, si es necesario que siga alejada para que no te quiten a Maggie, lo haré, pero no me impidas verla, te lo ruego.

—Nunca he querido alejarte de ella, quería que Molly la llevara, pero Susan acaparaba todo su tiempo, por eso la llevé yo el otro día, a mí no me iba a prohibir hacerlo, además tenía tantas ganas de verte, de veros juntas. Tenéis un vínculo increíble.

—Ella es muy importante para mí, la quiero mucho.

—Lo sé, Sam. Y ella te adora a ti.

—¿Ha estado por aquí Susan?

—No, no se ha presentado.

—¿Cómo puede no estar aquí? No lo entiendo. ¿Qué madre podría?

—Es simple, Sam, ella solo se quiere a sí misma. Si fue capaz de abandonarla siendo un bebé, y no mirar atrás, ¿crees que le importa lo que le pase?

—Lo siento mucho. Maggie se merece todo el amor del mundo.

—Lo tiene y lo ha tenido siempre, y contigo llegó a sentirse amada, como si fueras su madre. Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero... espéranos, por favor, danos una oportunidad. Sé que no me lo merezco, pero pensar en que ese detective y tú...

Las lágrimas se deslizaban por sus pómulos.

—¡No! —le cortó con contundencia—. Andrew, entre Jon y yo nunca ha pasado nada, solo nos dimos un beso de despedida en la puerta de casa, y me arrepentí al momento. —Acarició su mejilla—. Yo..., yo no he podido sacarte de mi cabeza y te juro que lo he intentado. Me enamoré de ti aquel día en el parque. Me miraste con dulzura, a pesar de la ropa o al aspecto que llevaba en ese momento y me hiciste sentir persona de nuevo... ¿Cómo no quererte?

—Eres una mujer tan increíble...

Se aproximó despacio, mirando alternativamente a sus ojos y su boca. Deseando que no se alejara, y no lo hizo. Sus labios se sintieron. Sam entreabrió los suyos dándole acceso a su interior. De nuevo, después del tiempo en que sus cuerpos se anhelaron, sus corazones volvieron a latir al unísono.

Se separó lentamente de él.

—Tenemos que tomárnoslo con calma, Andrew, no quiero que por mi culpa se lleven a Maggie.

—Lo haremos, pero ahora mismo estoy tan feliz que lo gritaría a los cuatro vientos.

—¡Ssshhh! Despertarás a Maggie. —Puso el dedo sobre sus labios y sonrieron cuando él los besó.

—Cuando todo esto termine, pienso encerrarme en casa y recuperar el tiempo perdido con mis dos chicas preferidas.

—Pero hasta entonces debemos ser cautos.

—Lo seremos.

Jon llegó a la comisaria que, como siempre, era un hervidero de agentes trabajando en distintos casos. Se acercó al despacho de Lola, llamó con los nudillos y abrió metiendo la cabeza en su interior.

—¿Pudiste hablar con las sospechosas?

—Pasa y siéntate. —Él así lo hizo y esperó a que empezara a hablar—. Las he conocido —hablaba mientras ordenaba unos expedientes sobre la mesa—. La señora Turner se sentía indispuesta. Llevaba una cogorza impresionante. La señorita Smith, sin embargo, estaba bien

lúcida, me ha propuesto relaciones... ¿Te lo puedes creer?

Jon sonrió.

—¿Te dijo algo que pueda ayudarnos en el caso?

—La verdad es que no. Pero, la manera de tratar a Sam cuando le pidió una bebida o el tono que utilizó al hablarme de su relación pasada con Andrew, me hace pensar que les tiene un odio visceral, la veo en el papel de amante despechada, así que no la vamos a descartar por el momento. ¿Cómo te fue a ti con la camarera?

—Pues, la verdad, mejor de lo que creía. Me ha contado algo que puede darle un enfoque diferente al caso.

—Cuéntame.

—Verás, según Rita, hay un tipo que aparece de vez en cuando en el club. Es bastante rudo con las mujeres con las que juega, no todas salen satisfechas de las salas. Greta, la dueña del club, ha recibido varias quejas sobre el sujeto. Pero, por lo que sabemos, maneja mucho dinero, y las mujeres han acabado retirando las quejas, Así que Greta no lo ha echado del Experience. Es un tío grande, con mal carácter, amigo de nuestras sospechosas, los han visto varias veces juntos... Tenemos que descubrir qué es lo que pretende y qué relación tiene con Sam. Su nombre es Howard Taylor.

—Pondré a algunos agentes de paisano en el club. Si aparece le cogemos para interrogarle.

—Me parece bien. Hay que atrapar a quien le ha hecho eso a la pequeña. No puede quedar sin castigo.

—Daremos con ese tipo y lo encerraremos, Jon, y a todo el que esté implicado. Bueno... — Miró su reloj—. Me voy a ir ya. ¿A ti te queda mucho?

—Un rato todavía. Quiero repasar unos informes y contrastar algunas cosas.

—Pues te veo mañana.

—Buenas noches, Lola.

—Tomate ese café.

—No me des órdenes —se quejó—. Quiero un *gin-tonic*.

—¿Cómo puedes ser tan estúpida? Tómate el puto café. Te necesito serena.

—Déjame en paz, estás insoportable. ¿Dónde está Hugo? Me apetece jugar con él.

—Hoy se ha acabado lo de jugar y beber. Tómate el café —insistió.

Cogió la taza y de un sorbo se lo bebió.

—¿Contenta? —Cuando el cálido líquido bajó por su garganta la angustia subió por la misma vía y salió corriendo, tropezándose con todo lo que encontraba por el camino, hasta llegar al baño y vomitar parte del alcohol que había estado ingiriendo toda la noche. Arrodillada, junto al retrete, gritó—: ¿Qué mierda me has dado?

—Café bien cargado. Anda, levántate del suelo, pareces una pordiosera. —La menospreció. Con esfuerzo, Susan se levantó y la siguió hasta la habitación. Se tumbó sobre el colchón esperando poder cerrar los ojos y dormir, pero eso no iba a suceder. Britany tenía otros planes para ella—. No se te ocurra dormirte, tenemos que hablar. Todo esto se está complicando y tú no dejas de irte de fiesta. —Caminaba nerviosa por la habitación—. Howard quiere el dinero, no quiere esperar y se le ha ido la cabeza llevándose a la cría. Tienes que presionar a Andrew. La fecha ha cambiado. Ya no disponemos de esos tres meses.

—¿De qué estás hablando?

—Que se te han acabado las salidas para colocarte y follar en el club. Tienes que conseguir el

dinero cuanto antes para que podamos largarnos de aquí. Esto se ha puesto peligroso con la policía de por medio.

—No me des órdenes, sabes que no lo soporto —se quejó, caprichosa, Susan.

Britany la cogió por los hombros y la zarandeó intentando que entrara en razón.

—¡Escúchame bien! No pienso permitir que la cagues con este asunto. Nos jugamos demasiado, así que haz el favor de hincharte a cafés para que se te pase la puta borrachera y puedas ir a ver a tu querido esposo, sacarle hasta el último de sus centavos y podamos irnos. Estamos en este lío por tu culpa. Solucióvalo.

—Te recuerdo que fuiste tú la que me lo presentaste y he de darte las gracias por ello, me lo he pasado genial jugando con él... Es tan primitivo. —Suspiró.

—Y no sabes hasta qué punto me arrepiento de ello, pero ahora no tenemos tiempo para discusiones sinsentido. Tenemos que terminar este asunto y desaparecer antes de que las cosas se compliquen más. Howard no es un hombre paciente, lo ha demostrado llevándose a la cría. Por suerte, lo convencí de que dejara esa locura del secuestro. No sabes lo que me costó dejarla bajo ese puto sauce sin que nadie me viera. No estoy dispuesta a cargar sobre mi conciencia la muerte de nadie y a punto ha estado de matarla a golpes. Ese hombre está loco.

—Pero folla genial. ¿No estarás celosa? —Se rio a carcajadas cuando Britany la miró seria—. Vamos, relájate. Yo le dije que se llevara a la enana y que le dejara un bonito aspecto para su padre, y por lo que creo así fue. Howard no deja de ser un tío con sus necesidades y te aseguro que yo lo tengo lo suficientemente satisfecho, hará todo lo que le diga.

—Le debemos mucho dinero, y puede hartarse de tus tonterías. Además, creo que los polis sospechan de nosotras y, cuanto antes solucionemos esto, antes nos largaremos de la ciudad. ¿Aún no has ido al hospital?

—No, no he ido todavía al hospital. Y no sé si quiero irme todavía de la ciudad. Me estoy divirtiendo bastante.

—¿De qué mierdas estás hablando?

—Que quiero ver arrastrándose a mi maridito. Quiero que sufra, que se le desgarre el corazón de dolor por haber escogido a esa cría antes que a mí. Y, ya que estamos, darle una lección a esa puta niñera. Nadie nos quita lo que es nuestro.

—Eso no es lo que teníamos planeado. Susan, hay mucho en juego... Vas a hacer que nos encierren.

—Tranquilízate, está todo bajo control, además, los planes han cambiado, Bry. Y estos nuevos no han hecho más que empezar.

## 24

En su móvil sonó el tono de un mensaje. Se incorporó de la cama y cogió el teléfono para ver de qué se trataba.

Hola.

Sonrió al ver quién se ponía en contacto con él a esas horas y decidió llamarla, quería oír su voz de nuevo.

—Hola, no sabía si tendría noticias tuyas hoy.

—Pero sigues despierto. ¿Me esperabas?

—Ya te dije que dormía poco. ¿Has terminado tu turno?

—Por hoy sí. Estoy a punto de salir de la comisaría.

—¿Te apetece pasarte por mi casa a tomarte algo?

—¿No te importa?

—Para nada. ¿Te doy mi dirección?

—¿Te olvidas de que soy poli? En veinte minutos estaré allí.

—Te estaré esperando.

Los dos cortaron la llamada a la vez. No había mucho más que decir. Connor se levantó de la cama y se dirigió a darse una ducha con una sonrisa en los labios. Quería estar preparado para cuando la inspectora llegara.

El timbre de la entrada sonó y se dirigió hacia ella. Se había puesto un pantalón de deporte después de la ducha y nada más. Abrió la puerta y Lola estaba al otro lado. Iba con un precioso vestido rojo cubierto por una chaqueta de cuero. Sus miradas conectaron y un silencio agradable se instaló entre ellos. Connor fue el primero en reaccionar.

—Hola, pasa, por favor.

—Gracias.

Siguió a su anfitrión al interior de la vivienda. Sus ojos recorrían con sigilo cada músculo de su espalda y entonces se percató del sonido de sus pies descalzos sobre el parqué, sonaban suaves mientras se acercaban a la sala. Eso, sin saber por qué, la excitó.

—¿Te apetece tomar algo?

—Lo que tomes tú estará bien.

—Siéntete como en tu casa.

Mientras él fue a buscar la bebida, ella se quitó la chaqueta y la dejó sobre un sofá. Paseó por la estancia y se distrajo echando un vistazo a las fotografías que había sobre el mueble. Cogió uno de los marcos, la imagen le llamó la atención y la observó más de cerca.

—Somos Andrew y yo con quince años.

Lola se sobresaltó al oír esa voz sensual tan cerca de su oído. La suave brisa de sus palabras le erizó el vello de la nuca, pero no se giró. Le gustaba ese hombre, sabía que se había sonrojado y no quería que se diera cuenta. Carraspeó.

—El lugar es... precioso.

—Son las Rocosas —dijo mientras cogía el portarretratos de su mano rozando levemente sus dedos—. Fue una escapada increíble. —Volvio a depositarlo sobre el mueble. Al dejarlo, llevó su mano a la delicada cintura de la inspectora y la dejó apoyada allí mientras volvía a susurrarle cerca de la piel—. Me alegro de que me mandaras el mensaje esta noche. Estaba pensando en ti cuando sonó el aviso. —Depositó un beso tierno en la nuca que estremeció todo el cuerpo de la

policía.

Lentamente, ella se giró, miró sus ojos y solamente pronunció una palabra:

—Fuego.

Los ojos de Connor se oscurecieron de deseo. Agarró su talle y la elevó del suelo haciendo que las torneadas piernas rodearan su cintura. Sonrió al tiempo que la inspectora se lanzaba a devorarlo la boca con pasión, una sensación que nunca antes había experimentado ninguno de los dos.

La empotró contra la pared y separándose levemente de sus labios susurró:

—Si me besas así, se me parará el corazón, preciosa. —Apoyó su frente en la de ella—. Eres puro fuego y tengo tantas ganas de hacerte mía que pierdo la cabeza.

Ella acarició su nuca y, despacio, volvió a acercarse a su boca, se paró a escasos milímetros y esa vez fue ella la que acarició sus labios con sus palabras.

—Perdámosla juntos. —Selló la conversación lamiendo y mordiendo su labio inferior.

Connor no tuvo que pensar, solo tenía que dejarse llevar donde Lola quisiera y estaba seguro de que tomaran el camino que tomaran llegarían al nirvana.

Mordiscos, besos, caricias y jadeos llenaron la estancia. Cuanto más se tocaban, más ganas sentían. Connor frotaba su erección contra el sexo de Lola que a cada segundo estaba más excitada. Amasó sus glúteos y un gemido salió de sus gargantas.

—Te voy a llevar a mi habitación, preciosa. Aquí no tengo preservativos. —Ella no dejó de besar su cuello—. Lola, si sigues así, no llegaré a ponérmelo. —Sonrió maliciosamente—. Eres malvada.

—Y te encanta.

—No te lo voy a negar, preciosa. —Sonreía mientras sus pasos los llevaban a la habitación—. Nunca creí que fueras tan lanzada al ser poli. Pero eres tan pasional como las mujeres del club. —La depositó delicadamente sobre la cama.

Ella se puso rígida.

—¿Perdona? Empezaste tú, yo solo quería charlar un poco y luego si algo pasara...

De repente, él se apartó lo suficiente para mirarla a la cara.

—Pues nadie lo hubiera dicho después de cómo me has devorado la boca.

—Si tú no me hubieras provocado susurrándome tan cerca del cuello... Me apetecía tomarme esa copa, y me has avasallado.

—¿En serio? —Se apartó de ella y se incorporó de la cama—. Yo creí...

Lola se levantó también y se arregló el vestido.

—Estás demasiado acostumbrado a que las mujeres caigan en tus brazos y que no te nieguen nada.

—Pues, hace un momento, tú eras como una de ellas.

No estaba segura de por qué, pero esa frase la lastimó.

—He cometido un error llamándote.

—Sí, en eso estamos de acuerdo.

—Me voy.

Lola salió de la habitación, y él la siguió. Cogió su chaqueta y se dirigió a la puerta. En ese momento, se abrió, entrando Sam a la vivienda.

—¡Lola! ¿Hay algo nuevo en el caso de Maggie?

—¡Eh! No, no. Vine para hacerte unas preguntas, pero mejor lo dejamos para mañana, se me ha hecho tarde. He de irme.

—Claro, mañana me pasaré por comisaría, si te va bien.

—Sí, sí. Perfecto. Adiós.

Sam se percató de lo nerviosa que estaba la inspectora. Cerró la puerta y vio a su amigo allí parado con la mirada fija en la madera cerrada y la mandíbula apretada.

—¿Estás bien? —Él la miró y asintió—. Pues no lo parece.

—Todo está bien, Sam. Me voy a la cama. Buenas noches.

—Espera. —Cogió su antebrazo para frenarle—. ¿Ha pasado algo con la inspectora? Parecía nerviosa.

—Nada, no ha pasado nada, peque. ¿Vale? —Sonó enfadado, y ella le miró interrogante—. Lo siento, solo estoy cansado. Hablamos mañana.

Besó su frente y se alejó, cerrando la puerta de su habitación, la dejó sola sin entender su comportamiento.

Connor se tumbó en la cama y cubrió su rostro con el brazo.

«¿Qué coño ha pasado? —se preguntaba—. Todo estaba siendo increíble y de repente... ¡Maldita seas, Lola!».

Lola iba conduciendo hacia su casa muy enfadada consigo misma.

—¿Cómo he sido tan idiota de lanzarme así a sus brazos? Y a la primera de cambio, soy tonta, tonta, tontaaaa. ¡Argh! —Golpeó el volante y suspiró. No le gustó que la comparara con otras mujeres. No porque fuera una mujer insegura, pero le hubiera gustado que para él ese momento hubiera sido especial, igual que lo estaba siendo para ella. Sabía que él era un ligón y, sí, ella había ido a buscar sexo, eso lo tenía claro, pero esperaba charlar un rato, tontear un poco y luego... y luego nada. No pudo resistirse a su seducción y se dejó llevar—. Todo iba bien hasta que abrió su boca. ¡Gilipollas! —En ese momento su móvil sonó. Conectó el manos libres y contestó—: Inspectora Gutiérrez.

—Lola, soy Jon. Espero no haberte despertado.

—No, no. Tranquilo. Dime. —No iba a decirle que estaba llegando a su casa.

—Tengo información sobre Howard Taylor y no te vas a creer lo que he averiguado.

—¿Estás en la comisaría?

—Sí, aquí continúo. ¿Estás bien? Te noto rara.

—Sí, sí, todo está bien. Voy para allá. Dame diez minutos.

—Te espero.

Colgó la llamada y cambió el rumbo de su vehículo. Por fin tenían una pista sobre ese hombre y así le daría tiempo para dejar de pensar en ese individuo que le había fastidiado la noche.

—Jon, ¿qué tenemos?

—Es mejor que te sientes.

—¿Qué ocurre? Me estás preocupando.

—Howard Taylor es un policía de la zona de Queens.

—¿En serio?

—Sí. Y, lo mejor de todo, un colega de asuntos internos me ha confirmado que le están investigando.

—¿Causa?

—En el último de los casos en los que participaron, Howard y su compañero incautaron tres

kilos de cocaína, pero la droga no llegó a pruebas. Él alegó no saber qué pasó con ella. Su compañero la llevaba a comisaría, mientras él se quedaba en el escenario para recopilar más pruebas, pero este nunca llegó a la central. Lo asesinaron esa noche a tres manzanas de su comisaría, así que no podemos preguntarle, pero he seguido buscando y he encontrado unos movimientos extraños en las cuentas de Taylor, que nada tienen que ver con el sueldo de un poli. Supongo que por eso lo vigilaban los de asuntos internos.

—Tendremos que profundizar en sus finanzas y saber con quién se ha estado relacionando desde entonces. ¿Sabemos dónde está?

—No. Hace cinco días los agentes que lo vigilaban lo perdieron. Entró en un restaurante y ya no salió. Bueno, no salió por la puerta principal y no lo han localizado aún.

—Genial. Tendremos que empezar de nuevo... ¿Sam?

—La dejé en el hospital, tenía asuntos que resolver con Andrew.

—Estás hecho todo un romántico, ¿lo sabías? Das la talla de casamentero.

—No creo serlo, pero lo que sí sé es que esos dos están hechos el uno para el otro. Solo les he dado un empujoncito y espero que lo arreglen. ¿Y a ti qué te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque te noto tensa.

—Es este caso..., esa pobre niña.

—Y no tendrá nada que ver con Connor, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando. Solo es parte del caso.

—Si tú lo dices...

—Déjalo, Jon. Empareja a quien te apetezca, pero a mí déjame en paz, no estoy para tonterías.

—Vale, vale, tranquila. —Puso las manos en alto rindiéndose ante el humor de su compañera—. Lo dejaré, por ahora. Pero tengo la sensación de que hay mucho más de lo que quieres admitir.

—Mira, Connor es un tipo guapo, tiene un sexapil que atrae a las mujeres como la miel a las abejas, la luz a las polillas y todas esas gilipolleces. Pero no es lo que quiero en un hombre.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Que solo me vea a mí. —El tono en su voz cambió, ya no sonaba molesta, sino dolida. Jon entendió que algo había sucedido entre ellos, pero decidió no escarbar más en el asunto, por el momento—. Hay una patrulla en la puerta de Sam, nos informarán de cualquier sospechoso que se aproxime por la zona.

—Bien, es mejor estar prevenidos.

## 25

—Ya voy, ya voy. —Sam llevaba levantada hacía un rato, se estaba tomando un café, cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar—. ¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—La inspectora Gutiérrez me ha ordenado que la acompañe a la comisaría.

Sam miró por la mirilla y vio una placa de policía al otro lado de la puerta. Abrió la madera y se encontró con un hombre de gran envergadura que la miró de arriba abajo, sonriendo en el proceso—. Buenos días. ¿Hay alguna pista nueva sobre el caso?

—La inspectora la pondrá al corriente. Mis órdenes son que debo acompañarla hasta la central.

—Bien, déjeme coger el bolso y podremos irnos.

Lo dejó en el descansillo esperando, mientras ella volvía a su cuarto a buscar sus cosas. Se asomó a la habitación de Connor para avisarlo, pero este seguía durmiendo. Decidió dejarle una nota para no preocuparle.

Un poli ha venido a buscarme. Estaré en comisaría. Llámame cuando leas esto. Un beso.

Dejó la nota sobre la mesa de la cocina y se marchó de la casa con el agente que la estaba esperando. Al salir, pasaron frente al coche de policía que hacía guardia, y Sam se dio cuenta de que no había nadie en su interior.

—Qué raro.

—Habrá ido al baño de aquel local. —Señaló un bar cercano.

—Supongo. —Sam, aunque reacia al comentario, siguió al policía hasta su vehículo y se montó en él.

El sonido del móvil le despertó, sobresaltándole.

—Diga.

—¿Connor?

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Jon, estoy intentando hablar con Sam, pero debe de tener el móvil desconectado. ¿Puedes avisarla?

—Seguro que está dormida. Espera, voy a llamarla.

Connor se acercó a la habitación de Sam y llamó suavemente con los nudillos en la madera.

—Sam, ¿estás dormida? —El silencio fue su respuesta—. ¿Peque? —Abrió la puerta y vio el cuarto vacío, lo que le sorprendió. Se puso el móvil de nuevo en la oreja y habló—: Jon, no está en casa. No tengo ni idea de dónde puede haber ido.

—Voy a ponerme en contacto con el policía que estaba de guardia en la entrada de vuestra casa para preguntarle por qué no me ha informado de su salida. Quizás está en el hospital.

—Pues avísame cuando sepas dónde está.

—Tranquilo, en un momento te digo algo.

Colgaron la llamada, y Jon llamó al oficial, que tampoco contestó al móvil. Empezó a preocuparse pensando que algo grave habría ocurrido para que no respondiera a su llamada.

—Connor, no consigo localizar al agente que teníais de vigilancia. He llamado a Andrew. No sabe nada de ella desde que salió del hospital. Voy para allí, en diez minutos estoy en tu casa. —Subió a su coche y salió a toda prisa, algo no iba bien y temía que Sam estuviera en peligro.

Conectó el manos libres del vehículo—. ¿Lola?

—Dime.

—Tenemos un problema. Sam y el policía que estaba de guardia no dan señales de vida. Voy a su casa, nos vemos allí.

—De acuerdo.

Jon detuvo su coche tras el del policía desaparecido. Se acercó y miró a través de la ventanilla y se le encogió el estómago. El agente estaba recostado sobre el asiento del copiloto con lo que parecía ser un disparo en la sien. Abrió la puerta, puso los dedos en el cuello del agente buscando su pulso y no lo encontró. Lo habían asesinado. Cogió la radio del vehículo y contactó con la comisaría.

—Central. Soy el detective Morales. Manden al forense a mi ubicación. Han disparado al agente Curtis. Y manden unidades para acordonar la zona y buscar al responsable de esto. Corto.

—Recibido, detective Morales. Las unidades ya van de camino.

—¡Papi! —La voz de Maggie hizo que apartara la vista de la ventana. Desde la llamada de Jon había permanecido con la mirada fija al vacío.

—Cariño.

—¿Cuándo nos vamos a casa?

—Cuando lo diga el doctor.

—¿Y Sam vendrá con nosotros?

—Princesa..., no puede ser, por ahora.

—Pero yo os vi. Os besasteis. Y sé que Sam me quiere, yo la quiero mucho...

—Lo sé, mi niña. Pero papi tiene que arreglar una cosa antes de pedirle a Sam que venga a vivir con nosotros.

—¿Porque está mami? Mami no me quiere ni yo tampoco la quiero. Es mala, papi. Le habla mal a Molly. Y yo quiero que se vaya, no me gusta. Siempre me grita...

—Cariño, se va a ir pronto, pero, si queremos que Sam se quede con nosotros, tenemos que estar así un poquito más.

—Sargento... —No recordaba si le había dado su nombre.

—Taylor.

—Sargento Taylor, creo que se ha pasado el desvío a la comisaría. —Miraba por la ventana del coche viendo cómo se iban alejando del centro.

—Te vi tantas veces...

—¿Qué? —El miedo subió por su garganta.

—Bajo aquel gran árbol de Central Park. Aunque ibas desaliñada, no podía dejar de mirarte. Eres tan bonita. —Desvió los ojos del asfalto para mirarla directamente—. Y ahora eres mía. —Sonrió y devolvió su atención a la carretera.

Sam comenzó a temblar, intentó abrir la puerta del vehículo, prefería tirarse al duro asfalto que esperar a que pasara lo que ese loco tenía pensado para ella. Sintió una fuerte mano en su nuca y un golpe seco contra el salpicadero que la dejó inconsciente. Sintió cómo se detenía el coche, cómo alguien cargaba con ella y la llevaba a algún sitio. Un tremendo dolor de cabeza impedía que abriera los ojos, entonces recordó. Ese policía era el hombre que había herido a su pequeña.

Sus manos y brazos se activaron y empezó a golpear a su portador, quien la lanzó al suelo arrancándole por un momento todo el oxígeno de su cuerpo. Atrapó la pechera de su vestido y le golpeó una y otra vez en el rostro, hasta que perdió de nuevo la conciencia.

—¡Maldita mujer! —gruñó el policía. Volvió a cargar con el cuerpo inerte y entró en la casa.

—Connor.

—Hola, Jon, pasa, por favor. ¿Habéis averiguado dónde está Sam?

—Todavía no, pero creemos saber quién la tiene.

—He encontrado esta nota.

Jon la cogió y la leyó.

Un poli ha venido a buscarme. Estaré en comisaría. Llámame cuando leas esto. Un beso.

—El sargento Howard Taylor.

—¿Howard? No sabía que era policía.

—¿Le conoces?

—Claro, le conozco del club, suele jugar con Britany, las otras mujeres le rehúyen, he oído que es demasiado agresivo. ¿Ese cerdo tiene a Sam?

—Creo que sí. —Sonó el timbre de la puerta—. Debe de ser Lola. Le dije que nos veríamos aquí.

Connor se dirigió a la puerta, pero antes de girar el pomo, respiró profundamente.

—Hola, Lola, pasa, Jon está dentro.

—Gracias. —Lola caminó hacia el interior de la vivienda con Connor muy cerca de su cuerpo, que se acaloró al instante.

—Lola. —Ella se giró y le miró a los ojos—. Tenemos que hablar. Yo no quería...

—Connor, este no es el momento. —Siguió caminando hasta hallar a Jon colgado del teléfono.

—¿Qué tenemos? —le preguntó cuándo finalizó la llamada.

—Hola, Lola, todo indica que Taylor se ha llevado a Sam. Las huellas que estaban en el coche y en el timbre acaban de confirmarme los del laboratorio que son tuyas. Coinciden con las de la casa de los Turner.

—¿Has dispuesto controles?

—Sí, en todas las salidas de la ciudad. Estaciones, aeropuertos... No tardaremos en encontrarlo. Tenemos que dar con él, Lola. Es un tipo peligroso...

—¿Y si no lo encontráis? ¿Qué pasará con Sam?

La voz de Andrew les sorprendió. Estaba parado en la entrada de la casa con el semblante pálido después de lo que acababa de escuchar.

—¿Andrew! ¿Qué haces aquí? ¿Y Maggie? —Connor, preocupado, se acercó a su amigo.

—Maggie está con Molly en el hospital. Hay dos policías en su puerta, ella está a salvo. Pero tenía que venir, Connor, desde que me llamaste apenas puedo respirar, necesito hacer algo, saber lo que está pasando.

—Andrew. —Lola se acercó a él y cogió su antebrazo. Connor sin saber por qué empezó a odiar a su mejor amigo. En realidad, sí lo sabía. Estaba celoso del contacto de Lola con otro hombre—. Tienes que dejarnos hacer nuestro trabajo, pero quizás haya algo en lo que puedas ayudarme...

Jon observó el rostro de Connor y sonrió.

—Tranquilo, tío. —Dio un golpe en su espalda—. Encontraremos a Sam.  
—¿Eh? ¡Ah! Sí, sí..., seguro.

—¡Por fin llegas!

—Susan, no tengo ganas de discutir, estoy agotado.

—¿Has estado en el hospital hasta ahora?

—¿Dónde crees si no? ¿Y tú? ¿No piensas ir a ver a TU hija?

—He estado ocupada. —Él la miró con desprecio—. No me mires así. He ido al abogado, si tienes el dinero podemos arreglar lo de la custodia hoy mismo.

—Tu hija está malherida en el hospital, ¿y tú me hablas de dinero? ¿Por qué tanta prisa, Susan? Tenía tres meses para conseguir los diez millones. ¿Qué ha cambiado?

—Nada.

—Susan, explícame qué pasa. Hazlo e intentaré conseguírtelo antes de lo pactado. —Intentó sonar amistoso.

—Me lo darás cuando yo te lo diga, si no quieres ver cómo me la llevo bien lejos de ti y nadie podrá evitar que lo haga.

—¿Por qué tanta urgencia? Dímelo y tendrás tu dinero.

—Tengo que pagar una deuda, algo que no es de tu incumbencia. Ahora solo dame el jodido dinero y me largaré para siempre.

—Está bien. Voy a conseguirte el dinero. ¿Nos vemos en dos horas en tu abogado? —Ella asintió con una sonrisa—. Necesito la dirección.

—Aquí tienes su tarjeta. Te veo en dos horas. —Susan salió de la sala y se apresuró a encerrarse en su habitación. Andrew, silenciosamente, se acercó a la puerta y escuchó cómo hablaba con alguien por teléfono.

—Sí... Hoy conseguiré la pasta y lo arreglaremos todo... Entendido, sí, ya lo he anotado. Nos vemos luego.

Andrew se dirigió hacia su cuarto y cerró despacio, no quería que Susan supiera que andaba fuera de su habitación y que podía haberla escuchado. La oyó trastear dentro de la suya durante un rato y entonces salió yéndose a la calle.

Él salió de su habitación y comprobó que se hubiera ido de la vivienda. Cuando se cercioró de ello, entró en el cuarto de Susan. Miró a su alrededor y vio un bloc de hojas y un lápiz junto a él. No podía ser tan fácil, pensó, pero luego se dio cuenta de que se trataba de Susan, así que, ¿por qué no? Cogió el lápiz y oscureció toda la superficie de la primera página. Asombrado, vio cómo una dirección aparecía en la hoja y sonrió.

—Te tengo. —Corrió a por su móvil, marcó el número que le habían proporcionado y habló—: Sé dónde está, hay que darse prisa...

Sam notaba su rostro magullado. El dolor de cabeza era insoportable y el de sus tobillos y muñecas le provocaban quemazón en su piel. Supo que estaba atada. Poco a poco, empezó a abrir los ojos, le costaba hacerlo por la intensa luz de la habitación, pero tenía que saber dónde estaba para intentar escapar.

—Vaya, vaya, vaya. Mira quién ha regresado del mundo de los sueños. —Ella se tensó, pensaba que estaba sola—. Creía que serías más dura, has vivido en la calle, ¿no? Un par de puñetazos y

llevas dos horas traspuesta.

Ella le miró con asco.

—No me has pillado en un buen día.

Él soltó una carcajada y se sentó frente a ella.

—Veo que aún mantienes el sentido del humor. Eso es bueno en tu situación.

—Y, si puede saberse, ¿cuál es mi situación?

—Que eres mía, que voy a hacer contigo lo que quiera y, cuando me canse de ti, tengo unos amigos que me pagarán muy bien por la suavidad de tu piel. —Acarició su pierna—. El color de tus ojos. —Acarició su mejilla—. Y por este cabello tuyo tan salvaje que te hace irresistible. —Agarró un puñado y tiró de él. Acercó su rostro al de ella—. No olvides que ahora yo decido sobre ti. Pórtate bien conmigo y yo seré amable contigo. —Soltó su cabello—. Ahora te voy a dejar para que reflexiones sobre lo que te he dicho y te hagas a la idea de cómo debes comportarte a partir de ahora, si quieres seguir con vida, claro. Y, cuando se zanjen unos asuntillos, nos largaremos de esta puta ciudad. —Se levantó alejándose de ella y saliendo de la habitación donde la retenía confinada.

Sam estaba temblando. Las palabras de Taylor habían calado muy dentro de ella. Volverían a abusar de su cuerpo, volvería a perder su condición de persona libre, no, no iba a permitirlo. Prefería estar muerta que dejar que eso sucediera. A la menor oportunidad que se le presentara, escaparía. Observó a su alrededor. Era una habitación sencilla, una cama, una mesilla, un sillón, un escritorio y la silla en la que estaba atada. No había cuadros ni ningún tipo de decoración, excepto una lamparita sobre la mesilla. Un gran ventanal al otro lado de la estancia se abría al mundo libre que le habían arrebatado horas antes. Tenía que salir se allí, pero ¿cómo? Observó sus muñecas. Estaban muy irritadas a causa del roce del cuero que la mantenía inmobilizada en la silla. Escuchó voces al otro lado de la puerta y se concentró en entender lo que estaban diciendo.

—Falta menos para... Todo está... —La voz era de un hombre. La reconoció, era la de Howard.

—Pronto podremos... —le respondió una voz de una mujer. La conversación le llegaba entrecortada, pero esa voz la reconoció también; ¡Britany!

—Está dentro.

De repente la puerta se abrió y la imagen de la rubia quedó frente a ella.

—Mira a quién tenemos aquí. A la puta niñera. Howard, no sé lo que tienes pensado hacer, pero destrózala de todas las maneras posibles. Que nunca más un hombre se interese por ella —hablaba mientras tocaba su cabello.

—¡Estás loca! —gritó Sam, apartando de un gesto la cabeza.

—Ya tenemos planes, ¿verdad, preciosa? —Howard se acercó a ella mientras hablaba y cogió entre dos dedos su barbilla, para que le mirara a la cara—. Nos divertiremos un tiempo y luego haremos un viajecito a Oriente, tengo buenos amigos que pagarán una fortuna por ella, pero si no estropeamos la mercancía... Bry, ¿quieres divertirte un rato con ella?

—Estáis tarados. Soltadme de una puta vez.

—Relájate, cielo. Puede que incluso te guste tu nueva vida.

—No sé cómo ni cuándo, pero juro que te mataré, Britany. —La aludida abofeteó con fuerza el rostro de Sam que se volteó por el impacto. Un fino hilo de sangre brotó de la comisura de sus labios al tiempo que, despacio, volvía a mirarla con desprecio y sonrió—. Recuerda mis palabras, hasta mi último aliento te buscaré y cuando te encuentre... —Otro bofetón volvió a cruzarle la cara.

—¡Cállate, zorra! —La ira enrojeció el rostro de Britany.

Una carcajada salió de la garganta de Sam.

—Andrew tenía razón. Eres patética, no me extraña que prefiriera a Susan.

La rubia se lanzó sobre el maltrecho cuerpo de Sam, derribando la silla y comenzó a golpearla con saña. Sam estaba indefensa ante el ataque, hasta que de repente dejó de notar los golpes.

—¡Suéltame! ¡Maldito cabrón, Suéltame! La voy a matar, hija de puta...

Howard la había atrapado por la cintura y la sacó de la habitación, cerrando la puerta en su cara. Se acercó a Sam y con una mano levantó la silla y a ella, provocándole un mareo por el movimiento.

—Estás loca, morena. Te ha puesto guapa a hostias.

—¿Y a ti que más te da? —gritó en su cara. Las lágrimas corrían por su rostro de pura impotencia, por lo que estaba viviendo.

—Te lo expliqué antes. Te quiero entera, nena, el precio por tu vida puede variar, ya sabes, según cómo llegues a tu nuevo dueño y pienso sacar mucha pasta por ti. —Un puñetazo volvió a noquearla.

—Buenas tardes. Soy Andrew Turner y mi abogado, el letrado Murphy. Nos están esperando.

—Señor Turner, abogado, acompáñenme.

Andrew, acompañado por su amigo, siguió a la secretaria y entraron en un despacho donde un hombre entrado en años y Susan, que claramente estaba coqueteando con él, los estaban esperando.

—Señor, la visita que estaba esperando.

—Buenas tardes. Pasen, por favor. —El representante de Susan, se levantó y saludó a los dos hombres recién llegados—. Siéntense, aquí tengo la documentación para la custodia total de la menor de edad Maggie Turner.

El abogado les entregó los papeles de la adopción y otros para el divorcio y su buen amigo comenzó a leer todos los documentos. Cuando comprobó que todo era legal, ambas partes firmaron al pie de cada una de las páginas, legalizando definitivamente la custodia de la pequeña y su separación. Ya nadie podría arrebatarse a su princesa. Entregó una bolsa de deporte que llevaba consigo con los diez millones en su interior. Y la negociación finalizó.

—Susan, solo una cosa más. —Ella le prestó atención—. No quiero volver a verte en lo que me queda de vida. Olvídate de que existimos.

—Eso no será difícil. Hasta nunca, cielo. —Cogió la bolsa y salió del despacho, sin siquiera despedirse de su abogado.

—En fin, señores, discúlpenla, nunca tuvo buenos modales. Murphy, ¿nos vamos? —Su abogado y amigo asintió, y ambos se despidieron del letrado, saliendo de su oficina con la documentación en las manos y una mezcla de emociones bullendo en su interior. Con la alegría de saber que su hija se quedaría con él, y aterrorizado por no saber dónde se encontraba Sam en esos momentos. Subieron a su coche y llamó al mismo número de antes—. Acaba de salir.

—Ya tenemos un coche siguiéndola. Nos vemos en comisaría cuando todo esto termine.

—No. No puedes dejarme fuera de esto. Déjame que colabore con lo que sea. Por favor...

El tono desesperado de Andrew, hizo que el corazón de Jon se ablandara.

—Estamos coordinando las operaciones desde casa de Connor...

—En diez minutos estaré allí —finalizó la llamada y corrió hacia su coche.

—Andrew acaba de llamar. Viene hacia aquí.

Lola, que andaba comprobando que todos los engranajes encajaran, desvió los ojos del portátil y lo miró.

—No creo que sea una buena idea, está demasiado implicado en el asunto.

—Yo me encargaré de Andrew. —Connor interrumpió a los policías—. Necesita saber lo que está pasando.

—Está bien. —Aceptó la situación, Lola—. Tendrás que mantenerlo tranquilo. No sabemos aún a lo que nos enfrentamos.

—Lola, ¿podemos hablar un momento? —susurró las palabras Connor para evitar que nadie más le oyera.

—No es un buen momento. Estamos en medio de una investigación...

—Lola. Te debo una disculpa y no me lo estás poniendo nada fácil.

—No tienes por qué disculparte. Tú vida es así. Todo es fácil y yo no lo soy.

—¿Qué no eres, Lola?

—Fácil, Connor. No soy fácil.

—Pues no te costó mucho tiempo llamarme...

—Eres odioso. Me apetecía echar un buen polvo contigo, pero la cagaste cuando me comparaste con tus otros ligues. Hacía mucho tiempo que no me abría así con un hombre, mucho...

—Pareció que su mente se hallaba muy lejos—. Y creo que es lo mejor.

—¿Qué es lo mejor?

—Que olvidemos lo que estuvo a punto de suceder entre nosotros y sigamos con nuestras vidas.

—No puedo olvidar, Lola. No puedo olvidar el sabor de tus labios, el calor de tu piel, la fogosidad de tu cuerpo... —Se aproximó a ella.

—¡Basta! No es el momento para... —Agitó su mano señalándose a sí misma y a él, apartándose de su cercanía—. Lo que sea esto. Ahora mismo, mi prioridad es encontrar a tu amiga.

—Inspectora, el coche de seguimiento ha contactado. Esperan instrucciones.

—Disculpa, Connor, tengo que ocuparme de esto. —Se estaba alejando, cuando él cogió delicadamente su mano. Ella le miró.

—No voy a dejar esto así. Cuando este asunto se solucione, tú y yo tenemos una conversación pendiente. —Soltó su agarre y dejó que se alejara de él.

El timbre de la puerta sonó. Un agente abrió y tras identificar al hombre le dejó entrar en la vivienda.

—Jon, ¿hay algo nuevo?

—Hola, Andrew. Hemos seguido a tu mujer.

—Exmujer. Hoy hemos firmado los papeles de divorcio.

—Perdona, es la costumbre. Un coche de incognito la ha seguido hasta una vivienda en las afueras en la que ha entrado con una bolsa de deporte.

—La que le di con el dinero.

—Jon, tenemos que irnos. —Lola apareció de repente poniéndose el chaleco antibalas—. Es posible que Sam se encuentre en esa casa. —Jon se puso el suyo.

—Voy con vosotros. —La ansiedad sonó a través de sus palabras.

—No, Andrew. Te vas a quedar aquí con tu amigo hasta que nos pongamos en contacto con vosotros. No podemos estar pendientes de vuestra seguridad, además de sacar a Sam de ese lugar y de coger a los malos. ¿Me habéis entendido? Quedaos aquí. Vámonos, Jon.

—Jon. —Connor llamó la atención del policía cuando salía de la vivienda—. Id con cuidado

y... cuídame a Lola, que me debe una conversación. —El inspector asintió sonriendo.

Todos los policías empezaron a abandonar la casa, mientras Andrew y Connor veían cómo lo hacían.

—No puedo quedarme con los brazos cruzados —se quejó Andrew—. Voy a seguirles.

—Voy contigo.

Localizaron el vehículo en el que viajaban Jon y Lola por la autopista, a toda velocidad, y se dispusieron a seguirlo, siempre manteniendo las distancias para que no los descubrieran.

—Vaya, lo que nos faltaba.

—¿Qué ocurre, Jon?

—Pues que acabo de ver por el retrovisor el coche de Andrew. Esos dos nos están siguiendo.

—Maldita sea. Espero que no interfieran.

—¡Ya estoy en casa! —gritó al abrir la puerta.

—Susan, ¿cómo has tardado tanto?

—Hola, Bry, he tenido que dar un rodeo. No querías que me siguiera nadie, ¿verdad? —Entró en la casa cargada con la bolsa de deporte.

—¿Te ha seguido alguien?

—No, tranquilízate. ¿Y Howard?

—En la habitación con una sorpresita.

—¿Una sorpresa? Me encantan las sorpresas. —Comenzó a dar saltitos como una niña pequeña.

—No sé si esta te va a gustar tanto.

Susan abrió la puerta de la habitación y se encontró con Howard sentado en un sillón leyendo un libro y a una mujer atada en una silla.

—¿Qué hace esta zorra aquí? —Se sorprendió al ver a Sam atada e inconsciente en la habitación.

—La hija prodiga ha vuelto al hogar. Ya era hora. ¿Tienes mi dinero? —Ignoró su pregunta mirándola por encima de las hojas.

—Te he preguntado qué coño hace esta aquí.

—No es asunto tuyo, solo dame el dinero y desaparece de mi vista, bastantes problemas me ha creado ya tu puta adicción.

—Aquí tengo tu dinero, no seas tan desagradable, solamente quiero saber por qué está aquí.

—Ella está aquí porque quiero que esté. Ahora me pertenece, es un plus que me voy a sacar por todo lo que me ha supuesto tener que dar la cara por ti todo este tiempo y voy a llevármela muy lejos... No te preocupes por ella. Luego la venderé al mejor postor.

—¿En serio, Howard? ¿No tenemos suficientes problemas ya?

—Te he dicho que no has de preocuparte por ella, ahora es mi problema, y en breve desapareceremos de esta ciudad. Estaba esperando a que llegaras para avisar a mi contacto y poder largarme. —Se levantó del sillón, dejando el libro sobre el escritorio—. Vamos a contar esos fajos de billetes que el tiempo corre en nuestra contra.

Cogió a Susan por el brazo y la sacó de la habitación sin ninguna delicadeza.

—¿Qué pasa, Howard?, ¿ahora que tienes a esa zorrita ya no quieres jugar conmigo?

Soltó su brazo y se enfrentó a ella.

—Mira, voy a ser claro contigo. Solo te he follado como pago de mis intereses por toda la coca que me debías, no eres más que una puta adicta que ofrece su coño por una dosis. No sé cómo pudiste engañar a ese pobre imbécil para que se casara contigo, pero yo sé quién eres; una puta chiflada. Y, ahora que nuestro trato llega a su fin, puedes estar segura de que no te tocaría ni con un puto palo.

—¿Cómo te atreves a hablarle de esa forma?

—La que me faltaba. —Se giró para enfrentarla—. Britany, cielo, la cagaste el día en que te pillaste por esta loca y tú lo sabes. Es una tía tóxica y te ha envenenado el cerebro. Harías bien en alejarte de un bicho así.

Un fuerte grito hizo que se girara y, sin poder hacer nada, el frío acero de un cuchillo de cocina traspasó su fuerte pecho clavándose en su negro corazón. Cayó de rodillas y miró alternativamente al mango del cuchillo y a Susan sin dar crédito a lo que estaba pasando.

—Puta loca. —Esas fueron sus últimas palabras antes de desplomarse, de bruces contra el suelo, muerto.

—Susan..., ¿qué has hecho?

—Librarnos de un problema. —Se giró y se dirigió al baño para lavarse las manos ensangrentadas.

Britany la siguió histérica.

—Susan, ¿has pensado en las consecuencias de esto? ¿Cómo vamos a saldar la deuda con los traficantes?

—¿De qué deuda me hablas? Era Howard quien les debía la pasta, no yo. Y ahora con diez millones de pavos vamos a desaparecer y a disfrutar de la vida donde nos apetezca, mi niña. Somos ricas. —Soltó una carcajada—. Al final, esto va a salir redondo.

—¿Y qué vamos a hacer con la zorra? Porque eso sí nos puede ocasionar problemas.

—Podemos seguir el plan de Howard, divertirnos con ella y luego venderla al mejor postor. Hay grupos que se encargan de ello, Howard me llevó con él en alguna ocasión. Mientras hacían tratos sobre drogas, hablaban del tráfico humano, me pareció interesante y presté atención.

—¿Crees que podremos hacerlo?

—Pues claro, cielo. No te preocupes por nada, yo me encargo de todo. —Salieron del baño y se dirigieron a la sala donde estaba el arma del policía corrupto—. Vamos a despertar a la bella durmiente, tengo ganas de divertirme un rato.

Britany se acercó a ella cual felino en celo.

—No la necesitamos, amor. Yo puedo hacerte pasar un buen rato.

—¿Y qué me vas a hacer, Bry?

—Ven conmigo y te lo mostraré. —Cogió su mano y la guio hacia una de las habitaciones cerrando la puerta al entrar.

Jon detuvo su coche a unos doscientos metros de la vivienda en la que sabía que Susan se encontraba en su interior con el dinero. Antes de intervenir, debían de cerciorarse de si Sam se encontraba allí también.

Se bajaron del coche y, mientras Jon se dirigía a sus hombres con la intención de dar instrucciones para cercar la vivienda, Lola se acercó al coche, que estaba medio camuflado tras unos arbustos pretendiendo pasar desapercibido con los dos hombres que los habían seguido, habían parado lejos de los coches policiales.

—Vosotros dos. Bajaos del coche. Ahora. —Ambos se maldijeron por no haber sido capaces de pasar inadvertidos y se bajaron del vehículo esperando la bronca de la inspectora—. ¿No habéis oído lo que os dije? Que os quedarais en la casa. Podría hacer que os detuvieran por obstaculizar la labor policial.

—Lola...

—Ni Lola ni mierdas, Connor. Os dije claramente que os quedarais en la casa. ¿Cómo podéis ser tan inconscientes? Quedaos aquí, no os lo voy a repetir.

Se alejó muy enfadada bajo la atenta mirada de los dos hombres.

—Menudo genio —comentó Andrew.

—Y no sabes cómo me pone, amigo —respondió Connor pensativo—. Ni te lo imaginas...

—Vaya, no lo sabía.

—Sí. En el club parecía que conectábamos, y la otra noche vino a casa y...

—¿Y...? —preguntó con curiosidad Andrew.

—Y nada, tío. Metí la pata con un comentario tonto y se marchó hecha una furia. —Su amigo le miró con atención esperando que prosiguiera hablando—. No sé qué me pasa con ella, Andrew. Creo... creo que me gusta de verdad. No para un rollo de una noche, ¿sabes? Me gusta que tenga carácter.

—Te entiendo perfectamente, así me siento con Sam.

—Bueno, no creo que sea lo mismo, tú y Sam estáis enamorados.

—Pero al principio era así, solo da tiempo al tiempo, amigo.

—No sé...

—Mientras te lo piensas, voy a acercarme un poco más.

—Andrew, Lola nos ha dicho...

—Sé lo que ha dicho, pero no puedo quedarme aquí.

—Entonces, amigo, vamos a meternos en líos.

Ambos se aproximaron lo suficiente como para ver a través de las ventanas, si había movimiento en el interior de la vivienda. Agazapados tras unos arbustos, observaban con sigilo a los agentes haciendo su trabajo.

Mientras, en una de las habitaciones de la casa, las dos mujeres yacían sofocadas tras mantener relaciones.

—Tenemos que irnos. —Susan se incorporó en la cama y empezó a vestirse. La mano de Britany acariciaba su espalda mientras le preguntaba—: ¿Tienes pensado a dónde iremos?

—Sí. Cada vez lo tengo más claro, pero no voy a decírtelo. Quiero que sea una sorpresa. —Giró su rostro y la miró—. Confía en mí. —Acarició su brazo—. ¿De acuerdo? Y ahora vístete, tenemos que prepararnos para largarnos de esta ciudad de una maldita vez. Voy a despertar a la bella durmiente.

—Vale.

Susan salió de la habitación y una malvada sonrisa afloró en sus labios. Entró en la habitación donde estaba retenida Sam, se aseguró de que siguiera sin conocimiento y entonces cogió el móvil e hizo una llamada.

—¿Diga?

—¿Óscar? Soy Susan, la amiga de Howard, ¿me recuerdas?

—Déjame pensar... ¿Eres el bomboncito rubio que le acompañó la última vez que vino a verme?

—La misma.

—¿Y qué puedo hacer por ti, bomboncito? ¿Howard te ha dicho que me llames?

—En realidad, ha sido idea suya, pero creo que tú y yo podríamos hacer negocios juntos, sin intermediarios. ¿No te parece?

—¡Ay, nena! Yo no hago negocios con las putas de mis amigos, no te lo tomes como algo personal.

—No lo hago, pero ¿ni siquiera por dos millones de dólares?

—¡Mmmm! Es una buena cifra. Tienes toda mi atención. Adelante, te escucho.

—Tengo que librarme de una, bueno, de dos mujeres, y sé que tú puedes hacer que desaparezcan y que hagan muy felices a los tarados a los que se las vendas. Te ofrezco un millón a la entrega y el otro cuando yo haya desaparecido y esté en un lugar seguro, entonces te haré una transferencia a la cuenta que tú me indiques. Evidentemente, lo que saques por ellas será tuyo también, ¿no opinas que es un buen negocio?

—Lo es, no te lo voy a negar, todo beneficios para mí. Por eso no sé si fiarme de ti. ¿Quiénes son esas mujeres?

—Una ha destrozado mi matrimonio y la odio a muerte. La mataría yo misma, pero quiero saber que va a sufrir y que será ella la que desee estar muerta. La otra es como un grano en el culo y no me la saco de encima, romper con ella no sería suficiente, conoce demasiados trapos sucios sobre mí y podría meterme en la cárcel de por vida, por ello... tengo que hacerla desaparecer.

—¿Cuándo haríamos la transacción?

—Ahora mismo, si te va bien. Puedo mandarte por wasap la ubicación si tu respuesta es afirmativa.

—Me parece bien. Mándamela. —Y colgó.

Susan así lo hizo. Dos minutos después recibía respuesta.

Estoy cerca, a quince minutos.

Britany entró en ese momento en la habitación.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie, cielo, solo con la compañía aérea. Acabo de reservar los pasajes a...

—¡Oh! Vamos, dímelo.

—Está bien, quería que fuera una sorpresa, pero, qué diablos, ya tendremos más. Nos vamos a París.

—¿A París? ¿Francia?

—Pues claro, no iba a llevarte a París, Texas. —Las dos rieron a carcajadas.

—Me encanta la idea, es una ciudad tan romántica.

—Sí, lo es, pero debemos prepararnos, he llamado a un amigo para que nos recoja.

—¿Un amigo?

—Sí, cielo, no te preocupes por nada, ya lo tengo todo calculado. —Le dio un azote en la nalga —. Vamos, recoge tus cosas mientras yo espabilo a la zorra durmiente.

Britany la besó en la boca y salió corriendo de la habitación sin darse cuenta de cómo Susan se limpiaba el beso que acababa de darle con el dorso de la mano.

—Inspectores. Se aproxima un coche a la casa. —Uno de los agentes alertó a Lola y a Jon que estaban coordinando la operación.

—Todos en sus puestos y atentos.

El vehículo paró frente a la vivienda. Dos hombres bajaron de él y se dirigieron directamente a la casa, entrando en ella.

—¿Habéis captado sus rostros?

—Sí, jefa, vamos a cotejarlos con la base de datos de reconocimiento facial, a ver si tenemos suerte.

—Gracias.

—¿Quién crees que son, Lola?

—No tengo ni idea, Jon. Quizás son socios de Taylor, diversión para Susan..., no lo sé, pero mi instinto me dice que son más problemas. —La cámara térmica nos indica que en el interior de la casa hay tres figuras. Una en la planta de arriba y dos en la de abajo, antes de la aparición de los dos tipos, claro. Creo que una de las figuras de la planta inferior es Sam. No se ha movido en este rato.

—Tenemos que confirmar que sea ella antes de actuar. No podemos arriesgarnos a que la maten si se sienten acorralados... Y ahora dos nuevos inconvenientes se han añadido al problema. ¡Mierda! Sanders, ¿hay algo de los dos sujetos?

—Acabamos de identificar a uno de ellos, jefa. Y no te va a gustar.

Lola se aproximó, acompañada de Jon, al agente que había hablado. Se fijaron en la pantalla del ordenador que mantenía fija la imagen de un hombre, y la inspectora no pudo reprimir su frustración al leer el informe.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Solo nos faltaba esto...

Jon leyó en voz alta.

—Óscar Ivanov, presunto jefe de una organización de trata de seres humanos, no se le han podido imputar cargos por falta de pruebas.

—Pues creo que hoy vamos a recoger pruebas de sus delitos para todas las agencias gubernamentales que le han estado investigando porque estoy segura de que ha venido a llevarse a nuestra chica...

—Lola, ese tío es más peligroso de lo que parece, nunca han podido acusarle y eso quiere decir que tiene toda su red bien tejida. No dejará cabos sueltos.

—Chicos, preparaos. Creo que la fiesta está a punto de empezar.

—Óscar, bienvenido a esta humilde morada. Pasad, por favor. —Susan invitó al interior de la vivienda a los dos hombres.

—Bomboncito, te veo preciosa.

—Gracias, Óscar, eres muy amable. Los paquetes están casi preparados. Una de ellas será fácil, está inconsciente. La otra quizás no esté muy de acuerdo con nuestro trato, pero, que no te engañen sus modales, es una zorra muy caliente en la cama.

—Susan... ¡Oh! Veo que ya ha llegado nuestro transporte. Soy Britany.

—Britany, un placer. —Cogió su mano y besó sus nudillos—. Eres preciosa, pareces una reina. ¿La otra es igual de bonita?

—Susan, le has explicado a este señor que solo ha de llevarse a la zorra, ¿no?

—Verás, Bry. Ha habido un cambio de planes de última hora. —La cara de asombro de su amante la hizo reír—. No me mires así, cielo. No voy a despilfarrar el dinero contigo, habiendo tanto sexo en el mundo, ¿por qué limitarme... a ti? Además, no tienes de qué preocuparte, donde vas a ir seguro que también te vas a hartar de follar. —Se carcajeó en la cara de la que hasta entonces había sido su amante.

—No puedes hacerme esto, Susan, yo te quiero.

—Qué absurda cosa esta del amor, ¿no crees, Oscar? Esas ataduras invisibles que te obligan a hacer estupideces por otra persona. No. —Miró directamente a Britany—. No me interesa, cielo. No te lo tomes como algo personal.

—Bomboncito, enséñame a la bella durmiente. Boris, vigila a esta preciosidad, no vaya a querer irse sin nosotros.

—Acompáñame, Óscar, por aquí. —Susan le guio hasta que estuvieron frente a Sam.

Él cogió su rostro por la barbilla, lo levantó, para verle los rasgos, y se quedó prendado por su belleza, a pesar de los morados que mostraba su piel.

—¿Quién la ha golpeado de este modo?

Susan notó el cambio brusco en su tono de voz, pero no le dio importancia.

—¡Oh!, eso fue Howard, se le fue un poco la mano. Pero seguro que en unos días ya no se le notarán y podrás venderla por un buen precio. ¿A que es guapa? Si no hubiera sido tan zorra me la hubiera tirado incluso yo.

—¿Y dónde se encuentra mi buen amigo Taylor?

—Se largó y nos dejó tiradas con este marrón —dijo señalando a Sam—. Fue entonces cuando pensé en ti, Oscar.

—¿Tienes el dinero?

—Soy una mujer de palabra. —Se aproximó a la cama en la que había una mochila, la cogió y se la entregó—. Aquí tienes el primer millón. Ahora solo tienes que darme un número de cuenta y cuando esté lejos de aquí te ingresaré el resto del pago.

Óscar abrió la cremallera y vio su contenido.

—Ya lo contaré, espero que no falte nada.

—Puedes estar tranquilo, está todo.

—Bien, en cuanto al resto del pago he tenido una idea brillante... No va a ser necesario esperar, creo que me lo voy a cobrar ahora mismo. —Y, sin mediar ni una palabra más, le lanzó un puñetazo en el estómago a Susan, dejándola sin apenas respiración. Sus rodillas golpearon con fuerza en el suelo cuando cayó sobre él, sorprendida—. A diferencia de mi buen amigo Taylor, sé que no hay que golpear en la cara a una mujer preciosa, puede quedar marcada y pierde valor comercial. —Cogió en un puño el cabello de Susan y la obligó a mirarlo—. Por ti voy a sacar más de tres millones, tengo un cliente, muy..., cómo llamarlo, ¿especial? Sí, especial es un buen adjetivo para su forma de ser, que le encantan las mujeres como tú. Se va a divertir mucho contigo. —La empujó y cayó tendida sobre las frías baldosas—. Pero voy a asegurarme de que durante el trayecto no vas a ocasionarme problemas. —Le dio una patada en el estómago, doblándola de nuevo—. Bomboncito, ¿ya no sonrías? Piensa que vas a conseguir lo que querías, viajarás muy lejos y nunca nadie te encontrará. Al fin y al cabo, todos conseguiremos lo que deseamos. ¿No lo ves así? —Soltó una carcajada—. Boris —gritó a su acompañante y este apareció por la puerta—, ¿tienes controlada a la rubia?

—Atada y amordazada.

—Perfecto. Aquí tienes otro regalito para envolver. Date prisa, cada minuto que permanecemos aquí más fácil es que nos encuentren. —Óscar no era ningún estúpido. Sabía que, gracias a su proceder, había logrado escapar de la policía en varias ocasiones en el transcurso de su vida. Cogió su móvil y pulsó el número de su amigo Taylor, quería comentarle el asunto que tenía entre manos, cuando se sorprendió al oír que el tono de llamada sonaba dentro de esa casa—. Boris.

—¿Señor?

—¿Lo oyes?

—Lo oigo.

—Encuétralo.

Salió de la habitación en busca del sonido, al cabo de un momento regresó con un teléfono sonando en sus manos.

—Está en la habitación del fondo. Muerto. Una puñalada en el corazón.

—Bien. Prepárate, nos vamos en cinco minutos. —Se agachó junto a Susan, que no paraba de llorar y de temblar, agarró con fuerza su barbilla y la obligó a mirarlo—. ¿Has matado a mi amigo, bomboncito? Te va a encantar tu nuevo hombre, es un sádico al que las putas como tú le duran un mes. Un mes de dolor, sangre y desesperación porque realmente desearás estar muerta. Te lo juro, desearás que te mate. Pero en este caso le diré que me haga un favor personal. —Acercó sus labios al oído de Susan. Quería que lo oyera bien—. Le voy a pedir que sea cuidadoso y, en vez de un mes, le dures dos. Ahí, cuando pase el tiempo y acabes muerta, te tirará a sus cerdos y no quedará ni rastro de ti. —La soltó con desprecio—. Levántate, es hora de irnos.

—No puedes hacerme esto —balbuceó—. Teníamos un trato.

—¿Un trato? ¡Mmmm! Tienes toda la razón. Y cumpliré con lo pactado, yo me voy a llevar a tus amigas y las haré desaparecer. Tú eres un extra que me proporcionará muchos beneficios. No te lo tomes como algo personal.

—Eres un hijo de puta.

—Un hijo de mil padres, sí, tienes razón, soy un hijo de puta, quizá sea ese el motivo por el que no tengo remordimientos. Levántate o lo haré yo por ti. —Susan, temblorosa, se levantó con dificultad. Óscar la cogió del codo y la sacó de la habitación—. Boris, envuélvela con delicadeza. Es un obsequio para el Conde.

—Sí, señor.

—Lola, tenemos que hacer algo.

—Esperaremos a que salgan e iremos a por ellos. Recordad que hay un rehén. Cuidado con los gatillos fáciles, no quiero tener que expedientar a nadie. ¿Queda claro? Pues todos a sus puestos y alertas a mi señal.

—¿Estás viendo lo que yo, Andrew? —comentó en un murmullo su amigo.

—Están a punto de actuar y estoy muerto de miedo. Si le pasara algo a Sam, yo...

—No pienses eso, amigo. Lola y Jon la sacaran de ahí. Ya lo verás y toda esta pesadilla se acabará de una vez.

—¿Estamos listos, Boris? —Este asintió—. Es hora de ir llevando a las señoritas al coche. Nuestro vuelo nos espera. Saca primero a la bella durmiente, yo te espero con el bomboncito y la reina rubia. —Su esbirro entró en la habitación, cortó las bridas que la mantenían atada y la cargó sobre su hombro—. ¿Sigue inconsciente? ¡Vaya! Pues sí que le dio fuerte Taylor. En fin, métela en el maletero y vuelve, se nos está haciendo tarde.

—¡Chicos! Se abre la puerta. ¡Atentos! —Lola desenfundó su arma, al igual que Jon. Se miraron y ella dijo—: Suerte, amigo, nos vemos cuando acabe esto.

—Me debes una cerveza bien fría. Así que ten mucho cuidado.

—Eres un gilipollas...

—Y te encanta. ¡Atención! Sale alguien.

Vieron a un varón cargando el cuerpo de una mujer, abrir el maletero e introducirlo en el vehículo. En ese momento, Lola reveló su posición al levantarse y gritar.

—¡Alto, policía!

Nadie vio al tirador, pero una detonación se escuchó en la calle. Los policías abrieron fuego contra el hombre y la casa, y todo fue un caos en un momento. El hombre cayó abatido junto a la puerta de entrada de la vivienda al tiempo que Jon gritaba.

—¡Alto el fuego! ¡Ato el fuego! ¡Maldita sea! Sanders, ¿quién coño ha disparado?

—Creo que el disparo salió de la casa.

—¿Cómo? Tomad posiciones, vamos a entrar. Lola, ¿estás lista? —Al girarse para ver la confirmación de su compañera, se le heló la sangre—. ¡Lola! —Se acercó apresuradamente y la sujetó antes de que se desplomara—. Sanders, avisa a una ambulancia, rápido. ¡Vamos, Lola, aguanta! —Presionó la herida del cuello de la que brotaba abundante cantidad de sangre—. Vamos, jefa, aguanta, por favor...

—No, no, no, Lola... —Connor apareció a su lado—. No puedes dejarme ahora, me debes una conversación, ¿recuerdas?

—Connor, quédate con ella. Presiona la herida. Lola, voy a encargarme de ese desgraciado..., no te atrevas a morirte, ¿me oyes?

Lola abrió débilmente los ojos, lo miró y un murmullo bañado en sangre salió de su boca:

—Cóge... lo...

—Te lo prometo. Te dejo en buenas manos. —Jon se dirigió entonces a los policías—. Empieza la fiesta, chicos. Vamos a entrar.

Cuando los agentes estaban acercándose a la vivienda, una sonora explosión estalló en el interior, haciéndola saltar por los aires. La sorpresa se instaló en el rostro de los allí presentes, ninguno entendía qué había pasado. Un grito desgarrador se oyó en medio del caos.

—¡Saaaamm! —Andrew corrió hacia el vehículo donde el hombre había metido a la mujer minutos antes. Abrió el maletero y sacó el cuerpo inerte de Sam. Las lágrimas corrían por su rostro—. ¡Ayudadme! Necesita un médico. —Cayó de rodillas abrazándola con desesperación—. No me dejes, mi amor.

Las ambulancias llegaron y los sanitarios se hicieron cargo de las dos mujeres. Las estabilizaron y sin dilaciones las llevaron al hospital, no podían perder ni un instante, para ambas el tiempo corría en su contra. Andrew y Connor los siguieron en su coche. Una vez en el hospital, los dos hombres no tuvieron más remedio que esperar tras las puertas de urgencias, viendo cómo

se llevaban parte de sus corazones en esas camillas.

—Están en buenas manos —comentó Andrew.

—Sí, y son dos mujeres fuertes..., saldrán de esta. Seguro —respondió Connor.

Uno y otro intentaban reconfortarse, pero sabían bien que las dos mujeres estaban graves. Solamente podían esperar.

Habían pasado dos horas, cuando Jon llegó a urgencias.

—¿Se sabe algo?

—Solo que se las han llevado —contestó Connor frustrado—. Nadie nos dice nada.

—Voy a preguntar. —Jon se aproximó al control de enfermeras, mostró su placa e indagó sobre el estado de su compañera y de Sam. Un instante después, regresaba junto a los dos hombres—. Esto es lo que me han dicho: Sam está estabilizada, pero continúan haciéndole pruebas para saber por qué sigue inconsciente. A Lola la están operando en este momento. Solo podemos esperar...

—¿Qué es lo que ha pasado, Jon?

—Suponemos que era una casa franca y estaba preparada para cualquier contratiempo. En su interior hallamos un cadáver. Un hombre, suponemos que era Taylor. Presentaba un cuchillo de grandes dimensiones clavado en su pecho. No había nadie más. Mis agentes han descubierto un pasadizo bajo la casa, con la salida a cuatro viviendas de distancia. El lugar lleva vacío varios años. Se han largado, pero tenemos agentes cubriendo las salidas de la ciudad, aeropuertos, muelles... No van a ir muy lejos.

—¿Y la explosión?

—Los artificieros aún están buscando pruebas, pero estamos seguros de que fue una maniobra de distracción. Y les funcionó... También hemos encontrado, escondida en un armario, la bolsa de deporte con el dinero que le diste a Susan. No entiendo por qué no se la llevó consigo. No tiene sentido. Nada de lo que ha sucedido hoy lo tiene. Pero ahora lo importante son las chicas, seguro que superan todo esto, ¿verdad? —Los tres se quedaron en silencio. Ninguno se atrevía a exponer sus miedos y el tiempo seguía pasando, lento e inexorable.

—Inspector. —Un médico llamó su atención. Los tres se levantaron de golpe—. Tengo buenas noticias. Hemos extraído la bala a la teniente Gutiérrez y está estabilizada. Ahora mismo está en la UCI, pero, si evoluciona favorablemente, hoy mismo podríamos pasarla a planta. Es una mujer muy fuerte. En cuanto a la señorita Johnson, a pesar de las numerosas contusiones, no encontramos motivos para que no despierte, así que podría hacerlo en cualquier momento.

—¿Puedo verla? —Andrew sonó desesperado.

—Por supuesto. Esta enfermera le acompañará a su habitación.

—Ve con ella amigo, yo... esperaré aquí.

Andrew y la enfermera desaparecieron por uno de los pasillos. Connor tenía sentimientos agrídulces por las noticias. Su peque, su amiga, se pondría bien, pero aún tendría que esperar para ver a Lola.

Andrew entró en la habitación y vio a Sam conectada a distintas máquinas que controlaban sus constantes vitales. Se sentó en la silla junto a la cama y agarró con delicadeza su mano.

—Sam, estoy aquí, mi amor. Todo va a salir bien, solo vuelve conmigo, no me dejes solo... Todos necesitamos que vuelvas. Molly te necesita, ya lo sabes, eres como una hija para ella. Maggie te necesita en su vida, eres su alegría. Connor está loco por Lola, pero aún no se ha dado cuenta y te va a necesitar para hacérselo entender... Y yo, Sam, yo te necesito más que nadie, te necesito para seguir respirando, para volver a sonreír, para que me quieras y no me dejes jamás... Te quiero tanto. Hasta ahora ha sido difícil, ¿verdad? Pero te prometo que todo va a cambiar. Vuelve a mi lado, mi amor, no me dejes solo en esta oscuridad que es la vida sin ti. Vuelve,

cariño, vuelve con nosotros...

La puerta de la habitación se abrió despacio.

—¡Papi! —Maggie entró acompañada de Molly, que se quedó en segundo plano al ver el rostro de Sam lleno de moratones. La pequeña subió sobre su padre y lo abrazó—. Le han hecho daño, como a mí, papi. ¿Se va a poner buena? ¿Por qué está dormida? Igual le pasa como a la bella durmiente, a lo mejor si le das un beso se despierta. ¿Has probado, papi?

—Pues la verdad es que no la he besado, princesa.

Dejó a la pequeña en la silla y se aproximó al rostro de Sam. Acarició su mejilla y con delicadeza besó sus labios, pero ella no despertó.

—Ahora yo, papi. —Él la cogió en brazos y aproximó los dos cuerpos. Maggie lanzó sus bracitos al cuello de Sam, besó su mejilla y susurró en su oído—. Quiero que seas mi mami, pero tienes que despertarte.

Poco a poco, los párpados de Sam comenzaron a abrirse y, al ver que era su pequeña quien la estaba abrazando, lloró de felicidad.

—Mí... niña preciosa.

—¡Sam! —exclamó la niña llena de felicidad—. Papi, papi, se ha despertado.

—Sí, mi amor. Lo ha hecho. —Andrew la miró, acarició su mano y entrelazaron sus dedos—. Ahora todo irá bien.

Connor había estado esperando, durante dos días, a que Lola recuperara la consciencia después de la operación. Estaba a punto de entrar en la habitación y se dio cuenta de que le temblaba la mano. Respiró profundamente y entró. Ella lo miró y sonrió.

—Ya era hora de que despertaras, nos has tenido muy preocupados a todos. —Se aproximó a la cama y cogió su mano.

—No era mi intención.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada..., con ganas de salir de aquí.

—Pues tómatelo con calma. Tienes que recuperarte para que puedas gritarme por todo y por nada. Lo he echado de menos estas últimas horas.

—¿El que te grite?

—A ti Lola. Te echado de menos a ti y a lo que me haces sentir cuando me pones en mi lugar. Me pones muy bruto.

—Sí, ya..., como todas.

—No. Quiero dejarte claro este asunto de una vez ... Esto que siento contigo no lo había experimentado nunca. Así que deja de hacerte la remolona y ponte bien pronto, que nos queda por averiguar lo que nos pasa cuando estamos juntos, ¿vale? —Ella asintió con lágrimas en sus ojos—. Me asustaste mucho, Lola. Creí que te perdía y pensé que me iba a volver loco sin nuestras peleas. ¿Te lo puedes creer? —Sonrieron—. Nos queda toda una vida por delante para perfeccionarlas, preciosa. ¿Te apuntas a la locura? —Ella volvió a asentir, y él la besó con deseo.

## Epílogo

El tiempo pasó. Las heridas de ambas mujeres, sanaron y sus vidas volvieron a una relativa normalidad. No fue fácil para ninguna de ellas, debieron superar el trauma que habían vivido, el miedo a perder a los seres amados.

Lola volvió a hacerse cargo de su puesto en la comisaría y siguió tras la pista de Óscar Ivanov, a parte de los casos diarios. Sabía que había conseguido salir del país y, por la información que habían obtenido, no lo había hecho solo. Dos mujeres lo acompañaban en su huida. No sabían si de forma voluntaria o no, pero sí tuvieron claro desde el principio que una de ellas era Susan y, tras interrogar a Sam, descubrieron que Britany también se hallaba en la casa durante la operación policial. Así que no descartaron que fuera la tercera fugitiva. Se emitieron órdenes de busca y captura internacionales de los tres personajes, cercando sus movimientos. Tarde o temprano, acabarían atrapándoles. Todavía quedaba por aclarar la muerte de Taylor. El fuego borró las huellas que pudiera haber en la empuñadura.

Su historia con Connor se la tomó con calma. Pero cada vez que pasaban unas horas a solas, no podían controlar que un fuego abrasador los envolviera. Eran pura pasión y eso la frenaba en el avance de lo que podía ser una bonita historia.

Jon cumplió su promesa. Cuando el caso se enfrió y Lola regresó al trabajo, se tomó unos días de descanso e hizo una llamada que tenía pendiente. Llamó a Rita. La invitó a cenar. Charlaron, rieron y conectaron de una manera increíble. Y de esa cena pasaron a un desayuno en la cama y a una historia en firme entre ellos.

Sam se encontraba recostada sobre el tronco del gran sauce de Central Park. Bajo ese árbol había soñado cómo podría llegar a ser su vida mientras vivía en la calle. Y, aunque con algunos reveses en el camino, había salido mejor que en el mejor de sus sueños.

—Mami, ¿estás soñando otra vez? —preguntó Maggie que estaba apoyada sobre ella.

—¡Mmmm! Solo un poquito, mi niña. Es lo que pasa cuando te tumbas bajo el árbol de los sueños. —La abrazó con ternura—. Se está tan bien aquí...

—Pero, mami, tenemos que ir a casa con Molly para hacer magdalenas.

—¡Es verdad! Anda, despierta a Max y nos vamos. ¡Hay que ver! Este cachorro es más dormilón que yo. —Se echó a reír acompañada por la pequeña.

Al levantarse se le secó la boca al verlo. El caminar seguro; la figura de complexión fuerte; la sonrisa surgiendo de entre su barba, espesa y bien cuidada; su cabello largo, lo llevaba suelto dándole ese aspecto sexi, y a la vez peligroso, que la enamoró el primer día.

—Mis preciosas chicas, ¿nos vamos a casa?

—¡Papi! ¡Papi! —La pequeña saltó a los brazos de su padre, mientras el cachorro intentaba imitarla subiendo las patas por sus piernas pidiendo su ración de mimos.

—¡Hola, princesa! —La abrazó con fuerza—. Mira, Max también está contento de verme... —Entonces miró a Sam a los ojos y su voz salió un poco más ronca—. Creo que mami también se alegra de verme.

Se aproximó al oído de su hija y le dijo algo que la hizo reír. La bajó al suelo y la pequeña cogió la correa del cachorro y se fue corriendo con él.

—¿Qué le has dicho?

—Que ahora tenía que saludar a mi mujer y que tenía que dejarnos un momento a solas para que no te pusieras colorada. —Abrazó su cintura y apoyó su espalda en el árbol impidiendo que pudiera escapar—. ¿Quieres que te bese, Sam? —susurró muy cerca de su boca—. Yo me muero por besarte, llevo todo el maldito día pensando en ello...

—Lo quiero todo contigo, Andrew, ya lo sabes. Bésame, mi amor. —Acarició su nuca, acercándose más a él. Juntaron sus labios y la pasión del momento les hizo desear estar solos en el mundo—. ¡Andrew! —Se separó un poco para mirar sus ojos—. Estamos en medio de Central Park...

—¡Papi! Se ha puesto colorada igual.

Los dos estallaron en carcajadas al oír a Maggie, la alzaron entre los dos, y se abrazaron los tres entre risas.

—Anda, vámonos a casa a hacer esas magdalenas.

Llegaron a casa entre risas.

—Molly, ¿podrías prepararle la comida a Maggie?

—Claro, Andrew, mi niña, ¿qué quieres que preparemos para comer?

—Pero, papi..., íbamos a preparar magdalenas —dijo Maggie haciendo pucheritos.

—Y las haremos, princesa, pero papi quiere hablar un momento con mami. ¿Te parece bien?

La pequeña asintió. Todo lo que hiciera feliz a Sam le parecía bien. Había tardado en llegar a su vida, pero por fin sentía que tenía una madre que la quería con todo su corazón.

—¡Valeeee! Pero luego las hacemos, ¿eh? Que no se te olvide. Molly, ¿preparamos macarrones con tomate?

—Pues claro, cariño. Vamos a prepararlos.

Antes de salir del salón, Maggie abrazó a Sam.

—Te quiero, mami. —Y se fue corriendo tras Molly.

Sam se emocionó. Amaba a esa pequeña como si la hubiera parido. Andrew se dio cuenta. Y tendió su mano para que se acercara a él.

—¿Y se puede saber de qué quiere papi hablar conmigo? —Sam se acercó a él sensualmente y se abrazó a su cuello.

Él abrazó su cintura.

—Es que en el parque me quedé con las ganas de besarte como tú te mereces. Lo sabes, ¿verdad? —Ella besaba la comisura de sus labios, mientras asentía y acariciaba su nuca—. Quiero subir contigo a la habitación —susurraba en su oído—. Quitarte la ropa, atarte en la cama y... —La cogió en brazos y subió corriendo las escaleras entre risas. Cerró la puerta del cuarto y la dejó de pie, suavemente, junto a la cama—. Y hacerte el amor, señora Turner.

—Lola, ¿estás bien?

—¡Eh! Sí, sí. ¿Por qué?

—Porque llevo cinco minutos hablándote de un robo entre Broadway con la Séptima y no has ni parpadeado. ¿Seguro que todo va bien?

—Sí, sí, de verdad. No te preocupes, Jon, solo que tengo algo rondándome por la cabeza. —Se levantó de su silla—. Perdona, he de hacer una llamada. —Salió de la comisaría, cruzó la calle y se sentó en un banco del parque. Miró en móvil, suspiró y le dio a la llamada que tanto le estaba costando hacer.

—Hola, preciosa. ¿Qué me cuentas?

—Connor. Tenemos que hablar...

Sara Witch

## Agradecimientos

Siempre que llego a esta parte me quedo mirando la pantalla y pienso: ¿cómo expresar todo lo agradecida que me siento? Dar las gracias simplemente no me vale porque las risas, las videollamadas y los consejos de mis locas me han dado alas para llevar esta historia hasta el final.

Cuando leían el capítulo de turno, hacían cávalas para saber cómo continuaría, vamos que, si llego a tomar notas de sus comentarios, hubiéramos escrito un libro paralelo con otras escenas y quizás otro final. Pero mis personajes, como siempre, tenían la última palabra, y ellos decidieron o acabarían volviéndome loca.

Escribir esta historia no ha sido demasiado fácil. No por falta de tiempo, sino por exceso de él. Comencé la historia, quizás un par de semanas antes de que decretaran el estado de alarma a causa del Covid-19 y ha habido días de todo: o escribía poco o no tocaba el ordenador.

Mis *witches* siempre a mi lado, aunque en la distancia, me animaban a continuar escribiendo «sin presión», sus palabras favoritas para este libro. Estaban como locas por ver cómo continuaba y, realmente, escribirlo me ha servido para aislarme del confinamiento. La historia iba surgiendo despacio, pero segura de cada paso que daba y cada vez disfrutaba más al teclear.

Así que me gustaría dar las gracias a mis *witches* repartidas por el país y por el mundo. A mis tatas, Tere y Merche, a mi Lola (insistente a rabiar que quería otra historia con dos de los personajes secundarios y he de decirle que estoy trabajando en ello). A mi Raky, a mi Neus, a mi Isa, a mi Muchi, a mi Sandra y mi a Sil, por no perder la confianza en que lo terminaría. Gracias a todas chicas, os quiero. ¿Y la cubierta del libro? ¿No os parece preciosa? A mí me tiene enamorada la magia que crea TatyNd. Es increíble la facilidad que tiene para captar mis ideas en todo momento. Gracias mi *Xurri*. Y dar las gracias a Raquel Antúnez por su trabajo, sus comentarios y su inestimable ayuda en cualquier duda que se me presenta. Agradecer también a todos los seguidores en mis redes sociales, sois la leche.

Y a todos vosotros, lectores, que en estos momentos tenéis el libro en vuestro poder, gracias y mil gracias. Espero que os haga pasar un buen rato de lectura y que disfrutéis tanto de los personajes como lo he hecho yo.

Gracias por leer y sobre todo por darle una oportunidad a *Bajo el árbol de los sueños*.

Sara Witch

# Biografía



Nacida en verano en la preciosa ciudad de Hospitalet de Llobregat (Barcelona) en 1969, un gran año. Comparto mi vida con mi marido y mis hijos, que aguantan mis locuras y mi carácter. Apasionada de la música, la naturaleza y, sobretodo, de mis amigas con las que vivo grandes historias.

Con el seudónimo de Sara Witch he publicado:

*Segundo sueño a la izquierda*. En febrero 2017 en digital, en papel octubre 2017.

*Luces en las sombras*, publicado por el sello Zafiro de la editorial Planeta en marzo de 2019 y autopublicado en papel.

*Hoy es un gran día*, auto publicado en diciembre de 2018. En digital y papel.

*Situaciones de la vida*, autopublicado en diciembre de 2019.

*Bajo el árbol de los sueños*, autopublicado en julio de 2020.

Redes sociales:

@SaraWich Escritora

@sara\_witch1

@sarawitch2014